



Nada permanece muerto mucho tiempo. Los muertos están volviendo a la vida, inteligentes, decididos... y hambrientos. Huir parece imposible para Jim Thurmond, uno de los pocos supervivientes de este mundo de pesadilla. Pero el joven hijo de Jim también está vivo y en peligro a cientos de miles de kilómetros. Pese a las terribles adversidades, Jim jura que lo encontrará... o morirá en el intento.

Junto a un anciano sacerdote, un científico devorado por la culpa y una ex prostituta, Jim se embarca en un viaje a través del país. Juntos se enfrentarán a los vivos y a los muertos vivientes... y al aún más terrible mal que los aguarda al final de su viaje.

Novela ganadora del Premio Bram Stoker.



eBooks con estilo

Brian Keene

El alzamiento

ePUB v1.0 J66622.03.12

más libros en epubgratis.net

Título: El Alzamiento
Título original: The Rising.
Autor: Brian Keene.
1ª edición en inglés: 2004
1ª edición en español: 2010

A María Eugenia,
por su amor y apoyo incondicional

Capítulo 1

Los muertos escarbaron buscando una entrada a su sepultura. Entre ellos estaba su mujer, ansiando a Jim en la muerte tanto como lo ansió en vida. Sus débiles y vacíos gritos se filtraban a través de tres metros de tierra y roca.

La lámpara de queroseno proyectaba sombras titilantes sobre las paredes de hormigón, y el aire del refugio era pesado y terroso. Agarró su Ruger con fuerza: sobre él, Carrie chillaba y arañaba la tierra.

Llevaba muerta una semana.

Jim suspiró, inhalando aquel aire viciado. Levantó la cafetera del calentador sobre el que reposaba y se sirvió una taza. El calor que emanaba lo confortó, y permaneció un rato disfrutándolo antes de apagarlo, muy a su pesar: quería ahorrar combustible, así que sólo lo encendía para cocinar. El contraste con el calor le hizo sentir el frío húmedo con más intensidad.

Un sorbo del café instantáneo le provocó arcadas. Estaba amargo, como todo lo demás.

Cruzó la estancia hasta la cama y se desplomó sobre ella.

Arriba, los ruidos continuaban.

Jim había construido el refugio en 1999, cuando la histeria por el efecto 2000 estaba en su punto álgido. Carrie se rió de él, y se mantuvo escéptica incluso después de que Jim le enseñase varios informes y artículos... hasta que el continuo bombardeo de noticias la convirtió en creyente. Dos meses y diez mil dólares después, gracias a los ahorros de Carrie y los conocimientos de ingeniería de Jim, el refugio quedó terminado.

Era pequeño, un búnker de tres metros por cinco capaz de albergar sin problemas a cuatro personas. Era sólido pese a su tamaño y, por encima de todo, seguro. Jim lo equipó con un generador y un inodoro con sistema de succión que conectaba con la fosa séptica tras la casa, lo llenó de conservas y comida envasada, papel higiénico, medicinas, cerillas, armas y un montón de munición. Tres palés de agua embotellada y un bidón de doscientos litros de queroseno reposaban en una esquina. También tenía un equipo de música a pilas y una amplia selección de sus eclécticos gustos musicales. En otra estantería, sus libros favoritos. Incluso llevó su viejo Magnavox 486SX: no era rápido, pero consumía poco y le permitiría estar en contacto con el exterior.

Pasaron la fiesta de Año Nuevo sin apartar la mirada de la CNN. Cuando Australia dio por terminado el siglo y el mundo siguió su curso, supo que toda la preparación había sido en vano; los países dieron la bienvenida al nuevo milenio y la corriente eléctrica se mantuvo.

Esa tarde fueron a una fiesta con Mike y Melissa. Cuando la bola cayó y los comensales borrachos empezaron a corear la cuenta atrás, Carrie lo estrechó contra ella.

—¿Lo ves, chalado? No hay nada de qué preocuparse.

—Te quiero, chalada —le susurró.

—Y yo a ti.

Perdidos en un beso, casi no repararon en Mike cuando éste apagó las luces y gritó en broma:

—¡Efecto 2000!

Con el paso de los meses el refugio fue acumulando polvo, y para el fin de año ya estaba totalmente olvidado. Después de que el 11 de septiembre instaurase el miedo ante un ataque biológico o nuclear, Jim volvió a abastecerlo, pero entonces tampoco hizo falta.

Hasta que empezó el cambio. Hasta que tuvo lugar el alzamiento.

Al final, los fantasmas del efecto 2000 y el 11 de septiembre condenaron al mundo. Cansado del eterno torrente de desastres semanales del tipo «profecías del fin del mundo» o «el fin de la civilización occidental tal y como la conocemos», el mundo ignoró los primeros informes de los medios. Era un nuevo siglo, y no había lugar en él para miedos medievales y actitudes de paranoia extrema. Era la hora de abrazar la tecnología y la ciencia, de fortalecer la hermandad entre los hombres. La humanidad había perfeccionado la clonación, mapeado el genoma humano y hasta viajado más allá de la luna cuando la coalición China/Estados Unidos puso el pie en Marte. Los científicos proclamaban que la cura contra el cáncer estaba a la vuelta de la esquina. El efecto 2000 no acabó con la civilización. El terrorismo no la doblegó. La sociedad se había

enfrentado a los dos, derrotándolos a ambos. ¡La civilización era invencible!

La civilización estaba muerta.

Algo tiró del periscopio y empezó a oírse el sonido sordo de unos dedos escarbando en la superficie. La reja levadiza se tambaleó de un lado a otro en su torreta. Los arañazos fueron sustituidos por un gruñido de frustración y el visor tembló en su eje. Después subió bruscamente, chocando contra el techo, y volvió a bajar.

Jim cerró los ojos.

«Carrie.»

* * *

La conoció a través de Mike y Melissa. Al igual que él, se había divorciado hacía poco.

—No quiere nada serio —le advirtió Mike—, sólo necesita volver a divertirse un poco.

Jim había conocido aquella sensación. Había conocido la felicidad, y la satisfacción. Había tenido un hijo precioso, Danny, y una mujer, Tammy. Se habían convertido en el centro de su mundo.

Hasta que Rick, un compañero del trabajo del que Tammy nunca había hablado, se los robó.

Tras el divorcio, Jim se dejó llevar por la diversión: noches enteras borracho hasta perder el sentido.

Tenía la custodia de Danny cada dos fines de semana y durante aquellos preciosos instantes se olvidaba de la cerveza y de las tías buenas. Durante aquellos fines de semana, él era Danny. Eran los únicos momentos en los que era feliz.

Tammy y Rick se casaron y Rick consiguió un trabajo mejor en Bloomington, Nueva Jersey. «Es una oportunidad única», dijo Tammy. Y así terminó. Dejaron Virginia Occidental, llevándose lo único hermoso que le quedaba a Jim.

Su marcha lo destrozó. En un instante, pasó de ver a Danny cada fin de semana alterno a verlo diez semanas en verano y una en Navidad, más las ocasiones en las que viajaba a Nueva Jersey. Si hubiese tenido dinero, si hubiese tenido un poco más de cabeza, habría podido apelar en un juicio; pero para entonces Jim ya tenía una falta por conducir bajo los efectos del alcohol y sus fondos estaban muy mermados. Sabía que el abogado de Tammy, pagado con su propio dinero, se lo comería vivo. Podía llamar por teléfono una vez por semana, pero la distancia sólo acentuaba su tristeza.

Al final, Danny acabó refiriéndose a Rick como «mi otro papá», y eso destrozó a Jim.

Hubo más mujeres y más trasnochadas. Jugaba a beber hasta morir, sabiendo que no lo haría porque Danny le necesitaba. Perdió su trabajo, su apartamento, su carné de conducir y su autoestima. Lo único que lo impulsaba a seguir adelante eran aquellas llamadas semanales y la vocecita del otro lado de la línea, que siempre se despedía con un: «te echo de menos, papá».

Entonces conoció a Carrie.

Jim sollozó mientras lágrimas de rabia y duelo se deslizaban por el vello de su rostro demacrado.

Fueron felices durante cinco años. Lo único que entristecía a Jim era no ser parte del día a día de Danny, pero Carrie le ayudaba a aliviar hasta aquel dolor.

Ella lo salvó.

Ocho meses atrás, Carrie le reveló durante una cena que estaba embarazada. Jim, extasiado, la levantó en volandas, besándola y amándola tanto que le dolía... un dolor real, físico, en lo más profundo de su pecho.

Entonces el mundo murió, llevándose consigo a su mujer y a su hijo nonato. Ahora Carrie había vuelto junto a sus vecinos muertos y escarbaba con sus dedos podridos para reunirse con su marido.

Mike y Melissa también estaban muertos, destrozados por docenas de criaturas. Ellos habían tenido suerte: sus cuerpos habían quedado tan dañados que no pudieron ser reanimados. Jim recordó entre escalofríos cómo aquellas cosas asaltaron el coche de Mike, destrozaron el parabrisas y se colaron en el interior. Carrie y él lo contemplaron horrorizados desde el salón, y en cuanto los gritos y los sonidos húmedos cesaron, huyeron al refugio. Los cuatro habían planeado escapar juntos. Aquél fue su primer intento de abandonar Lewisburg.

* * *

Pese al frío, Jim estaba sudando. Se enjuagó las lágrimas y se dirigió a la mininevera. Abrió la puerta sujetando la pistola en la otra mano y se dejó envolver por el aire frío. Le maravilló recordar que aunque llevaba tres meses sin encender el generador, tanto la corriente como su teléfono móvil seguían funcionando. Pensó en las centrales nucleares desiertas, que bombeaban electricidad para un mundo muerto.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que dejaran de funcionar o incluso explotasen? ¿Cuánto tiempo más permanecerían los satélites de telefonía, radio y televisión flotando en el espacio, esperando las señales de los difuntos?

* * *

Durante los primeros días pudieron hablar con la gente por internet y descubrieron que la situación era idéntica en todas partes. Los muertos estaban volviendo a la vida, no como las descerebradas máquinas de comer de las películas de terror, sino como maliciosas criaturas entregadas a la destrucción. Se debatió y especuló largo y tendido sobre las causas: guerra química o biológica, pruebas del gobierno, una invasión alienígena... todas ellas se discutieron con idéntico fervor.

Los medios de comunicación callaron en seguida, sobre todo después de que una unidad rebelde del ejército ejecutase a seis reporteros durante una emisión en directo. Tras aquello, y a medida que la civilización se venía abajo, hasta los periodistas más comprometidos claudicaron, y optaron por permanecer al lado de sus familias antes que convertirse en los últimos testigos del caos para una audiencia que podía ver qué estaba ocurriendo mirando simplemente por la ventana.

Jim, frenético, envió varios correos electrónicos a Tammy y a Rick intentando averiguar si Danny estaba a salvo.

No recibió respuesta.

Cada vez que llamaba por teléfono, un mensaje le informaba de que todas las líneas estaban ocupadas. Al final, hasta aquel mensaje desapareció.

Estaba tan decidido a ir a buscar a su hijo que se obstinó en huir, lo que lo llevó a discutir con Carrie. Pero ella le hizo ver la realidad de la situación razonando con todo su cariño: lo más seguro era que Danny estuviese muerto.

En el fondo, se preguntaba si ella estaría en lo cierto. Como padre, en su fuero interno se negaba a rendirse, y llegó a convencerse de que, en algún lugar, Danny seguía vivo. Fantaseó con muchas formas de huir, al menos para romper la monotonía de su vida en el refugio.

La salud de Carrie empezó a empeorar. Los suministros médicos eran absolutamente básicos, y hacía tiempo que las vitaminas para embarazadas se habían terminado. Jim se dio cuenta, a su pesar, de que era imposible huir. Asumió que Danny estaba muerto. Y durante las semanas siguientes, a medida que Carrie empeoraba, llegó a culparla a ella.

Aún se odiaba por ello.

Una mañana se despertó al lado de su cuerpo inerte, justo cuando su último aliento abandonaba su pecho. Y se fue, víctima de neumonía. Se hizo un ovillo contra su cuerpo frío e inmóvil y lloró, despidiéndose de su segunda esposa.

Sabía que sería inútil enterrarla, ya que entendía —muy a su pesar— lo que había que hacer. Pero cuando la locura del duelo se adueñó de él, fue incapaz de creer que le ocurriría a ella. Aquello no le pasaría a Carrie, la mujer que le había salvado la vida. La que había sido toda su vida los últimos cinco años. Pensar que acabaría convertida en una de ellos era inconcebiblemente blasfemo.

Pendiente de los no muertos, la enterró rápidamente bajo el pino que habían plantado juntos aquel verano. Unos pocos meses antes solían cogerse de la mano bajo aquel árbol, mientras hablaban de cómo contemplaría la casa cuando envejeciesen.

Ahora era él quien la contemplaba a ella.

Aquella noche, Carrie rugía furiosa sobre él. Por la mañana se unió a lo que quedaba de los Thompson, que vivían al lado, y pronto un pequeño ejército se congregó en el patio. Jim sólo

utilizó el periscopio una vez desde entonces, y fue presa de la desesperación cuando comprobó que había más de treinta cadáveres merodeando por su jardín.

Fue entonces cuando empezó a enloquecer.

Aislado del resto del mundo y asediado por los no muertos, Jim barajó la posibilidad de suicidarse como única vía de escape. No tenía forma de saber si quedaba alguien vivo en Lewisburg, ni siquiera en el país. Para él, el mundo se había convertido en una tumba delimitada por cuatro paredes de cemento.

Con el paso de las semanas internet dejó de funcionar, al igual que los teléfonos. Su móvil era muy bueno, capaz de emitir y recibir señales desde más allá del búnker de hormigón, pero llevaba un mes en silencio. Con las prisas por llegar al refugio a Jim se le olvidó coger el cargador. Ahora lo mantenía en suspenso, intentando ahorrar la batería en uso y las de repuesto al máximo. Sólo le quedaba una.

La televisión no emitía más que electricidad estática, excepto por un canal de Beckley, que todavía mostraba la pantalla de emergencia. La estación AM de Roanoke estuvo funcionando hasta la semana anterior: Jack Wolf, el comentarista de las tardes de la emisora, mantuvo una vigilia solitaria junto a su micrófono. Jim escuchó con una mezcla de terror y fascinación cómo la cordura de Wolf iba desmoronándose poco a poco a causa del aislamiento. La última emisión terminó con un disparo. Por lo que Jim sabía, fue el único en escucharla.

* * *

Jim tembló de frío al abrir la puerta del frigorífico, cogió la última lata de cerveza y la volvió a cerrar. El chasquido de la lengüeta sonó como un disparo en el silencio, haciendo que le pitasen los oídos y ahogando los gemidos de la superficie. Las sienes le palpitaban. Puso la fría lata contra su cabeza, después se la llevó a los labios y la vació.

«La última y nos vamos.» Aplastó la lata hasta cerrar el puño y la arrojó a una esquina del suelo. Sonó un traqueteo.

Volvió a la cama y tiró de la corredera de la pistola hacia atrás. La primera bala del cargador se deslizó al interior de la cámara: había trece más, pero sólo necesitaba una. Los oídos le retumbaban aún más y podía oír a Carrie por encima de él. Agachó la cabeza y echó un vistazo a las fotos esparcidas por las sábanas sucias.

En una de ellas aparecían los dos en Virginia Beach: la hicieron el fin de semana en que ella se quedó embarazada. Ella le lanzó una sonrisa desde la fotografía y él se la devolvió. Rompió a llorar.

La preciosa mujer de la foto, la mujer que había sido tan enérgica y apasionada y tan llena de vida, era ahora una cáscara podrida y renqueante que se alimentaba de carne humana.

Se llevó la pistola a la cabeza, colocando el extremo del cañón contra su martilleada sien.

Danny lo contemplaba desde otra foto. En ella aparecían enfrente de casa; Jim estaba apoyado sobre una rodilla y tenía a su lado a Danny, que sujetaba el trofeo de carricoches que ganó en Nueva Jersey y que llevó aquel verano para enseñárselo a su padre. Ambos sonreían, y sí: su hijo se parecía a él.

A medida que su dedo se tensaba en torno al gatillo, le vino a la mente la última conversación que mantuvieron. No sabía que sería la última, pero cada palabra se le quedó grabada en la mente.

* * *

Cada sábado, Jim llamaba a Danny y veían dibujos animados juntos durante media hora mientras hablaban a través del teléfono. Aquella última vez fue una de esas mañanas. Discutieron sobre los peligros en que se encontraban los protagonistas de Bola de Dragón Z y hablaron del sobresaliente que Danny había sacado en su último examen.

—¿Qué has desayunado esta mañana?

—Chococrispis —respondió Danny—. ¿Y tú?

—Yo estoy tomando unos Cheerios.

—Puag —contestó Danny—. ¡Son asquerosos!

—¿Tan asquerosos como besar a una chica? —dijo Jim, tomándole el pelo. Como todos los

niños de nueve años, Danny se sentía repelido y a la vez extrañamente atraído por el sexo opuesto.

—Nada es tan asqueroso —replicó. Luego permaneció en silencio.

—¿En qué piensas, bichito? —preguntó Jim.

—Papá, ¿puedo preguntarte algo serio?

—Puedes preguntarme lo que quieras, coleguita.

—¿Está bien pegarle a una chica?

—No, Danny, está mal. Nunca jamás debes pegar a una chica. ¿Te acuerdas de lo que hablamos cuando te peleaste con Peter Clifford?

—Pero hay una chica en el colegio, Anne Marie Locasio, que no me deja en paz.

—¿Y qué te hace?

—No para de meterse conmigo, de cogerme los libros y de perseguirme. Los de quinto se ríen de mí cuando lo hace.

Jim sonrió. Los de quinto, los amos y señores el patio de primaria. Se sintió muy mayor al caer en la cuenta de que Danny sería uno de ellos al año siguiente.

—Bueno, tú ignóralos y punto —respondió—, y si Anne Marie no te deja en paz, ignórala a ella también. Eres un chico muy grande, seguro que puedes alejarte de ella si quieres.

—Pero no me deja en paz —insistió Danny—. Me tira del pelo y...

—¿Qué?

La voz de Danny se convirtió en un murmullo. Era evidente que no quería que su madre o su padrastro se enterasen.

—¡Intenta besarme!

Jim sonrió, haciendo un gran esfuerzo por no echarse a reír. Luego le explicó a Danny que eso significaba que a ella le gustaba, y los pasos que debía dar para protegerse de futuras trastadas sin herirla a ella o sus sentimientos.

—¿Sabes qué, papá?

—¿Qué, bichito?

—Me alegro de poder preguntarte cosas así. Eres mi mejor amigo.

—Tú también eres mi mejor amigo —dijo Jim a través del nudo de su garganta.

Escuchó a Tammy gritar algo de fondo. Oír su voz le provocó una mueca de dolor.

—Mami necesita el teléfono, así que tengo que ir acabando. ¿Me llamarás la semana que viene?

—Te lo prometo. Palabrita del niño Jesús.

—Te quiero más que a Spiderman.

—Y yo a ti, más que a Godzilla —respondió Jim, siguiendo aquel juego familiar.

—Te quiero más que «finito» —contestó Danny, ganando por enésima vez.

—Yo también te quiero más que infinito.

Después escuchó un clic seguido de un tono de llamada. Aquella fue la última vez que habló con su hijo.

* * *

Jim echó un vistazo a aquel niño sonriente de la fotografía a través de las lágrimas. No estuvo allí. No estuvo allí cuando su hijo se iba a dormir cada noche, cuando preparaba épicas batallas entre la Guerra de las Galaxias y la Patrulla X con sus figuras de acción, cuando jugaba con la pelota en el patio de atrás o cuando aprendía a andar en bici.

No estuvo allí para salvarlo.

Jim cerró los ojos.

Carrie escarbó en la tierra y pronunció su nombre, hambrienta.

Tensó el dedo.

El teléfono móvil empezó a sonar.

Jim saltó, tirando la pistola a la cama. El teléfono volvió a sonar. La pantalla digital verde emitió un brillo siniestro bajo la tenue luz de la lámpara.

Jim rió y se movió. No podía tragar saliva, no podía respirar. Se sentía como si alguien le hubiese pegado en el pecho y le hubiese pateado las pelotas. Consumido por el terror, intentó

mover los brazos, sólo para descubrir que no podía.

Sonó un tercer tono. Y un cuarto. Estaba volviéndose loco, por supuesto. Era la única explicación. El mundo estaba muerto. Sí, aún había energía y los satélites todavía contemplaban las ruinas en un fúnebre silencio, pero el mundo estaba muerto. Era imposible que alguien le estuviese llamando en ese momento, sepultado bajo las ruinas de Lewisburg.

El quinto tono le arrancó un gemido de la garganta. Combatiendo la tensión que lo atenazaba, Jim se puso en pie.

El teléfono siguió sonando, insistente. Su mano temblorosa lo alcanzó.

«¡No contestes! Será Carrie o cualquier otro. O quizá algo peor. Como contestes, empezarán a llegar a través del teléfono y...»

Se detuvo. El silencio era ensordecedor.

La pantalla parpadeó. Alguien había dejado un mensaje.

«Mierda.»

Agarró el teléfono como si estuviese sujetando a una serpiente viva. Se lo llevó al oído y pulsó el cero.

«Tiene un mensaje nuevo», dijo una voz mecánica femenina. Aquella voz enlatada era el sonido más dulce que jamás había oído. «Para escuchar el mensaje, pulse uno. Para borrar el mensaje, pulse almohadilla. Si necesita ayuda, pulse cero para ponerse en contacto con un operador.»

Pulsó el botón y escuchó un zumbido mecánico y distante.

«Sábado, uno de septiembre, nueve de la tarde», le dijo la grabación. Jim soltó un suspiro que había estado conteniendo inconscientemente. Entonces escuchó una voz nueva.

«Papá...»

Jim ahogó un grito. El pulso volvió a acelerársele. La habitación dio vueltas.

«Papá, tengo miedo. Estoy en el ático. Me...»

Se oyó mucha electricidad estática, interrumpiendo el mensaje. Después volvió a escuchar la voz de Danny, que sonaba queda y temblorosa.

«... acordaba de tu número, pero el móvil de Rick no funcionaba. Mami pasó mucho tiempo dormida, pero luego se levantó y lo arregló, y ahora se ha vuelto a dormir. Lleva durmiendo desde... desde que cogieron a Rick.»

Jim cerró los ojos mientras le abandonaban las fuerzas en las piernas. Las rodillas le flaquearon y cayó redondo al suelo.

«Tengo miedo, papá. Sé que no tendríamos que marcharnos del ático, pero mami está enferma y no sé cómo hacer que se cure. Oigo cosas fuera de casa. Algunas veces sólo pasan por delante y otras creo que intentan entrar. Creo que Rick está con ellos.»

Danny estaba llorando y Jim lloró con él.

«¡Papá, me prometiste que me llamarías! Tengo miedo y no sé qué hacer...» Más electricidad estática. Jim alargó el brazo para no desplomarse.

«... y te quiero más que a Spiderman y más que a Pikachu y más que a Michael Jordán y más que "finito", papá. Te quiero más que infinito.»

El teléfono quedó mudo en su mano mientras la batería apuraba su última chispa de vida.

Sobre él, Carrie aulló en la noche.

* * *

No estaba seguro de cuánto tiempo había permanecido encogido con los ruegos de Danny reverberando en su cabeza. Al final, sus miembros adormecidos recuperaron la fuerza y volvió a ponerse en pie.

—Te quiero, Danny —dijo a voz en grito—. Te quiero más que infinito.

La angustia desapareció y dio paso a la determinación. Agarró el periscopio y oteó la oscuridad. No vio nada más que el manto plateado de la luna. Entonces, un ojo ceñudo y hundido, horriblemente aumentado, le devolvió la mirada. Se alejó del tubo de un salto, consciente de que un zombi estaba mirando por él. Se obligó a sí mismo a volver a mirar. El zombi se alejó lentamente.

El cadáver de Carrie se erguía bañado por la luz de la luna, radiante en su putridez. Su hinchado

abdomen, horriblemente dilatado por el retoño que aún habitaba en ella, estaba oculto bajo los jirones de la bata de seda con la que la enterró. Unas cintas de raso desgastadas ondeaban sobre su piel gris.

Pensó en la noche en la que le dijo que estaba embarazada. Carrie estaba tumbada a su lado, con una fina capa de sudor enfriándose después de hacer el amor. Tenía la cabeza sobre su tripa, con la mejilla apoyada en sus cálidas y suaves curvas, regodeándose en la sensación de sentir su piel contra la suya, en su olor y en el minúsculo, casi invisible vello de su tripa, que se movía suavemente con su respiración. En su interior crecía su bebé.

Jim no quiso pensar en lo que habría ahora en su lugar.

Dio una vuelta completa con el periscopio. La vida después de la muerte había sido amable con el anciano señor Thompson. Su cara lucía una palidez que, pese a tener el color de la avena, era más brillante que la que adornó su rostro en vida. La persistente rigidez de los tendones que atenazaba al anciano era aún más evidente cada vez que agarraba la pala, sólo que esta vez sus dedos no estaban hinchados por la artritis, sino por la lenta putrefacción que seguía a la muerte. Los nudillos asomaban a través de la piel acartonada, de la textura del pergamino, cada vez que el señor Thompson levantaba la pala para hundirla en el suelo.

El hecho de que los zombis pudiesen usar herramientas no sorprendió a Jim. Durante el asedio, contempló horrorizado, indefenso y en silencio los intentos de la criatura de cavar hasta la fortaleza. Con torpeza, pero lenta e inexorablemente, aquel ser había conseguido quitar toda la tierra, revelando la capa de cemento que yacía bajo ésta. Aquella capa le había salvado la vida.

Se preguntó si podían aburrirse. De hecho, se preguntó si podían razonar. No lo sabía. Era obvio que el ser que un día fue su esposa se sentía atraído por aquel lugar, ¿pero era porque lo recordaba o por puro instinto? El hecho de que arañasen la tierra parecía indicar que lo sabían. Que recordaban. Si esa teoría fuese cierta...

Jim se estremeció al pensar en las consecuencias.

No era más que una sardina esperando en silencio en su oscura lata. Tarde o temprano, las cosas que rondaban por encima de él encontrarían el abrelatas adecuado y lo devorarían.

«... más que "finito", papá.» Los frenéticos gemidos de Danny resonaban en su mente. «Te quiero más que infinito.»

Volvió a enfocar a Carrie y comprobó que estaba sonriendo. Sus labios negros se tensaban sobre los dientes manchados y el extremo abultado de una lombriz desapareció entre ellos. Levantó la cabeza y rió.

¿Había palabras enterradas en aquel aullido de ultratumba? No podía estar seguro. En ocasiones, durante las últimas semanas, habría jurado que había oído a aquellas cosas hablar entre ellas.

Otro gusano se desvaneció en su garganta descompuesta. Horrorizado, Jim la recordó comiendo espagueti en su primera cita.

Un movimiento súbito le llamó la atención. Los zombis habían reparado en que el periscopio se movía y se estaban acercando a él. Vio a otros más en la lejanía, atraídos por el tumulto. No pasaría mucho tiempo hasta que volviesen a llenar el patio, buscando una vez más una entrada a su fortaleza. La posibilidad de huir sin pelear acababa de desvanecerse. Sabían que seguía vivo. Aunque no estaba claro hasta dónde llegaba su capacidad de razonamiento, era obvio que habían detectado a su presa bajo ellos.

Eran unos cincuenta, quizá más. Mal asunto.

Bajó el periscopio.

Con los ruegos de su hijo rondándole la cabeza, Jim empezó a prepararse.

«Aguanta, bichito. Papá está en camino.»

Capítulo 2

Lo primero que Baker notó era que el monte Rushmore hablaba en lenguas desconocidas. Lo segundo fue el brillo rojizo que emitían aquellos ojos de granito, atrayendo el helicóptero hacia el rostro de roca.

Intentando controlar el aparato, Baker le gritó a George Washington mientras éste susurraba obscenidades en multitud de idiomas.

Siguió escuchando aquella voz cuando despertó, levantándose bruscamente del escritorio sobre el que se había quedado dormido. El hule de sobremesa estaba cubierto de saliva seca, que tiró de su piel cuando se incorporó. Escuchó.

Las blasfemias procedían del fondo del pasillo.

De la cosa encerrada en la sala de observación número seis.

Parpadeó, aún inseguro acerca de qué estaba ocurriendo. Siempre se sentía confuso después de despertarse de un sueño. Echó un vistazo en derredor para que aquel entorno familiar fuese asentándose en la realidad.

Estaba en su oficina, a poco menos de un kilómetro de profundidad bajo Havenbrook. Sobre él, las puertas del infierno se habían abierto de par en par.

Y él ayudó a girar la llave.

Después de tres meses sin servicios de mantenimiento, la habitación guardaba un gran parecido con Afganistán. Había tazas de cerámica sucias, con posos secos y fríos de café; papeles, libros y diagramas esparcidos sin ningún orden por toda la habitación. Una papelería absolutamente desbordada vertía su contenido sobre el suelo. En la esquina, una mancha oscura en la parte de la alfombra sobre la que se derramó el contenido de la pecera.

Le recorrió un escalofrío al mirarla.

Experimentar con la pecera había sido idea de Powell. Llegaron a un punto en que, sin espécimen, su investigación se limitaba a especular sin nada sólido que estudiar. Los tres, Powell, Harding y Baker, se aislaron del resto del complejo después de que los últimos miembros del equipo huyesen. Se reunieron en la oficina de Baker, aireando su frustración y preguntándose si sería seguro salir a la superficie sin haber recibido ningún mensaje que transmitiese garantías de seguridad.

Powell sugirió, bromeando, que probasen con uno de los peces tropicales de Baker. La risa y el escarnio pronto se convirtieron en científica seriedad cuando Baker accedió. Sacaron a una de las coloridas mascotas con una red y observaron con frío desapego cómo saltaba y daba bocanadas en el asfixiante oxígeno. Baker lo sostuvo en su mano hasta que dejó de moverse. Entonces volvieron a dejarlo en la pecera, donde flotó hasta la superficie del agua salada como un auténtico cadáver.

Su comportamiento era sorprendentemente normal, a la par que decepcionante.

Tuvieron que pasar diez minutos —el resto de científicos ya se habían marchado a la sala a ver *Astucia de mujer* en vídeo por décima vez— para que el pez volviese a nadar.

Al principio, los chapoteos apenas llamaron la atención de Baker, centrado como estaba en la partida de solitario que se extendía por el escritorio. Cuando el chapoteo aumentó de volumen, echó un vistazo.

El agua se volvió progresivamente roja, con pequeñas nubes escarlata trazando remolinos entre las piedras de colores y el castillo de plástico, a medida que el pez muerto cazaba y devoraba a sus hermanos. Al principio, Baker contempló aquello con asombro. Después, haciendo acopio de valor, corrió por el pasillo y entró de golpe en la sala, resoplando.

Para cuando volvieron a la oficina, la matanza ya había terminado: en los minutos que tardó en reunir al resto, el pez había acabado con todos los seres vivos de la pecera. Tripas y escamas flotaban en torno a la carnicería.

—Dios mío —musitó Harding.

—Dios —matizó Baker— no ha tenido nada que ver con esto.

—Apuntó a la pecera con el dedo—. Esto es culpa del hombre, Stephen. ¡Es culpa nuestra!

Harding lo contempló en silencio, moviendo la boca sin emitir ningún sonido, tal como había

hecho el pez antes. Powell se sentó en una esquina, llorando quedamente.

El pez reparó en ellos. Dejó de nadar y se los quedó mirando con evidente desprecio.

Baker estaba fascinado ante tal muestra de inteligencia.

—Mirad. Nos está estudiando como nosotros lo estudiamos a él.

—¿Qué hemos hecho? —Sollozó Powell—. La hostia puta, ¿pero qué hemos hecho?

—¡Venga, Powell —estalló Hardind—, compórtate! Tenemos que aprender todo lo que podamos de esta cosa si queremos deshacer...

Su reprimenda se vio interrumpida de golpe por otro chapoteo. El pez empezó a escarbar, revolviendo la mugre del fondo de la pecera, y su visión quedó nublada. Desapareció, oculto tras una sinuosa cortina de sangre, heces y barro.

—Que alguien coja la cámara —gritó Baker—. ¡Tenemos que filmar esto!

Antes de que Baker se dirigiese a por ella, la mesita que sostenía la pecera se movió. El agua se derramó desde arriba, cayendo por los lados en ribetes carmesíes.

El pez retrocedió y volvió a lanzarse hacia delante, cargando una y otra vez contra la pared de la pecera. Embistió el cristal una y otra vez, ignorando el daño que se estaba causando a sí mismo.

Baker advirtió la calculada maldad que reflejaban sus ojos muertos.

Una red de grietas empezó a extenderse por el cristal, expandiéndose hacia los lados como una tela de araña. La mesita volcó y la pecera se precipitó al suelo. El cristal estalló, cubriendo a los presentes de pequeños cristales y agua salobre.

El pez cayó sobre la alfombra y empezó a avanzar a saltos hacia ellos. Baker se subió al escritorio apartando todos sus libros de golpe, mientras que Harding se retiró hacia la sala. Powell se quedó helado, temblando y arañando la alfombra mientras la criatura cubría la distancia que los separaba.

Pese a los gritos de terror de Powell, Baker escuchó los sonidos procedentes del pez, que se acercaba a las rígidas piernas del científico.

El pez estaba hablando.

No podía entender qué estaba diciendo, pero era evidente que hablaba con inteligencia.

La criatura saltó hacia la inglete de Powell, que gritaba muerto de miedo.

Baker saltó al suelo, aplastando el monitor del ordenador contra el pez. Golpe a golpe, aplastó a la criatura hasta que sólo quedó una mancha entre los cristales rotos.

No se dio cuenta de que estaba gritando hasta que sintió la mano de Harding en su hombro. Se miraron el uno al otro, sintiendo cómo el enorme peso de lo que acababan de liberar al mundo caía sobre ellos como una losa.

Esa noche, Powell se abrió las muñecas con un cuchillo de untar que cogió de la cafetería. Lo encontraron minutos después, cuando iban a verlo para administrarle un sedante.

Baker apartó la mirada de la mancha de la alfombra y cerró los ojos. Se pasó la mano lentamente por el pelo encanecido y lloró en silencio.

Al fondo del pasillo, el ser de la sala de observación número seis seguía despotricando.

Baker hurgó en el saturado cenicero hasta encontrar un cigarro a medio fumar. Entre lágrimas, acercó el mechero hasta el extremo aplastado y lo chasqueó.

Nada. No había llama. Ni siquiera una chispa. Y el mechero más cercano estaba a casi un kilómetro por encima de él, en un mundo que pertenecía a los muertos.

Tiró el mechero inútil al otro extremo de la habitación, donde golpeó un marco de cristal que colgaba de la pared. El periódico en su interior, que con tanto orgullo había sido expuesto, cayó al suelo.

Baker caminó con paso cansado y apartó el cristal roto agitando el periódico. Empezó a reír. El artículo era de ese mismo año.

«EL ACELERADOR, RODEADO DE CONTROVERSIA

»Por Jeff Whitman/Prensa asociada

»Un acelerador nuclear diseñado para replicar el big bang ha dado lugar a protestas por parte de un grupo internacional de físicos, políticos y activistas por miedo a que pueda causar daños en el planeta. Una teoría ha llegado a sugerir que podría formar un agujero negro que provocaría

"perturbaciones en el universo" o incluso "desharía el tejido del espacio-tiempo".

»Los Laboratorios Nacionales Havenbrook (LNH), uno de los cuerpos de investigación más importantes del gobierno estadounidense, han empleado diez años y 985 millones de dólares en construir el Colisionador Relativista de Iones Pesados (CRIP) en Hellertown, Pensilvania, una zona rural cercana a la frontera con Nueva Jersey.

Este viernes se realizó con éxito una prueba, y las primeras colisiones nucleares están previstas para este mes.

»No obstante, el director de Havenbrook, Stephen Harding, ha formado un comité de físicos para investigar si tal proyecto podría salir desastrosamente mal. Harding recibió avisos de otros físicos referentes a que la capacidad de la máquina de crear *strangelets*, un nuevo tipo de materia compuesta de partículas subatómicas llamadas "quarks extraños", suponía un riesgo pequeño pero real.

»El comité se ocupará de valorar la posibilidad de que, una vez formado, un *strangelet* pueda desencadenar una reacción que convertiría todo cuanto tocase en materia extraña. El comité también determinará la poco probable posibilidad de que las partículas llegasen a alcanzar una masa suficiente como para formar un agujero negro. En el espacio, los agujeros negros generan intensos campos gravitacionales que absorben toda la materia que los rodea. La alta densidad resultante de las partículas en colisión también podría, en teoría, romper la barrera entre nuestra dimensión y otras.

»En el interior del colisionador se separan los electrones externos de átomos de oro, que son impulsados por unos tubos circulares de cuatro kilómetros en los que unos potentes imanes aceleran los átomos hasta el 99,9% de la velocidad de la luz. Los iones de los dos tubos viajarán en direcciones opuestas para incrementar la potencia de la colisión. Cuando lo hagan, generarán minúsculas bolas de fuego de materia superdensa: en estas condiciones, el núcleo atómico se evapora en un plasma de partículas aún más pequeñas llamadas quarks y gluones. Este plasma emite una lluvia de otras partículas a medida que se enfría.

»Entre las partículas que aparecen durante este proceso están los quarks extraños. Éstos han sido detectados en otros aceleradores, pero siempre unidos a otras partículas. El CRIP, la máquina más poderosa jamás construida, tiene la capacidad de crear quarks extraños independientes por primera vez desde el inicio del universo.

»El directivo de los NLH Timothy Powell confirmó que ha habido discusiones acerca de las posibilidades. William Baker, profesor de física nuclear y director científico del CRIP, dijo que las posibilidades de un accidente eran infinitesimalmente pequeñas, pero que Havenbrook tenía la responsabilidad de calcularlas antes de proceder. "La gran pregunta, por supuesto, es si nuestro planeta se desvanecería en un abrir y cerrar de ojos, o si cabría la posibilidad de dañar el tejido del espacio-tiempo. Pero es de todo punto improbable. No queremos 'crear agujeros hacia otras dimensiones', como se ha planteado. Queremos entender mejor el universo y nuestro lugar en él. El riesgo es tan minúsculo que no merece ni ser considerado."»

Baker estrujó el papel en su puño.

Al final del pasillo, en una habitación insonorizada con un refuerzo de treinta centímetros de acero y hormigón, la cosa que un día fue Timothy Powell gritaba en sumerio. Cada sílaba reverberaba por todo el complejo subterráneo y se filtraba hacia el mundo muerto que se encontraba encima de ellos.

* * *

Baker se frotó los ojos. La grabadora se encontraba ante él, en la mesa. Suspiró, apretó el botón de grabar y encendió la intercomunicación.

—Powell —musitó—, ¿pu... puedes oírme?

El cadáver de Powell estaba tirado en una esquina de la habitación. Levantó la cabeza, mirando al cristal. Baker percibió inteligencia en su mirada. Una inteligencia terrible, quizá incluso algo más.

—Hola, Bill —respondió con voz rasposa, deslizando la lengua grisácea por sus labios descarnados—. ¿Qué tal?

Baker garabateó en su bloc de notas. La criatura de la sala de observación número seis no era Timothy Powell, eso era evidente. Sin embargo, aún no la había identificado. No dijo nada. La grabadora siseaba quedamente a su lado.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, Billín?

—¿Cómo te encuentras, Timothy?

—Pues para serte sincero, Bill, me estoy cayendo a trozos. ¿No podrías traerme algo de comer?

—¿Tienes hambre? ¿Te apetece algo de sopa? Había sopa de cangrejo en el menú antes de... bueno, antes de esto. En la cocina todavía queda algo de sopa de cangrejo, la congelé...

—No quiero sopa. ¿Qué te parece si me das un brazo? ¿O unos metros de intestino?

—¿No puedes tomar comida normal?

—¡Tú eres comida! ¿Por qué no vienes aquí conmigo?

Baker observó, horrorizado y fascinado. El zombi se arrastró hasta la ventana y se sentó, contemplándolo como un prisionero. Apretó su decadente cara contra el cristal y sonrió. No hubo señal alguna de respiración. Recitó en voz baja algo en un idioma que Baker no supo identificar. Dudó que Powell lo hablase.

—¿Quién eres?

—Ya sabes quién soy. Soy Timothy Powell, director asociado del programa del CRIP de Laboratorios Havenbrook. Soy tu compañero, *my friend*. ¡Venga, Billín! ¡No me vengas con que tienes amnesia postraumática!

—El doctor Powell nunca me habría llamado «Billín» —apuntó Baker—. Tú no eres Timothy Powell.

La criatura hurgó en un jirón de piel del muslo, escudriñando bajo la luz fluorescente, y se llevó un gusano a la boca. Lo machacó entre sus dientes podridos con gran deleite.

Baker desvió la mirada.

—¿No me crees? ¿Recuerdas cuando tú, Wenston y yo nos tomamos una semana libre y cogimos un avión a Colorado? Nos alojamos en la cabaña del doctor Scalise en Estes Park y fuimos a pescar. Weston pescó una perca la hostia de grande, y tú, un resfriado.

El cadáver apoyó su mano hinchada contra el cristal sin dejar de sonreír. Baker se fijó en el anillo de casado de Powell, hundido en aquel dedo hinchado como una salchicha. Entonces el zombi apartó la mano, que dejó un rastro grasiento en la ventana.

—¿Quién eres? —Volvió a preguntar, tratando de controlar el temblor de su voz—. ¿Eres Timothy Powell?

—Ob —pronunció la boca de Powell.

—¿Es tu nombre, o lo que eres?

—Ob —dijo de nuevo—. Y tú eres Bill.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Aquel a quien llamas Tim dejó esa información aquí. Dejó muchas cosas. Cosas deliciosas. ¿Sabías que frecuentaba prostitutas? Porque su mujer no.

—No sé qué tiene que ver...

—Pagaba para que lo sodomizasen con un consolador.

El cadáver rió hasta toser, esparciendo pedazos de sí mismo por el cristal.

—¿En serio? —Los dientes de Baker rechinaron—, ¿Y cómo sabes todo eso?

—Está aquí, conmigo. Todo cuanto era está aquí, a mi disposición. Pero casi todo es inútil, todo ese conocimiento colectivo... La humanidad ha conseguido muy poco. Él debe de estar muy decepcionado con sus creaciones.

—¿Quién?

—Él. El cruel. El que... da igual. No debemos hablar de eso. Dejemos que disfrute de su día... Imaginé muchas cosas mientras vagaba por allí.

—¿Dónde, exactamente?

La criatura no respondió. En vez de eso, empezó a lamer la mancha del cristal.

—Tengo hambre —masculló. Y luego volvió a sonreír.

* * *

—Qué hambre —dijo Baker, situado frente a los fríos y grises muros—. No pensé que tuviera tanta hambre.

Abrió la lata de alubias cocidas más por instinto que por deseo, pero, después del primer bocado, las engulló frías. Se tomaría una hamburguesa para acompañarlas, pero la cámara frigorífica estaba ocupada y a Baker no le apetecía nada entrar en ella. Harding se encontraba en su interior, con un agujero perfecto perforando su cabeza. Había sufrido un infarto el día después del suicidio de Powell y de la reclusión de su cadáver reanimado. Baker aplicó un picahielos al cuerpo muerto de Harding, aunque le habría gustado tener una pistola para efectuar aquella tarea. Pero las pistolas, al igual que los soldados que abandonaron sus puestos, habían desaparecido.

El silencio de la desierta cafetería era inquietante. Quería hablar con alguien, alguien que no fuese aquella cosa que se hacía llamar Ob.

Recorrió el pasillo hacia su oficina, rodeado por el eco que producían sus zapatos sobre las verdes baldosas. Le alegraba oír algún ruido. Las luces parpadearon, se apagaron y volvieron a encenderse. Aún quedaba energía, pero se preguntó si los laboratorios la conseguían de instalaciones públicas o de su propio suministro de reserva. ¿Cómo sería el pasillo a oscuras?

Enterrado, solo con esa cosa...

Se derrumbó sobre el escritorio y la silla rechinó bajo su peso, para su sorpresa, Baker había ganado algo de peso durante la crisis, posiblemente por la falta de ejercicio. Sus días consistían en el tedio infinito de investigar y seguir investigando. Pasaba las noches —si es que lo eran, pues estando bajo tierra no podía estar seguro— despierto, huyendo de las pesadillas.

Se reclinó en la silla, apoyó los pies en el escritorio y encendió la grabadora.

—Aunque no soy biólogo ni patólogo, he observado una transformación destacable en el sujeto.

Hizo una pausa cuando las luces parpadearon y continuó.

—El sujeto no es un simple cadáver reanimado. En muchos aspectos, funciona como un ser vivo: busca alimento, específicamente en forma humana... carne. No puedo estar seguro, pero parece que es esencial para su supervivencia, y el material proporcionado por la Agencia Federal de Control de Emergencias parece corroborarlo. Pero claro, seguramente pasará mucho tiempo antes de que la AFCE envíe otra cinta.

Su risa nerviosa se convirtió en tos. Luego continuó.

—La musculatura del sujeto parece haberse adaptado a su nuevo estado. Pese a que se observa un proceso de descomposición, éste no actúa como un detrimento, sino como un proceso natural. El pelo, la piel, incluso los órganos vitales son irrelevantes para el funcionamiento del sujeto. La carne que ingiere no viaja por su sistema digestivo: se absorbe por un proceso desconocido, convertida en...

Las luces se apagaron. Baker se sentó en la oscuridad conteniendo el aliento. El único sonido era el gemido de la grabadora. Su corazón latió una vez. Dos.

Las luces volvieron a funcionar y Baker se sorprendió al descubrir que había estado llorando.

* * *

—Cuando comes —preguntó Baker por el intercomunicador—, ¿por qué no consumes el cuerpo entero? ¿Por qué dejas tanto?

—Porque muchos de nuestros hermanos esperan volver —respondió Ob con un tono áspero e indignado, como si le molestase que el científico preguntase obviedades—. No les gustaría haber estado esperando durante eones para luego habitar un cuerpo incapaz de moverse. ¿Un torso sin brazos ni piernas, un saco de carne humana inmóvil? Eso sería como escapar de una prisión para ir a otra.

—Háblame de ese lugar del que provienes. Lo llamaste el Vacío.

—No —dijo Ob, airado—. Debo invocar a mis hermanos. Tengo hambre. Libérame y no te haré daño.

Baker mantuvo el mismo tono de voz.

—Responde a mi pregunta y te daré de comer.

—Estás jugando con fuego, sabio. No creas que no estoy dispuesto a dañar esta cáscara para liberarme. Puedo conseguir otra.

—Este cristal es a prueba de balas y los muros están reforzados con acero y cemento. Tienes que aceptar que soy yo el que está al mando.

—Tu raza ya no está al mando de nada. Somos libres para volver a caminar por la tierra, como hicimos hace mucho.

—Háblame del Vacío—insistió Baker.

—Muy bien —suspiró la criatura, exhalando un aire fétido de sus inútiles y podridos pulmones—, pero te lo advierto, profesor: vuestro tiempo ha terminado. Somos vuestros herederos.

—El Vacío—empezó Baker.

—¡EL VACÍO ES FRÍO! —rugió Ob, corriendo hacia la ventana. Estampó el puño de Powell contra el cristal y Baker dio un paso atrás.

—¡Es frío porque ÉL es cruel! Vagué por él, encerrado durante eones con mis hermanos, los Elilum y Teraphim. ¡ÉL nos envió allí! Nos expulsó a los yermos. Os contemplamos mientras rondabais como hormigas, multiplicándoos y reproduciéndoos, deleitándoos en su frío amor. Esperamos, pues somos pacientes. Merodeamos por el umbral sin dejar de observar. Y tú, sabio, tú y tu compañero nos proporcionasteis los medios para la salvación. ¡Así como vuestros cuerpos nos acogen, vosotros nos proporcionasteis un camino!

La criatura volvió a golpear la ventana. Baker se estremeció. Una pequeña grieta espiral se extendió por el cristal.

Las luces volvieron a parpadear.

—¿Crees que, cuando morís, vais al cielo? —rió—. Pues no. ¡Vais a donde ÉL decida! ¡Vuestros cuerpos NOS pertenecen! Somos vuestros amos. Tu especie nos llama «demonios». «Djinns.» «Monstruos.» Somos el origen de vuestras leyendas, la razón por la que aún teméis la oscuridad. Controlamos vuestra carne. ¡Y hemos esperado mucho tiempo para habitaros!

Volvió a dar un puñetazo a la ventana. La grieta aumentó, extendiendo pequeñas redes por su superficie. La mano que una vez perteneció al doctor Timothy Powell, la mano que una vez sostuvo un martini, sujetó un palo de golf y manejó con precisión los controles del CRIP era ahora un ariete de carne podrida. Baker se echó atrás cuando los dedos se abrieron y dejaron ver pedazos astillados de hueso que rasparon el interior del cristal.

Baker salió corriendo de la habitación con los gritos de Ob persiguiéndolo por el pasillo.

—¡Somos los Siqusim! Hemos esperado a tomar posesión y ahora sois nuestros. *¡Yidde-oni! ¡Engastrimathos du aba paren tares!* Somos Ob y Ab y Api y Apu. ¡Somos más que las estrellas! ¡Somos más que infinitos!

El cristal se hizo pedazos y un instante después las luces se apagaron, sumiendo a las instalaciones en la oscuridad.

Baker se encogió en la sala, escuchando aterrado cómo el zombi se dirigía hacia él.

Las luces no volvieron a encenderse.

Capítulo 3

El refugio contaba con dos salidas, la primera de las cuales era un hueco que desembocaba en el patio. Para poder usarla, Jim tendría que cargar con todo el equipo mientras subía la escalera, recorrer el pestillo y levantar la tapa del agujero sin llamar la atención.

Tenía que llevar, como mínimo, un arma, así que no podría trepar con la mano ocupada. Además, los zombis se le echarían encima en cuanto oyesen el ruido de apertura.

Así que la única alternativa era el sótano.

Cuando construyó el refugio, viajó a un desguace en Norfolk, donde compró dos escotillas de un transporte naval decomisado a la Marina. La primera, que se abría desde el interior del refugio, conducía a un estrecho pasillo en dirección a la casa. El pasadizo terminaba en la segunda escotilla, que estaba fijada a los muros del sótano.

La semana anterior, cuando la depresión se estaba volviendo insoportable, Jim se dirigió dos veces hacia la segunda puerta, decidido a abrirla y a encontrarse con lo que hubiese al otro lado. Se detuvo en ambas ocasiones, escuchando el arrastrar de pies al otro lado. Los muros y el acero amortiguaban los golpes y los gorjeos, pero era evidente que estaban ahí... y que eran reales.

Esta vez abrió la primera escotilla y prestó atención por si escuchaba algún paso, algún crujido, cualquier cosa que revelase que había criaturas rondando por su casa. No oyó nada, pero el silencio era casi peor.

Avanzó cautelosamente por el pasadizo hasta llegar a la segunda escotilla, donde se detuvo. Pegó la oreja contra el frío acero, contuvo la respiración y esperó.

Más silencio.

Volvió al refugio, decidido a no pasar una hora más en aquella tumba. Sustituyó sus sandalias por sus botas de trabajo negras, desgastadas y con punta de acero. Le habían servido bien durante sus años como trabajador de la construcción y esperaba que siguiesen haciéndolo. También se puso una camisa de franela de manga larga sobre la camiseta negra: le protegería del frío de la noche, era más ligera que una chaqueta y podría atársela a la cintura durante el día.

Abrió la cremallera de la riñonera azul de Carrie y olió el suave rastro que había dejado su perfume, otro recuerdo fantasmal del pasado.

Dejó las emociones a un lado y empezó a elegir lo que le haría falta, teniendo siempre en mente que llevar poco equipaje era indispensable para moverse con rapidez. Metió en la mochila una caja de cartuchos para la Ruger y puso en uno de los bolsillos laterales dos cargadores para la pistola, cada uno con quince balas. Cogió el fusil compacto de palanca Winchester .30-30 que le había acompañado a tantas cacerías y guardó varias cajas de munición. A cuatro botellas de agua destilada les siguieron latas de atún, sardinas y fideos instantáneos; los prismáticos, un mapa de carreteras, la linterna, cajas de cerillas, velas, una taza de cerámica que Danny le regaló el día del padre, un pequeño bote de café instantáneo, un cepillo de dientes, dentífrico, una pastilla de jabón, cuchara y tenedor y un abrelatas fueron a parar al interior de la mochila.

Se la puso un rato para comprobar el peso. Satisfecho, se llenó los bolsillos con dos mecheros, un cuchillo de caza y un cargador más. Guardó la pistola en su funda, situada en un costado, y cogió el fusil, disfrutando del familiar tacto de la madera. Después de comprobar por segunda vez que estaba cargado, Jim tomó una gran bocanada de aire.

La habitación empezó a dar vueltas. La tensión, que había alcanzado su punto crítico después de ir aumentando paulatinamente, le provocó náuseas. Los brazos y las piernas le empezaron a temblar y se le hizo un nudo en el estómago. Jim dejó escapar un gemido, soltó el fusil y vomitó, salpicando las botas y el suelo.

Al rato, la ansiedad se hizo más llevadera. Recogió el fusil, temblando.

—Vale—dijo en voz alta—. Hora de irse.

Echó un último vistazo al refugio, consciente de que no volvería a ver aquellas cuatro paredes de cemento nunca más. Recorrió las fotos de Carrie y Danny con la mirada hasta detenerse en el teléfono móvil.

Vaciló un rato y lo cogió. Tras un momento de duda, lo colocó en su cinturón. Al no tener cargador, la batería se había agotado del todo.

—Por si acaso —dijo, intentando convencerse a sí mismo.

Caminó por el estrecho pasadizo y puso la mano sobre la palanca de la puerta. Levantó la manivela lentamente, cada crujido reverberando en el silencio. Un último chasquido, y la escotilla se abrió sin dejar de chirriar.

Jim levantó el fusil y dejó que la puerta se fuese abriendo hacia atrás, revelando el oscuro sótano que se extendía más allá del umbral. Estaba vacío, pero las formas antaño familiares adquirían ahora siniestras connotaciones. El armario de las herramientas era un zombi. La caldera era una bestia agazapada, lista para abalanzarse sobre él. Su corazón latía con furia en la oscuridad.

Sobre él, oyó un suave crujido procedente de uno de los tablones del techo. Luego otro. El tercero vino acompañado del gemido de una silla de cocina arrastrada por el linóleo.

Jim se paró en seco. Buscó el primer escalón a tientas en la oscuridad mientras tensaba el dedo en tomo al gatillo. Cuando al fin pudo apoyar el pie, dio un precavido paso.

Escuchó aún más sonidos procedentes de la cocina, seguidos de un gemido de frustración. Apuntó el fusil en dirección a la puerta y dio otro paso. Algo le pasó rozando por la oreja y Jim se mordió la lengua, ahogando un grito. La mosca, en su vuelo invisible, volvió a acercarse zumbando a él.

Agitó la cabeza, animando al insecto a marcharse. Ahora se oía un nuevo sonido, un zumbido continuo e intenso procedente del final de la escalera.

La mosca había traído amigas. Muchas, a juzgar por el ruido. Sus zumbidos llenaron sus oídos; una de ellas se apoyó en su mano; otra, en su cuello.

Entonces percibió un olor como el hedor de una carnicería, una peste de carroña, entrañas y carne podrida.

Dio otro paso y notó el techo del sótano acariciándole la cabeza, lo que significaba que ya estaba a mitad de camino. Más allá de la puerta seguían oyéndose pasos: el crujir de la madera revelaba la posición del zombi.

Armándose de valor, Jim se preparó para subir corriendo el resto de escaleras y cruzar la puerta de golpe.

Al dar un paso, su pie se encontró con algo que hizo un ruido húmedo al contacto con él. Aquello molestó a las moscas, que zumbaron con más intensidad por haberles sido interrumpida la cena. El olor se volvió más fuerte, casi insoportable. Los pies le resbalaron y cayó de rodillas contra las escaleras.

Las pisadas de la cocina se apresuraron hacia la puerta.

Con una mueca de dolor, Jim sacó el mechero de su bolsillo y echó un vistazo abajo.

Intestinos. Los intestinos de alguien reposaban en las escaleras hechos un amasijo de sangre coagulada.

Jim soltó el mechero entre arcadas; aquellos intestinos olían peor que cualquier cosa que hubiese olido jamás. Ignorando el dolor en las rodillas, se levantó.

El pomo comenzó a girar.

Levantó el fusil, apuntando a ciegas en la oscuridad.

La puerta se abrió de golpe y Jim se sobresaltó ante la espantosa figura que se erguía ante él. Las vísceras de la escalera pertenecían al señor Thompson. Los brillantes extremos de sus intestinos colgaban de su cavidad vacía y se bambolearon cuando el zombi levantó los brazos.

—Hola, vecino —dijo con voz rasposa, como si estuviese haciendo gárgaras con cristales—, veo que has encontrado mis restos.

La lengua del zombi era una masa hinchada y negruzca, pero, por imposible que pareciese, aquella cosa podía hablar.

Jim disparó, cargó otra bala en el fusil y abrió fuego por segunda vez. La entrepierna de la criatura, cubierta por unos pantalones de pana, se desintegró.

—Oooh —dijo mientras miraba hacia abajo—, a la señora Thompson no le va a gustar nada esto.

Con una velocidad que contrastaba con sus pesados movimientos, el zombi se impulsó hacia delante, agarró el humeante cañón y arrancó el arma de las manos de Jim.

Asombrado por su fuerza, Jim se echó atrás mientras la criatura examinaba el arma. Sonrió, hizo

una pasada con el fusil y acabó apuntando a Jim. La piel acartonada que cubría sus dedos se quebró mientras jugueteaba con el gatillo.

Oyó otra puerta abrirse, más allá de la cocina, y la casa se llenó de zombis. La criatura que una vez fue su vecino dio un paso adelante y Jim retrocedió hasta el final de las escaleras mientras sacaba la pistola de su funda.

—¿Alguna vez te he hablado de la guerra mundial, vecino? Aquello sí fue una guerra en condiciones, no como la de Vietnam, la Tormenta del Desierto o la «guerra contra el terrorismo». Estuve allí. Bueno, YO no, claro. Pero este cuerpo sí. Veo sus recuerdos.

Avanzó escaleras abajo. Un gusano hinchado cayó del cráter en el que antes solía alojarse su estómago y el zombi lo aplastó con el pie.

—Pero claro, tú nunca combatiste en una guerra, ¿verdad? No sabes qué efectos tiene en un ser humano un disparo en las tripas. Estás a punto de descubrirlo.

—Señor Thompson —rogó Jim—. Por favor. Sólo quiero reunirme con mi hijo.

—Oh, no te preocupes, lo harás —dijo la criatura, riendo con sorna. Tras ella, más zombis se arremolinaban en el umbral—. Todavía podrás moverte. Sólo voy a herirte, a hacerte un poco de daño. Entonces nos comeremos partes de ti para mantenernos fuertes. Pero dejaremos lo bastante como para que puedas andar. Hay muchos de nosotros deseando volver a caminar.

—¿Muchos de vosotros...?

—Somos muchos. ¡Somos más que las estrellas! ¡Somos más que infinitos!

La frase resonó en la cabeza de Jim, recordándole de una forma retorcida a Danny.

Hizo seis disparos y las balas se estamparon contra la carne podrida, arrancando tejido y músculo. Riendo, el zombi apretó el gatillo.

El estallido vibró por todo el sótano y la bala gimió a poca distancia de Jim. El clamor de los zombis, que corrían en masa hacia el sótano, se oía por encima de los disparos. La criatura que había sido el señor Thompson se hizo a un lado, permitiendo que bajasen las escaleras.

Jim volvió a disparar la Ruger y acertó en el ojo del señor Thompson, que reventó por completo. El fusil se le soltó de las manos y el zombi cayó de bruces al suelo. Aullando, la horda de no muertos avanzó.

Jim retrocedió hasta la ventana del sótano, apuntando y disparando conforme se movía. Quedaban ocho disparos en el cargador. Ocho zombis cayeron inertes al suelo. El resto se detuvo, colocándose en semicírculo en torno a él.

Jim siguió apuntándolos con la Ruger, moviéndola de un lado a otro y rezando para que no se diesen cuenta de que estaba vacía.

Tras él había un montón de cubos medio vacíos de sellador de asfalto apilados frente a la ventana. Se subió a ellos, equilibrándose sobre los bordes, y pensó su próximo movimiento. No podía defenderse con un cargador vacío, y si se daba la vuelta para trepar por la ventana, se le echarían encima.

—Acéptalo —dijo el zombi que una vez fue el repartidor de periódicos—. Nuestros hermanos esperan que los liberemos del Vacío. Danos tu carne como sustento para nosotros y como vehículo para ellos.

Jim movió la mano poco a poco y lentamente hacia el bolsillo de la mochila.

—¿Qué sois?

—Somos lo que antaño fue y lo que vuelve a ser. Vuestra carne es nuestra. Cuando vuestra alma os abandona, nos pertenecéis. Os consumimos. ¡Os habitamos!

Su mano se cerró en torno al cargador.

El cristal explotó tras él cuando dos brazos atravesaron la ventana. Unos dedos como ganchos lo agarraron por los hombros y lo levantaron de golpe. Filos de cristal roto le cortaron en el pecho y los brazos. Debajo, los zombis aullaban de alegría.

Su atacante lo lanzó por los aires. Aterrizó en la hierba húmeda, saboreando la sangre en su garganta.

—Hola, chalado —se burló Carrie.

—Oh, Dios —sollozó, sacando el cargador de la mochila e insertándolo de golpe en la pistola—.

Cariño, si puedes oírme, ¡aléjate! ¡No quiero dispararte!

Su voz era como hojas arrastradas por el viento.

—¿No te alegras de verme, Jim? Te he estado esperando mucho tiempo. Tenía mucha hambre. Te echaba de menos.

Jim retrocedió a medida que ella se le acercaba. Las cintas de la bata bailaban con el viento nocturno.

—¡Joder, Carrie, atrás!

—No soy la única que te ha echado de menos, Jim. Hay alguien más que quiere verte.

Algo se movió bajo la fina bata.

Sus huesudos dedos deshicieron el cordón y permitieron que la bata se desprendiese, deslizándose por sus hombros.

Jim gritó.

El abdomen de Carrie había desaparecido, devorado desde el interior. En la cavidad se revolcaba el bebé, agarrado al putrefacto cordón umbilical que los mantenía unidos a ambos. Sonriendo, movió su pequeño y acartonado brazo. La criatura que habitaba al infante intentó hablar, pero los sonidos eran ininteligibles. Su voz era profunda, gutural y antigua.

—Dale un abrazo a tu hija —chilló Carrie.

El zombi fetal dio un salto hasta el suelo dejando caer jirones húmedos de tejido con él. Gateó hacia Jim, enganchado del cordón umbilical como de una correa.

—Tenemos una niña, cariño —dijo la criatura-Carrie—. ¿No te alegras? ¡Tiene muchísima HAMBRE!

—Cariño —rogó—. No me hagas esto. ¡Tengo que reunirme con Danny! ¡Está vivo!

—No por mucho tiempo —se burló Carrie—. Alguien espera para tomar su lugar, del mismo modo que alguien espera para tomar el tuyo.

El bebé recorrió la hierba mojada, jadeando ansioso a medida que se acercaba.

—Gu... gu... gu...

Su gutural y burlón canto, compuesto por palabras a medio formar que sonaban como regüeldos, paralizó a Jim. La criatura tropezó con los restos del cordón umbilical, así que se arrancó aquel tejido putrefacto de la barriga y se acercó a su objetivo.

Unos dedos pequeños y descompuestos se frotaron contra las suelas de sus botas. Una minúscula mano le agarró el tobillo.

Jim disparó entre alaridos. La bala impactó contra el bebé, lanzándolo hacia atrás. Los gritos de Jim se perdieron en la descarga.

El bebé dejó de moverse, pero aun así volvió a disparar.

Enfurecida, Carrie corrió hacia él, con el rostro aún más desfigurado por el odio. Vomitó toda clase de obscenidades sobre él, prometiendo mil torturas.

Jim siguió gritando.

El cañón humeó mientras la pistola se calentaba en sus manos. El décimo disparo alcanzó a Carrie en la frente y la derribó al suelo.

Siguió apretando el dedo una y otra vez mucho después de que el cargador estuviese vacío.

Su boca continuaba abierta, pero sólo era capaz de emitir un quejido débil y lastimero.

Jim se puso en pie rápidamente mientras de la casa emergían más criaturas. Deslizó un tercer cargador en la Ruger y volvió a abrir fuego, apuntando mecánicamente a la cabeza con cada disparo.

Corrió hacia la carretera hasta que sus pies pisaron el asfalto.

Huyó de su casa, de su barrio, de su mujer, de su hija nonata, de su vida, y se sumió en la oscuridad dejando un rastro de lágrimas tras de sí.

Sus agónicos gritos reverberaron por las vacías calles de Lewisburg, Virginia Occidental, y no fueron oídos por ningún ser vivo.

* * *

Una hora después, mientras corría por la carretera, el miedo y la desesperación dieron paso a los calambres. Exhausto, se desplomó sobre una cuneta y perdió el conocimiento.

Despertó en una cloaca; frío, mojado y dolorido, pero no solo. Los sonidos de los muertos hacían que la noche cobrase vida. Se quitó las gotas de lluvia de las cejas y se estremeció cuando una horrible y lúgubre carcajada resonó por las colinas.

Se desvaneció al cabo de unos minutos, pero el silencio al que dio paso era igual de aterrador. Aguardó en la oscuridad. Las nubes de tormenta cubrían la luna. Sopesó si, estando en campo abierto, debía encender una cerilla o la linterna. En lugar de eso, retiró el agua de su reloj y comprobó la hora. Las tres de la mañana.

Había estado boca abajo e inconsciente todo el rato, y el agua embarrada que corría por la cloaca le había calado los vaqueros y la camisa. Tanteó en la oscuridad buscando su pistola hasta que dio con ella en la orilla.

Su mochila había permanecido prácticamente seca. Se apartó de la corriente con mucho cuidado y se la quitó de sus doloridos hombros. Algo sonó en su interior. Rebuscó entre sus pertenencias hasta pincharse en el dedo con un pedazo de cerámica rota.

La taza que había guardado como recuerdo estaba rota.

La que Danny le compró el día del padre.

Jim podía oír la voz de Danny, llena de cariño, inocencia... y terror.

Se puso en pie, gruñendo y mareado. Las rodillas le crujieron y se quedó muy quieto, comprobando si el ruido había llamado la atención de algo oculto en la oscuridad.

Empezó a trepar hacia la carretera con precaución. Entonces lo oyó. Lejano pero inconfundible.

El ronroneo de un Mopar, inconfundible y hermoso. Dos faros apuñalaron la oscuridad. Las ruedas gemían y el motor rugía con cada cambio de marcha.

—Dios, ¡gracias! —sollozó aliviado, arrastrándose hasta arriba. Dio un salto a la carretera, agitando los brazos sobre su cabeza—. ¡Eh! ¡Aquí!

El coche asomó por la carretera con un estruendo. Los haces de los focos lo alcanzaron, bañándolo de luz.

Dio otro paso.

El coche aceleró, lanzándose contra él.

—¡Joder!

Se apartó de un salto, volviendo a caer a la cloaca. Durante el salto, tuvo la oportunidad de echar un rápido vistazo a los pasajeros.

Eran zombis.

Jim se incorporó y se encogió en la oscuridad. El coche paró en seco llenando el aire de olor a goma quemada.

Sujetó la pistola.

El motor parado emitía un murmullo. Entonces oyó un portazo, seguido de otro. Y otro.

—¿Habéis visto eso? —La voz sonaba como papel de lija—. ¡Lo he lanzado por los aires!

—Pues la verdad es que no —dijo otra voz rasposa—. Ni siquiera lo has tocado.

—Y no deberías haberlo intentado —le recriminó un tercero—. ¿De qué nos sirve un cuerpo que no puede ni moverse?

—Bah, hay bastantes para todos nuestros hermanos. Vamos a divertirnos con éste.

Jim retrocedió hacia el bosque. Una calavera envuelta en piel desgarrada asomó por el barranco.

—¡Eh, carne! ¿Adónde crees que vas?

Aparecieron dos más, que empezaron a moverse colina abajo. Jim apuntó con la pistola, disparó, dio media vuelta y corrió hacia el bosque.

Sus abucheos resonaban entre los árboles mientras huía. Atravesó a toda velocidad las pegajosas enredaderas agachando la cabeza y arrancando la maleza a su paso. Se le engancharon unas ramas caídas y por un momento pensó que el árbol muerto también había vuelto a la vida, pero éstas se rompieron y pudo seguir corriendo.

A medida que se internaba en la arboleda, los ruidos de sus perseguidores se iban desvaneciendo.

Jim se reclinó sobre un roble, tomó aliento y escuchó con atención. El bosque estaba en silencio.

No se oía el canto de un pájaro ni el zumbido de un insecto; nada, ni siquiera el viento.

Intentó pensar qué hacer a continuación, pero la cabeza le daba vueltas. Podrían hablar, disparar,

¡hasta conducir, joder! ¿Había algo que no pudiesen hacer?

Pensó en las películas de zombis que había visto durante años. En las películas, las criaturas no eran inteligentes; se tambaleaban de un sitio a otro como máquinas de comer, vacías y sin consciencia. En las películas, los zombis no te devolvían el disparo. El único parecido que podía encontrar entre los de la vida real y los del cine es que ambos eran lentos y comían carne humana.

Su falta de velocidad era una ventaja obvia: lo único que tenía que hacer era poner tierra de por medio entre ellos y él. Pero lo que les faltaba de movilidad lo compensaban con malicia. Eran inteligentes. Podían planear y calcular.

No bastaba con ser más rápido que ellos: tenía que ser más inteligente.

Su objetivo era llegar a White Sulphur Springs a pie y robar un coche en el concesionario Chevrolet local; una vez hecho, viajaría de la interestatal 64 a la 81 norte. Eso le llevaría a Pensilvania, desde donde podría dirigirse a Nueva Jersey.

Jim se dio cuenta de que su plan tenía una laguna: las criaturas podían conducir y no sabía en qué estado estaban las autopistas. Podían estar llenas de trampas listas para supervivientes incautos como él.

¡Pero no podía ir a pie! ¡Tenía que reunirse con Danny, y pronto! Nueva Jersey estaba a doce horas en coche; recorrer esa distancia a pie era inconcebible. Su hijo estaría muerto para cuando llegase. De hecho, ni siquiera ese viaje de doce horas garantizaba que llegase a tiempo.

¿Entonces qué coño estoy haciendo? ¡Seguro que ya está muerto!

Los ruegos de Danny resonaron en sus oídos. Se golpeó las orejas, agitó la cabeza y siguió adelante.

Jim había pasado la mayor parte de su vida cazando ciervos y pavos en las montañas de los alrededores de Lewisburg. White Sulphur Springs estaba a unos ocho o diez kilómetros de distancia, pasando un bosque espeso y un par de cadenas montañosas. Una vez allí, podría equiparse con mejores armas, encontrar un fusil para sustituir el que perdió en su encuentro con el señor Thompson y continuar. Si no se topaba con ningún contratiempo, llegaría a White Sulphur Springs al amanecer.

Pero tenía que idear un plan que cubriese desde el «ahora» hasta el «entonces».

Siguió caminando, engullido por las sombras de los árboles.

En las alturas, un chotacabras cantaba su solitaria canción.

La abuela de Jim siempre decía que oír un chotacabras por la noche significaba que alguien cercano a ti iba a morir.

El pájaro volvió a cantar y Jim se detuvo en seco. Estaba posado justo enfrente de él.

Y estaba vivo.

Volvió a trinar y desplegó las alas.

—Me alegro de comprobar que no soy el único —susurró—. Ojalá tuviese tus alas.

El pájaro alzó el vuelo perdiéndose en la oscuridad.

Siguió caminando.

Capítulo 4

El anciano se había sentado en el banco a dar de comer a las palomas. Sus cadáveres hinchados revoloteaban a su alrededor. Frankie contemplaba desde la seguridad de los servicios cómo aquellos pájaros muertos lo devoraban: uno de ellos tenía un ojo colgando de la cuenca; dio una pasada, y reclamó el ojo izquierdo del anciano para sí. Tiras enteras de carne eran desmenuzadas por aquellos picos frenéticos y puntiagudos.

El anciano no gritó.

Estaba sentado en completo silencio y parecía no ser consciente de lo que estaba ocurriendo. Se pasó la mano distraídamente por un lado de la cabeza y los restos destrozados de su oreja derecha mancharon el cuello blanco de su camisa.

—Malditos canallas —le oyó murmurar.

Una paloma se lanzó en picado hacia la jugosa ofrenda de su lengua. Cuando el pico se cerró en torno a la carne y arrancó un pedazo, su boca se llenó de sangre.

—¡Vuela! ¡Sé libre! —gritó, aleteando los brazos sin levantarse. Las palomas que lo rodeaban se agitaron y se colocaron en círculo en torno a él. En cuanto dejó de moverse, los pájaros volvieron a abalanzarse sobre él.

—Puto colgado —murmuró Frankie, apretando los dientes.

El viejo seguía moviéndose bajo aquella tormenta de picos. Se retorció y reía, como si le hicieran cosquillas.

Ella volvió a temblar, aunque no sabía si por asco, necesidad o miedo. Empezó a volverle el mono. Las costras que plagaban sus delgados brazos empezaron a picarle, y tres uñas roídas y romas empezaron a rascarlas con fruición. Necesitaba un chute. Necesitaba un poco de caballo. Y lo necesitaba ya.

Esa necesidad la había llevado al zoo de Baltimore. De la sartén a las brasas.

T-Bone, Horn Dawg y el resto la habían visto trepar la verja, eso estaba claro. La pregunta era: ¿La habían seguido? ¿La dejarían irse, la dejarían descansar? ¿Descansar?

Sí, descansar. Descansar después de correr por toda la ciudad.

Descansar para siempre. En paz.

Frankie pensó que podía llegar a morir ahí mismo, en unos servicios de caballeros rodeados de animales muertos y hambrientos y de una banda de camellos de heroína que querían la bolsa que ella llevaba. El valor en la calle de esa bolsa de heroína en particular se había puesto por las nubes, porque ya no quedaban más.

Por desgracia, estaba a punto de terminarla. Pensó que a T-Bone y al resto no les iba a hacer ni pizca de gracia saberlo.

El viejo llevaba un rato en absoluto silencio, así que Frankie abrió la puerta con mucho cuidado. Su traje negro era una amalgama rosa de músculo expuesto y terminaciones nerviosas. Su pecho seguía subiendo y bajando: la vida que sus padres le habían dado no lo abandonaría tan fácilmente. No se iría sin pelear.

Pero la muerte era más fuerte.

Y paciente.

Lo vio morir y pensó cuánto tiempo pasaría hasta que volviese.

Sus brazos se estremecieron. Se le formó un nudo en el estómago y notó como si se le hubiese vaciado de golpe. Hurgó en el bolsillo en busca de algo para aliviar la sensación. Lo poco que quedaba.

Lo preparó todo: la papelina, la cuchara y el mechero, y empezó a lamerse los labios. Pronto, ninguno de esos pensamientos importaría: ni el viejo, ni las palomas ni T-Bone y el resto; ni siquiera el bebé. Lo único que importaban eran aquellas marcas egoístas que cubrían sus brazos y que reclamaban hambrientas la aguja como bocas de recién nacidos.

Hizo un nudo. La aguja encontró una vena buena. Apretó.

Su sangre empezó a cantar una melodía dulce y suave que la meció como una nana. Unos segundos después, llegó la conocida euforia. El suave calor en la tripa. Se sintió envuelta en

algodón. Con el rostro sonrojado y las pupilas contraídas, Frankie salió de los servicios y se internó en el zoo, flotando más allá de las ruinas de Baltimore y el mundo.

* * *

Frankie estaba tumbada en el hospital. Las brillantes luces le hacían daño en los ojos. Una multitud de caras cubiertas por un velo neblinoso la contemplaba impasible. Su sangre brillaba en los guantes del médico.

Sentía dolor. Estaba deshecha de dentro afuera, pero los médicos y enfermeras no la entendían o sencillamente les daba igual. Mientras hablaban de las noticias de la mañana (¿un muerto que había vuelto a la vida?), ella podía verlo reflejado en sus ojos. Podía leer sus pensamientos en ellos. «Otra puta yonqui trayendo al mundo un hijo no deseado.» Que se fuesen a la mierda; ¿qué más daba lo que pensasen? ¡Deberían estar impresionados! La mayoría de consumidoras de heroína tenían abortos espontáneos, mientras que ella había sido lo bastante fuerte como para llevarlo a término.

Cuanto antes acabase, antes podría llevarse a su bebé y marcharse... (Chutarse.)

... Sintió que algo se le había rasgado y lanzó un aullido agónico. El médico dijo que iba a tener que cortar.

—No empujes.

—¡Que te follen! —gritó.

Frankie empujó con todas sus fuerzas, empujó hasta que sintió que se le iba a partir la columna. Algo se rompió. Pese al dolor, lo sintió. Se había roto algo pequeño, pero importante.

—¡Empuja! —la instó el doctor.

—¡Aclárate de una puta vez! —gritó Frankie sin dejar de intentarlo. La agonía aumentó hasta llegar a su punto álgido y entonces, en ese mismo instante, la presión desapareció y Frankie se echó a llorar. Era la única.

—No me sorprende —oyó murmurar a una enfermera.

—Apunto a las 5:17 de la tarde —respondió el médico.

—Mi bebé —rogó Frankie, con los labios rotos y secos—. ¿Qué le pasa a mi bebé?

La enfermera se marchó con el infante.

—¡MI BEBÉ!

La enfermera dio media vuelta y se la quedó mirando. No dijo nada, pero Frankie lo sabía. Lo sabía. Muerto. Recién nacido.

Entonces la aguja penetró en su brazo. Por fin, bendita aguja...

La enfermera desapareció tras el umbral junto a su bebé.

Frankie cerró los ojos por un instante. Se abrieron de par en par cuando, en el pasillo, su bebé muerto empezó a llorar y las enfermeras gritaron.

* * *

Los gritos continuaron cuando Frankie se levantó. Se había quedado dormida. Normalmente podía pasar así entre tres y cuatro horas, pero esta vez no podía calcular cuánto tiempo llevaba. Había oscurecido, y tembló de frío contra la pared del baño.

El grito provenía del exterior. Tardó un rato en recuperar la consciencia. Sus miembros, pesados, seguían adormecidos.

Se arrastró hasta la puerta y echó un vistazo al exterior mientras temblaba por la combinación de heroína y frío.

El viejo estaba moviéndose de nuevo...

... y Marquon lo había encontrado.

El pandillero profirió más gritos de terror, con la boca totalmente desencajada, cuando el viejo alcanzó su barriga y extrajo de ella un húmedo y largo premio. Se desplomó, agitando brazos y piernas, mientras el zombi seguía escarbando. La Tec-9 de Marquon reposaba, olvidada, en la hierba. Algo reventó en su interior, vertiendo su contenido entre aquellos dedos huesudos como plastilina.

Marquon no volvió a hacer un ruido.

Frankie se derrumbó, con la espalda deslizándose por el muro y el pánico fulminando los efectos

del colocón. Que Marquon hubiese entrado significaba que el resto también estaba aquí.

Estaban en el zoo, con las demás bestias.

En ese preciso instante oyó disparos, seguidos de un grito. El móvil de Marquon empezó a sonar. No podía creer lo que ocurrió a continuación, pero estaba convencida de que era cosa de las drogas.

El viejo cogió el móvil, lo observó y habló.

—Mandad más...

Apagó el móvil con su mano cubierta de entrañas y siguió comiendo.

Frankie se dirigió a cuatro patas hasta el lavabo más cercano. Se estiró hasta la sucia porcelana y se echó un poco de agua en su demacrado rostro. Luego se puso de pie, intentando pensar.

Escuchó unas voces, pero esta vez estaban mucho más cerca. Reconocía esas voces.

—¡La hostia, tío, pero mira qué mierda!

Horn Dawg.

—Marquon. Será hijo de la gran puta el negrata, le dije que no hiciese el gilipollas. Míralo ahora. T-Bone.

—¡Pero mira por dónde, el postre! Ahora mismo estoy con ustedes, caballeros.

El zombi.

La respuesta fue una andanada de disparos seguida de otro timbre. Al principio Frankie pensó que eran sus oídos, pero se dio cuenta de que era otro teléfono móvil.

—Hey —dijo T-Bone, interrumpiendo súbitamente el estruendo—. ¿Qué pasa?

Silencio, seguido de un «¡Putos idiotas de los huevos! ¿Cómo que se ha escapado de su puta jaula? Hostias, ¿es que pensaba que esa zorra iba a estar ahí escondida?».

Frankie volvió a asomar por la puerta en el momento en que T-Bone guardaba el móvil en el bolsillo, lleno de rabia. El zombi era una pila de carne cosida a balazos que descansaba ante ellos.

—¿Quién era? —preguntó Horn Dawg.

—El C de los cojones, que dice que Willie ha sacado al puto león de su jaula porque pensaba que esa zorra podía estar escondida ahí dentro. El muy gilipollas le pegó un tiro al candado.

—Tío, igual es mejor que nos olvidemos de todo esto —replicó Horn Dawg, pálido—. ¿Un puto león suelto? Para nada, tío, yo paso.

—Tío, que le follen al león —escupió T-Bone—. Y que te follen a ti también; de aquí no nos vamos hasta que la encontremos. Y pégale un tiro en la cabeza a Marquon; sólo nos falta que se levante y le dé por jalarle a un hermano.

Horn Dawg obedeció con un único disparo. Volvió a mirar a T-Bone.

—¿Te dijo C si el león estaba vivo o muerto?

—¿Y tú qué coño crees, negro? Llevan ahí metidos en sus jaulas ni se sabe cuánto, ¿te crees que sigue vivo? Y te digo otra cosa: el C de los cojones está hasta el culo de crack; dice que el león le ha hablado.

De los arbustos más allá de la fuente llegó un súbito rugido, grave y estremecedor, una sinfonía de perfecta furia bestial. Entonces el follaje se separó y la silueta del rey de la selva se perfiló frente a la luna.

El rey estaba muerto. Larga vida al rey.

El león sonrió.

Salió disparado y los pandilleros huyeron en busca de refugio.

El refugio de Frankie.

Ella corrió hacia una de las letrinas, abrió una puerta y la cerró tras de sí en el momento exacto en que la puerta exterior se abrió de golpe.

—¡Dispara a ese cabrón! —Gritó Horn Dawg—. ¡Fríe a ese hijoputa!

En vez de eso, T-Bone cerró la puerta y apretó el hombro contra ella.

—¡No puedo disparar, negro! ¡Tengo el cargador vacío! ¡Por eso te pedí que le pegases un tiro a Marquon! Ahora trae un cubo de basura y ponlo frente a la puerta.

—Tío, un puto cubo de basura no va a parar a un león muerto —dijo Horn Dawg mientras

colocaba el cubo—. Espero que sea demasiado grande para pasar por la puerta; si no, estamos jodidos.

—La muy puta... esa zorra yonqui está bien jodida como le ponga la mano encima. Mira que meterme en esta mierda...

Un arañazo en la puerta hizo callar a los dos. Frankie se puso en cuclillas sobre la taza del váter, encerrada en la letrina, y contuvo la respiración en su pecho. Si aquella cosa entraba, no se conformaría con T-Bone y Horn Dawg, pero si se movía y les revelaba su posición, el león sería un regalo en comparación. De eso estaba bien segura, y ese convencimiento se traducía en un sudor grueso que manaba de todos sus poros. Tenía la certeza de que iba a morir.

Dios, ¿por qué había tenido que quedarse sin caballo? ¿Por qué así? No podía morir así. ¿Por qué no podía morir feliz? ¿Por qué no podía morir colocada?

El váter a sus pies estaba frío.

El león habló, culminando cada palabra con un rugido: aquellas cuerdas vocales nunca habían formulado palabras, pero estaban empezando a hacerlo.

Aquellas palabras pertenecían a un idioma que Frankie jamás había oído... ni ella ni nadie de este planeta. Era como si algo en el interior del león intentase hablar, como si estuviese controlando aquellas cuerdas vocales para sus propios fines. Pero la lengua de un león no está diseñada para hablar.

¿Cierto?

—Hijo de puta —susurró T-Bone mientras el león arañaba la puerta, esta vez con más insistencia.

—Tío, no sé cómo lo verás, pero tenemos que largarnos de aquí echando hostias.

—Vale —gritó T-Bone—, ¡pues empieza a buscar una puta salida!

Los arañazos se volvieron furiosos, al igual que los rugidos de rabia y las deformadas palabras que los acompañaban. El cubo de la basura vibraba cada vez que las zarpas del león aporreaban el otro lado de la puerta. Frankie los oyó correr por delante de su letrina y luego intentar trepar por la ventana del otro extremo. Estaba muy alta, así que T-Bone se subió a los hombros de Horn Dawg para alcanzarla y rompió el cristal con la culata de su pistola.

Frankie imploró a cada ápice de su cuerpo que permaneciese en silencio y quieto. Si revelaba su posición, podía darse por muerta.

Al menos a T-Bone no le quedaban balas, así que tenía una oportunidad. Una oportunidad pequeña, pero mejor que estar subida a un váter mientras un león muerto entraba por la fuerza en el baño o que T-Bone y Horn Dawg la encontrasen.

T-Bone apartó los cristales y empezó a tirar hacia arriba cuando la puerta del baño se hizo pedazos. Horn Dawg gritó. T-Bone consiguió subirse hasta el borde de la ventana.

—¡Súbeme, negro! ¡Súbeme! —gritó Horn Dawg.

Frankie escuchó cómo intentaba trepar por la resbaladiza pared de baldosa, pero sus zapatillas patinaban inútilmente por ella. Entonces oyó un ruido sordo: T-Bone debía de haber saltado al otro lado de la ventana.

—Hijo de... —Horn Dawg no había terminado la frase cuando las mandíbulas del león le partieron la columna.

Frankie cerró los ojos, tratando de ignorar los sonidos del león comiendo, de la carne rasgada y las dentelladas. Pero se oía otro sonido más suave, escondido en la sinfonía de la carnicería. Un zumbido constante. Tardó un momento en darse cuenta de que eran las moscas que vivían bajo la piel del león muerto.

El hedor era horrible, un repugnante miasma de pelo mojado y carne putrefacta que hacía que el olor de los urinarios fuese agradable en comparación con él.

Frankie bajó del retrete de un salto y abrió la puerta de golpe en cuanto sus pies tocaron el suelo. Se hizo el silencio salvo por su respiración entrecortada e irregular, que resonaba amplificadas entre las paredes de baldosa. El león giró su desaliñada melena lentamente hacia ella mientras emitía un mudo rugido. T-Bone gritó algo desde su posición privilegiada en la ventana, pero tampoco lo oyó.

El león se dio la vuelta, orientándose hacia ella. Le colgaban pedazos de Horn Dawg de sus encías ennegrecidas y sus ojos hundidos emitían un brillo hambriento. Sus músculos muertos, libres del rigor mortis, se tensaron como un cable de acero mientras se preparaba para saltar.

Frankie agarró el pomo de la puerta con toda su alma, pateando con desesperación el cubo de basura que el león había echado a un lado. Empujó con fuerza, pero la puerta no se movió un milímetro. Sollozando, le dio un golpe con el hombro, pero siguió sin moverse.

Los sonidos empezaron a volver, ganando intensidad. El león emitió un rugido que, pese a ser seco y áspero, no había perdido un ápice de su ferocidad. El hedor a carroña lo invadió todo.

—Putra idiota —rió T-Bone desde la ventana—. ¿Es que no sabes leer? Date por jodida.

Frankie miró hacia arriba.

El desgastado cartel le gritó «TIRAR» en la cara.

Frankie tiró del pomo hacia sí.

El león dio un salto.

Se coló por el hueco de la puerta, adentrándose en la oscuridad. El aire era repugnante y estaba viciado, pero era el aire más dulce que jamás había respirado. Tomó una buena bocanada y salió corriendo.

Tras ella, los baños temblaron hasta los cimientos cuando el león chocó de frente contra la puerta, cerrándola de golpe. Escuchó más zarpazos desde el interior. El león rugió, atrapado.

Frankie caminó unos metros de espaldas, con todos sus sentidos a flor de piel. Los ruidos de frustración del león, el murmullo seco de las hojas de los arbustos, cada sonido le infundía un terror que le recorría el espinazo. Se sentía como un ratón sabiéndose observado por un búho desde las alturas o por una serpiente desde su morada subterránea.

Sintió que el suelo había cambiado bajo sus pies: el camino de cemento que llevaba al baño se había convertido en el paseo asfaltado que atravesaba el zoo. En la lejanía, T-Bone pedía refuerzos a gritos a través del móvil.

Dos monos, muertos desde hacía mucho, la agarraron desde una jaula a su izquierda. Ése fue todo el incentivo que necesitó para echar a correr: mejor muerta que en manos de los muertos vivientes.

Una brisa le alborotó el pelo. Traía con ella un sonido distante. El de un bebé llorando.

Llegó a un edificio bajo y plano que estaba a su izquierda. Abrió la puerta y entró. Algo húmedo crujió bajo sus pies.

No quería mirar abajo, pero lo hizo de todas formas. Fuese lo que fuese aquello, ahora era rojo, húmedo e inidentificable. Los gusanos, pálidos, ciegos e hinchados, escarbaban y se revolvían, abriendo pasadizos en aquella carne desconocida. Sollozando, Frankie se alejó de los despojos. Su pie dejó huellas sangrientas por todo el suelo de azulejo.

Los gusanos siguieron a lo suyo, ajenos a cualquier estímulo. Se preguntó si estaban vivos o muertos. ¿Acaso importaba?

Sobre ella, oculto en la oscuridad y las telarañas, algo emitió un sonido parecido al de la lija frotando una pizarra.

Dio un rápido paso atrás y chocó contra una superficie de cristal. Frankie se dio la vuelta mientras se mordía el labio. El terrario era oscuro. En su interior, algo reptaba pesadamente hacia ella. La cabeza esquelética de una iguana, cadavérica y amenazadora, se estampó contra el grueso cristal, dejando pedazos de sí misma sobre aquella barrera invisible.

Volvió a oír aquel sonido que provenía de arriba. Era incapaz de identificarlo. Antes de poder determinar de dónde procedía, una sombra cruzó el umbral.

—Pero mira por dónde —dijo C—. ¡Te pillé, Frankie!

Frankie se quedó helada. Sus cansados y enrojecidos ojos se clavaron en el cuchillo que C sostenía en su mano derecha. Tras ella, la iguana volvió a darle un cabezazo al cristal, negándose a que aquella barrera interfiriese en sus ansias de carne.

—Tú —dijo C por el móvil—. Tengo a la zorra, está donde las serpientes.

—Escucha, C —rogó Frankie—. Podemos llegar a un acuerdo. Puedo ocuparme de ti; T-Bone no tiene por qué enterarse.

—Venga ya, zorra —escupió—. ¿Crees que te metería la polla? ¡Y una mierda! Además, todavía no voy a mandarte al otro barrio: T-Bone quiere divertirse un poco contigo antes.

Dio un salto y Frankie lo esquivó. A C se le cayó el móvil, pero consiguió agarrarla del pelo y tiró con fuerza. Frankie gritó y se quedó paralizada de miedo. El móvil se deslizó por los azulejos mientras el siseo procedente del techo se volvía cada vez más cercano.

C estampó la cabeza de Frankie contra el suelo, lo que provocó un estruendo contra los azulejos. Le pitaron los oídos y se le nubló la vista. Un reguero de sangre salada le corrió por la garganta.

Riendo, C se puso a horcajadas sobre ella, aplastándole el pecho bajo su peso. Le abrió la camisa de un corte y trazó una línea escarlata entre sus pechos con el filo.

—Esto ya es otra cosa —se regodeó—. Igual pillo un poco de cacho antes de que llegue el resto.

—Su sonrisa lasciva reveló su diente de oro, que brilló en la oscuridad, mientras deslizaba la hoja justo por debajo del pezón—. ¿Entiendes por dónde voy?

Frankie contuvo la respiración, demasiado asustada para moverse.

C apretó un poco más, derramando más sangre.

—Responde, zorra, ¿me entiendes?

—Por favor, C, no...

Algo largo y blanco cayó del techo y se enroscó en torno a él.

Los ojos de C se abrieron de par en par mientras la carne descompuesta lo envolvía. La anaconda había sido la atracción más popular del Medio Este, e incluso muerta seguía siendo magnífica. Sin embargo, Frankie no se quedó a contemplar su mórbida belleza: estaba demasiado ocupada reptando hacia atrás y sangrando como para maravillarse de la potencia y velocidad de la serpiente.

No obstante, sí reparó en su hinchada longitud y en sus huesos, visiblemente marcados sobre la piel acartonada. Apretó a su presa, observándola con un único ojo malicioso. El otro estaba vacío, a excepción de los gusanos que se revolvían en la cuenca.

Frankie volvió a gritar.

C, sin embargo, no pudo. Su piel oscura se tornó violácea mientras la serpiente no muerta lo apretaba. Sus piernas, cadera y pecho estaban ocultos bajo setenta kilos de carne en descomposición.

Frankie se puso en pie y corrió hasta una oficina cercana. Temblando, cerró la puerta de un golpe tras de sí. Apretó lo que quedaba de su rasgada camisa contra la herida, deteniendo el flujo de sangre, y echó un vistazo al corte. Le alivió comprobar que no era profundo. Su pezón seguía intacto.

Inspeccionó la habitación en busca de un arma. Las estanterías de roble lucían tomos polvorientos de tradiciones biológicas olvidadas que jamás volverían a practicarse. Un escritorio a juego reposaba en mitad de la habitación. Sobre él había una carpeta, unas bandejas rebosantes de papeles, una grabadora de cinta y una taza llena con varios bolígrafos.

Cruzó la habitación y empezó a buscar entre los armarios. Una familia rodeada por un marco le sonrió, contemplando sus acciones con miradas que permanecerían impávidas para siempre. Una familia típicamente americana: un marido, una mujer y dos hijos, niño y niña. La niña era la más joven, tendría unos cuatro o cinco años. Era adorable.

¿Seguiría viva?

Creyó volver a oír el llanto de un niño.

Se tapó las orejas con las manos al tiempo que cerraba los ojos con fuerza. «¡Ya basta, ya basta, YA BASTA!»

Siguió escuchando aquel sonido fantasmal.

Echó un vistazo a los bolígrafos del escritorio. ¿Tendría el valor de incrustarse uno en el ojo, empujándolo hasta que pinchase la membrana y se hundiese en el cerebro?

Abrió el cajón inferior y descubrió un revólver. Era viejo. Hurgó por todo el escritorio en busca de balas, pero sólo encontró los restos mohosos de varias bolsas de bollitos. Abrió el tambor y se rió a carcajadas cuando comprobó que estaba lleno. Seis balas la contemplaron desde su angosto confinamiento.

Puso el tambor en su posición original y empezó a tener algo de fe. Entonces volvió a oír al bebé, esta vez más alto y con mayor insistencia. Se acercó a la ventana y echó un vistazo. Un seto le bloqueaba la visión de la explanada, pero la parte trasera del reptilario estaba desierta. Frankie apretó los dientes, tiró de la ventana hacia arriba y la abrió, arrastrándose hacia el exterior, frío por la brisa nocturna. Se dirigió hacia los arbustos en cuclillas. Algo hizo un ruido al otro lado. Frankie levantó la pistola. Salió disparada del follaje y a punto estuvo de tropezar con la sillita de bebé. Estaba volcada de lado, la mitad sobre la acera, la otra mitad sobre la hierba. Atado a ella por unas correas había un bebé. Levantó su diminuta cabeza, la miró y gimió. La blusa rosa que llevaba estaba sucia y manchada por los elementos y por sus propios fluidos. Su cuero cabelludo, que había estado cubierto por una fina capa de suave cabello, exhibía varias zonas totalmente peladas que revelaban el reflejo apagado del hueso. Peleaba inútilmente contra sus ataduras, intentando alcanzarla. Sus cadenciosos quejidos continuaron, transmitiendo hambre y necesidad de consuelo. La expresión en el rostro de Frankie se desmoronó. Se arrastró hasta el bebé mientras las lágrimas corrían por sus pálidas mejillas cubiertas de sangre y suciedad. Agarró la silla y la puso en pie; el bebé la arrulló, abriendo y cerrando sus mugrientos puños. Ella le ofreció el dedo y el bebé cerró su fría y esquelética mano en torno a él con deleite. Los ojos del bebé se dirigieron poco a poco hacia los de Frankie. Su expresión vacía se extinguió cuando el bebé se lanzó hacia ella súbitamente, abriendo su oscura y hambrienta boca en un intento por darle un mordisco a la mano. Frankie gritó, sacando el dedo de la mano del zombi. —¿Qué cojones ha sido eso? Frankie se escondió detrás del seto justo cuando T-Bone y dos matones más aparecían tras la esquina, atraídos por el llanto del bebé. —Latron, da un rodeo a ver qué ves —ordenó T-Bone a uno de los hombres, que desapareció tras la esquina del reptilario. —La hostia —dijo el otro—. ¡Es un bebé! —¡No me digas, negro! —Escupió T-Bone, ahogando con su grito el llanto del pequeño—. ¿Te crees que soy idiota, Terrell? Pégale un tiro mientras miro por esa ventana. Terrell apuntó la escopeta que llevaba hacia la silla y tiró de la corredera hacia atrás. Abrió los ojos de par en par. —No voy a pegarle un tiro a un bebé, T-Bone. —¡Ya no es un bebé! ¡Y ahora dispara a esa puta cosa y vamos a por la zorra! Como si quisiese confirmar lo que acababa de decir, los chillidos del bebé se convirtieron en maldiciones. Terrell lo partió por la mitad de un disparo, pero, aun así, siguió maldiciendo. Sacó el cartucho usado y el siguiente reventó la cabeza de la criatura. Frankie salió gritando de entre los arbustos y disparó cuatro veces sobre el matón antes de que éste pudiese apretar el gatillo. Después dejó escapar un gruñido y disparó a T-Bone. El pandillero se echó cuerpo a tierra sobre el pavimento, sacó el arma que había pertenecido a Marquon y respondió con una ráfaga. Los disparos iban muy bajos y rociaron a Frankie con fragmentos de asfalto y tierra, pero no dieron en el blanco. Unos gritos horribles surgieron del reptilario cuando Latron sucumbió al mismo destino que C. Los alaridos del hombre distrajeron a T-Bone y Frankie aprovechó para disparar. Una flor carmesí brotó de la frente de T-Bone. Gruñó, se convulsionó y, finalmente, se quedó quieto. Frankie disparó la última bala en la cabeza de Terrell para asegurarse de que no se volvería a levantar. El zoo permaneció en silencio.

Echó un vistazo a los restos del bebé y dio media vuelta.
Huir por las calles de la ciudad era un suicidio. Baltimore hervía de gente durante cualquier noche, y ahora la rondaban los muertos vivientes.
Se preguntó cuántos de ellos estarían arrastrándose hacia el zoo, atraídos por el tiroteo.
Las calles y callejones estaban descartados, al igual que la carretera de circunvalación. Valoró la posibilidad de esconderse en el tejado de unas casas cercanas, pero aquello tampoco era una buena opción. Se estremeció al recordar al anciano y las palomas.
Empezó a picarle la piel. Su cuerpo volvía a pedirle un chute.
Una tapa de alcantarilla llamó su atención y corrió hacia ella.
Algo emitió un chillido desde las sombras. Puede que fuese un mono, aunque ni sabía ni quería comprobar si estaba vivo o muerto. Agarró la tapa de hierro y empezó a tirar. No se movía. Sus uñas amarillentas se doblaron y rompieron, pero aun así siguió tirando.
Empezó a oír pasos detrás de ella.
Tres criaturas se le acercaban, vestidas con los atuendos de su pasada existencia. Un hombre de negocios, con la corbata roja hundida en su garganta hinchada y llena de manchas. Una enfermera, cuyo uniforme blanco estaba ahora teñido por toda clase de fluidos corporales. Un empleado de mantenimiento, con el logotipo del zoo todavía visible sobre su pecho izquierdo. Llevaba una especie de porra eléctrica, que arrojó hacia delante y crepitó en la oscuridad.
Avanzaron hacia ella entre risas.
Frankie tembló mientras tiraba frenéticamente de la obstinada tapa. Algo se rasgó en su espalda, pero siguió tirando. Los abscesos de sus brazos se rompieron, manando sangre mezclada con pus amarillento.
La tapa se levantó con un crujido y la apartó a un lado.
Los zombis se acercaban. No dijeron una palabra, pero a Frankie su silencio le resultó aún más perturbador. Pensó en el bebé. Aquel bebé zombi que parecía tan indefenso...
Con los brazos debilitados y las colapsadas venas hechas polvo, sacó fuerzas para levantar el brazo y extender el dedo corazón. Entonces se dejó caer por el agujero y la oscuridad la engulló.
Volvía a huir. Y aunque podía correr más que los zombis, no podía huir de sí misma... o del ansia que fermentaba en sus venas.

Capítulo 5

Martin contempló a Jesús crucificado y pensó en la resurrección.

Lázaro permaneció muerto en su tumba durante cuatro días antes de que Jesús se acercase a él. Martin cogió su Biblia anotada de Scofield y la abrió por el evangelio de san Juan. En el capítulo 11, versículo 39, Marta le decía a Jesús: «ha empezado a oler, pues lleva muerto cuatro días».

Era bastante específico.

También lo era la referencia a Jesús devolviendo a Lázaro a la vida. «¡Lázaro, levántate y anda!»; y el cadáver, aún cubierto por su sudario, hizo exactamente eso. Después Jesús ordenó a la muchedumbre que dejase libre a Lázaro, tras lo cual Juan daba el pasaje por concluido y pasaba a narrar la conversión de los judíos y la conspiración de los fariseos.

La Biblia no decía en ningún momento que Lázaro empezase a comer gente.

La Biblia que Martin había conocido, enseñado y amado los últimos cuarenta años estaba llena de ejemplos de muertos que volvían a la vida. Pero no así.

—Aquel que crea tendrá la vida eterna —dijo Martin. Su voz sonó muy baja en la iglesia vacía.

Se preguntó si las criaturas que había visto merodeando por las calles seguían siendo creyentes.

Hubo un tiempo en que muchas de ellas habían sido miembros de su congregación.

Martin había visto muchas cosas en sesenta años. Había sobrevivido al mordisco de una serpiente venenosa cuando tenía siete años y a una neumonía cuando tenía diez. Sirvió como capellán de la Marina durante la guerra de Vietnam y volvió vivo a casa; pero, a cambio, la Tormenta del Desierto se cobró a su hijo. A su único hijo. Había sobrevivido a su mujer, Chesya, que murió cinco años atrás por un cáncer de mama.

La fe le hizo seguir adelante.

Ahora necesitaba esa fe y se aferraba a ella como un náufrago a un bote salvavidas.

Pero también llegó a cuestionarla. No era la primera vez: el Señor le había puesto a prueba en numerosas ocasiones durante años, aunque nunca con algo tan radical como esto. Pero, como Martin solía decirle a su rebaño, «el buen Señor no pierde el tiempo probando a quienes no tienen mucho que ofrecer».

Caminó por la iglesia hasta una ventana llena de manchas y echó un vistazo por uno de los huecos que dejaban los tablones de madera que la cubrían.

Aunque todavía no había amanecido, la oscuridad estaba empezando a desvanecerse. Becky Gingerich, la organista de la iglesia, había perdido su sucio vestido a lo largo de la noche. Ahora deambulaba entre los arbustos, cubierta sólo por un par de medias de algodón que habían dejado de ser blancas hacía mucho, con sus pechos caídos bamboleándose de un lado a otro. Mordió un antebrazo como si fuese un muslo de pollo, lo tiró a un lado y se quedó con la mirada perdida en la lejanía, gimiendo. Algo había llamado su atención.

Apareció un hombre, cojeando lentamente calle abajo. Sus vaqueros y su camisa de franela estaban sucios y gastados. Sujetaba una pistola, pero ésta colgaba inerte a su lado. No pareció advertir al cadáver que caminaba entre las sombras. Agotado, cayó de rodillas sobre la acera.

Los arbustos susurraron y Becky salió corriendo hacia él. Casi inconsciente, el hombre parecía no percibir el peligro.

—¡Eh! —Gritó Martin, dando puñetazos contra la ventana—. ¡Cuidado!

Corrió hacia la entrada murmurando una rápida oración y apartó con gran esfuerzo el banco de madera que bloqueaba la puerta. Lo dejó a un lado, cogió la escopeta del perchero, abrió los cuatro cerrojos recientemente instalados y se dirigió a toda prisa al exterior.

Al oír aquel jaleo, el extraño giró la cabeza y vio al zombi que se dirigía hacia él. Levantó la pistola, disparó y la bala atravesó el hombro de la mujer de lado a lado. El segundo disparo falló del todo y Martin, que ya estaba a la altura del jardín, se agachó por precaución.

El hombre volvió a apretar el gatillo y falló una vez más. Disparó por cuarta vez, pero el cargador estaba vacío. Confundido, contempló la pistola y después clavó su mirada en Becky.

Cerró los ojos y Martin le oyó susurrar «lo siento, Danny».

Martin descerrajó una perdigonada sobre la espalda de la criatura y ésta cayó de bruces sobre la acera, rompiéndose los dientes amarillos contra el pavimento.

Martin metió un cartucho en la cámara y encañonó al zombi en la nuca.

Becky gritó de rabia.

—Ve con Dios, Rebecca.

La acera quedó salpicada con pedazos de cráneo y cerebro que formaron una especie de mancha de Rorschach.

El sol empezó a asomar sobre los tejados. El rugido de la escopeta reverberó por las tranquilas calles, recibiendo al amanecer.

—Me temo que esto va a llamar mucho la atención. ¡Será mejor que vayamos adentro!

El viejo afroamericano extendió su mano hacia Jim, que la sujetó con fuerza. Pese a su edad, el agarre de aquel hombre era firme. Llevaba un pantalón caqui y zapatos negros, y algo blanco asomaba bajo el cuello de su jersey amarillo.

Un alzacuello de sacerdote.

—Gracias, padre —dijo Jim.

—Reverendo, si no le importa —le corrigió el anciano, sonriendo—. Reverendo Thomas Martin. Y no hace falta que me dé las gracias. Dele gracias a Dios cuando estemos a salvo.

—Jim Thurmond. Tiene razón, salgamos de las calles.

Una sucesión de gritos hambrientos fue todo el incentivo que necesitaron.

—¿Es su iglesia, reverendo?

El anciano sonrió.

—Es la iglesia de Dios, yo sólo trabajo aquí.

* * *

Martin improvisó una cama usando mantas y un banco. Jim se opuso, insistiendo en que sólo necesitaba descansar un momento, pero cayó en seguida en un profundo aunque perturbado sueño. Martin sorbió un poco de café instantáneo y echó un vistazo al reloj, escuchando de vez en cuando a las criaturas que moraban en el exterior.

Poco después del mediodía, un zombi perdido encontró el cadáver de Becky y empezó a comerse los restos. Martin contempló asqueado cómo otras criaturas se acercaban al festín como hormigas. De vez en cuando, echaban un vistazo alrededor de la iglesia y de las casas cercanas. Martin se preguntó si se pondrían a investigar, pero parecían satisfechas con el almuerzo que habían encontrado.

Una hora después, cuando el grupo de fétidas criaturas se dispersó, no quedaba de Becky más que huesos y algunos pedazos de carne roja desperdigados por la acera y la hierba.

Jim se despertó durante la puesta de sol, alarmado al no recordar dónde se encontraba. Se sentó de golpe, echando un vistazo por toda la iglesia. ¡Aquello no era el refugio! Entonces vio al predicador, sonriendo bajo la luz de las velas, y recordó...

... y al recordar, pensó en Danny.

—Tenga —dijo Martin mientras le tendía una humeante taza de café—. No es muy bueno, pero le ayudará a espabilarse.

—Gracias —dijo Jim. Bebió un poco y miró a su alrededor—. Esto parece muy seguro. ¿Ha fortificado todo usted solo?

El predicador rió en voz baja.

—Sí, por la gracia de Dios. Conseguí asegurar el lugar antes de que las cosas se pusiesen feas. Conté con la ayuda de John, nuestro conserje. Él fue quien puso los tablones sobre las ventanas.

—¿Dónde está ahora?

El rostro de Martin se ensombreció. Permaneció en silencio un instante y Jim se preguntó si le había oído.

—No lo sé —dijo finalmente—. Supongo que estará muerto. O no muerto, mejor dicho. Se fue hace dos semanas; insistió en que quería recuperar su camioneta para sacarnos de aquí con ella. Estaba convencido de que era un problema local y que el gobierno tendría la zona acordonada; pensó que deberíamos ir a Beckley o Lewisburg, o puede que a Richmond. No volví a verlo.

—Por lo que sé, está pasando lo mismo en todas partes —dijo Jim—. Yo... vengo de Lewisburg.

—Y a pie, por lo que parece —comentó Martin, sorprendido—. ¿Cómo ha sido capaz?

—Estuve a punto de no conseguirlo —admitió Jim—. Supongo que puse el piloto automático.
—En estos tiempos, los hombres están obligados a hacer lo que deben —suspiró el predicador—. Pensé que fuera sería distinto. Recé por un equipo de radio, o un par de altavoces AM/FM de esos que llevan los jóvenes, para poder enterarme de lo que pasaba. No he tenido contacto con nadie y la corriente ha estado casi completamente cortada, excepto por unas cuantas farolas. Hace unos días oí pasar un avión, pero eso es todo.

—A Lewisburg todavía llegaba energía: tenía radio, televisión y acceso a internet, pero no me servía para nada. No hay nada... nadie. Y eso de que es algo local... ha pasado más de un mes. Si así fuese, habría venido el ejército.

El predicador pensó en ello, se excusó y desapareció en una habitación lateral. Jim empezó a atarse las botas.

Cuando volvió, Martin le ofreció unas Oreo, pan, galletitas de animales y un mosto templado para cenar.

—Cogí las galletas y los aperitivos de la catequesis. El pan y el mosto eran para comulgar. Comieron en silencio.

Unos minutos después, Martin se fijó en que Jim le estaba observando.

—¿Por qué? —preguntó Jim.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué ha permitido Dios que pase esto? Pensé que el fin del mundo tendría lugar cuando Rusia invadiese Israel y no se pudiese comprar nada sin una tarjeta de crédito con el 666 en su número de serie.

—Ésa es una interpretación —respondió Martin—. Pero está hablando de profecías del fin de los tiempos: recuerde que hay muchas, muchísimas ideas distintas sobre lo que significan.

—Pensaba que cuando tuviese lugar la Ruptura, los muertos volverían a la vida. ¿Y no es eso lo que está pasando?

—Bueno, la palabra «Ruptura» no aparece ni en el Viejo ni en el Nuevo Testamento. Pero sí, la Biblia menciona que los muertos volverán a la vida, por así decirlo, para volver a reunirse con el Señor en su retorno.

—No se ofenda, reverendo, pero, si ha vuelto, ha dejado todo hecho una mierda.

—Ya vale, Jim. Él no ha vuelto... todavía no. Lo que está ocurriendo no es obra de Dios. Es a Satanás a quien se ha legado el dominio de la Tierra. Pero, aun en estas circunstancias, debemos mantenernos firmes y confiar en la voluntad del Señor.

—¿Eso crees, Martin? ¿Crees que ésta es la voluntad del Señor?

Martin hizo una pausa para escoger sus palabras con precaución.

—Jim, si me estás preguntando si creo en Dios, la respuesta es sí. Sí, creo. Pero lo que es más importante: creo que todas las cosas, buenas y malas, tienen su razón de ser. Pese a lo que hayas podido oír, Dios no provoca las cosas malas. Un tornado no es obra de Dios, pero su amor y su poder nos dan la fuerza para recuperarnos tras él. Y es ese mismo amor el que nos hará salir de ésta. Creo que hemos sido salvados por una razón.

—Yo sí tengo una razón, desde luego —respondió Jim, poniéndose en pie—. Mi hijo está vivo y tengo que llegar a Nueva Jersey para salvarlo. Gracias por la comida y el refugio, reverendo. Y, sobre todo, gracias por haberme salvado el pellejo. Me gustaría pagarte, si me lo permites. No tengo gran cosa, pero hay unas latas de sardinas de sobra y Tylenol en la mochila...

—¿Tu hijo está vivo? —Repitió Martin—. ¿Cómo puedes estar seguro? Nueva Jersey está muy lejos.

—Me llamó ayer por la noche al móvil.

El anciano lo miró como si estuviese loco.

—¡Sé que suena raro, pero ocurrió! Está vivo, escondido en el ático de mi ex mujer. Tengo que reunirme con él.

Martin se levantó lentamente del banco.

—Entonces te ayudaré.

—Gracias, Martin, de verdad que lo agradezco, pero no puedo pedirte algo así. Tengo que

moverme deprisa, y no quiero...

—Tonterías —interrumpió el predicador—. Me has preguntado sobre la voluntad de Dios y el significado de todo esto. Bueno, pues fue su voluntad que recibieses esa llamada, como fue su voluntad que estuvieses vivo para recibirla. Y también es su voluntad que te ayude.

—No puedo pedirte que hagas algo así.

—No me lo estás pidiendo tú. Me lo está pidiendo Dios.

—Martin dio un pisotón y después, más calmado, le dijo—: Es lo que me dicta mi corazón.

Jim se quedó mirándolo sin pestañear. Entonces esbozó, lentamente, una sonrisa.

—De acuerdo —dijo, ofreciéndole la mano—. Si es la voluntad de Dios y todo eso, supongo que no puedo interponerme.

Se estrecharon la mano y volvieron a sentarse.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —preguntó Martin.

—Necesitamos un vehículo. Supongo que en la iglesia no hay ninguno que pueda utilizar, ¿no?

—No —dijo Martin mientras negaba con la cabeza—. Por eso se marchó John, para recuperar su camioneta. Pero en las calles y las entradas a los garajes hay de sobra.

—Supongo que un religioso no sabrá hacer un puente.

—No, pero hay un concesionario al lado de la autopista 74. Podríamos conseguir uno allí, con las llaves y todo.

—Me parece bien —respondió Jim, pensativo—. ¿Cuándo podemos ponernos en marcha? No quiero perder más tiempo.

—Nos iremos esta noche —dijo Martin—. Estas cosas no duermen, pero nos ocultaremos mejor en la oscuridad; así es como he evitado que me descubran hasta ahora. Hago poco ruido, los tengo vigilados durante el día y duermo de noche: las tablas de las ventanas tapan la luz de las velas y he tenido cuidado de no darles motivos para curiosear.

—Bueno, a ver si dura la suerte.

—Ya te lo he dicho, Jim, no es suerte: es Dios. Sólo tienes que pedirle lo que necesites.

Jim empezó a colocar las balas en el cargador.

—En ese caso, reverendo Martin, voy a pedir un tanque.

* * *

—¿Pueden conducir? —preguntó Martin, atónito.

Jim extendió el mapa en el púlpito que se encontraba ante él.

—Los que vi la última noche podían, eso desde luego. También pueden disparar y usar herramientas; pueden hacer lo mismo que tú y yo, pero un poco más despacio. Ésa es nuestra única ventaja.

—Vi uno hace una semana —dijo Martin mientras daba cera a las botas para impermeabilizarlas—. Era Ben, el hijo de Mike Roden, el gerente del banco. Ben llevaba un monopatín: no iba subido a él, pero lo llevaba igualmente, como si estuviese planeando montarse si encontraba un sitio apropiado. Pensé que sería una especie de instinto rudimentario, un recuerdo de su vida.

—Son más que recuerdos, te lo garantizo —dijo Jim. Después hizo una pausa. Se acordó del sótano y de lo que le dijeron el señor Thompson y Carrie. Una parte de ellos, la parte física, era gente que había conocido y amado. Pero había algo más. Había algo... viejo en su interior. Algo antiguo.

Y muy, muy malvado.

«Estuve allí —le dijo el cadáver del señor Thompson, refiriéndose a la guerra—. Bueno, YO no, claro. Pero este cuerpo sí. Veo sus recuerdos.»

—No creo que estos zombis sean la gente que conocemos.

—Pues claro que lo son, Jim. Esta mañana disparé a Becky Gingerich, había sido nuestra organista durante siete años.

Frustrado, Jim buscó las palabras adecuadas para expresar lo que estaba pensando. ¡Era un obrero de la construcción, joder, no un científico!

—Los cuerpos siguen siendo los mismos en el exterior, sí, pero creo que lo que les hace volver

es algo más, una fuerza o algo así.

Las burlas del zombi volvieron a su mente: «Somos lo que antaño fue y lo que vuelve a ser. Vuestra carne es nuestra. Cuando vuestra alma os abandona, nos pertenecéis. Os consumimos. ¡Os habitamos!».

Jim le contó a Martin cómo había huido del refugio. Hizo una pausa cuando tuvo que hablar de Carrie y el bebé y después terminó, tragando saliva.

—Es como si poseyesen nuestros cuerpos después de morir, como si tuviesen que esperar a que nuestras almas los abandonasen o algo así.

El anciano asintió pacientemente.

—Demonios.

—Puede —concluyó Jim—, pero nunca me he tomado esas cosas en serio.

—Los muertos vagan por la Tierra, Jim. ¿Qué podría ser más serio que eso?

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —Jim dio un palmetazo sobre el púlpito—. Pero si son demonios, ¿no podríamos tirarles agua bendita, o exorcizarlos o algo así? ¡No sabemos nada de ellos! ¿Por qué siguen caminando aunque los cosas a balazos pero si les das en lo que queda de cerebro los dejas secos? Nos devoran, ¿pero es para alimentarse o sólo porque son unos sádicos? ¡Sus cuerpos no dejan de pudrirse, se les cae la carne de los huesos, y sin embargo siguen moviéndose!

Se detuvo, sorprendido por su propio arrebato. No se dio cuenta de que había estado llorando hasta que notó la humedad en su mejilla.

—Lo siento, reverendo —se disculpó—. Es que estoy muy preocupado por Danny.

—No tengo las respuestas, Jim. Ojalá las tuviese. Pero puedo asegurarte que Dios sí tiene las respuestas y que con su fuerza prevaleceremos. ¡Salvaremos a tu hijo!

Jim asintió y volvió a mirar el mapa. En su fuero interno deseaba creerlo.

* * *

Una hora después estaban listos, discutiendo el plan por última vez.

—Sigo pensando que deberíamos evitar las poblaciones grandes —dijo Martin—. Cuanta más gente viviese en una ciudad, más zombis habrá por la zona. Tendremos que movernos por carreteras secundarias.

—Estoy de acuerdo —respondió Jim—, y si sólo fuésemos tú y yo, sugeriría que nos marchásemos a lo alto de una montaña. Pero cuanto más tardemos, menos posibilidades tendrá Danny. A excepción de los Apalaches, toda la Costa Este está muy poblada, pero si nos movemos por las autopistas, evitaremos el centro de las ciudades, grandes o pequeñas. Y si esas cosas están desplazándose y conduciendo, nos será más fácil adelantarlas en una autopista que ya conozco que en una carretera secundaria de mala muerte.

»Así que —continuó— llegamos al concesionario Chevrolet, conseguimos un coche y comprobamos si hemos llamado mucho la atención. Si no tenemos compañía, hacemos una parada rápida en el centro comercial de al lado, nos abastecemos en la sección de artículos deportivos y nos ponemos en marcha. ¿Te parece bien?

—No mucho —dijo Martin, sonriendo—, pero no tengo ninguna alternativa mejor.

Jim le devolvió la sonrisa.

—Vamos.

Se dirigieron hasta la puerta, movieron el banco, abrieron los cerrojos y se adentraron en la noche.

La calle estaba vacía.

Cruzaron la calle sigilosamente y se fundieron con las sombras. Martin iba delante: a Jim le sorprendió la velocidad y resistencia del anciano. Se escabulleron entre las casas, procurando alejarse de la luz de la luna y de las pocas zonas en las que las farolas aún funcionaban. Martin lo condujo a través de varios patios traseros, una pequeña zona boscosa, una cancha de béisbol y alrededor de una cloaca.

En algunas ocasiones avistaron u oyeron a los no muertos, pero permanecieron ocultos hasta que pasó el peligro.

Al final, tras salir de un maizal, llegaron al concesionario. El negocio compartía la salida de la

autopista con un pequeño centro comercial y varios restaurantes de comida rápida. Las fantasmagóricas luces de sodio bañaban los aparcamientos con un brillo amarillento.

—Parece que está desierto —susurró Martin—. ¿Crees que es seguro?

—Creo que ya nada es seguro, reverendo —dijo Jim con gesto adusto—, pero no tenemos otra opción.

Avanzaron a través del aparcamiento agazapados entre las hileras de vehículos nuevos. Unos cuantos coches mostraban signos de vandalismo —una luna rota, varias ruedas pinchadas—, pero la mayoría parecían recién salidos de fábrica. Los carteles y las pegatinas de los parabrisas prometían «FINANCIACIÓN AL 0%», advertían, «¡SÓLO DURANTE DOS DÍAS!!», y rogaban «LLÉVAME A CASA».

Un todoterreno negro llamó la atención de Jim.

—¿Qué tal ése?

—La verdad es que nos vendría bien —coincidió Martin—. ¿Pero cómo vamos a ponerlo en marcha?

—Sígueme y te lo enseñaré —le dijo Jim—. Mi amigo Mike vendía coches y siempre dejaba las llaves en el mismo sitio.

Jim pasó un minuto entero mirando el número de referencia de la pegatina, memorizándolo a base de repetirlo una y otra vez. Luego se dirigieron hacia la sala de exposición.

Oyeron un siseo a sus espaldas. Luego otro. Luego muchos más.

—¿Pero qué coño?

Se dieron la vuelta y algo pequeño, negro y peludo se lanzó contra ellos con un bufido. Se echaron atrás, chocando contra la puerta del garaje, y el disparo de la escopeta de Martin partió al gato por la mitad.

Otros tres felinos no muertos avanzaron hacia ellos. Su pelo estaba cubierto de sangre seca y costras. Uno arrastraba sus inútiles entrañas tras de sí.

Los zombis felinos empezaron a recogerse hacia atrás, listos para saltar.

Martin los contemplaba incrédulo.

—¡Son gatos!

—¡Son zombis, Martin! ¡Dispara a esos cabrones!

Abrieron fuego y acabaron con dos mientras se preparaban para atacar. Bufando, el tercero corrió bajo un coche y salió disparado por el otro lado. Martin volvió a disparar y Jim levantó la mano, instándole a detenerse.

—¡Olvídate de él! Si los disparos no han alertado al pueblo entero de que estamos aquí, lo hará esa bola de pelo. ¡Será mejor que encontremos las llaves ahora mismo!

—Hasta los animales —dijo Martin, hiperventilando—. Dios mío, Jim, no tenía ni idea.

—Se me olvidó contártelo. Y también siento lo de mi vocabulario.

—No hace falta que te disculpes, estábamos en medio de una batalla. —El anciano recargó la escopeta—. Además —dijo mientras me hacía un guiño—, he dicho cosas peores.

—¿Cómo va la tarde, chicos?

Los dos hombres dieron media vuelta mientras la puerta de cristal se abría. Un zombi caminó hasta el aparcamiento. Sonrió, revelando sus encías ennegrecidas y su lengua grisácea. Varias larvas de mosca se revolvían en su nariz. La camisa —que en su día fue blanca— y el descuidado traje gris estaban manchados con los fluidos del cadáver. Una corbata colgaba ladeada de su cuello.

—Mierda —Jim levantó la pistola.

—Venga, hombre —dijo el zombi—. No hace falta llegar a esos extremos. Dime, ¿puedo convencerte de que te lleves un coche?

—No, gracias —dijo Martin con voz temblorosa—. Sólo estábamos echando un vistazo.

Jim disparó y la bala se hundió en el pecho de la criatura. Dio otro paso hacia ellos.

—Bueno, entonces la pregunta será qué puedo hacer para meter a un par de amigos dentro de vosotros.

Se agachó un segundo antes de que Jim volviese a disparar. Se inclinó hacia la izquierda, saltó

hacia delante y agarró a Martin del muslo. El reverendo se echó atrás, asustado.

—Ñam, ¡carne negra!

El tercer disparo de Jim atravesó de sien a sien la cabeza del zombi, que cayó de bruces contra el parachoques de un camión que se encontraba frente a ellos.

—¡Vamos!

Echaron un vistazo a la sala y entraron con cuidado en el edificio. Jim encontró en seguida lo que estaban buscando: una caja atornillada a la pared, justo al lado de la mesa del gerente de ventas.

—A ver si hay suerte.

Disparó al cerrojo y ambos se agacharon de golpe cuando la bala rebotó en el cierre de metal y salió disparada contra el archivador.

—¡Joder! Sí que es duro. Pensé que podríamos abrirlo de un tiro.

—Puede que tenga la llave —dijo Martin, apuntando al cadáver al que habían disparado.

—Puede —respondió Jim—. Ve a echar un vistazo, debería ser pequeña y redonda. Yo iré a mirar por la tienda.

Jim desapareció y Martin se quedó callado, viéndolo marchar.

Volvió fuera y contempló al zombi. Seguía en la misma posición en la que había caído.

—El Señor es mi pastor —recitó Martin a medida que se acercaba hasta quedar justo encima de él. El hedor era insoportable. Algo se removió bajo la piel de su antebrazo, abriéndose camino a través de la carne.

Martin tomó aire y se agachó hasta tener a la criatura al alcance de la mano.

Las luces se apagaron, sumiendo el aparcamiento en la oscuridad.

Martin gritó y tropezó hacia atrás. Oyó a Jim gritar, tan sorprendido como él. Algo retumbó en el concesionario. El edificio había quedado a oscuras, al igual que el centro comercial y los restaurantes.

—¿Jim? —Preguntó mientras corría de vuelta al interior—. ¡Jim! ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Jim volvió a aparecer en la sala—. Parece que se ha ido la corriente. ¿Será sólo aquí o en toda la zona?

—No lo sé, pero si ese gato y los disparos no han atraído su atención, seguro que esto sí lo hace. Tenemos que irnos, pero no he encontrado la llave.

—No pasa nada —dijo Jim, blandiendo una palanqueta—. Yo sí.

Empezó a hurgar en el cerrojo. Romperlo resultó ser más difícil de lo que pensaba, y pasaron diez minutos hasta que consiguió quebrarlo.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—¡Se me ha olvidado el número! ¡Después de todo el follón, se me ha olvidado! Sal fuera y tráemelo, pero ten cuidado.

Cogió un bloc de notas y un bolígrafo del escritorio y se los lanzó.

Musitando otra oración silenciosa, Martin cruzó el aparcamiento hasta llegar al todoterreno. Ahora que las luces habían dejado de funcionar, era difícil leer la pegatina, y sus ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la oscuridad. Tras haberlo descifrado, garabateó el número y volvió corriendo a la sala.

A mitad de camino, en el aparcamiento, volvió a percibir aquel olor. Como el del zombi que acababan de matar, pero más fuerte.

Mucho más fuerte.

Martin entró corriendo en el edificio.

Apareció de golpe en la sala con los ojos abiertos de par en par.

—¡KLKBG22J4L668923!

Jim rebuscó aquel número entre las llaves.

—¿Cuáles eran los últimos cuatro números?

—¡8923! Pero...

—Espera un momento.

—Hay algo más, Jim.

—Espera un poco... ¡listo! —Su sonrisa se esfumó en cuanto vio el rostro del predicador—. ¿Qué pasa?

—Huele el aire un segundo —le dijo Martin—. ¿No lo hueles?

Jim inhaló profundamente y el hedor le dio ganas de vomitar.

—Jesús, ¿pero qué es eso?

—¡Ya vienen!

Corrieron por el aparcamiento y llegaron al vehículo en el instante en el que unos cuantos zombis se adentraban en las hileras de coches. Del maizal y de los aparcamientos adyacentes surgieron sendos grupos de zombis, y docenas más emergieron del centro comercial.

Al verlos, los zombis profirieron un grito horripilante y empezaron a correr torpemente hacia ellos.

—¡Es hora de irse! —gritó Jim mientras pulsaba el botón del mando a distancia que colgaba del llavero.

—¡Mierda!

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Martin, contemplando horrorizado cómo los zombis seguían acercándose.

—¡Es uno de esos sistemas de cierre centralizado y las pilas de este cacharro están agotadas!

Un zombi con pantalón de peto y tirantes estuvo a punto de alcanzarlos. Se detuvo a menos de cinco metros y levantó la horca que sostenía en su mano, agitándola hacia ellos.

—¡Rendíos, humanos! ¡Nuestros hermanos esperan ser liberados! Rendíos ahora y os prometemos que terminaremos rápido.

Jim respondió con un disparo a la cabeza. La criatura se desmoronó entre gorjeos y el resto avanzó corriendo.

Martin levantó la escopeta y reventó la ventanilla del copiloto. Apartó los cristales rotos con la culata y se coló por el agujero. Sus articulaciones crujieron y protestaron.

Jim escogió sus objetivos con mucho cuidado: esperaba a que estuviesen lo bastante cerca, apuntaba a la cabeza y disparaba.

—¡Date prisa!

Martin se dejó caer en el asiento y sintió que algo se había desencajado en su espalda. Se revolvió mientras un dolor sordo le recorría toda la columna de arriba abajo. Apretando los dientes, agarró la manija y abrió la puerta.

Docenas de criaturas se adentraron en el aparcamiento y los refuerzos se acercaban cada vez más. Jim acabó con otros dos y saltó al interior del vehículo, tirando la mochila al asiento que había entre ellos. Metió la llave en el contacto y la giró. El motor volvió a la vida con un ronroneo. Jim pisó el acelerador a fondo y el vehículo apenas avanzó un par centímetros antes de pararse en seco, impulsando a sus ocupantes hacia delante.

El todoterreno protestó, negándose a avanzar.

Un par de brazos moteados atravesaron la destrozada ventana y agarraron a Martin.

—¡El freno de emergencia! —gritó mientras encañonaba al zombi en la barbilla. Apretó el gatillo en el instante en que se lanzaron hacia delante y el rugido de la escopeta los ensordeció a ambos.

Otro zombi saltó hacia ellos, poniéndose justo enfrente del vehículo; Jim pisó a fondo y lo atropelló. La criatura, que no paraba de maldecir, chocó contra el parachoques y quedó tendida en el suelo, hecha trizas. El impacto les hizo dar un bote y otra punzada de dolor recorrió la espalda de Martin. Con los ojos llorosos, pudo observar cómo iban adelantando a los no muertos. Jim dirigió el todoterreno hasta la vía y se incorporó a la autopista.

—Anda —rió Jim señalando la carretera—. ¡Mira quién es!

El gato que había escapado antes se quedó paralizado ante los focos. Un segundo después era aplastado bajo las ruedas con un suave crujido. Jim echó un vistazo por el retrovisor y lo vio hecho pedazos en la carretera.

Martin se quejó, dolorido.

—¿Qué pasa? —preguntó Jim, preocupado—. ¿Estás bien?

—No pasa nada —dijo con voz entrecortada mientras abría los ojos—. Me hice daño en la espalda cuando me metí por la ventana, nada más. Ya no soy tan joven.

Jim se inclinó hacia delante y puso en marcha el agua del parabrisas, que roció el cristal hasta dejarlo limpio de sangre.

—Tengo analgésicos en la mochila, sírvete.

—Que Dios te bendiga —suspiró Martin mientras abría la cremallera. Empezó a buscar en el interior, removiendo el contenido en busca del frasco. Cerró los dedos en torno a una fotografía, la sacó y se quedó contemplándola.

—¿Es tu hijo? —preguntó.

Jim echó un vistazo. Martin estaba sujetando la foto del refugio, en la que salían ambos con el trofeo de los carricoches.

—Sí —respondió en voz baja—. Es mi hijo. Es Danny.

Se adentraron en la noche.

Capítulo 6

Baker se guareció en la oficina del conserje de un área de descanso, en una autopista de Pensilvania. Su cena consistió en unas patatas fritas y chokolatinas, todo ello regado con gaseosa, que consiguió abriendo a golpes el cristal de una máquina expendedora con la culata de su fusil. Por un instante se preguntó si sus acciones harían que alguien llamase a las autoridades, pero luego se rió de tan absurda idea.

Deseó que sus únicos crímenes contra la humanidad fuesen simple vandalismo y robos sin importancia, pero dos días de aterradora observación confirmaron que no era así.

Todo aquello era culpa suya.

Su huida de Havenbrook había sido angustiada. Corrió por los túneles oscuros y los pasillos, seguido de cerca por los furiosos ruidos de persecución de Ob, que resonaban entre las paredes. Al final consiguió salir, después de una escalada agotadora por el hueco del ascensor.

Sin embargo, el lugar al que había llegado era mucho peor.

No había ningún agujero en el cielo, ninguna herida abierta desde la que se pudiese divisar otra dimensión. Baker sostenía la hipótesis de que el experimento habría debilitado la barrera entre este mundo y el lugar del que procedían Ob y sus hermanos, difuminando sus límites invisibles. Pero fuese como fuese el portal, no estaba a la vista.

El terreno que rodeaba las instalaciones estaba desierto, así que no tuvo ningún problema a la hora de equiparse con los suministros que encontró en los barracones. Después entró en la primera casa con la que se topó y se hizo con un fusil de caza, una pistola y algo de comida que tuvo la suerte de encontrar.

Esquivó con facilidad a los pocos zombis que quedaban en Hellertown ocultándose en el bosque. Pero fue en aquel bosque, a medio camino de Allentown, donde empezó la auténtica persecución.

Baker se había olvidado del pez.

Caminando como los mismos zombis, con el peso de la desgracia que había contribuido a desencadenar sobre el planeta hundiéndose en sus hombros, Baker no oyó a las ardillas hasta que estuvieron a punto de echársele encima. Agradeció profundamente haber asistido a las cacerías anuales que celebraban sus compañeros: consiguió abatir a cuatro criaturas rápidamente. Pero mientras estaba recargando, los conejos surgieron de entre los arbustos y corrieron tras él.

Perseguido por aquella manada de conejos no muertos, corrió a través del bosque con las ramas y las espinas desollándolo a cada paso que daba. En retrospectiva, Baker llegó a encontrar cómica aquella situación, pero temía que si empezaba a reír ya no podría parar jamás. Sintió que algo en su interior estaba a punto de quebrarse.

Consiguió matar o eludir a sus pequeños perseguidores, al igual que a un buitre no muerto y a cuatro zombis humanos.

Aquella primera noche llegó a una cancha de béisbol desde la que podía verse Allentown. Se refugió en el interior de una letrina portátil y se despertó al oír los gritos. Contempló horrorizado cómo un grupo de zombis montados en motos de cross acorralaba a una pareja que aún estaba viva y coleando. Baker pensó durante un instante en ayudarlos, pero, paralizado por el miedo y superado en número, se limitó a observar cómo las criaturas disparaban, tirando a herir, y después se daban un festín con su carne.

«Nos están cazando», reflexionó.

Baker observó con un terrible desapego que, aunque devoraban órganos y piel, los zombis dejaban a las víctimas lo bastante intactas como para que pudiesen volver a caminar.

Y así fue. Habitados por algo distinto, los humanoides se alzaron, se unieron a sus hermanos y se marcharon con ellos.

Baker pasó el resto de la noche temblando en la oscuridad, incapaz de dormir.

El día siguiente consistió en una caminata larga, pesada y aterradora hasta que llegó, derrotado, a la autopista. Ésta estaba sorprendentemente vacía, ya que los zombis se habían desplazado a zonas con mejor caza. Se encontró con unos cuantos coches abandonados y unos conos de construcción naranjas, pero eso fue todo.

Ahora que había encontrado un sitio guarecido y relativamente seguro, el miedo fue desapareciendo, reemplazado por un estado de shock y una culpa sobrecogedora.

No podía dejar de pensar que él era el responsable de todo. Estaba maldito y aquello era el infierno.

Sintiéndose desmayar, Baker cerró los ojos con fuerza y agarró los bordes del lavabo del conserje. Olvidando por un instante que el silencio era la clave de la supervivencia, profirió un grito; sus lágrimas eran demasiadas y demasiado dolorosas como para contenerlas. El grito de angustia le quemó la garganta. Sin dejar de llorar, se puso en cuclillas y permaneció así durante un buen rato.

No oyó el crujido de la puerta al abrirse.

Baker, cuyos hombros se movían al ritmo de sus sollozos, estaba de espaldas a la puerta. Abrió los ojos un instante y miró el lavabo fijamente. La habitación le daba vueltas y empezó a tiritar con la frente perlada de sudor.

Una sombra se proyectó sobre él.

Le fallaron las piernas y se golpeó la cabeza contra el borde del lavabo al desmoronarse.

Gimiendo ininteligiblemente, la figura del umbral se abalanzó hacia él.

* * *

Baker se revolvió y después se quedó quieto sin abrir los ojos.

Algo se movía en la oscuridad.

—Naaaaaa.

¡Dios! ¡Uno de ellos lo había encontrado mientras estaba inconsciente!

Mantuvo los ojos cerrados y pensó. A juzgar por el sonido, tenía al zombi justo encima. La pistola estaba en la mochila, así que tanto daba que estuviese ahí o en la luna. Estaba indefenso.

La criatura murmuraba de una forma extraña y cadenciosa, como si le hubiesen quitado la lengua.

—Naaaaaa. Nuuuuná.

Baker se dio cuenta de que estaba cantando.

La criatura se reclinó hacia él y le puso algo frío y húmedo en la frente. Le cayó agua sobre las comisuras de los ojos y las mejillas.

—Ai'a. Va a o'ede bé. E'ata.

Una mano firme le cacheteó. Baker siguió inmóvil, conteniendo las ganas de gritar.

La carne en contacto con su cara no parecía la de un muerto. Era suave y cálida. Además, la criatura no olía a podredumbre: olía a axila y a sudor, al igual que él.

—A'e un aó a Gushano.

Con el corazón a punto de salirse del pecho, Baker abrió los ojos.

Una cara redonda y sombría babeaba sobre él y sonrió de felicidad en cuanto lo vio levantarse.

El chico se echó atrás de un salto y habló.

—¡Uy ié! ¡Iéeee!

Baker se quitó el trapo húmedo de la frente, estudiando a su benefactor. No pudo determinar su edad, aunque calculó que tendría entre catorce y diecinueve años. A juzgar por su expresión facial y sus deformidades, el niño sufría algún tipo de retraso, pero no pudo determinar de qué índole.

—Gracias —dijo Baker—, sonriendo amablemente.

—¡E ada!

«¿"De nada", tal vez?»

Baker se dio la vuelta para dejar el trapo en el lavabo mientras preguntaba:

—Yo soy el profesor Baker. ¿Cómo te llamas?

El chico no respondió. Baker miró por encima del hombro y vio que lo estaba observando con curiosidad.

—¡E ada! —volvió a chillar.

—¿Cómo te llamas, amigo? —preguntó Baker. El chico le miró fijamente a los labios y frunció el ceño, concentrado. Al rato se frustró, negó con la cabeza y volvió a mirar, esperando a que

Baker repitiese la pregunta.

«¡Me está leyendo los labios! ¡Es sordo!»

Baker se arrodilló ante él y empezó a expresarse con mesura.

—Me llamo Baker —dijo mientras se señalaba al pecho—. ¿Cómo te llamas?

Al chico le brillaron los ojos al entenderle y dio palmas de alegría.

—¡Gushano! —dijo feliz, apuntándose con el pulgar.

—¿Gusano? —preguntó Baker. El chico asintió con gran energía y luego señaló a Baker.

—¿Eiker?

—Sí, Baker. —Puso la mano sobre el hombro del chico y apretó—. Es un placer conocerte, Gusano.

—¡E' un a'er! —respondió él.

Baker se rió, olvidando el dolor y la culpa por un momento.

* * *

Baker compartió lo que había afanado de la máquina expendedora con su nuevo compañero. No hubo ninguna conversación, salvo por los gruñidos de deleite de Gusano mientras devoraba las chocolatinas. Silbaba y cantaba de alegría y Baker sonrió.

¿Cómo habría sobrevivido, solo y sin nadie que le ayudase? Baker no tenía forma de saberlo.

Le dio un toquecito a Gusano en el hombro y el chico se quedó mirándolo, expectante.

—¿Dónde están tus padres?

La mirada de Gusano se ensombreció y sus ojos marrones se entornaron hacia el suelo.

—A... atone —tartamudeó—. E a 'omio o atone.

—No te entiendo —le dijo Baker moviendo los labios con cuidado.

Gusano se agazapó y torció los dedos como si fuesen garras. Echó el labio superior hacia atrás, cerró los ojos y empezó a chillar.

—Atone —repitió, correteando por la habitación a cuatro patas. Baker empezó a comprender.

—¿Ratones?

Gusano asintió emocionado, pero la pena volvió a adueñarse de él y le borró la sonrisa.

—A amá e a 'omio o atone.

—Miedo... ¿ratones?

Gusano gruñó y enseñó los dientes.

—Comieron —suspiró Baker, mirando en otra dirección—. Los ratones se comieron a su madre. Y seguro que no estaban vivos cuando lo hicieron.

Baker volvió a sentirse culpable y permaneció en silencio.

Después de terminarse la cena, Gusano se sacó una bola de goma pequeña y brillante del bolsillo y empezó a hacerla botar en el suelo, cogiéndola con la mano cada vez que volvía a él. Baker observó el juego hasta que, agotado, se sumió en un profundo y perturbado sueño.

Las pesadillas no tardaron en llegar.

* * *

La tormenta llegó antes del amanecer y los dos despertaron en un mundo tan oscuro como cuando se durmieron. Gusano miraba los relámpagos con fascinación, incapaz de oír los truenos que resonaban por el valle.

Unos pocos segundos en el aparcamiento bastaron para que Baker acabase calado hasta los huesos. Las gotas de lluvia, gordas y frías, chocaban contra el asfalto como insectos contra un parabrisas.

Resignándose a esperar hasta que escampase, Baker aprovechó para explorar el área de descanso. Gusano le siguió con alegría sin separarse de su lado.

Vaciaron la máquina expendedora de botellines de agua y chucherías. Baker se quedó mirando por un instante una caja de periódicos: los titulares de una era pasada pero no tan distante le devolvieron la mirada. El presidente de Palestina advertía de que los problemas económicos de su país podrían desestabilizar todo Oriente Medio, mientras el ejército israelí bloqueaba los cargamentos de ayuda al país como medida contra el terrorismo de una Hezbollah renacida. Se había descubierto que la femilianina, un popular aditivo para los alimentos, podía provocar

cáncer. El popular paseo de Ocean City, en Maryland, había sido borrado del mapa por la erosión costera y los efectos del calentamiento global. El presidente aseguró a los estadounidenses que el Pentágono no había autorizado la clonación humana, pese a que algunas fuentes así lo afirmaban. Y luego estaba el CRIP. Baker vio su nombre impreso, junto con el de Harding y Powell. Siguió caminando.

Los baños no tenían nada útil, salvo por unos cuantos rollos de papel higiénico. En el vestíbulo había poco más que un montón de folletos de información para turistas. Baker se detuvo a estudiar un mapa de carreteras en color colgado del muro y Gusano se puso a jugar con la pelota detrás de él, cantando en voz baja.

Baker se negaba a creer que todo hubiese terminado. Debía quedar alguien vivo y trabajando para recuperar el control, para revertir la catástrofe. Pensar que la humanidad se había extinguido era una locura.

Así que, ¿dónde podía encontrar al resto?

Desde su situación, estaba cerca de varios núcleos urbanos de la Costa Este: Filadelfia, Pittsburg, Baltimore, Nueva York y la capital del país estaban a unas cinco o seis horas de viaje en coche. Pero esas zonas metropolitanas acogían a tanta población que se habrían convertido en trampas mortales.

Baker pasó uno de sus sucios dedos por el mapa y frunció el ceño. La mejor opción parecía continuar hacia el sur, hacia Pensilvania, pasando por Maryland o Virginia. Siguió la línea azul de la autopista. Harrisburg, pese a ser pequeña, tenía muchos habitantes y presentaría los mismos problemas. York y Hanover eran más viables: pese a tener una gran densidad de población, ambas estaban rodeadas por kilómetros de comunidades rurales, cultivos deshabitados y bosques. El gobierno local podría haber opuesto resistencia y construido una barricada para protegerse del enemigo.

Su dedo se detuvo en Gettysburg, algo más al sur, poco después de Hanover. Además de ser un lugar clave en la conmemoración de la guerra civil, Gettysburg estaba cerca de Camp David, donde se rumoreaba que estaba el «Pentágono secreto». Con los años, Baker había hecho amigos en el Congreso y el ejército, por lo que su acreditación de seguridad era bastante alta. Sabía cosas que el resto de la población no sabía.

Cosas como que, en caso de guerra o de un ataque terrorista a gran escala, muchos de los líderes del país serían llevados a un lugar en Gettysburg, donde se les protegería mientras desarrollaban las estrategias para volver a poner el país en marcha.

Si quedaba algo remotamente parecido al orden, el mejor lugar para buscar sería Gettysburg. Podrían coger la salida del sur, pasar rápidamente por las afueras de Harrisburg y dirigirse hacia York; una vez ahí, viajarían a través del campo y por las carreteras secundarias de Gettysburg, que casi siempre estaban menos congestionadas.

Asintió para sí, convencido de que se trataba de un buen plan.

No obstante, seguía tratándose de un viaje en el que cabía la posibilidad de morir en cualquier momento.

Pensó en cómo llegar a su destino. En condiciones normales, Gettysburg estaría a unas tres horas desde su posición, pero cómo transcurriría el viaje y el estado de las carreteras era algo completamente impredecible.

¿Deberían conducir o un vehículo en movimiento llamaría más la atención? Pensó en la joven pareja que había sido asesinada por los zombis. Las criaturas podían conducir vehículos y usar armas. Eran lentos, pero también astutos y letales. Por otra parte, un vehículo dirigiéndose a toda velocidad —o incluso despacio— por la autopista llamaría mucho la atención. ¿Sería más seguro que Gusano y él fuesen caminando por los campos y los bosques?

Suspiró, desesperado. Caminar era igual de peligroso, puede que más: no sólo serían vulnerables a los zombis humanos, sino también a todos los animales salvajes. La distancia también era un factor que había que tener en cuenta: lo que podría ser un viaje de tres horas en coche se convertía en una caminata de más de ciento noventa kilómetros. Baker no estaba en absoluto en mala forma física gracias a que le había sacado un buen partido al gimnasio de Havenbrook, al

que asistía cada dos días. Sin embargo, a sus cincuenta y cinco años, ya no era ningún chaval, y dos horas de bicicleta estática tres veces a la semana no eran nada comparado con una extenuante caminata, especialmente una tan peligrosa.

Por si todo aquello fuese poco, también estaba Gusano. No podía abandonarlo sin más. El chico había sobrevivido bastante bien por su cuenta, pero ahora que Baker lo había descubierto (se preguntó si no sería más bien al revés), se sentía responsable de su cuidado. Quizá —pensó Baker— estaba intentando hacer méritos; tratando de conseguir el perdón divino tras haber causado semejante desastre.

Así pues, tendría que conducir. Una vez aclarado ese punto, se planteó cómo encontrar un medio de transporte. Había unos cuantos coches y camiones abandonados por todo el aparcamiento del área de descanso, por lo que la primera opción estaba clara.

Llamó la atención de Gusano y le puso la mano en el hombro.

—Quédate aquí —le ordenó Baker—. Tengo que salir un rato.

—¡Ao, Eiker! —dijo el chico mientras sonreía, haciendo un signo de aprobación con los dedos.

Después de comprobar que la pistola estaba cargada, salió afuera, bajo la lluvia. De pronto, le asaltaron dudas. ¿Qué estaba haciendo? Era un científico, no un ladrón de coches. No tenía ni la más mínima idea de cómo hacerle un puente a un coche ni de cómo entrar sin romper la ventana o hacer saltar la alarma (lo que atraería a todos los zombis de la zona).

Los primeros tres vehículos: un Saturn, una camioneta Dodge y un Honda, estaban cerrados. El cuarto, un Dodge Aries destartado, estaba abierto pero no tenía las llaves puestas. Baker hurgó con pocas esperanzas en la guantera y bajo los asientos antes de rendirse y pasar al siguiente.

El quinto coche, un Hyundai compacto y negro, no sólo estaba cerrado sino que también estaba ocupado.

Las llaves reposaban en el suelo, justo al lado del asiento del conductor, sujetas por una mano cercenada. No había rastro del resto del cuerpo: Baker no estaba seguro de si habría sido devorado o estaría rondando la zona, ya que todo lo que quedaba de él era una mancha roja y marrón en el asfalto.

El niño del asiento trasero tendría unos cinco o seis años. Contempló a Baker a través del cristal, mostrando sus dientes con una expresión de puro odio y salvajismo. Baker estaba convencido de que el niño había sido oriental... chino, concretamente.

Se recompuso del susto inicial y comprobó que el zombi estaba atrapado. Estudió la situación, observando cada detalle. Después de un rato dedujo que el niño y sus padres habían sido emboscados por las criaturas: los progenitores se aseguraron de que su hijo estuviese a salvo en el coche, pero no tuvieron tiempo para ellos. De algún modo, ya fuese por acción de los padres o por un error del pequeño, el cierre de seguridad para niños estaba activado. Después de la muerte del niño (Baker hizo un repaso rápido de las posibles causas: inanición, lesión, shock), la entidad que pasó a poseer su cuerpo fue incapaz de desconectar el cierre porque su huésped no tenía ningún recuerdo de cómo hacerlo. Tampoco tenía la fuerza de un adulto, así que intentar romper el cristal de la ventana como le había visto hacer a Ob en Havenbrook sería un esfuerzo fútil.

¿Cuánto tiempo llevaría ahí sentado, encerrado en esa celda de acero de Detroit e ingeniería japonesa?

Parecía muy hambriento. Ansioso por devorar.

Baker dio unos golpecitos en la ventana con el dedo y la criatura gruñó, aunque el cristal y la lluvia amortiguaron el sonido.

Se agachó y cogió las llaves de la mano muerta.

El zombi se tensó.

Baker introdujo la llave en la cerradura y la giró. El zombi dio un salto hacia el panel del asiento delantero.

Con una velocidad que le sorprendió hasta a él mismo, Baker abrió de golpe la puerta del conductor y apuntó con la pistola. Al verla, el zombi se paró en seco. Una lengua hinchada y gris lamió los labios agrietados y abiertos.

Dijo algo en chino. Cuando Baker no respondió, optó por un dialecto sumerio en el que ya había

oído hablar a Ob.

—No hablas inglés —observó con calma y desapego— porque tu huésped tampoco lo hablaba. La criatura escupió mientras se aferraba firmemente al asiento.

—Pero sí sabes qué es esto, ¿verdad? —Dijo Baker moviendo suavemente la pistola—. Es triste que un niño sepa lo que es un arma antes de aprender el idioma del país que lo acoge.

La criatura se abalanzó sobre él, pero Baker fue más rápido. Al crujir de un trueno le siguió un disparo y el contenido de la cabeza del niño quedó esparcido por todo el salpicadero.

Baker se aseguró de que lo había eliminado del todo, luego lo agarró de los escuálidos tobillos y lo dejó con despreocupación sobre el pavimento.

Se le encogió el estómago.

«No son humanos —se recordó a sí mismo—. Ésta es la única forma de sobrevivir.»

—Lo siento —le susurró al espeluznante saco de carne y hueso.

Después sacó la llave de la puerta, se sentó ante el volante, rezó un avemaria (algo que no había hecho desde la universidad) y encendió el contacto.

El ruido del motor al encenderse era el más maravilloso que Baker había escuchado jamás, y gritó de alegría.

Comprobó los indicadores y se alegró al descubrir que el coche tenía el depósito lleno. Todo lo demás parecía correcto.

Corrió de vuelta al refugio y abrió la puerta de golpe, chorreando agua sobre la alfombra del recibidor. Vio a Gusano haciendo rebotar la pelota sobre el muro del baño de señoras sin mucho interés.

—Nos vamos —dijo Baker, intentando contener la emoción—. ¡Vamos a coger tus cosas!

Tuvo que expresarse varias veces para hacerse entender, y, cuando lo consiguió, Gusano gimió y se adentró un poco más en el baño.

—¿No quieres irte? —Preguntó Baker—. ¿No quieres encontrar a más gente?

Gusano se estremeció y agachó la mirada mientras negaba con la cabeza.

—O' omerán —protestó—. ¡A ente 'ie omerse a Gushano!

El chico se resistió a volver a mirar arriba, así que Baker le cogió de la barbilla y le obligó a mirarle a los ojos. Los del chico estaban cubiertos de lágrimas.

—¡Gusano! —Insistió Baker—. Nadie va a intentar comerte, te lo prometo. Voy a cuidar de ti.

—¿O abá atones? ¿I ente uerta?

—No, Gusano —aseguró Baker, abrazando al chico contra su pecho. Gusano temblaba y se aferró a él. Aunque sabía que Gusano no podía verle los labios, siguió hablando con un tono dulce y calmado—. No voy a dejar que nadie te haga daño —prometió Baker, dando así el primer paso en su camino a la redención—. Lo juro.

Reunieron sus cosas y, después de dar un buen repaso por todo el edificio, se dirigieron hacia el coche.

Había dejado de llover.

Capítulo 7

Las gotas de lluvia eran como las lágrimas de alquitrán de un dios oscuro, como leche rancia del pecho de una madre muerta. Los residuos industriales que las fábricas de Baltimore habían vertido durante décadas al cielo —antes de dejar de funcionar— estaban cayendo de vuelta para ser reclamados por la tierra.

Frankie emergió de la alcantarilla y fue bautizada por la lluvia, deleitándose con la densa película que dejaba tras de sí. Sintió que borraba la contaminación de su viejo yo, revelando el nuevo.

Acababa de salir del infierno.

—Troll —murmuró.

Tembló al recordar su huida del zoo y lo que ocurrió después.

* * *

El primer zombi se dispuso a perseguirla pero cayó por el agujero de la alcantarilla y se estrelló contra el suelo del túnel como un saco de verduras podridas. Destrozado por la caída, sus tripas se esparcían a su alrededor y sus miembros rotos temblaron como gusanos antes de detenerse del todo. Cubierta de sangre, Frankie disparó a ciegas hacia el agujero para disuadir al resto.

El túnel era oscuro como la boca del lobo. Tuvo un recuerdo súbito, algo de un pasado distante, antes de que colocarse y conseguir más heroína se convirtiese en toda su vida. Un asesino de Las Vegas había conseguido eludir a las autoridades fugándose a través del alcantarillado. Aquel hombre pasó cinco horas bajo tierra y, según los mapas, había recorrido un mínimo de seis kilómetros. Se preguntó cómo serían de oscuras las alcantarillas para aquel individuo, qué se encontraría y en qué estaría pensando. ¿Estaba asustado? ¿Se sintió aliviado al ver la luz al final del túnel?

¿Y si no había ninguna luz al final del túnel?

Siguió caminando hacia delante con dificultad, acariciando con los dedos el muro invisible que había a su derecha, palpando aquella humedad pegajosa.

«Aquel que entre aquí que abandone toda esperanza.» Otro recuerdo del pasado, de la clase del señor Yowasky, a quien acabó tirándose a cambio de aprobar la asignatura de lengua. Se preguntó quién o qué rondaría ahí abajo: yonquis, supervivientes enloquecidos, zombis. ¿Qué se ocultaba en la oscuridad, contemplándola a cada instante? ¿Habría cocodrilos en el agua? Puede que en Florida los hubiese, pero no creyó que Baltimore tuviese la misma leyenda urbana. Lo que sí había era ratas, eso seguro. No tenía ni idea de cuántas balas le quedaban, y no podía comprobarlo en la oscuridad. ¿Cómo se defendería de un enjambre de ratas hambrientas?

Bostezó y empezó a temblar al sentir los primeros escalofríos del mono. Se le erizó cada pelo de su cuerpo y entendió el porqué de la expresión «tener la carne de gallina»: parecía un pollo desplumado.

Se detuvo un momento al sentir que había algo rondando en la oscuridad. Oyó un suave chapoteo, pero se desvaneció poco a poco hasta desaparecer.

Siguió quieta, conteniendo la respiración. No volvió a oírlo.

Corrió hacia delante hasta que sus dedos notaron algo redondo y metálico. Su primera reacción fue un gran susto, pero después de analizar aquello se dio cuenta de que era el pomo de una puerta.

Y estaba abierta.

Respiró hondo y lo giró. La puerta se abrió con un quejido. Miles de partículas de polvo rociaron su pelo y sus ojos.

Más allá de la puerta la oscuridad era aún mayor que en el túnel. Pasó con mucho cuidado por el hueco y cerró la puerta tras ella. No había ni una brizna de aire. Ni un ruido. Podía sentir los muros pero no podía verlos. Pensó que sería el cuarto de mantenimiento o un pequeño almacén, y que ahí estaría segura.

¿No?

¿Y si había un zombi con ella, morando en la oscuridad, esperando a abalanzarse sobre su presa

y devorarla? Oisqueó el aire. Estaba cargado y era muy húmedo, pero no presentaba el hedor a putrefacción que indicaba la presencia de un no muerto. No oía el sonido rasposo de su carne y sus huesos expuestos, ni el menor indicio de movimiento.

Se puso a cuatro patas y gateó hacia delante. Sus manos palparon la forma de varios objetos desconocidos hasta darse de bruces contra un muro. Apoyó la espalda contra él y se puso a temblar entre espasmos.

Empezó a sentirse más caliente, y aunque no podía verlas, sabía que tenía las orejas rojas. Su respiración se volvió entrecortada y arrítmica. También notaba aquel calor en los ojos, como si fuesen a fundirse en sus cuencas. Hasta en la oscuridad, sabía que estaban inyectados en sangre.

Iba a morir ahí, bajo tierra, en un puto cuarto de mantenimiento. En la oscuridad. Sin heroína. Debería haber dejado que el león la devorase, o que T-Bone y el resto la mandaran al otro barrio. Eso, por lo menos, habría sido más rápido.

Sabía que le quedaba por lo menos una bala.

Pensó en el bebé.

(«No era mi bebé.»)

El calor fue sustituido por escalofríos, que mordían con renovadas fuerzas. Sabía que faltaba poco para empezar a sentirse somnolienta y mareada; cuando ocurría, podía llegar a dormir entre once y doce horas. Lo que no sabía era qué ocurría después, puesto que nunca había llegado tan lejos: siempre había otra polla que chupar por diez o veinte dólares, que podía convertir en caballo con facilidad.

Profirió un largo y profundo bostezo.

Dormir parecía una buena idea.

Pero Frankie no tenía ninguna intención de despertar.

Puso el cañón de la pistola sobre su cabeza, pero se lo pensó dos veces. ¿Y si fallaba? Había oído historias de intentos de suicidio en los que la bala viajaba por el cerebro como un coche de carreras por el circuito, lisiando horriblemente a la víctima pero sin llegar a provocarle el efecto deseado.

Volvió a bostezar y aprovechó para meterse la pistola en la boca. Saboreó el aceite y la cordita y pensó que era mucho mejor que el sudor de los miembros que habían estado en ella.

Se armó de valor y, antes de perder los nervios, apretó el gatillo.

Oyó un chasquido.

Gritó de rabia y lanzó la pistola hacia la oscuridad, tirando algo que provocó un sonido metálico al caer al suelo. Frankie sollozó, con las lágrimas recorriéndole el rostro sin parar.

Siguió llorando hasta desmayarse.

* * *

La primera vez no fue plenamente consciente de que se había despertado. La oscuridad era tal que, cuando abrió los ojos, no notó la diferencia.

Los calambres la asaltaron casi inmediatamente y apenas tuvo tiempo de girar la cabeza antes de vomitar. Al tener el estómago vacío, sintió que éste estaba a punto de salirse por la boca, expulsando salvajemente los pocos líquidos que le quedaban. La bilis, templada, le salpicó la camiseta y se le pegó al pelo. Sudaba sin parar, y sus ajadas ropas no tardaron en quedar empapadas.

Tras una breve tregua, otro calambre le apuñaló el abdomen. Sus tripas se convulsionaron y se sintió húmeda y caliente de cintura para abajo. El olor le provocó náuseas, por lo que las arcadas no tardaron en llegar.

Gruñó y se mordió el labio al advertir la llegada del tercer calambre. Notó la sangre en su garganta y la escupió al instante.

Intentó incorporarse entre gritos. El sudor le bañó los ojos, que reaccionaron con dolor. El mono le provocaba espasmos en cada músculo, hacía que las piernas le fallasen. Cada convulsión provocaba una punzada de dolor que viajaba por los huesos, subía por la columna y explotaba en su cerebro.

Todavía estaba gimiendo con los ojos firmemente cerrados cuando oyó el pomo girar.

Frankie se sobresaltó y el miedo hizo que la necesidad desapareciese.

La puerta se abrió, dejando ver una titilante antorcha.

—No eres una de ellos.

La voz era profunda y serena, y hablaba con parquedad.

Temblando, Frankie entrecerró los ojos, intentando ver más allá de la luz. El dolor era cada vez más insoportable, y gritó al sentir otro ataque de diarrea.

—Ya he visto esto antes —susurró la voz—. Bueno, supongo que sólo nos queda esperar.

La puerta se cerró suavemente y Frankie se quedó sola con el fuego y la voz.

—¿Qué... qué eres? —gimió Frankie.

—Soy un troll.

Ella se echó a reír con un tono frágil y mustio que se vio interrumpido por una tos brutal.

—¿No llevarás algo de metadona, verdad? —preguntó con debilidad.

Luego la luz de la antorcha fue sustituida por la oscuridad de sus párpados caídos y perdió el conocimiento.

* * *

Sus dientes rechinan unos contra otros con fuerza, tanta que nota cómo semueven y llega a sentir la sangre deslizarse entre sus dientes podridos y sus cada vez más demacradas encías.

El sudor mana de sus sucios poros como pus de un grano. Apesta. El hedor la hace vomitar y el olor del regüeldo la hace vomitar otra vez. Se tumba sobre su propia mierda, sintiendo cómo se extiende por sus temblorosas nalgas y sus huesudas piernas, cómo cubre sus lumbares como una manta templada.

Se siente a gusto.

A gusto en la mierda. A gusto en el infierno.

El bebé sigue con ella, en algún lugar. No llega a verlo, pero puede oírlo. T-Bone, C, Marquon, Willie y el resto también están con ella, susurrando promesas de dolor y muerte. Recibe esas promesas con gusto, ofreciéndose, extendiendo sus brazos para indicar que ya está lista...; pero la muerte no llega y eso la hace llorar. Los médicos y las enfermeras susurran en el éter. Un tipo se desabrocha la bragueta y ese sonido la hace temblar con fuerza.

En medio de la locura —sabe perfectamente lo que es— está el troll. Le limpia la cara con un trapo húmedo y fresco y le murmura palabras de apoyo mientras le da de beber caldo de pollo servido en una vieja taza de café. Maldice al troll porque no ha pedido caldo de pollo, ha pedido un chute. El caldo se revuelve en su interior y lo vomita al instante, pero él sigue dándoselo igualmente. Puede ver la suciedad en su descuidada barba, incluyendo trozos del caldo que acaba de vomitar. Se arrepiente por un momento y percibe el cariño en sus ojos grises, pero entonces vuelve —LA NECESIDAD— y vuelve a odiarlo y quiere morirse. Le ruega que la mate, pero él no escucha.

Pasan minutos y horas y días y fiebres y escalofríos y no puede respirar (tampoco es que quiera, pero le molesta no poder hacerlo) y sufre calambres, espasmos, convulsiones, náuseas y temblores y su nariz y garganta son como fábricas de moco y Frankie grita.

Y grita.

Y grita.

Y grita...

Y pese a todo el troll sigue a su lado, susurrándole y prometiendo que todo irá bien, que ya casi ha pasado todo. Quizá tenga razón, porque el llanto del bebé ya no es tan alto.

Hasta que ya no puede oírlo.

Algo muere en su interior y, por fin, Frankie se duerme.

* * *

Frankie abrió los ojos. Le dolían los huesos y los músculos, le pesaba la cabeza y tenía la nariz llena de mocos, pero nunca se había sentido tan bien.

El troll estaba sentado en el centro de la habitación, leyendo bajo la luz de las velas. Cuando se revolvió, él la contempló con una expresión de sorpresa, sonrió y cerró el libro. Frankie echó un vistazo a la portada: *El nacimiento de la tragedia*, de Friedrich Nietzsche.

Frankie se lamió los labios e intentó hablar. Su lengua era como papel de lija.

—Pensaba que iba a morir. Era lo que quería.

—Precisamente estaba leyendo sobre eso —replicó el troll—. Nietzsche cita a Sileno: lo mejor que pudiera haberte sucedido está fuera de tu alcance: no haber nacido, no ser, ser nada. Ahora, lo mejor que te puede suceder es tardar poco en morir.

Frankie no dijo nada. La habitación estaba sorprendentemente templada, casi era acogedora.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo estuviste inconsciente? Calculo que unas setenta y dos horas. No puedo estar seguro porque dejó de funcionar el reloj hace unas semanas. Todavía no lo has superado del todo, pero ya ha pasado lo peor. La abstinencia por heroína suele durar entre diez y catorce días, pero los tres primeros son los peores.

—¿Cómo lo...?

—Trabajaba en un hospital, era terapeuta. ¿Tienes sed?

Afirmó con la cabeza y él le llevó una cantimplora.

—Toma, bebe a sorbos —le indicó mientras apoyaba la mano en su espalda para ayudarla a incorporarse. Le crujió la columna, pero le sentó bien.

Bebió un poco de agua. Era limpia, fría y revitalizante, y la llenó de vida a medida que viajaba por su garganta.

—Así es suficiente —le advirtió para que dejase de beber—. Ya has vomitado bastante, tienes que conservar algo en tu interior.

—Gracias —jadeó—. Te debo la vida.

Se rió y le dio un par de palmadas en la pierna.

—No me debes nada, te lo debes a ti misma.

—Me llamo Frankie —le dijo mientras le extendía la mano, observando que los temblores habían desaparecido.

—La gente me llama Troll —dijo con calma, estrechándole la mano—. Bienvenida a mi casa.

—¿Vives aquí? —preguntó. No se sentía sorprendida, pero sí culpable por haber invadido su hogar. En el mundo de Frankie la gente vivía donde podía: en callejones, bajo las vías del tren, en cajas de cartón, allí donde hubiese espacio.

—No en esta habitación exactamente, sí aquí abajo. Llevo bastante tiempo viviendo aquí, mucho antes de que todo empezase a ir mal ahí arriba.

—Tú también te enganchaste, ¿no?

Respondió con una risa breve, entrecortada y sin una pizca de humor.

—No, la verdad es que no. ¿Por qué lo piensas?

—Lo siento, pareces un tío listo, leyendo filosofía y cosas así, pero también sabías lo que era el mono. Igual tú también estuviste enganchado.

—No —dijo. Luego permaneció en silencio. Se quedó mirando a la llama de la vela durante varios minutos antes de volver a hablar—. Mi hija empezó a esnifar heroína. Trabajé quince años en ese campo; era el experto en drogodependencias de referencia, ¿sabes? Tenía la pared repleta de títulos y el fichero lleno de testimonios de yonquis a los que había ayudado. Pero cuando le pasó a mi propia hija, estuve ciego. Nunca lo vi venir.

Frankie no dijo nada y siguió escuchando.

—No sabía por qué había empezado. Quizá fue mi divorcio, quizá fueron problemas con un chico. Pensaba que había confianza entre nosotros, que me lo contaba todo. Pero bueno, supongo que una chica de catorce años no ve a papi como su mejor amigo, ¿verdad?

Hizo una pausa, pasándose los dedos por su descuidada barba.

—Estaba en una fiesta y la esnifó. Había sido mezclada con algún producto químico casero. Nunca descubrí cuál, pero seguro que ya conoces el resultado.

Frankie asintió. Había visto a varios amigos morir de la misma forma. Era algo brutal.

—Murió de camino al hospital. Mi ex mujer me echó la culpa, y la verdad es que estoy de acuerdo con lo que dijo. Así que me vine aquí abajo.

—Lo siento —dijo Frankie.

—No te preocupes, no está tan mal. Te sorprendería la clase de gente que puedes encontrar bajo tierra. Brokers de la bolsa, abogados, estudiantes de medicina fracasados, doctores en artes y humanidades. La gente vive donde puede, y, créeme, hay lugares mucho peores en los que pasar la noche. Y, sorprendente: no todos los que viven aquí están huyendo de algo.

—Bueno, ahora sí.

—Sí —afirmó—. Supongo que sí. Pero no sólo están arriba, también están aquí. Todavía no hay muchos humanos, pero hay un problema serio con las ratas.

Frankie se acordó del zoo y tembló.

—Y la cosa irá a peor —continuó—. Iba a salir a la superficie cuando me encontré contigo.

—Giró la cabeza hacia su mochila y equipaje—. Pensé en seguir los túneles hasta el puerto y coger un barco hacia alguna parte.

—¿Adónde tenías pensado ir?

Se encogió de hombros.

—Adonde pueda, supongo. Para ser sincero, no lo sé. Tengo que determinar si se trata de un acontecimiento local o mundial. La opción lógica sería una isla, pero también tienen animales y pájaros, así que la seguridad sería bastante relativa. Pensé en ir mar adentro, alejado de la tierra. Pero tampoco estoy seguro de que ésa sea una buena alternativa. Por ejemplo, los tiburones: creo que un grupo de tiburones zombi o una orea harían trizas un barco.

—No hay esperanza —susurró Frankie—. Tarde o temprano acabarán con todos nosotros y seremos como ellos. Deberías haberme dejado morir y taladrarme la cabeza para que no volviese como una de ellos.

Troll negó con la cabeza.

—Te salvaste a ti misma, Frankie. Yo únicamente cuide de ti: el triunfo es tuyo y sólo tuyo. En algún lugar de tu interior encontraste la fuerza para luchar, para sobrevivir. Tu voluntad es fuerte, y eso es lo que necesitarás ahí fuera.

Frankie reflexionó sobre ello. Le rugieron las tripas y sonrió, avergonzada.

—Me imagino que tendrás ganas de comer algo. Pero primero aséate un poco. —Se dirigió hacia una esquina y empezó a rebuscar entre los estantes de metal—. No sé qué tal te quedarán —dijo mientras sujetaba un uniforme de mantenimiento municipal—, pero seguramente serán mejores que lo que llevas ahora. Y también olerán mejor.

Frankie rió y aceptó las ropas con sincero agradecimiento. Le dio un trapo y una palangana con agua. Después, como un mago, sacó una pastilla de jabón y una botellita de champú.

Frankie se desvistió y empezó a frotarse; él se dio la vuelta y se dispuso a preparar la cena. El agua jabonosa corría por sus moratones y heridas, sobre las marcas recientes y los fantasmas de chutes pasados.

Nunca más. Era algo que se había jurado muchas veces, pero algo en su fuero interno le decía que esta vez iba en serio. Nunca más.

Troll se dirigió hacia ella sujetando un plato de plástico lleno de barritas de granola, carne en salazón y unas manzanas que apenas tenían unas motas marrones. Le oyó dar un respingo desde el otro lado de la habitación, pues se encontraba desnuda ante la titilante luz de la vela.

Se pasó la lengua por los labios.

—Te has ocupado de mí. ¿Quieres que ahora me ocupe de ti?

—No —respondió con voz entrecortada—. Es un honor, pero no es necesario. Supongo que ya habrás compensado así muchos favores en el pasado, pero ya no. Eres la nueva tú, ¿recuerdas?

Sonrió, sintiéndose más feliz de lo que podía llegar a expresar.

—Eres especial, señor Troll.

Se puso el uniforme y sintió que le sentaba como una segunda piel.

Comieron. Mientras masticaba, Frankie pensó que todo iba a cambiar.

* * *

—Hasta la fecha —le dijo Troll mientras encendía la antorcha y cargaba la pistola—, el fuego ha mantenido a distancia a todas las ratas que me he ido encontrando. Pero aquí abajo hay más cosas y no sé cómo funcionará con ellas. Así que déjame ir delante.

Ella se mordió el labio y asintió.

—¿Lista?

Volvió a asentir, incapaz de hablar.

Abrió una puerta hacia la oscuridad.

Empezaron a caminar por el túnel. Al cruzar por un agujero de alcantarilla, Frankie observó señales de vida en los diminutos salientes: había sacos de dormir y estantes colgados de los peldaños de la escalera que subía a la calle, pero ni rastro de sus dueños.

Caminaron en silencio, acompañados únicamente por el sonido de sus pisadas y su respiración. El túnel parecía infinito, y se extendía más allá de la luz de la antorcha. Troll caminaba con una asombrosa seguridad a través de innumerables giros y esquinas.

Llegaron a una sección en la que el suelo estaba anegado de un agua lodosa, hedionda como los cadáveres andantes de la superficie y cubierta por una repugnante y fina capa. Caminaron con las piernas separadas para evitar pisar aquella mugre, plantando los pies firmemente en los lados del túnel y con la cabeza gacha.

Las cucarachas rondaban por la porquería a ciegas, alimentándose de hojas muertas y detritus de las calles y los edificios. Docenas de peces albinos recorrían las aguas. Frankie se preguntó si algún pez de colores tirado por el váter habría acabado ahí, deformado con el paso del tiempo. Algunos habían crecido tanto que apenas cabían en el agua: incapaces de nadar, chapoteaban en la mugre, dando inaudibles bocanadas en el asfixiante oxígeno.

Pero eso era todo: no había ratas o humanos, zombis o no.

Troll la guió incansablemente por la vasta red de catacumbas hasta llegar a un cruce. Varios túneles de todas las alturas y ángulos convergían en una amplia zona.

—Por aquí —susurró Troll, hablando por primera vez en más de una hora—. Todavía queda más de un kilómetro hasta el puerto.

Continuó avanzando y Frankie lo siguió de cerca. El túnel que habían tomado era totalmente recto; el techo subía y bajaba como una montaña rusa, pero el suelo estaba seco y sus doloridas piernas se lo agradecieron.

Al cabo de un rato sintió una suave brisa en el rostro.

Y entonces oyeron el primer ruido tras ellos.

Ambos se giraron. Troll sujetó la antorcha en lo alto cuando un segundo chapoteó sonó a través del eco del túnel.

—Rápido —urgió Troll, agarrándola del brazo. Empezaron a andar a paso ligero, sin llegar a correr.

Hubo más sonidos, y cada vez eran más cercanos, formando un repiqueteo. El de uñas y dientes. Muchos.

Entonces llegó el olor. El muy familiar hedor de los no muertos.

Troll empujó a Frankie hasta ponerla ante él, se detuvo y se dio la vuelta, apuntando hacia el frente con la antorcha.

Docenas de brillantes ojos rojos le observaron desde la oscuridad.

Las ratas cargaron, abalanzándose sobre él como una ola marrón surgida de las profundidades del túnel. No emitían ningún sonido salvo el ruido de sus garras.

—¡Vete! —La empujó hacia delante con tanta fuerza que estuvo a punto de derribarla.

Tras recuperar el equilibrio, Frankie empezó a correr sin echar la vista atrás, escuchando el resonar de sus pasos por el túnel y la respiración entrecortada de Troll detrás de ella. Cada vez tenían más cerca a sus perseguidoras, que empezaron a chillar produciendo un sonido parecido al de las uñas arañando una pizarra. Frankie sacó la pistola.

—¡No servirá de nada! —Gritó Troll—. Para cuando hayas matado a una, tendrás a diez encima. ¡Corre y punto!

Obedeció y siguió corriendo a toda velocidad. Recorrió varios metros hasta darse cuenta de que él ya no la seguía.

Troll estaba en medio del túnel, con las piernas separadas, bloqueando el paso. Sostenía la antorcha como una espada flamígera, blandiéndola de lado a lado. El ejército de ratas no muertas

se echó atrás, con el miedo reflejado en sus ojos.

—¡Troll!

—¡Vete! —le gritó, sin mirar atrás—. ¡Nos encontraremos fuera!

Frankie se quedó inmóvil y luego dio un paso hacia él.

—¡Maldita sea! —aulló. Las ratas avanzaban y retrocedían, tanteando los límites del fuego—.

¡Sobrevive, Frankie! Tienes una segunda oportunidad, no la eches a perder.

Algo pequeño, peludo y marrón cayó del techo chillando. Troll lo golpeó con el palo, envolviéndolo en llamas y haciendo retroceder al resto. Gruñó y empujó la antorcha hacia las criaturas.

Frankie salió corriendo a regañadientes.

* * *

... Y así fue como acabó donde se encontraba: en una zona pantanosa y amplia cerca del puerto Fells Point, recibiendo su bautismo de lluvia ácida. El rascacielos del Sylvan Learning Center y la dársena Marriot se alzaban sobre ella luciendo oscuras y empañadas ventanas.

Esperó mucho tiempo.

Troll no llegó a salir de las alcantarillas.

Frankie se puso en camino, renqueando, con la lluvia engullendo sus lágrimas.

Capítulo 8

La autopista 64 cruzó unos cuantos pueblos vacíos en su recorrido a través de las montañas de Virginia Occidental, antes de adentrarse en Virginia, y Martin susurró una plegaria en agradecimiento. Cuanto más vacíos estuviesen los pueblos, más posibilidades tenían de eludir a los no muertos.

Jim condujo hacia el sol naciente mientras Martin experimentaba con la radio, comprobando las frecuencias AM y FM. Todas las emisoras emitían las mismas veinticuatro horas de absoluto silencio.

La autopista estaba cubierta por una densa niebla, pero Jim no bajó de cien por hora pese a los ruegos de Martin de que frenase un poco. Pero, salvo por la niebla matutina, la carretera estaba despejada. Ambos se sorprendieron ante la ausencia de vehículos: sólo habían visto una media docena de coches abandonados, la mayoría de ellos en la última salida.

Pese a ello, Jim accedió a ponerse el cinturón de seguridad para tener al anciano contento.

—¿Qué tal la espalda?

—Va mejor —gruñó Martin—. Reconozco que esos analgésicos que conseguiste en la gasolinera están haciendo su efecto.

Cruzaron las salidas de Clifton Forge, Hot Springs y Crow, pueblos alejados de la autopista y rodeados de montañas. De entre los árboles que rodeaban Crow surgía un brillo naranja y varias columnas de humo negro que se extendía hasta la carretera.

—¿Paramos? —preguntó Martin.

Jim pasó por delante de la salida sin frenar.

—No. Ahí no se nos ha perdido nada.

—Pero si el pueblo está ardiendo y todavía hubiese gente viva...

—Pues será mejor que vayan pensando en marcharse. Además, si realmente queda gente viva, quizá fueron ellos los que empezaron el fuego. Puede que fuese la única forma de salvarse.

Martin reflexionó sobre ello en silencio.

—¿Sabes? —dijo minutos después—, no hemos encontrado supervivientes desde que dejamos White Sulphur Springs.

—Sí, pero tampoco hemos visto ningún zombi.

—Eso es cierto, pensé que nos encontraríamos con más. ¿Adónde ha ido todo el mundo?

—Si te refieres a los zombis —respondió Jim—, no tengo ni idea. Ten en cuenta que los pueblos de esta parte del estado son pequeños y están muy diseminados: la mayor parte de la gente vive en granjas, en casas aisladas o en cabañas de caza en mitad de la nada. Si se mueren y vuelven a la vida, lo más seguro es que no los veamos por aquí. Donde más zombis vi a la vez fue en Lewisburg, pero porque vivíamos en un barrio residencial.

—¿Pero no deberían estar trasladándose? —Preguntó Martin—. Comen gente como nosotros nos comemos una hamburguesa. Si no encuentran comida, empezarán a emigrar a donde haya más.

—Sí, seguro que ya están en ello —respondió Jim—. Pero acuérdate de que Virginia Occidental está cubierta por cientos de miles de kilómetros de montaña. La mayor parte del estado es bosque. Si están moviéndose por este tipo de terreno, es poco probable que nos encontremos con uno, humano o animal. Pero te diré una cosa: no estoy del todo de acuerdo con eso de la comida.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no están comiendo, de eso no hay duda. Ambos lo hemos visto. ¿Pero te has fijado en una cosa? No se comen todo el cuerpo. No es como en las películas, no hacen pedazos a la víctima y la devoran hasta dejar los huesos limpios.

Martin se estremeció.

—Perdón, reverendo. Pero ¿entiendes lo que digo? Nos comen como si fuésemos alimento. Pero se aseguran de que la víctima conserve la movilidad para que pueda convertirse en uno de ellos. La mayoría de los zombis con los que nos hemos encontrado conservan los miembros, sobre todo las piernas. Y todos tienen cabeza.

—Vi a uno al que le faltaba la mandíbula inferior.

—Pero apuesto a que el cerebro lo tenía intacto, ¿a que sí? —El predicador asintió y Jim

continuó—. Parece que la clave está en el cerebro. Como hablábamos ayer en la iglesia, es como si algo se apoderase del cerebro después de la muerte y reanimase el cuerpo, como un parásito o algo así. Tú dijiste que eran demonios, y puede que así sea, no lo sé. Pero sean lo que sean, estoy seguro de que al principio había muchos zombis que no podían moverse.

—¿Por qué?

—Porque cuando todo esto empezó, la gente moría por otras causas que no eran acabar como cena para un zombi. La gente que había sufrido accidentes o que había muerto en un incendio, o qué sé yo. Gente con la columna o el cuello rotos, con las piernas cortadas de cuajo, cosas así. Después, a medida que los vivos eran asesinados por la oleada original de zombis, las muertes por causas naturales disminuyeron. Cuanta más gente muere a causa de los zombis, más cadáveres conservan la capacidad de moverse.

—¿Así que crees que iremos viendo cada vez más con el paso del tiempo?

—Desde luego. Imagino que a medida que nos dirijamos al norte, que está más poblado, nos iremos encontrando con más.

—Pero Jim, ¿y los supervivientes? ¿No te parece raro que no nos hayamos encontrado con ninguna persona viva?

—No lo sé —admitió Jim—. Quizá seamos los únicos que quedan en esta zona. Pero sé que Danny está vivo y eso es todo lo que me importa.

—No podemos ser los últimos —dijo Martin—. Creo de corazón que habrá otros, Jim. Gente como nosotros. Sólo tenemos que encontrarlos.

Poco después, las luces del coche apuntaron directamente a un ciervo solitario en medio de la carretera. En cuanto los vio, salió del carril de un salto y desapareció en la espesura.

—Creo que ése estaba vivo —dijo Martin—. No se movía como uno de ellos.

—Entonces será mejor que le deseemos suerte —dijo Jim—. Los cazadores de la temporada de otoño van a ser el último de sus problemas.

Poco después, el sol deshizo la niebla. Cruzaron la frontera; un cartel verde les informó de que estaban «SALIENDO DE LA SALVAJE Y HERMOSA VIRGINIA OCCIDENTAL. VUELVA CUANDO QUIERA», animaba.

—Bien, ya estamos en Virginia —dijo Martin—. Hasta ahora todo ha ido bien.

—Espero que siga así. De momento vamos bien de gasolina: sólo hemos gastado un cuarto del depósito, pero no creo que la suerte nos dure. Cuanto más nos acerquemos a Nueva Jersey, más se complicarán las cosas. Para serte sincero, Martin, creo que nos va a costar lo nuestro llegar hasta allí.

—Quizá Dios nos despeje el camino.

Jim agarró el volante con fuerza.

Cuando volvió a hablar, Martin tuvo que esforzarse para escuchar qué decía.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué ha permitido Dios que ocurra algo así? ¿Por qué ha hecho esto?

Martin hizo una pausa y escogió sus palabras con sumo cuidado. Era una pregunta que le habían formulado miles de veces en el pasado, una pregunta que él mismo se había hecho en más de una ocasión. Muertes en la familia, enfermedades, divorcios, paro, bancarrota: todos llevaban a su rebaño a la misma pregunta.

—Ya me lo preguntaste antes y te dije que no lo sé —respondió, con las palabras atragantándosele en la garganta—. Y sigo sin saberlo. Ojalá lo supiese, Jim, de verdad. Pero lo que sí sé es que Dios no hizo esto. La Biblia dice claramente que Satán es el amo de la Tierra, lo ha sido desde su caída y la de sus lacayos.

—Pero, aun así, ¿por qué permite Dios que ocurra? Puede que el diablo gobierne el planeta, ¿pero me estás diciendo en serio que Dios no puede hacer nada al respecto?

—Créeme, lo sé, sé que puede parecerlo, pero no funciona así, Jim.

—¿Sus designios son inescrutables y todo eso?

Martin esbozó una sonrisa agrí dulce.

—Algo así.

—Vale, pues eso son chorradas, Martin. ¡Que no se ande con designios con mi hijo! ¡Él ya tiene el suyo y dejó que lo matasen! ¡No tiene por qué matar también al mío!

El predicador no respondió. En vez de eso, se quedó mirando los árboles, que pasaban velozmente ante ellos, a través de la ventana.

—Lo siento, Martin —dijo Jim con un suspiro—. No quería ofenderte, en serio. Es que... —No supo continuar.

Martin le puso la mano en el hombro.

—No pasa nada Jim, te entiendo. Ojalá tuviese una respuesta para ti, algo que te aliviase. Pero hay una cosa en la que creo con todo mi corazón: no fue una coincidencia que nos encontrásemos. Dios lo planeó. Y creo que Danny está vivo, Jim, ¡y vamos a encontrarlo! Estoy convencido.

—Eso espero —dijo Jim—. Dios, eso espero.

Martin hurgó en el asiento trasero hasta sacar una botella de agua para cada uno y una bolsa de patatas fritas. Comieron con voracidad.

—¿Has pensado qué haremos cuando hayamos rescatado a Danny?

—Pues la verdad es que sí, tengo un par de ideas al respecto.

—Vamos a oírlas —dijo Martin, sin poder terminar la frase. Se aferró al salpicadero—. ¡Cuidado!

El vehículo chirrió al tomar la curva cuando se encontraron con un Volkswagen Beetle de colores vivos tirado en medio de la carretera, convertido en un amasijo de hierros retorcidos. El coche descansaba sobre su techo y las ruedas (una de ellas pinchada y la otra sacada de cuajo) apuntaban hacia el cielo como las patas de un animal muerto. El lado del copiloto estaba machacado y los pedazos de la ventana cubrían el asfalto como nieve cristalina.

Cuatro motos (Jim se dio cuenta de que no eran Harleys, sino unos modelos de los jodidos japoneses) estaban aparcadas en mitad de la autopista. Una de ellas apuntaba directamente hacia ellos.

Jim pisó el freno automáticamente y, mientras el todoterreno se dirigía directo hacia la moto, vio, como si observase a cámara lenta, dos cosas. Por un lado, dos zombis estaban arrodillados en la hierba al lado de la carretera, dándose un festín con las tripas de una adolescente. Al mismo tiempo, otros dos sacaban a un joven del asiento del conductor arrastrándole del pelo. Aunque todos los zombis se quedaron mirando al vehículo, sorprendidos, uno tuvo tiempo de cortar el cuello al chico antes de reparar en el vehículo que se dirigía hacia ellos.

La oración de Martin y el grito de Jim se pararon en seco cuando el todoterreno chocó contra la moto. Los airbags salieron disparados del salpicadero, impactando contra los ocupantes.

Jim notó que las ruedas delanteras habían pinchado y luchó por mantener el control, pero los frenos antibloqueo no sirvieron de mucho. El todoterreno giró hacia la derecha y atravesó el quitamiedos para finalmente chocar contra el retorcido y grueso tronco de un roble.

—Hijos de puta —murmuró el zombi del cuchillo—. ¡Me han jodido la moto!

Sacó al joven de la chatarra en la que había quedado convertido el Volkswagen y tiró el cuerpo, que cayó inerte contra el suelo. Después se dirigió hacia el todoterreno.

Su compañero rasgó la camiseta del joven y le mordió un pezón, agitando la cabeza hasta desprenderlo.

—Eh —dijo—. Será mejor que comas algo ahora. El alma está abandonando el cuerpo y siento impaciencia al otro lado.

—Deja que nuestros hermanos ocupen ese cuerpo. Por ahí hay más carne.

Jim se quitó el airbag de encima y giró la llave del contacto. El salpicadero parecía un árbol de Navidad lleno de luces parpadeantes: el indicador del motor, del aceite, de la batería... ninguno de ellos funcionaba. Desesperado, echó la vista atrás, a la autopista, para ver dónde se encontraban los zombis.

Los cuatro se dirigían hacia su coche.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó Martin a su lado. Su nariz goteaba sangre y tenía marcas oscuras bajo los ojos.

—¡Martin, tenemos que irnos —susurró Jim—. ¿Puedes moverte?

—Te 'ije que tenías que pone'te el cinturón —murmuró el anciano antes de cerrar los ojos y perder la consciencia.

Jim quiso coger la pistola, pero no la encontró.

—¡Joder!

Después de desabrocharse el cinturón, empezó a buscar el arma debajo del asiento. El derrape y el golpe posterior habían esparcido el contenido de la mochila por todo el asiento trasero. Encontró un paquete de café instantáneo, un mapa de carreteras y un cartucho para el fusil, pero ni rastro de la pistola.

—Eh, amigo —dijo una voz a la izquierda de Jim. Olió a la criatura en el preciso instante en el que habló—. ¿Problemas con el coche?

Dos brazos acartonados se colaron por la ventana abierta del asiento del conductor. Unos fríos dedos rodearon su cuello y apretaron. Jim agarró las huesudas muñecas, separando la piel de la decadente carne con las uñas, mientras el zombi reía sin dejar de apretar.

Otro zombi saltó sobre el capó abollado y agarró a Martin a través del parabrisas hecho añicos. El resto se puso a abrir la puerta del copiloto.

Jim intentó gritar, intentó respirar, pero comprobó que no podía. Le ardía la garganta y sentía que la cabeza, que no paraba de palpar, iba a explotar de un momento a otro. El dolor era tan intenso que no oyó el disparo hasta tener la cara y los ojos cubiertos con el cerebro de su atacante.

Los brazos muertos le soltaron inmediatamente y el zombi cayó al suelo. Un segundo disparo acabó con la criatura del capó y alcanzó el asiento, a escasos centímetros del pecho de Jim. Empezó a gritar y se encogió.

Los zombis restantes se olvidaron de Martin y dirigieron sus miradas hacia el bosque. Sonaron seis rápidos disparos más y después se hizo el silencio.

—¡Eh, los de ahí! —Gritó una voz—. ¿Estáis vivos?

Martin volvió a levantarse y observó a Jim, confundido.

—¿Qué pasa? —susurró.

La voz volvió a gritar:

—¡Salid con las manos en alto, donde podamos verlas!

—No lo sé —admitió Jim—. Pero me da que no va a ser mejor que los zombis.

—Igual te los has cargado a todos, Tom —aulló otra voz.

—¡Calla, Luke! —Respondió la primera voz—. No iba a preguntarles a los zombis a ver si querían compartir.

—Hola —dijo Martin con voz temblorosa—. No queremos problemas.

—¡Y no los tendréis mientras hagáis lo que os hemos dicho! Ahora, venga, a salir con las manos en alto.

Hicieron exactamente lo que se les había dicho y salieron del coche estrellado con las manos en alto. Un tipo robusto y barbudo vestido con ropa de camuflaje salió de entre la vegetación empuñando una escopeta. Poco después otro hombre, delgado y calvo, avanzó hacia ellos. Les apuntaba con un fusil de caza.

El grande los miró de arriba abajo y escupió tabaco marrón sobre la tierra. El otro sonrió y Jim se percató de que tenía un hilillo de saliva corriéndole por la barbilla.

—Gracias por salvarnos —dijo Jim—. ¿Hay algo que podamos hacer para compensaros?

—Puedes compensarnos cerrando la puta boca —respondió el primer hombre. Luego se dirigió a su compañero—. ¿Qué te parece, Luke?

—El negrata es todo piel y huesos, seguro que es correoso. Pero el otro tiene buena pinta.

Martin se puso a temblar, nervioso. Jim recordó la escena de *Deliverance* en la que Ned Beatty era violado en el bosque.

—Por favor, es...

—Tú puedes quedarte al negrata —dijo Tom, ignorando a Jim—. Podemos ponernos a ello ahora mismo. Los preparamos, nos los llevamos al refugio y luego volvemos a por sus cosas.

Las tripas de Luke rugieron, satisfechas.

«Dios mío —pensó Jim—, ¡son caníbales!»

—Muy bien, chicos, daos la vuelta y poneos de rodillas.

Jim pensó en ir corriendo al todoterreno a por una de sus armas, pero en seguida descartó la idea. Estaría muerto mucho antes de llegar al vehículo.

—Mirad —tartamudeó—. Tenemos bastante comida para vosotros dos; os la daremos encantados si nos dejáis marchar. Tengo que rescatar a mi hijo.

Tom respondió cargando la escopeta.

—¿Es que no me has oído? ¡Mi hijo vive en Nueva Jersey y tengo que salvarle!

—Caballero, por mí como si su abuela vive en Tomarporculistán. No tenemos tiempo que perder, tenemos bocas que alimentar y estáis en el lugar equivocado en el momento equivocado. Eso es todo. Si os sirve de consuelo, os aseguro que no acabaréis como esas cosas que acabamos de cargarnos. Puedo dispararos en la cara o en la nuca, así que, si no quieres verla venir, ¡te aconsejo que te des la vuelta y te pongas de rodillas de una puta vez! Porque a mí me da lo mismo.

Le apuntó con la escopeta, pero Jim no se acobardó.

—¡No eres mejor que los zombis, hijo de puta!

—Pues igual. Pero no vamos a morir de hambre mientras esperamos a que el gobierno llegue y se ponga a arreglar las cosas, eso te lo aseguro. Llevan años planeando un ataque biológico como éste, pero no creo que supiesen que China tenía un gas capaz de devolver a los muertos a la vida. Martin empezó a rezar.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

—¡Tom, cuidado!

Luke apuntó con el dedo sobre el hombro de Jim.

—Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

—No os servirá de nada rezar. ¡Ha abandonado su trono y vuestra especie nos pertenece!

Jim se dio la vuelta, se echó al suelo y rodó, arrastrando a Martin consigo. La joven pareja del accidente, que hacía unos minutos estaba tirada sobre la carretera, se dirigía ahora hacia ellos. Sus crueles sonrisas destilaban malicia.

—Prepárate —le dijo Jim a Martin. El anciano asintió.

—Los tengo —dijo Luke. Apuntó con el fusil, empujó el cerrojo y apretó el gatillo.

No pasó nada.

Los zombis se burlaron de él y avanzaron sin dilación.

—Serás gilipollas —escupió Tom, levantando la escopeta—. Te has olvidado de recargar.

Apretó el gatillo y la escopeta retrocedió contra su hombro. La oreja y la mejilla del chico se desintegraron, dejando dientes y cartílago al descubierto. Continuó avanzando luciendo una permanente sonrisa grabada en el rostro mientras el rugido de la escopeta reverberaba por las colinas.

—¡Mierda! —gritó Tom mientras tiraba de la corredera.

—¡Oi a ataroh! —La lengua del zombi se revolvía en su arruinada boca.

—Dice que va a mataros —informó la chica.

—¡Ya! —susurró Jim. Empujó a Martin y ambos salieron disparados hasta dejar atrás a los caníbales, adentrándose en el bosque corriendo todo lo que sus doloridas piernas les permitían.

—Luke, ¿te importa disparar de una puta vez? —gritó Tom, desesperado. A su voz le siguió el trueno de su escopeta y el primero de los zombis cayó al suelo con la cabeza reventada.

Jim y Martin oyeron tras ellos un disparo del fusil de Luke mientras corrían a través de la espesura. Las espinas les rasgaban la piel y las ramas les azotaban el rostro, pero siguieron avanzando a toda velocidad. Oyeron a Tom gritándole a Luke.

—¡Serás gilipollas! ¡No le darías a una vaca en un pasillo!

A continuación resonaron otros dos disparos. Se dejaron caer por el lecho seco de un riachuelo,

cojearon a través de las rocas y subieron, jadeando, al otro lado.

—¡VOLVED AQUÍ, CABRONES!

Sus perseguidores se adentraron en el bosque, revelando su posición por el ruido de las ramas rotas y sus maldiciones.

Cuando llegaron a lo alto de una colina, Martin se derrumbó, exhausto, agarrándose un costado con una mano y la espalda con la otra.

—¡Venga, Martin!

—Sigue tú —masculló—. Yo no puedo continuar.

Jim miró colina abajo. Podía oírlos, pero no verlos.

—Martin, deja que te lleve.

—No, Jim. Soy demasiado mayor para ir corriendo por el bosque jugando al escondite con Bubba y Jimbo. Los entretendré para que puedas escapar.

—¡Chorradas!

—¡No, no son chorradas! ¡Jim, piensa en Danny!

—No voy a dejarte aquí.

—Dios me protegerá.

—¡Sí, pues hasta ahora lo está haciendo de vicio, Martin!

Jim dio un rodeo, echando un vistazo a los alrededores. Cogió una rama fuerte, dura y de unos ocho centímetros de grosor y la blandió como un bate.

—Esos paletos hijos de puta nos están retrasando y están poniendo en peligro la vida de mi hijo. Cada segundo que pasamos aquí nos expone al ataque de una ardilla zombi, o un pájaro zombi, ¡o vete a saber qué coño!

Se alejó un poco.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Martin en voz baja.

—Llámalos —le dijo Jim—. Estaré cerca.

Martin cerró los ojos y se esforzó en controlar la respiración. Le dolía el pecho, tenía los miembros fríos y la espalda le estaba matando. Volvió a abrir los ojos y miró alrededor, esperando alguna señal de Jim, pero había desaparecido. Estaba solo. Solo en el bosque.

Entonces oyó unas pisadas sobre las hojas, pasos dirigiéndose hacia él.

—Dios mío —gimió—. Ayúdame, Jesús. ¡Ya no aguanto más!

Los pasos se volvieron más rápidos y los dos cazadores surgieron de entre las zarzas.

—Hola, negrata —sonrió Luke—. Parece que tu amigo ha escapado. Qué pena. Me da que comerte va a ser como roer un ala de pollo.

Tom miró a su compañero con severidad y se acercó cuidadosamente a Martin hasta quedar a tres metros del predicador.

—¿Dónde está tu amigo, viejo?

—Salió corriendo... y me abandonó.

El hombre miró a los alrededores con cautela y levantó la escopeta.

—Bueno, pues tendremos que conformarnos contigo.

Apoyó la escopeta sobre el hombro y puso el dedo sobre el gatillo.

Jim salió de detrás de un árbol blandiendo su porra improvisada, que acertó de pleno en la boca de Luke. El cazador profirió un grito ahogado, soltó el fusil y cayó de rodillas, llevándose las manos a sus machacados labios y dientes.

Gruñendo, Jim abatió el palo sobre la cabeza de Luke, abriéndole una brecha y dejándolo inconsciente.

—¡Suéltala, cabrón! —le gritó a Tom.

La escopeta vibró en las manos de Tom. Jim sintió un dolor súbito, como si docenas de abejas le hubiesen picado a la vez en el hombro, y luego pasó a no sentir nada. Le fallaron las piernas y se derrumbó, retorciéndose entre las hojas muertas.

Tom sacó el cartucho que acababa de usar de la escopeta y metió otro en su lugar.

Entrecerró los ojos y apuntó a Jim con la escopeta.

—Ahora mismo estoy contigo, moreno.

Hubo un segundo disparo y una flor carmesí brotó del pecho de Tom. Miró hacia abajo, sorprendido, sin soltar la escopeta. Se dio media vuelta y Martin pudo ver la herida de salida, del tamaño de una taza de café, en la espalda.

—Me cago en la puta... —gimió antes de desplomarse.

Martin, asombrado, vio salir a un hombre de la vegetación, seguido de un chico. Como todas las personas con las que se habían encontrado, los recién llegados iban armados con fusiles.

—Tranquilos, no vamos a haceros daño.

Extendió la mano y ayudó a Martin a levantarse.

—Gracias —tartamudeó—. Pero mi amigo...

—Será mejor que echemos un vistazo —dijo el hombre.

Jim rodaba en el suelo, apretando los puños contra su cabeza.

—¡Joder, joder, joder, joder, joder, joder! —Gritaba, apretando los dientes—. ¡Duele! ¡Duele de cojones!

Se arrodillaron a su lado. El hombro sangraba profusamente.

El hombre sacó un cuchillo de caza y Martin le sujetó la muñeca.

—No pasa nada —le tranquilizó—. Sólo quiero quitarle la camisa.

Hizo un corte a través de la tela mientras hablaba.

—Me llamo Delmas Clendenan. Y éste es mi hijo, Jason. Jason, saluda.

—Hola —dijo el chico, tímidamente—. Encantado.

—Yo soy el reverendo Thomas Martin, de White Sulphur Springs. Este hombre es Jim Thurmond, un obrero de Lewisburg.

Jim se quejó, cerrando los ojos con fuerza.

—Llevaba tiempo queriendo hacer algo con Tom y Luke. De hecho, tenía pensado hacerlo hoy mismo. Ni se me había ocurrido que además salvaría a dos personas.

—Se lo agradecemos mucho —dijo Martin—. Querían... —tragó saliva, incapaz de terminar la frase.

—Sí, lo sé. Empezaron con Ernie Whitt la semana pasada y luego fueron a por otros. Por eso quería acabar con ellos antes de que nos echasen el ojo a mi hijo y a mí.

Echó un vistazo a la herida de Jim y asintió para sí.

—Tu amigo va a ponerse bien. Parece que entró y salió, eso es todo. Créeme, me llevé peores que ésta en Vietnam. Pero va a haber que parar la hemorragia. —Se dirigió al chico—, Jason, dame tu cinturón.

El muchacho se acercó hacia ellos mientras se quitaba el cinturón. Jim abrió los ojos y se quedó mirándolo.

—¿Danny?

—Tranquilo. Quédate tumbado, Jim. Danny está bien.

Jim volvió a cerrar los ojos.

—¿Por qué me ha llamado Danny, papá? —preguntó el chico.

Delmas miró a Martin.

—Su hijo se llama Danny —les explicó—. Tendrá tu edad. Nos dirigíamos hacia Nueva Jersey para rescatarlo, pero tuvimos problemas.

—¿Nueva Jersey? —Delmas silbó—. Pastor, ¿qué te hace pensar que sigue vivo?

Martin no respondió. Estaba empezando a preguntarse eso mismo.

La fe, por lo que parecía, estaba comenzando a agotarse.

Capítulo 9

—Esto no me gusta —dijo Skip.

—No tiene que gustarte —bufó Miccelli—. Sólo tenemos que tener la boca cerrada y hacer lo que nos han ordenado.

Tres zombis surgieron de un callejón y se dirigieron rápidamente hacia ellos. Skip apuntó con la Beretta, pero el otro soldado se le adelantó.

—¡Míos! —gritó Miccelli mientras descargaba su M-16 sobre las criaturas, que cayeron sobre la acera.

—Joder, tío —continuó Skip—. No puedo seguir viviendo con esto, en serio. ¡No está bien!

Un pastor alemán al que le faltaban las patas traseras se arrastró hacia ellos. Tenía el pelo cubierto de sangre seca. Le seguía una niña de unos nueve o diez años que arrastraba sus intestinos tras ella y en cuyo vestido se secaban los restos de otros muchos órganos.

—¡Míos! —dijo Skip. Apuntó con mucho cuidado y acertó en las cabezas de ambos con sendas balas de nueve milímetros.

El fragor de la batalla resonaba en las calles que había a su alrededor.

—¿El qué no está bien? ¿Disparar a zombis? Tío, estás jodido de la cabeza.

—Disparar a zombis no, gilipollas —respondió Skip—. Hablo de eso —dijo mientras apuntaba con el pulgar tras de sí, señalando a los remolques que circulaban lentamente en formación tras los Humvees, los transportes ligeros Bradley y el tanque.

—Es lo que quiere el coronel Schow, así que eso es lo que...

Una explosión le interrumpió: Warner había usado su lanzagranadas M203 para reventar el escaparate de una ferretería.

—¡Todos al saqueo! —animó al resto antes de introducirse en el edificio con el arma lista. Blumenthal le siguió. Skip oyó cómo se reían mientras arramblaban con todo.

Hubo una tregua en aquel combate callejero y Skip echó un vistazo a los cargadores de su M-16 y su pistola.

—Ten cuidado con lo que dices —le susurró Miccelli al oído—. ¿Te acuerdas de lo que les pasó a Hopkins y Gurand?

Skip asintió. Hopkins y Gurand habían cuestionado las órdenes del coronel en demasiadas ocasiones. El capitán McFarland los pilló a ambos intentando desertar y fueron despachados rápidamente, sin el beneficio de una audiencia o un tribunal militar. El coronel Schow los mandó crucificar a ambos, tras lo cual obligó a toda la unidad a ver cómo una bandada de pájaros no muertos se los comían pedazo a pedazo.

Por lo que a Skip respectaba, habían tenido suerte. Lo de Falker había sido mucho peor.

El soldado de primera clase Falker se había enamorado de una de las prostitutas del campamento, aunque ésta no le correspondía. Cuando se convirtió en propiedad personal del coronel Schow, Falker intentó asesinarlo y fracasó.

Una vez detenido, el coronel Schow ordenó que se taladrara un agujero en el muro de un pequeño cobertizo de herramientas. Desnudaron a Falker y lo crucificaron a una de las paredes, de modo que su pene asomase por el agujero mientras el resto del cuerpo permanecía en el exterior. Después, acorralaron a unos cuantos zombis y los encerraron en el cobertizo.

Las criaturas tardaron unos minutos en descubrir aquel apetecible colgajo: Falker se retorció de dolor y gritó con toda su alma mientras lo devoraban. Después, los zombis intentaron conseguir más comida a través del agujero, pero sólo consiguieron rasgar algunos jirones de piel de aquel miembro mutilado.

Falker siguió clavado a la pared, desangrándose hasta morir. Después, el sargento Miller le disparó en la cabeza antes de que fuese reanimado.

Satisfecho al comprobar que todavía le quedaba munición, Skip supervisó el perímetro. Los sonidos de la batalla estaban extinguiéndose, reemplazados por el crepitar del fuego y los gemidos de los heridos y moribundos. El cadencioso ritmo de una calibre cincuenta se impuso sobre éstos cuando Lawson acabó con unos pocos zombis rezagados desde la cabina del Humvee.

El sargento Ford y los soldados de primera clase Kramer y Anderson se dirigieron hacia ellos mientras encañonaban a un par de mujeres esposadas. Dieron un rodeo para esquivar un cadáver destrozado que yacía en mitad de la carretera: un transporte Bradley le había aplastado el tren inferior y un brazo. Negándose a claudicar, extendía el brazo que le quedaba hacia ellos.

Las mujeres gimieron aterradas, abrazándose la una a la otra. Una larga ráfaga del M-16 de Kramer destrozó lo que quedaba de aquel cadáver retorcido.

—Muy bien —dijo Miccelli mirando lascivamente a las cautivas—. ¿Dónde las ha encontrado, sargento Ford?

—Estaban escondidas en el baño de una cafetería a cuatro calles de aquí. Y ya nos las hemos adjudicado, ¡así que ni lo pienses!

—¿Cuál es la situación? —preguntó Anderson.

—Warner y Blumenthal están ahí —dijo Miccelli señalando a la ferretería—, y Wilson y Robertson están muertos. Fueron calle abajo y unos zombis los emboscaron. Hicieron pedazos a Wilson, ni siquiera dejaron lo bastante como para que pudiese volver a andar, como acostumbran. Robertson todavía estaba vivo cuando le abrieron el estómago en canal, así que se metió la Beretta en la boca. No pudimos hacer nada, eran demasiados.

Ford pateó el bordillo de la acera e hizo una mueca de frustración.

—Román también está muerto. Thompson y él iban delante y cayeron en una emboscada. Alucino con lo bien que pueden llegar a calcular los muy cabrones.

—Sargento, ¿Thompson está bien? —preguntó Miccelli.

Su corpulento compañero negó con la cabeza.

—En el mejor de los casos, perderá una pierna. Cuando nos marchamos estaba rogándole al médico que le pegase un tiro. Supongo que si él no lo hace, lo hará el propio Thompson en cuanto tenga la oportunidad.

Kramer avistó un cuervo solitario que los observaba desde un poste de teléfonos. Con un rápido movimiento, disparó hacia él. Un montón de plumas negras cayó flotando hasta el suelo.

—Creo que ése estaba vivo —musitó Anderson.

—Bueno, pues ya no.

—Estás callado como una tumba, Skip —observó Ford.

Skip se revolvió y miró al sargento a los ojos con prudencia. Todos estaban mirándole a él y Miccelli le lanzó una callada advertencia con el ceño fruncido.

—Lo siento, sargento —mintió—. Estaba pensando en el pobre Thompson. Fuimos al mismo campamento de reclutas.

La verdad era que había estado observando a las dos mujeres cautivas. Saltaba a la vista que eran madre e hija, y aunque los recientes acontecimientos les habían pasado factura, seguían siendo muy atractivas. La primera noche en el picadero iba a resultarles muy dura. Y sería aún peor cuando llegasen de vuelta a Gettysburg.

Skip sentía una creciente rabia en su interior. Se imaginó a sí mismo acribillando a sus compañeros y escapando con las mujeres. Pero no serviría de nada: estarían muertos en cuestión de minutos, e incluso aunque consiguiesen escapar, serían capturados y correrían la misma suerte que Hopkins, Gurand y Falker.

Incluso si evitasen ser capturados, ¿qué iban a hacer? Resignado, llegó a la misma conclusión de siempre: la seguridad radicaba en el número, y eso era precisamente lo que le aportaba su unidad. Estaba atrapado.

—Súbelas al camión —le ordenó Ford a Kramer.

—Asegúrate de que las laven bien. Partridge ha conectado la manguera al depósito de agua de la ciudad; no se cuánta potencia tiene, pero procura no dejarlas peor de lo que están ahora.

Kramer condujo a las aterradas mujeres hacia los camiones.

Miccelli apuntó al final de la calle.

—Aquí viene Capriano. ¡Parece que está herido!

El hombre se dirigió renqueando hacia ellos, arrastrando la pierna derecha. Cuando estuvo más cerca, Skip se fijó en que tenía el pie del revés, con los dedos apuntando hacia atrás, al camino

por el que había venido. No emitió ningún sonido a medida que se acercaba.

—¡No te muevas, Capriano! —dijo Anderson mientras se dirigía corriendo hacia él—. Te conseguiremos...

El soldado herido apuntó con el M-16 y apretó el gatillo. Las balas golpearon a Anderson en el pecho y salieron por la espalda. Ford, Miccelli y Skip se echaron cuerpo a tierra y devolvieron el fuego por instinto. Capriano se agitó violentamente bajo los disparos y cayó de espaldas. Después de disparar una ráfaga descontrolada al cielo, se quedó quieto.

—¡No parecía que estuviese muerto! —gritó Miccelli.

—Pues si antes no lo estaba, ahora sí —dijo Ford, apretando los dientes. Su ráfaga había acertado a su objetivo en la boca, destrozando su cara hasta casi desintegrarla de mandíbula para arriba.

Skip corrió hasta Anderson mientras pedía un médico a gritos, pero en cuanto llegó a su lado vio que no serviría de nada. Tenía el pecho destrozado y húmedo, y la mirada de sus ojos vidriosos, perdida.

Ford también se acercó. El sargento sacó su pistola y disparó al fallecido en la cabeza sin inmutarse.

—Reagrupémonos —ordenó—. ¡Warner! ¡Blumenthal! ¡Nos vamos!

La gravilla crujió bajo sus botas conforme se alejaba.

Miccelli desató el cinturón de Anderson y empezó a rapiñar su equipo.

—Eh, Skip, ¿quieres sus botas?

—No, puedes quedártelas.

—¿Y estos cargadores? Si los quieres, son tuyos. —Sacó una navaja de muelle de uno de los bolsillos del pantalón de Anderson y silbó con alegría—. Mola.

Skip se dio la vuelta y se marchó.

No quería que Miccelli le viese llorar, o que notase la rabia que proyectaban sus ojos.

* * *

Hubo un tiempo en que habían sido la unidad de infantería de la Guardia Nacional de Pensilvania. En que eran héroes orgullosos.

Skip ya no sabía qué eran, pero estaba convencido de que no eran héroes.

Cuando tuvo lugar el colapso y los muertos empezaron a volver a la vida, los destinaron a Gettysburg. Al igual que el resto de unidades de la Guardia enviadas a varios pueblos y ciudades, su misión era proteger a los ciudadanos, cuidar de ellos y evitar que las criaturas se multiplicasen hasta que el gobierno diese con un modo de solucionar la situación.

Fracasaron, y no tardaron mucho tiempo en hacerse a la idea de que el gobierno no iba a solucionar el problema porque el gobierno ya no existía. Las noticias —por aquel entonces los medios de comunicación todavía operaban— habían emitido una cinta en la que se veía al presidente devorar al secretario de estado durante una rueda de prensa. El presidente apareció de golpe, sin que la cámara llegase a captar de dónde, escupiendo obscenidades y luchando con su víctima. La cámara acercó la imagen hasta captar una grotesca escena: el presidente hundió los dientes en el brazo de su presa atravesando la manga del traje a medida hasta la carne que había debajo. Un agente de su servicio secreto desenfundó su arma y apuntó al comandante en jefe no muerto, pero, antes de llegar a disparar, fue abatido por un compañero. El resto de agentes empezó un tiroteo y los reporteros huyeron en desbandada. Fue un caos.

El vicepresidente, según informaron, murió de un ataque al corazón tras la conferencia de prensa. Nadie dijo qué medidas se habían tomado para que no se volviese a alzar.

Horas después, un alto cargo (había distintos rumores sobre su identidad: algunos decían que era el secretario de defensa, y otros, un general renegado) ordenó que se bombardeasen la Casa Blanca y el Senado desde el cielo, ya que era evidente que estaban tomados por zombis. Aquello dio lugar a enfrentamientos aislados entre varias unidades del ejército en Washington y los alrededores, y, tras la pérdida del Pentágono, los combates se extendieron como la pólvora.

Skip había oído historias aterradoras como la del capitán del *U.S.S. Austin*, un barco de transporte con más de cuatrocientos marineros y doscientos marines a bordo. Ordenó ejecutar a

toda la decimocuarta unidad anfibia de marines, que por aquel entonces se encontraba a bordo de su navío en el Atlántico norte, tras acusarles de haberse amotinado. Ambos bandos lucharon a muerte y Skip oyó que los marineros hicieron caminar por la tabla a los marines que sobrevivieron.

También ocurrió en otros países. Le sorprendía que no se hubiese lanzado ningún misil nuclear, aunque había oído rumores de un intercambio limitado de ataques nucleares entre Irán e Irak y entre India y Pakistán, pero nada confirmado.

Tras semanas de combates, el diezmado ejército empezó a organizarse en grupos enfrentados cada vez más grandes. El coronel Schow mantenía un contacto esporádico con el general de la Costa Oeste Richard Dumbar a través de un puesto de mando en Gettysburg; éste había lanzado una ofensiva para controlar el norte de California, eliminando a zombis y enemigos por igual. Hasta había conseguido organizar varias milicias ciudadanas por todo el estado, y estaba utilizando la alianza para expandirse hacia otros estados. Schow tenía un plan parecido para Pensilvania, así que ambos compartían información con regularidad.

Skip los había escuchado hablar por la radio: después de que Schow informase al general de sus recientes progresos y victorias, la voz —que sonaba igual que la de Marlon Brando en *Apocalypse Now*— repetía «Dick está satisfecho» una y otra vez, como un mantra.

Skip pensó que lo más probable era que estuviese loco. Como Schow.

Todos estaban locos. Tenías que estarlo si querías sobrevivir.

Gettysburg era segura. La ciudad estaba libre de no muertos y se dispuso con rapidez de aquellos que habían fallecido por enfermedad, heridas o causas naturales, incinerando sus cuerpos después.

Después de la operación de barrido y purga inicial, colocaron alambre de espino en torno a una gran parte de la ciudad y plantaron minas en los alrededores, en los campos en los que se había desarrollado la guerra civil. Estas medidas demostraron ser muy poco efectivas contra los muertos vivientes: las hordas de zombis atravesaban el alambre de espino, haciéndose trizas sin la menor preocupación. Peor aún era el caso de aquellos que perdían las piernas por una mina para a continuación arrastrarse por el campo con los brazos en busca de una presa.

Al final se decidió que hubiese guardias por todo el perímetro para garantizar su seguridad. Se siguieron usando minas y alambre de espino porque constituían unos sistemas de alarma aceptables y para mantener a moteros y carroñeros a raya.

Los moteros nómadas y los renegados no eran los únicos problemas. Empezaron a llegar refugiados en tromba, atraídos por el falso rumor de que el gobierno había establecido un Pentágono secreto durante la guerra fría. A Skip siempre le resultó muy irónico todo aquello...: los civiles eran realmente idiotas si creían que el gobierno iba a dejar que aquella información estuviese al alcance de cualquiera. Aun así, no dejaban de llegar: buscaban orden y refugio, pero en su lugar se encontraron con los hombres de Schow.

Todavía estaban buscando una defensa eficaz contra las aves zombi y otras criaturas capaces de acceder a la zona segura. Las serpientes, roedores y otros pequeños animales no muertos también suponían un problema, pues podían pasar desapercibidos y colarse. Por ello, la mayor parte de la población se quedaba en casa todo el día.

«Tampoco es que tuviesen muchas opciones», pensó Skip.

Por orden del coronel Schow, cualquier civil —hombre, mujer o niño— que fuese visto portando un arma debía ser ejecutado de inmediato. No se hizo ninguna excepción, y tras unos cuantos ejemplos cualquier atisbo de disidencia desapareció.

Skip concluyó que tampoco es que los civiles tuviesen muchas razones para salir de sus casas. El casco antiguo de Gettysburg se había convertido en un campamento militar: el humo de los cubos de basura a los que habían prendido fuego congestionaba el cielo, y el aire estaba saturado con el olor de las letrinas y los cuerpos incinerados en las afueras de la ciudad. La basura se pudría en las cloacas pese a los esfuerzos por recogerla. Las calles estaban llenas de soldados en todo momento. No había servicios: el agua corriente y la electricidad eran cosas del pasado, aunque se facilitaron generadores para los cuarteles de los oficiales y para algunos soldados.

Que se concediese permiso a los ciudadanos para salir de sus casas no era motivo de celebración, exactamente. Los hombres aptos eran usados como esclavos, y aunque nadie utilizaba aquel término en voz alta —preferían hablar de «trabajadores»—, estaban obligados a cumplir con las tareas encomendadas. A la mayoría de soldados les satisfacía esta estructura, ya que eran otros quienes debían asumir el trabajo duro, como limpiar letrinas y ocuparse de los cadáveres.

Los civiles que se resistían eran destinados a tareas aún peores, la más famosa de las cuales consistía en servir de cebo. Cuando una patrulla se aventuraba en los campos y pueblos que rodeaban la ciudad, se llevaban a una docena de civiles con ellos. Se obligaba a uno de aquellos desgraciados a caminar por delante del grupo: así, cualquier zombi que se encontrase al acecho se abalanzaría sobre él, lo que daría a los soldados tiempo de sobra para reaccionar. Aquellos individuos usados como cebo se consideraban, simplemente, prescindibles.

Las mujeres eran utilizadas para «mantener alta la moral». En la mayoría de los casos esto significaba ser esclavas sexuales en el picadero, aunque a las ancianas y a las menos agraciadas se les permitía trabajar en el comedor y en otras tareas menores.

Las mujeres que se resistían sistemáticamente a entregar sus cuerpos eran utilizadas como cebo. Lo que más asqueaba a Skip era la complicidad de la población civil. Su coraje estaba aniquilado, así que la mayoría aceptaba aquel estilo de vida. Algunos hasta parecían preferirlo. Unos pocos hombres habían demostrado ser especialmente aptos y pasaron a engrosar las filas de la unidad con un permiso para portar armas. A Skip le resultaban especialmente desagradables las mujeres que «disfrutaban» siendo objetos sexuales, putas del apocalipsis a las que no les importaba chupar diez pollas en una noche con tal de mantenerse sanas y salvas.

Apretó los puños.

¿Por qué no se rebelaban? Cuando la unidad estaba fuera, los soldados que permanecían en la ciudad estaban en clara inferioridad numérica. ¿Por qué aceptaban la situación como ovejas? Quizá no les gustaba la alternativa. O quizá tenían miedo.

Como él. Vivía con miedo, pero la idea de morir le aterraba.

En aquellos días, la muerte negaba cualquier opción de salir de sus fútiles vidas.

Durante el bachillerato, Skip estuvo saliendo con una gótica obsesionada con la muerte, hasta tal extremo que había intentado suicidarse varias veces. Aquello le cabreaba, y se culpaba a sí mismo, a sus padres, al instituto y a un montón de cosas; hasta que se dio cuenta de que suicidarse era parte de su fantasía, parte de su obsesión. Ansiaba saber qué había más allá.

Montado en el Bradley, escuchando el rugido de las orugas bajo sus pies, Skip se preguntó si seguiría viva y si seguiría ansiando saber qué había más allá.

* * *

El teniente segundo Torres apuntó en el mapa de carreteras a una ciudad llamada Glen Rock.

—Estamos aquí. El capitán González quiere que unos hombres hagan un reconocimiento de esta ciudad —señaló una pequeña población llamada Shrewsbury, ubicada en la frontera entre Pensilvania y Maryland—. El capitán dice que el coronel Schow quiere abandonar el campamento de Gettysburg para trasladarlo a una ubicación más segura. Debemos determinar si Shrewsbury cumple con los requisitos.

El sargento Miller asintió:

—Delo por hecho.

—Sargento Michaels, usted dirigirá otro escuadrón aquí —dijo Torres señalando York—. Insisto en que ésta sólo es una misión de reconocimiento: no se enfrenten al enemigo a menos que sean atacados, límitense a observar e informar. Mientras tanto, yo me ocuparé del resto de la unidad y los prisioneros e informaré a Gettysburg.

—El soldado de primera Anderson se viene conmigo —dijo Miller.

Michaels se aclaró la garganta.

—Anderson murió durante la escaramuza de esta mañana.

—Mierda —murmuró Miller. Se pasó la mano por el pelo: estaba sucio y graso, y hacía tiempo que dejó de lucir su rapado militar—. Vale, pues entonces me llevo a Kramer.

—De acuerdo —respondió Torres—. Sargento Michaels, usted puede llevarse al sargento Ford.

—Muy bien. También quiero a Warner, Blumenthal y Lawson.

—¡Y una mierda! —Protestó Miller—. ¡Eso me deja con Skip, Partridge y Miccelli, y no confío en ese acojonado de Skip! Estoy convencido de que preferiría pegarnos un tiro por la espalda que pegárselo a un zombi. ¿No te has fijado en que nunca se folla a las putas? Creo que es marica.

—¡Pues qué pena! Has elegido a Kramer, así que te quedas con ellos. ¡Yo no voy a cargar con todos los novatos!

—Ya basta —ladró el teniente—. ¡Ya tenéis vuestras órdenes, así que cumplidlas! Miller, si crees que el recluta Skip no quiere lo mejor para esta unidad y puedes demostrarlo, nos ocuparemos de ello. Hasta entonces, a callar.

El sargento Miller saludó, se encendió un cigarro y se marchó rápidamente.

—No te jode, el muy cabrón. ¿Quién se cree que es? Yo estaba patrullando en Atlanta después de los ataques terroristas cuando ese mamón todavía estaba en el instituto.

Después de barrer Glen Rock, acamparían en un almacén de municiones de la Guardia Nacional, tal como estaba planeado. El refugio estaba alejado del pueblo y la autopista y sólo se podía llegar a él conduciendo tres kilómetros por una carretera sin asfaltar que daba al bosque.

La munición estaba almacenada en unos búnkeres externos que parecían colinas de tierra, todos de idéntico tamaño y alineados en perfectas filas. Cada uno tenía en uno de los lados una puerta sobre la cual un cartel indicaba el tipo de munición que contenía. Una valla de seguridad rodeaba todo el complejo.

Los camiones estaban aparcados entre las laderas. Las puertas de uno de ellos se abrieron y se formó una fila de soldados que se extendía hasta la cabina.

Tiró la colilla al asfalto, la pisó con la bota y echó un vistazo a la fila.

—Tengo que echar un polvo antes de marchar.

Se acercó al Humvee al que estaban asignados los tres reclutas y aporreó la cabina. Poco después, un recluta con la cara cubierta de acné, recién salido del instituto a juzgar por su aspecto, abrió la puerta y se asomó al exterior.

—Quiero ver a Skip, Partridge y Miccelli.

—Partridge y Miccelli están en el picadero, sargento —dijo mientras señalaba al camión—. Pero Skip está dormido.

El sargento metió la cabeza en el habitáculo.

—Skip, despierta y coge tus cosas —gritó antes de dirigirse hacia el camión.

Skip se levantó, parpadeando a medida que se despertaba, y le siguió.

—Búscame al soldado de primera Kramer y luego esperadme en mi vehículo —le ordenó Miller—. Se nos ha asignado a una misión de reconocimiento a veinticinco kilómetros de aquí. Yo voy a por Partridge y Miccelli y a echar un polvo rápido; en cuanto termine, nos largamos.

Se abrió paso a codazos a través de la fila y subió al camión.

Skip se asomó al interior del Humvee y buscó sus armas.

Cinco asignados a la misión: Miller, Kramer, Miccelli, Partridge y él.

Cinco alejados del resto de la unidad.

«La seguridad radica en el número», pensó. Y sonrió.

A todos los efectos, era como si ya estuviese muerto. Saberlo le proporcionó una fría sensación de placer.

Mató de un manotazo a un mosquito y se preguntó si estaría vivo o muerto, pero luego decidió que tampoco es que hubiese mucha diferencia.

Esperó un poco y se fue a buscar a Kramer.

Capítulo 10

Jim detuvo el coche, se estiró y pasó una mano por el cristal, dejando un rastro grasiento al contacto con su piel. Intentó recordar, sin éxito, cuándo se había duchado por última vez. La herida del hombro le palpitaba. El centro de la venda estaba negro por la sangre seca, y los bordes, llenos de pus seco. Haciendo acopio de fuerzas, abrió la puerta, salió del coche y empezó a caminar por la calle.

La escena era casi perfecta, siempre y cuando no se mirase con detenimiento: el sol brillaba en medio del cielo, bañando el barrio con su luz y calor. Las casas estaban alineadas en dos filas perfectas a ambos lados de la carretera, todas ellas idénticas salvo por el color de los postigos o las cortinas que colgaban ante las ventanas. Había coches y todoterrenos aparcados en la carretera y el arcén, y los patinetes y bicis de los niños estaban tirados en los patios.

Un solitario gnomo de jardín lo contempló al pasar.

La calle estaba viva.

Un perro jadeaba sentado en la acera. Jim pensó que movería la cola si pudiese, pero se la habían arrancado de cuajo y en su lugar había un agujero infestado de gusanos. Un gato abotargado se estiró en un alféizar cercano, observando al perro con el ojo que le quedaba. El bufido del felino sonó como una caldera de vapor.

El viento arrastraba el envoltorio de un polo por la calle como si jugase con él, y cada vez que describía un giro en su vuelo, Jim oía una risa infantil. El envoltorio acabó enredándose entre las ramas de un arbusto y la risa desapareció.

Había llovido la noche anterior y los gusanos se revolvían a ciegas por los charcos. Jim pisó uno de ellos y sus machacados restos siguieron moviéndose a medida que continuaba su camino.

Había olmos y robles alineados con la calle, formando una barrera entre el bordillo y la acera. Los pájaros se arrullaban en sus ramas y trinaban entre ellos, observando cada uno de sus movimientos. Habían perdido casi todas las plumas.

Los árboles se cernían sobre él estirando sus nudosos miembros, pero Jim tuvo la precaución de caminar por el centro de la carretera, donde no podían alcanzarle.

La calle estaba viva. Perros. Gatos. Gusanos. Pájaros. Árboles.

Todos muertos. Y todos vivos.

Se detuvo ante la casa.

Habían añadido un revestimiento de aluminio desde la última vez que había estado allí. Había sido una buena inversión. Seguramente lo habrían pagado con el dinero de la manutención de su hijo.

La hierba estaba verde y recién cortada, con los tallos meticulosamente apilados en pequeños montones. Unos soldados de plástico desperdigados montaban guardia en el porche. Las rosas florecían a ambos lados de la casa. Sus espinas goteaban sangre.

Jim comprobó su Walther P38 y se acercó a la puerta. Sentía los pies pesados, como si los tallos fuesen arenas movedizas tragándose sus botas. Podía notar cómo le palpitaban las sienas.

Al final de la calle, el perro profirió un aullido largo y mortecino.

Jim llamó a la puerta y fue Rick quien abrió.

El nuevo marido de su ex mujer era una visión truculenta. Llevaba un albornoz abierto manchado con fluidos corporales secos. Aquel pelo perfecto que Jim odiaba por su volumen y perfección casi había desaparecido por completo, y los pocos mechones que quedaban estaban lacios y desordenados. Su piel era gris y veteada. Un gusano hurgaba en la carne blanca de su mejilla mientras otro recorría el interior de su antebrazo. Le faltaba una oreja y de sus ojos caía un icor marrón amarillento.

—Jim, aquí no eres bienvenido.

Su repugnante aliento le dio de lleno en la cara. Jim se revolvió, asqueado, cuando uno de aquellos dientes podridos se desprendió y cayó sobre la alfombra.

—He venido a por Danny.

—Jim, ya sabes que no puedes visitarlo durante el curso escolar. Estás violando la orden judicial. Jim lo apartó de un empujón. La piel era fría y húmeda y sus dedos se hundieron en el pecho de

la criatura. Los sacó —goteaban— y llamó a su hijo.

—¡Danny! ¡Danny, papá ha llegado! ¡He venido a llevarte a casa!

—Danny no se encuentra en casa, señor Torrance —se burló Rick. Ladeó la cabeza—. ¿Sabes? Siempre he querido hacer esto.

Jim se dirigió corriendo hacia las escaleras, pero el zombi se puso delante de él. Unos dedos huesudos se ciñeron en torno a su muñeca y tiraron del brazo hacia el cavernoso orificio que había sido su boca. Jim se liberó del agarre con un movimiento brusco y los dientes de la criatura chasquearon al chocar.

—¿Dónde está mi hijo, coño?

—Está arriba, descansando. Hemos estado jugando al fútbol en el patio de atrás, como cualquier padre e hijo.

—¡Yo soy su padre, hijo de puta!

El zombi rió. El pálido extremo de un gusano asomó colgando por su nariz, e inhaló para devolverlo adentro.

—Pues menudo padre estás hecho —graznó—. ¡No estuviste aquí para salvarlo y ahora nos pertenece! ¡Es nuestro hijo!

—¡Y una mierda!

Jim apuntó con la P38 y disparó. La bala atravesó limpiamente el cráneo de Rick. El zombi se derrumbó y Jim le pegó una patada en la cabeza. Su bota se hundió en la blanda carne y rió al ver los pedazos de cerebro que se habían quedado pegados a su punta de acero.

Siguió riendo mientras vaciaba el cargador sobre el cadáver.

—¿Sabes? Siempre he querido hacer esto.

Subió las escaleras de dos en dos.

—¡No te preocupes, Danny! ¡Ya ha llegado papá...!

Tammy apareció súbitamente del baño al final de la escalera. Chillando de placer, le dio un empujón, haciéndole caer escaleras abajo hasta el primer peldaño.

Se abalanzó hacia él siseando violentamente.

—¡Temataretemataretemataré! ¡Voy a devorar tus tripas y tu inútil polla y voy a sacarte los ojos y comérmelos porque nunca fuiste un hombre y nunca fuiste un marido y NUNCA FUISTE UN PADRE!

Jim había perdido la pistola, vacía, durante la caída. Tenía un corte en la frente y le caía sangre en los ojos. La retiró mientras gruñía de rabia.

Chillando, Tammy se abalanzó sobre él. Su pútrido e hinchado cuerpo lo aplastó contra el suelo. Jim apartó la cara: semejante hedor a tan corta distancia le daba ganas de vomitar. La criatura cerró las mandíbulas en torno a su brazo y echó la cabeza hacia atrás, llevándose un pedazo de carne consigo. Hambrienta, empezó a masticar.

La sangre empezó a manar del agujero de su brazo. Agarró al zombi de su pelo grasiento y le estampó la cabeza contra el suelo una y otra vez. Media docena de golpes después, algo se rompió. Tammy no paraba de gritar, pero él no se detuvo hasta que no dejó de moverse.

Los gritos perduraron aún cuando su cabeza había sido convertida en pulpa, y Jim se dio cuenta de que era él quien los profería.

Por un segundo, pensó en Carrie. Después se limpió la sangre de las manos en la camisa y subió las escaleras con dificultad. Una vez arriba, se dirigió renqueando a la habitación de Danny. Pese al alboroto, la puerta seguía cerrada.

—¡Danny, soy yo, papá! Sal, hijo. Todo va a ir bien.

La puerta se abrió con un crujido y su hijo caminó hasta quedar bajo la luz.

—Hola, papá —musitó el zombi—. Pensé que no llegarías nunca.

Jim gritó.

* * *

—Tranquilo Jim, tranquilo.

Martin estaba ante él, sacudiéndolo suavemente.

Jim se apartó bruscamente del sacerdote, afectado por la pesadilla. En un instante empezó a

dolerle el hombro. Echó un vistazo a la venda que lo cubría mientras apretaba los dientes: estaba completamente limpia y blanca, con una pequeña mancha roja en el centro.

—Te lo vendó Delmas, ha hecho un trabajo de primera. Fue médico en Vietnam.

—¿Quién?

—Delmas Clendenan. Su hijo y él nos han salvado el pellejo; ahora estamos en su cabaña.

—Martin rió—. Has estado como loco, no parabas de moverte y de sudar mientras dormías. Delmas ha dicho que es por el shock, el cansancio y la pérdida de sangre, pero estás bien. La bala te atravesó el hombro limpiamente y no está infectado ni nada por el estilo. Te cosió muy bien, gracias a Dios, aunque supongo que te dolerá una temporada.

Jim movió la lengua por la boca, creando saliva para humedecer su garganta seca.

—¿Cuánto? —tartamudeó.

—¿Cuánto tiempo has estado inconsciente? Un día y medio.

Jim se incorporó de golpe y se puso en pie en un instante.

—¿Dos días? ¡Martin, tenemos que irnos! ¡Ya deberíamos estar en Nueva Jersey!

La habitación empezó a dar vueltas a su alrededor y perdió el equilibrio.

El anciano le sujetó e insistió, con tacto, en que se tumbase.

—Ya lo sé, Jim —le aseguró—. Pero no podrás ayudar a Danny si no eres capaz ni de andar.

—No necesito andar cuando puedo conducir.

—Estoy seguro de que puedes, pero vamos a tener que encontrar otro coche, y no estás en condiciones de ponerte a ello. ¡Ni siquiera puedes levantar el brazo!

Jim intentó incorporarse con gran esfuerzo.

Martin le empujó para que siguiese tumbado.

—Descansa. Reserva tus fuerzas. Nos iremos mañana a primera hora.

—Martin, tenemos...

—Hablo en serio —le dijo el predicador—. ¡Así que como no te quedes tumbado, te juro por Dios que te dejo seco! Quiero ayudarte a salvar a tu hijo y creo sinceramente que Dios nos ayudará a conseguirlo, pero no haremos ni un kilómetro tal y como estás. ¡Y ahora, a descansar! Nos iremos por la mañana.

Jim asintió débilmente y reposó la cabeza sobre la almohada.

Poco después, alguien llamó a la puerta y un hombre entró en la habitación. Un chico joven le seguía de cerca.

—Ya estás despierto —observó el hombre—. Eso es bueno, pero deberías estar descansando.

Era grande, no fofo, pero en absoluto delgado. Una espesa barba entre pelirroja y castaña con pinceladas de gris cubría su cara sonrosada. Vestía unas botas de trabajo manchadas de barro, una camisa de franela y un peto vaquero.

—Delmas Clendenan —extendió la mano hacia Jim y éste se la estrechó, frunciendo el ceño cuando el dolor empezó a subirle por el hombro—. Éste es mi hijo, Jason.

—Hola —saludó Jim.

—Hola, señor.

El chico era algo mayor que Danny, tendría unos once o doce años, y era más delgado.

—Gracias por ayudarnos, señor Clendenan —dijo Jim—. ¿Podemos compensarle de algún modo?

El montañés resopló.

—No, no hace falta. A decir verdad, nos alegramos de tener compañía. Las cosas han estado muy... bueno, muy tranquilas desde que mi mujer falleció. —Su rostro se volvió más sombrío y el chico desvió la mirada al suelo.

—¿Fue por...? —empezó Martin.

Delmas negó con la cabeza y apoyó su mano sobre el hombro de Jason.

—¿Qué te parece si vas a echarle un vistazo al estofado por mí?

Cuando el chico abandonó la habitación, continuó.

—Ocurrió hace unas cuatro semanas. Estaba en el establo, alumbrando a un cordero que había nacido muerto. Su madre murió con él. Mi mujer, que Dios la tenga en su gloria, era tan dulce

como una flor y se quedó ahí sentada, llorando. Lloró tanto que no se dio cuenta de que estaban volviendo a moverse.

Permaneció en silencio y miró por la ventana en dirección al establo.

—Lo siento —dijo Martin.

Delmas inhaló con la nariz pero no dijo nada.

—Yo también perdí a mi mujer —le dijo Jim—. Bueno, era mi segunda mujer, pero la quería más que a nada en el mundo. Estaba embarazada de nuestro primer bebé. Pero también tengo un hijo que tendrá la edad del tuyo, de mi primer matrimonio. Está vivo y tenemos que llegar hasta él.

—Señor Thurmond, ya sé que ha pasado por un infierno, ¿pero cómo sabe que el chaval sigue vivo?

—Me llamó al móvil hace cuatro noches. Estaba escondido en el ático de mi ex mujer.

—¿Al móvil?

—Todavía quedaba algo de batería, aguantó un poco antes de apagarse.

Delmas arrastró los pies.

—No quiero ser irrespetuoso, pero ¿está seguro de que le llamó al móvil?

—Creo que ya sé lo que está pensando, y no, no me lo imaginé. En el lugar de donde vengo casi todo funcionaba con normalidad. ¿Y aquí?

—Alguna que otra vez funciona algo, cuando le da la gana. Por suerte, tenemos una estufa de leña en la cocina, porque nos quedamos sin electricidad hace cosa de una semana.

—Pero ha habido hasta hace poco, ¿habéis encontrado a otros supervivientes?

—Bueno, pero eso no significa...

—Significa que mi hijo está vivo, señor Clendenan, y quiero que siga así.

Delmas puso las manos en alto.

—¡Vale, vale! No quería faltarle al respeto. El reverendo Martin me dijo que su hijo estaba en Jersey. Pero, vamos, está a cientos de kilómetros de aquí. Sólo quiero decir que tendría que reflexionar, pensar en las posibilidades...

—Créame, ya lo he hecho. Pero permítame preguntarle una cosa, señor Clendenan.

—Llámame Delmas.

—Vale, Delmas. Si Jason estuviese ahí fuera, ¿no intentarías hacer lo mismo por él?

—Desde luego.

—Entonces ayúdame —dijo Jim—. Por favor.

Delmas miró a los dos y se encogió de hombros.

—Imagino que necesitareis tener el estómago lleno antes de marcharos. No tenemos gran cosa, pero será un placer compartirlo con vosotros. Estoy preparando las cosas para ir a por algo para cenar. ¿Quiere venir, reverendo?

—¿Al bosque, quiere decir? —Tartamudeó Martin—. ¿Pero no es peligroso?

—Y tanto que lo es, pero soy precavido. La verdad es que no tenemos elección. Hay una tienda de alimentación, pero queda muy lejos y no creo que esté abierta al público. Además, cazar en estas colinas es bastante fácil, seguro que podemos hacernos con una ardilla o un conejo, o puede que hasta un pavo salvaje, siempre y cuando no se hayan convertido en una de esas cosas.

—Bien, entonces yo también voy. —Martin dirigió la mirada hacia Jim, pero su compañero parecía inmerso en sus pensamientos—. No he cazado desde hace... bueno, unos diez años. Desde que la artritis empezó a hacer de las suyas. ¡Pero bueno, suena divertido!

Delmas empezó a reír y le dio un palmetazo en la espalda antes de salir de la habitación.

Martin miró a Jim.

—Intenta descansar, ¿vale, Jim? Volveré en cuanto pueda.

Jim no respondió y Martin asumió que no le había oído. Pero entonces Jim se agitó y lo miró.

—Ten cuidado, Martin.

El anciano asintió y siguió a Delmas.

Jim cerró los ojos e intentó dormir, pero le perseguían las imágenes de la pesadilla. Las imágenes de Danny.

—Aguanta, bichito —susurró en la oscuridad—. Papá está de camino. Te lo prometo.

* * *

Delmas abrió el armario de madera de cedro en el que guardaba las armas y cogió dos fusiles. Se quedó con un 30.06 y le dio un Remington 4.10 a Martin.

El predicador miró el arma con escepticismo.

—Un poco pequeño, ¿no? ¿Y si nos encontramos con algo más grande que una marmota? ¿Bastará?

—Tengo algunas balas especiales de plomo —gruñó Delmas—. Jason mató a un ciervo de cuatro puntas usando esas balas y el fusil que está sujetando ahora mismo. Y para todo lo demás, bueno, asegúrese de apuntar a la cabeza. —Le guiñó un ojo y empezó a cargar el arma.

—Sí, hasta ahí ya llego —dijo Martin, cogiendo una caja de munición que Jason le ofrecía. Le gustó sentir el peso del fusil en las manos. Abrió el cerrojo e introdujo tres cartuchos.

—¿Listo? —preguntó Delmas.

—¡Como nunca! —respondió Martin, intentando transmitir confianza. Sin embargo, sus ojos no reflejaban la misma seguridad, de modo que Delmas frunció el ceño.

—Reverendo, en serio que no hay razón para preocuparse. Sólo vamos a dar un rodeo por el valle. Jason y yo solemos ir a cazar un par de veces a la semana. No tenemos elección: nos comimos al último pollo y las vacas... bueno, ya le he hablado de las vacas. No podemos cultivar nada más en lo que queda de año y no tengo comida enlatada como para compartir. Así que si queréis algo para comer, habrá que salir ahí fuera a conseguirlo.

Martin acarició la culata del fusil deslizando sus doloridos dedos por su delicado acabado en color avellana.

—Lo siento, Delmas. Te lo agradecemos sinceramente, pero estoy un poco nervioso, eso es todo.

—Sonrió, le dio unas palmaditas al arma e hizo un ademán en dirección a la puerta—. Después de ti.

El montañés rió y se dirigió a Jason.

—Nada de salir hasta que yo vuelva, ¿entendido? Quiero que te quedes aquí y ayudes al señor Thurmond en todo lo que necesite.

—Sí. ¿Quieres que prepare unas patatas?

—Claro —respondió Delmas mientras se dirigía a la puerta—. Empecé a pelarlas hace un rato.

Ambos salieron al porche.

Delmas se dio la vuelta y apretó su barbudo rostro contra el cristal de la puerta.

—Eh, ¡Jason!

El joven miró hacia atrás, sorprendido.

—¿Sí, papá?

—Te quiero, hijo. Cuídate.

—Y tú, papá.

* * *

Jim tragó con dificultad al oír cómo padre e hijo se despedían. Se levantó, miró por la ventana y vio a los dos hombres caminar por el campo y volverse cada vez más pequeños hasta que, finalmente, desaparecieron en el valle.

Volvió a refugiarse bajo las sábanas mientras se acariciaba con cuidado el hombro, que no paraba de palpitar. No conseguía quitarse de encima la impresión de que algo iba a salir mal y deseó que Martin hubiese rezado, por lo menos, una oración.

Entonces volvió a pensar en Danny y la aprensión se hizo aún peor.

Se sumió de nuevo en un turbulento sueño.

* * *

El valle estaba tranquilo pero al mismo tiempo resultaba imponente. Se extendía por algo más de un kilómetro cuadrado y estaba conformado por cuatro pendientes que confluían en un punto. Un serpenteante arroyo lo recorría de punta a punta y desembocaba en un maizal al otro lado de la granja de los Clendenan.

Estaba sumido en el más absoluto silencio, lo que ponía nervioso a Martin. No había ardillas correteando alegremente entre las ramas. No había pájaros trinando. No había ningún sonido, a excepción del ruido que hacía Delmas cada vez que escupía un chorrillo de tabaco marrón y del murmullo del agua.

La flora estaba viva y era exuberante. Los helechos cubrían los márgenes del arroyo; los retorcidos espinos, las enredaderas y las ramas de los árboles bloqueaban el camino a cada paso que daban. Las piedras grises que tapizaban el suelo del bosque estaban cubiertas de musgo. Martin pensó que parecían lápidas.

Delmas separó la cortina de hojas que había ante ellos y avanzó colina abajo. Las ramas volvieron con un susurro a su posición original y, tras un instante de duda, Martin le siguió.

El terreno describía una suave pero continua cuesta abajo. No había señales de vida y Martin tenía la inexplicable impresión de que el valle estaba conteniendo la respiración.

—Me encanta este sitio —susurró Delmas—. No hay vendedores ni recaudadores de impuestos, sólo el aire y el olor del bosque y las hojas mojadas. Y lo mejor de todo es cuando el viento sopla entre las ramas, eso es lo mejor que hay.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?

—Sí, desde la guerra. Vine en el sesenta y nueve, antes de que los porreros empezasen a joderlo todo. Volví a casa, me casé con Bernice y construimos este lugar. Tuvimos dos hijas, Elizabeth y Nicole, que se mudaron hace mucho. Nicole se marchó a Richmond y se casó con un veterinario. Beth se fue a vivir a Pensilvania.

Pateó una raíz que asomaba de la tierra.

—No sé si siguen vivas o no. Sospecho que no. No he vuelto a saber nada de ninguna desde que empezó todo esto. En fin, después de que las chicas nos hiciesen abuelos, Bernice me sorprendió con la noticia de que volvía a estar embarazada. Y te digo una cosa, reverendo, al principio me asusté. Acababa de cumplir cincuenta y no estaba como para criar a otro hijo. Pero, en secreto, siempre quise un niño. Me había hecho a la idea de que nunca tendría uno, así que cuando Jason vino al mundo, me puse más contento que un cerdo en su propia mierda. Adoro a mis hijas, pero ¿sabes a lo me refiero?

Martin asintió.

—Tu hijo es un buen chico.

—Sí señor, vaya si lo es. Y es todo lo que tengo. Por eso me compadezco de tu amigo, menuda jodienda. ¡De las gordas! Me hago a la idea de cómo lo tiene que estar pasando.

—Creo que cualquier padre podría —añadió Martin.

—Dime una cosa, reverendo. Entre tú y yo, ¿crees que hay alguna posibilidad de que el chico esté vivo?

Antes de que Martin pudiese contestar, las ramas que se extendían sobre su cabeza se movieron. De pronto, un enorme cuervo negro alzó el vuelo, rompiendo el silencio.

—Dios mío —dijo Martin mientras se sujetaba el pecho—. ¡Pensé que iba a darme un ataque al corazón!

Delmas se rió.

—¡Ya te dije que aquí los animales están vivos! Jason y yo somos los únicos cazadores; bueno, y el viejo John Joe, que vive ahí. —Señaló en dirección al maizal.

—Entiendo que es vuestro vecino.

—Es un chalado, eso es lo que es, pero no le culpo. A su mujer le pasó lo mismo que a Bernice, excepto que John Joe no la enterró como hicimos Jason y yo.

—¿No? Por favor, no me digas que... intentó comérsela...

—¿John Joe? ¡Joder, no! No está loco como esos caníbales con los que os encontrasteis antes. Simplemente no pudo aceptar el hecho de que ya no fuese su mujer.

—Entonces ¿qué hizo con ella?

—Bueno, pues la dejó en el gallinero, le ató las piernas con grilletes y cadenas y lo arregló todo para que quedase como una celda pequeña. Y le dio de comer.

—¿Le dio de comer?

—Sí. Pollo, vaca, un pez que pilló en el Greenbrier. Lo cocinó todo y se lo acercó con un palo que tenía un gancho en su extremo para quedar fuera de su alcance. Como no lo probaba, intentó darle verduras del jardín, pero ni por éstas. Así que dejó de cocinar y le dio de comer carne cruda. Eso sí se lo comió, pero John Joe sabía que aquello no era normal y me pidió que pasase a echar un vistazo. Creo que no está al corriente de lo que ha pasado en el mundo, no solía ver las noticias.

»Así que me pasé a ver. Era horrible. Cuando la vi, se había comido un tobillo para liberarse de los grilletes y estaba mordisqueando el otro. Se puso como una fiera y empezó a jurar. —Se sonrojó—. Bueno, basta con decir que nunca había oído a una señorita decir semejantes cosas, ni siquiera a las prostitutas orientales durante la guerra. Decía cosas terribles. Y no hablaba sólo en inglés; empezaba a gritar en inglés y luego metía en medio unas palabras que no había oído en mi vida. A saber lo que significaban... Pero te digo una cosa, sonaban fatal. Había algo maligno en aquellas palabras.

Martin toqueteó el fusil.

—¿Y qué fue de ella?

—Bueno, le dije a John Joe lo que teníamos que hacer, pero se negó. Supongo que ella acabó liberándose a fuerza de mutilarse porque una semana después vimos a John Joe caminando por el campo, tan muerto como ella. Tenía mordiscos por todas partes y la garganta arrancada. Jason acabó con él de un tiro.

Siguieron caminando colina abajo hasta llegar al arroyo. Delmas se detuvo y señaló al barro: un rastro de pisadas atravesaba la corriente y se dirigía hacia arriba.

—Son frescas —susurró—. ¡Acaban de pasar por aquí!

Martin echó un vistazo alrededor, pero no había ni rastro del ciervo.

—Vale, vamos a hacer lo siguiente —le dijo Delmas—. Voy a subir por esa pendiente y espantarlos en esta dirección. Tú escóndete detrás de ese árbol —dijo mientras apuntaba a un enorme y retorcido roble—. El que consiga la primera presa gana, el perdedor tendrá que prepararla.

—De acuerdo —respondió Martin. Dio gracias por no tener que subir colina arriba: el dolor que le provocaba la artritis estaba extendiéndose por su espalda y piernas.

—Espera a que me sirva un poquito.

Delmas se metió un poco de tabaco para mascar entre el labio y la encía y cerró la tapa de la lata. Después de devolverla al bolsillo de su chaqueta, se frotó las manos y cogió el fusil.

—Tengo la lata casi vacía. Tendré que dejarlo pronto, no creo que vaya a conseguir más.

Empezó a alejarse cuando, de pronto, oyeron una rama partirse al otro lado de la corriente.

Martin dio un respingo y retrocedió unos pasos. Se oyó el chasquido de otra rama seguido del murmullo de las hojas.

Delmas se dio cuenta inmediatamente y se paró en seco, conteniendo la respiración. Prefirió tragarse la saliva mezclada con tabaco antes que escupirla y revelar su presencia.

Una figura emergió de debajo del extenso follaje. Cuatro patas, un torso y una cabeza. ¡Y menuda cabeza! Aún cubierta por las ramas, Delmas distinguió la silueta de un ciervo, posiblemente de doce puntas o más.

«Joder», pensó. Le temblaban los dedos.

El ciervo agachó la cabeza, como si quisiese olfatear el terreno, y Delmas le apuntó con el fusil.

Entonces ocurrieron dos cosas a la vez.

Martin detectó un olor a carne podrida y el ciervo desapareció en el bosque en un santiamén, agitando las ramas a su paso. Sus cazadores llegaron a atisbar un destello blanco mientras corría.

—¡Es uno de cola blanca!

Relajando la seguridad, Delmas corrió tras él.

—¡Espera! —Gritó Martin—. ¡Creo que es un zombi!

El rugido del fusil de su compañero ahogó su advertencia.

Martin corrió tras él. Intentó gritar otra vez para avisarle, pero acabó tan cansado que sólo consiguió proferir un gemido. El ciervo seguía en pie. Delmas se colocó el 30.06

cuidadosamente en su hombro y volvió a apuntar.

El ciervo resopló y giró la cabeza hacia él. Seguía sin poder ver sus rasgos por culpa del follaje, pero estaba seguro de que estaba mirándolo de frente.

Apretó el gatillo. El fusil le golpeó entre la axila y el hombro. Le gustaba aquella sensación.

La bala atravesó el corazón del animal y el ciervo se desmoronó en las sombras que proyectaban los árboles.

El disparo resonó por todo el valle. Delmas sonrió, satisfecho: si lo trataban bien, el ciervo les proporcionaría sustento para meses.

Martin se apoyó en un árbol e intentó decir algo, pero no podía dejar de jadear.

Delmas corrió hacia su presa con entusiasmo. Pero en cuanto captó el olor, arrugó la nariz.

—Ay, mierda.

El ciervo estaba muerto antes del disparo.

El zombi se puso en pie y bajó la cornamenta. Del follaje surgieron otros tres ciervos, dos grandes machos y un gamo, avanzando amenazadoramente. El que había recibido el disparo emitió un sonido que Martin habría jurado que era una carcajada.

«Lo han planeado —pensó para sí—. ¡Dios mío, nos han tendido una trampa!»

* * *

Jim se despertó al oír los disparos en la lejanía. Bostezó, aún un poco mareado, y se tomó un momento para estudiar la habitación con más detenimiento. Era muy austera: sólo tenía una cama, una mesita de noche y un armario. Había un retrato de Jesús colgado de la pared y una fotografía de Jason sujetando, orgulloso, un sedal de pesca, al final del cual colgaba una trucha. Sobre el armario reposaba la foto enmarcada de una mujer bonita pero de expresión cansada. Supuso que sería la mujer de Clendenan.

Encima de la mesita de noche había una jarra de agua y un bote de aspirinas. Jim se tragó cuatro pastillas y dirigió su atención hacia la herida, tanteando la venda con los dedos. Escuchó el repiqueteo de las ollas procedente de la cocina. Se estiró, se levantó de la cama, se vistió y se dirigió a la ventana.

Las vistas eran idílicas, tranquilas. Un establo color rojo se inclinaba precariamente hacia la izquierda. Estaba rodeado por un corral, un granero y unas cuantas herramientas de madera. Un tractor John Deere que había visto mejores días descansaba inmóvil, con hierba creciendo en la parte superior de sus enormes ruedas. A la derecha había una parcela de jardín, ahora vacía y yerma. Cerca de éste, bajo un gran sauce, había una lápida improvisada en la que se podía leer:

BER NICE REGINA CLENDENAN

AMADA ESPOSA Y MADRE DESCANSE EN PAZ

La propiedad le recordó el lugar en que había crecido: las montañas Shennandoah, en Pocahontas County. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que pensó en sus padres y se sintió avergonzado de ello. No había vuelto a la casa que le vio crecer en años, desde que ambos murieron y el banco se quedó con la granja para cubrir sus impresionantes deudas. Jim siempre había lamentado que Danny no hubiese podido conocer a sus abuelos.

Pero a la vez agradecía que no hubiesen estado vivos para ver qué había sido del mundo. Ya había perdido a demasiada gente: Carrie, el bebé, amigos como Mike y Melissa. No habría querido sentir la angustia de perder a sus padres otra vez.

La puerta se abrió y Jason echó un vistazo al interior. Jim se preguntó por qué había pensado que aquel chico era mayor que Danny, ahora que podía ver claramente que tenían la misma edad. De hecho, el chico se parecía muchísimo a su hijo. ¿Por qué no se había dado cuenta antes?

—No quería molestar, señor Thurmond, pero pensé que a lo mejor tenía hambre.

—No me molestas —sonrió Jim—. Por favor, llámame Jim. Eres Jason, ¿verdad?

—Sí, señor, quiero decir, Jim.

—¿Han vuelto ya Martin y tu padre?

El chico negó con la cabeza.

—No, pero ya no deberían tardar mucho. Oí unos disparos hace tres minutos.

—Sí, me han despertado. ¿Qué habrán cazado?

—¡Oh, en el valle hay todo tipo de bichos! He cazado conejos, faisanes, marmotas, ardillas, ciervos y hasta un pavo o dos. Pero el año pasado no conseguí darle a un oso.

—Bueno, pues está bastante bien para un chavalín como tú —exclamó Jim—. Tu padre debe de estar muy orgulloso.

—No soy ningún chavalín —dijo el chico, sacando pecho—. En diciembre cumpla doce.

—¿Doce? —Jim lo estudió y lo vio claro. Jason no se parecía a Danny en lo más mínimo. ¿Qué le pasaba? ¿Estaba volviéndose loco?

Jason le preguntó algo mientras cavilaba y se quedó mirándolo, confundido.

—Lo siento —se disculpó Jim—. Todavía estoy un poco mareado. ¿Qué has dicho?

—Que hay sopa de tomate, si quiere. Le vendrá bien hasta que vuelvan de caza. También tenemos carne y patatas.

—Creo que me vendría muy bien un bol.

Siguió al chico a través del salón hasta la cocina. La presencia de Bernice era patente por toda la casa, pero allí era aún más evidente: desde los agarradores de cocina ricamente adornados hasta el color a juego de la tostadora, todo llevaba su característico toque femenino.

—Me imagino que echarás de menos a tu madre.

Jim se arrepintió de haberlo dicho en cuanto las palabras salieron de su boca, pero entonces ya era demasiado tarde.

—Sí —replicó Jason, con tono áspero.

Sacó un bol del armario y lo llenó de sopa, que borboteaba suavemente en una olla negra que reposaba sobre la estufa de leña.

—Cuando mamá murió, papá dijo que había que quemarla. Era como una cremación, así que, bueno, no me pareció mal. Pero papá no estaba seguro de que con eso bastase y antes de ponerse a ello me dijo que me metiese en casa. En vez de eso di un rodeo, me escondí detrás del granero y vi cómo lo hacía. Cogió el machete que utiliza para quitar las malas hierbas y... y le cortó la cabeza a mamá. Después la quemó.

Jim no sabía cómo responder, así que no dijo nada. Jason le tendió el bol y se sentó a la mesa, esperando pacientemente a que el chico continuase.

—Después de aquello me enfadé con papá, pero bueno, entiendo por qué lo hizo. Lloraba, así que le dolió a él tanto como a mí.

—Estoy seguro de que le resultó muy duro hacerlo —dijo Jim—. Pero creo que lo hizo porque te quiere y desea que estés a salvo.

—Sí, eso creo —sollozó Jason.

—Yo también tengo un hijo —dijo Jim entre sorbo y sorbo—. Se llama Danny. Es un poco más joven que tú, pero creo que os llevaríais bien. Vive en Nueva Jersey con su madre y su padrastro, y el reverendo Martin y yo vamos a buscarlo.

—¿Sabe que vas hacia allí?

Jim se lo planteó un momento.

—Sí, creo que sí. Sabe que no lo dejaría solo y abandonado. ¿No pensarías tú lo mismo de tu papá?

Jason se encogió de hombros.

—Supongo. Pero Nueva Jersey está muy lejos.

A Jim le rugió el estómago: la sopa le estaba reavivando el apetito.

—Para un padre es muy duro no poder estar todos los días con su hijo —le contestó a Jason—. Quería estar ahí, con mi hijo, pero no podía. No me estaba permitido. Mi ex mujer contrató a un abogado muy caro y yo no podía permitirme uno. Me habría gustado estar ahí cada vez que se caía de la bici y se raspaba la rodilla, o cada vez que le despertaba una pesadilla. Pero no fue así. Ahora lo importante es que Danny sabe que estaré ahí. Dentro de poco volveremos a estar juntos. Jim se terminó la sopa y le dio las gracias a Jason. La conversación tomó otros derroteros y Jim le pidió que hablase de la granja. Por su parte, Jason quería saber más sobre lo que habían visto Martin y él durante su viaje, así que Jim se lo contó todo omitiendo los detalles más escabrosos. Jim descubrió que el chico no sabía nada del mundo más allá de lo que había visto en la

televisión.

—¿Cuál es el lugar más lejano que has visitado?

—La casa de mi hermana, en Richmond. Mamá y papá iban a llevarme a los jardines Busch el verano que viene, pero supongo que ya no quedará gran cosa que ver.

Esbozó una sonrisa y Jim, sorprendido, rió con él.

—Eres un chaval muy valiente, ¿lo sabes, Jason?

—Sí, eso me dice papá.

Entonces oyeron los gritos en el exterior.

Capítulo 11

Baker sopesó sus opciones mientras conducía por la autopista.

Había un centro comercial en la siguiente salida, a unos pocos kilómetros, donde podían abastecerse de comida, ropa y armas. Sin embargo, después de pensarlo varias veces, descartó la idea. El centro comercial se encontraba en una zona residencial que seguramente acogería a mucha población. Cuanto más pudiesen alejarse de las ciudades, mejor.

No obstante, la naturaleza también planteaba problemas. Había menos habitantes, pero más animales de los que preocuparse.

En el asiento del copiloto, Gusano canturreaba para sí, inmerso en un libro infantil que había encontrado en el asiento trasero. Baker le echó un vistazo rápido, sonrió y volvió a centrar su atención en la carretera.

La verdad es que todo sería más sencillo sin Gusano. Baker se odió a sí mismo por pensar tal cosa, pero la mitad analítica de su cerebro no paraba de recordárselo. Además, ¿y si le pasaba algo a él, qué sería de su joven protegido? El pensamiento frío y racional le dictaba que matarlo mientras dormía sería un acto de generosidad. Era mejor que dejarlo solo ante los horrores de este nuevo mundo.

Pero era algo que jamás podría hacer. Se sentía responsable de Gusano. ¿Y a quién quería engañar? No era un asesino frío y calculador.

«Claro que lo eres —le dijo una voz en su cabeza—. Has acabado con todo el mundo, Baker. Eres un asesino. ¡Eres el peor asesino en masa de la historia!»

Acalló aquella voz y se centró en el presente. Las ciudades quedaban descartadas. El campo y la naturaleza, descartados. ¿Qué les quedaba? ¿Una isla? Había islas dispersas por todo el río Susquehanna, pero presentaban el mismo problema que las montañas o los bosques, sólo que a menor escala. ¿Una granja apartada de la civilización? No, no sería mucho más seguro que vivir directamente en el bosque. Estaría bien tener una avioneta o un helicóptero, como en aquella película de zombis que vio en vídeo hace años. Pero aunque supiese pilotar (no sabía), ¿adónde irían? En la película, los supervivientes se refugiaron en un centro comercial.

Y vuelta a empezar.

Un letrero le llamó la atención.

CAVERNAS DEL ECO INDIO - SALIDA 27 - 16 KILÓMETROS

Arqueó las cejas. ¡Una cueva! Durante años, solía llevar a sus sobrinos a verlas cada vez que iban a visitarle. Sopesó las posibilidades que ofrecía: una ubicación subterránea y profunda, alejada de miradas curiosas. Sólo había una ruta de entrada y salida, así que podría protegerse con facilidad. Y quizá lo más importante: no había ningún ser vivo en ella, era un cebo para turistas sin murciélagos ni criaturas cavernícolas.

Podía valer, al menos de forma provisional. Tal como estaban las cosas, cualquier cosa era mejor que conducir un Hyundai rojo brillante por la desierta autopista de Pensilvania.

Le dio una palmada en el hombro a Gusano, que desvió su atención de las aventuras de «Self el gatito».

—¿Tienes claustrofobia?

El chico parpadeó. No le había entendido.

—¿Tienes miedo a las cuevas o a estar bajo tierra? —reiteró Baker, pero su joven compañero seguía sin comprender. Intentó decirlo de otra forma—. ¿Te da miedo la oscuridad?

—¿O'uidá? —Entonces sí reaccionó. Gusano asimiló la pregunta mentalmente y le tocó a Baker en el brazo—. E'ngo a Eiker. No o'udíá.

—Mientras estés conmigo, no te importa la oscuridad —tradujo Baker. Aquello le produjo una gran ternura. Sintió un globo de emociones hinchándose en su pecho y recordó la promesa que se hizo a sí mismo.

—Atito aciosho —dijo Gusano, devolviendo su atención al libro.

Con la mente puesta en su destino, Baker aceleró hasta llegar a los setenta por hora. Quería ir a una velocidad prudente para poder reaccionar en caso de encontrarse con un vehículo accidentado, pero a la vez estaba ansioso por llegar.

Se preguntó cuánto tiempo les durarían los suministros y concluyó que de momento serían suficientes; una vez instalados en las cuevas, Baker podría hacer un viaje para reabastecerse. También consideró la posibilidad de que las cuevas no estuviesen del todo vacías. ¿Y si un empleado o un turista se había convertido en un no muerto y merodeaba en las profundidades? Y lo que era peor, ¿y si un superviviente o un grupo habían tenido la misma idea y se habían apoderado de ella?

Había demasiadas variables. Tendrían que afrontar las consecuencias una vez allí.

Baker pasó al lado de la salida al centro comercial mientras estudiaba el paisaje. Muy por debajo de la salida había unos zombis dispersos rondando por el aparcamiento y los campos. Por increíble que fuese, dos de las criaturas señalaron al Hyundai en marcha, abrieron de golpe las puertas de una camioneta y se metieron en el vehículo.

Vio las luces de marcha atrás de la camioneta reflejadas en el espejo retrovisor y luego perdió de vista el supermercado. Pisó el pedal del acelerador a fondo y echó un vistazo a Gusano, que no era consciente de la persecución que estaba teniendo lugar.

Baker evaluó la situación hecho un manojo de nervios: les llevaba ventaja, y a medida que el velocímetro superaba los ochenta kilómetros por hora, ésta se iba haciendo cada vez mayor. Los zombis tenían que maniobrar para salir del supermercado, lo que les llevaría un par de minutos, e incorporarse a la autopista. Si llegaba a la próxima salida —la de las cuevas— antes de que volviese a tener el coche a la vista, todo iría bien.

Decidió que lo mejor sería no aparcar el coche cerca de las cuevas: si los zombis tomaban la misma salida que ellos para buscarlos, revelaría su ubicación.

—Á'haro —dijo de pronto Gusano, pegando un bote en el asiento.

—¿Qué?

—¡Á'haro! —gritó, visiblemente alterado, mientras apuntaba hacia arriba.

Nubes de pájaros no muertos oscurecían el cielo. Cuervos y pinzones. Gorriones y petirrojos. Cardenales y auras. Miles de ellos, eclipsando el sol y abalanzándose en picado en una única y enorme bandada.

Dirigiéndose hacia el coche.

Baker agarró el volante y pisó el acelerador hasta el fondo. El Hyundai protestó, pero la transmisión automática en seguida asimiló la urgencia y el coche salió disparado hacia delante. Al mismo tiempo, oyó una bocina tras ellos, ruidosa e insistente.

Tenían la camioneta justo detrás y los pájaros iban a por ellos, a muerte.

* * *

Ver aquella bandada de zombis voladores a través del parabrisas de la cabina hizo que el soldado Warner se alegrase de estar conduciendo el camión. Detrás de él iba el Humvee, que podía albergar a cinco pasajeros más el artillero, que contaba con un asiento en el techo. Warner habría sido el ocupante de aquel asiento, pero, por mucho que le gustase manejar aquella ametralladora de calibre cincuenta o incluso —de vez en cuando— el lanzagranadas Mach 19 y el lanzamisiles TOW, tras una serie de misiones fracasadas la unidad había comprendido que durante los desplazamientos era mejor tener brazos y piernas dentro del vehículo.

Esta era una de esas ocasiones. Si estuviese a cargo de la ametralladora, sería una presa fácil para la gigantesca bandada. Las enormes balas no servirían de mucho contra tantos blancos pequeños, y dado que el arma medía un metro ochenta de largo y pesaba setenta kilos, tampoco es que pudiese llevarla encima.

En vez de eso, estaba conduciendo un camión civil que había sido requisado hacía semanas. Lo que en el pasado sirvió para repartir pan por todo el estado era ahora una unidad de detención móvil para transportar prisioneros de vuelta a Gettysburg. Estaba vacío, pero Warner no tenía ninguna duda de que eso cambiaría una vez que la misión de reconocimiento hubiese terminado.

Warner no albergaba muchas ilusiones respecto a lo que estaban haciendo, pero tampoco es que le importase. Estaba en el equipo ganador, y si para ello lo único que tenía que hacer era atizarles en la cabeza con la culata del fusil a unos cuantos civiles para así mantenerlos a raya, por él, perfecto. ¿Trabajos forzados y prostitución? Puede, pero al menos estaban vivos. Deberían estar

agradecidos.

Warner tampoco se había hecho nunca ilusiones sobre su posición. Desde su punto de vista, le pagaban para proteger a la gente de sí misma. Partir cabezas, ya fuesen las de unos manifestantes o la de un saqueador tras una inundación o un tornado, era uno de los muchos beneficios. No le importaban los civiles a los que había jurado proteger. La mayoría de ellos ni siquiera merecían ser protegidos: querían seguridad para sus hogares y negocios, pero eran los primeros que salían lloriqueando en las noticias cada vez que los medios mostraban a un guardia cargándose a los cabrones de los que querían ser protegidos.

Aunque nunca lo había dicho en voz alta, a Warner le gustaba —en secreto— la nueva situación. Follaba todas las noches, ¿y qué más daba que algunas se resistiesen al principio? Un chocho era un chocho, se resistiese o no. Sólo había que someter a la zorra. Comía bien, dormía bien y podía utilizar sus habilidades. Seguía vivo y, lo más importante, su vida tenía un cometido.

—Warner —sonó la voz del sargento Ford por la radio—. ¿Ves esa mierda ahí delante?

Ajustó el micrófono sin dejar de mirar a los pájaros.

—Afirmativo. Algo me dice que no están migrando al sur.

—El sargento Michaels dice que nos detengamos, quiere esperar a que pasen de largo. Si ves que van a atacar y que se acercan al camión, ven al Humvee y quédate con nosotros hasta que haya pasado todo.

—Entendido —respondió Warner mientras imaginaba una lluvia de picos atravesando el parabrisas del camión.

* * *

—Warner ya está avisado —informó Ford a Michaels sin quitarles el ojo de encima a los pájaros, que volaban en círculos. Nunca había visto tantos a la vez. Parecían centrados en algo que se encontraba más allá de la curva de la carretera.

En la parte trasera, Lawson y Blumenthal preparaban sus armas sin parar de moverse nerviosamente.

—La misión entera ha sido una cagada —gruñó Michaels—. Primero York y ahora esto. Schow va a cabrearse, y mucho.

York, donde habían sido destinados en misión de reconocimiento, había resultado ser una ciudad hostil. Estaba llena no sólo de muertos vivientes, sino de facciones en guerra, cabezas rapadas y bandas callejeras. Una gran parte del casco antiguo había ardido hasta los cimientos y la mayoría de zonas colindantes era inhabitable. No merecía la pena malgastar vidas en ella. En resumen: York no era apropiada para establecer una nueva base.

Volvió a fijarse en los pájaros, justo a tiempo para verlos lanzarse en picado. Un flanco se separó del resto, dirigiéndose hacia ellos.

—Mierda —ladró Ford—. ¡Nos han visto! ¡Poneos al aparato y decidle a Warner que mueva el culo!

Blumenthal se dirigió hacia Lawson y murmuró:

—Esos pájaros no van a atravesar esta lata ni de coña.

—Quizá —respondió mientras se encogía de hombros—, pero me alegro de tener el lanzallamas, por si las moscas.

* * *

Baker giró bruscamente hacia la izquierda y luego torció inmediatamente hacia la derecha, buscando una salida, pero las criaturas estaban por todas partes. Los pájaros se abalanzaron sobre el coche, estrellando sus cuerpos contra el parabrisas como torpedos vivientes, sin preocuparles el daño que se causaban a sí mismos.

Gusano, que no paraba de gemir, se aferró al cinturón de seguridad y cerró los ojos.

El parabrisas empezó a romperse por los repetidos impactos y las grietas se extendían con rapidez. La fuerza bruta de aquella oleada zarandeaba el coche como un pelele por la carretera. Cada cuerpo sonaba como una roca al estrellarse contra el techo y el capó. Baker encendió los limpiaparabrisas y tocó la bocina, pero no consiguió frenarlos.

De pronto, algo empujó al coche desde atrás, precipitándolo hacia delante con brusquedad. ¡La

camioneta! El miedo le había hecho olvidarse de ella. Aterrado, echó un vistazo al espejo retrovisor.

La camioneta estaba justo detrás de ellos, tan cerca que podía ver las crueles sonrisas de sus dos pasajeros no muertos. El vehículo aceleró hasta estrellar el morro contra el parachoques trasero del Hyundai, que dio otro bandazo.

El metal chilló bajo unos espolones que arañaron el techo de lado a lado. Baker dio otro volantazo, pero el coche no respondía. Los cuerpos de los pájaros cubrían el asfalto y los neumáticos se deslizaban, inútiles, sobre ellos. Otros cadáveres se colaron en los agujeros de las ruedas, obstruyéndolas y enviando al incontrolable vehículo contra el quitamiedos. En ese instante, la camioneta los embistió por tercera vez y el coche empezó a dar vueltas. Los pájaros golpeaban por todas partes y la luna trasera empezó a resquebrajarse. Un cuervo asomó la cabeza por el machacado parabrisas y graznó hacia ellos.

El coche se paró en seco y la cacofonía de sus atacantes se volvió atronadora. Gusano se puso las manos sobre la cara mientras cerraba los ojos con todas sus fuerzas. Baker cogió la pistola a sabiendas de lo inútil que sería contra aquel enemigo. Sólo había una forma de escapar.

Algo pesado aterrizó sobre el techo con un golpe seco. Baker oteó a través de la masa de alas y vio un águila: en el pasado fue el orgulloso símbolo de la libertad y la democracia, pero ahora sólo simbolizaba la corrupción y la muerte. Abrió sus enormes alas y se abalanzó contra el destrozado parabrisas.

Baker puso la pistola en la cabeza de Gusano y rezó para que le diese tiempo a acabar con los dos antes de que las criaturas los alcanzasen.

* * *

Warner comprobó que un escuadrón de pájaros se había separado del resto de la formación y se dirigía directamente hacia el camión y el Humvee.

—¡Joder!

—¡Warner! —Gritó Ford por la radio—, ¡mueve el culo! ¡Ya, ya, ya, ya, YA!

Abrió la puerta de golpe y corrió hacia el Humvee. Blumenthal asomó por la escotilla superior sujetando un M-16 y apremiándolo a seguir.

Algo afilado le raspó la cabeza y sintió una punzada de dolor. Se puso la mano en la oreja y cuando volvió a mirarla estaba teñida de rojo. Otro pájaro le golpeó en los tobillos y un tercero hundió las garras en su pelo.

Agarró al pájaro entre alaridos y lo estrujó en su puño. No se rindió fácilmente y empezó a picotearle la mano y los dedos, derramando más sangre.

Warner se tambaleó y se le doblaron las rodillas en mitad de la carretera. El peso de los pájaros que se abalanzaban sobre su espalda le hizo caer al suelo, pero se puso a rodar y patalear, aplastándolos.

El Humvee se dirigió hacia él y Blumenthal disparó una ráfaga de su M-16. Consiguió abatir a algunos pequeños objetivos, pero el resto se desperdigó y echó a volar hasta que quedó fuera de alcance.

Warner se puso en pie y gritó cuando sintió un pico hundiéndose en su nuca.

En el interior del Humvee, Michaels estaba centrado en controlar el vehículo sin atropellar a Warner. Ford fue el primero en percatarse del Hyundai rojo que llegaba por la curva de la carretera, girando incontroladamente hasta detenerse. Una camioneta roñosa se detuvo detrás y dos zombis humanos se dirigieron hacia él.

—Cristo —murmuró. Luego se dirigió a Michaels—. ¡Tenemos compañía!

Sin dejar de disparar, Blumenthal saltó del vehículo en movimiento y corrió hacia el soldado herido. Warner estaba cubierto de cuerpos emplumados. Los pájaros piaban ansiosos, picoteando en la carne descubierta mientras su víctima gritaba de agonía. Blumenthal dio unos pasos más hacia su compañero antes de retirarse cuando más criaturas se dirigieron en tromba hacia él. Gritando, soltó el M-16 y se tapó los ojos con los brazos.

Lawson subió hasta el asiento en el techo del Humvee y apuntó con el lanzallamas. Un chorro de líquido naranja atravesó el aire con un rugido, abrasando a docenas de pájaros. Movié el arma en

un amplio arco hasta que el resto de la horda voladora se retiró.

—¿Y Warner? —gimió Blumenthal.

Su compañero caído era una masa temblorosa de carne roja y expuesta. Su uniforme estaba hecho jirones y había perdido casi toda la piel. Los pájaros zombi aterrizaron sobre él, rasgaban algunas tiras de carne y se iban volando, dejando sitio a sus hermanos.

Sin mediar palabra, Lawson apuntó con el arma a Warner y sus atacantes, sumiendo a todos ellos en un infierno. Blumenthal saltó al interior del Humvee mientras el fuego lo consumía todo.

—Ojo ahí delante —le gritó Ford a Lawson—. ¡Vienen más!

Lawson giró el lanzallamas y vio una enorme águila en el techo del coche. Dejó escapar un grito ahogado de asombro antes de proyectar un arco de fuego sobre ella.

—¡Déjame sitio, coño!

Blumenthal asomó por la abertura del techo y abrió fuego con la ametralladora de calibre cincuenta, riendo mientras las enormes balas impactaban sobre los dos zombis humanos y su camioneta, esparciendo pedazos de cabezas, miembros y torsos sobre el asfalto.

Los pocos pájaros que quedaban se dirigieron hacia el cielo.

—Tenemos movimiento en el coche —advirtió Ford—. No son zombis. Pasadme el megáfono.

—Me sorprende que no se hayan quemado después de ver cómo los rociabas.

—Cállate, Blumenthal —gruñó Lawson—. Ha funcionado, ¿no?

La puerta del lado del conductor del Hyundai se abrió de golpe y los dos soldados apuntaron con sus armas. Un hombre, ensangrentado y herido pero vivo, levantó los brazos hacia ellos.

—¡No disparen! —Gritó Baker—. ¡Somos humanos!

Volvió a meterse en el interior del coche, abrazó a Gusano y convenció al tembloroso muchacho de que abriese los ojos.

—¡Estamos a salvo, Gusano! —gritó—. ¡A salvo! ¡Es el ejército! —dijo mientras señalaba al Humvee y al camión.

—¡Que el pasajero salga del vehículo con las manos en alto! ¡Y que el conductor permanezca dentro!

—Mi compañero es sordo —dijo Baker—. No puede o...

—¡AHORA! —rugió Ford.

Usando las manos, Baker instó a Gusano a salir. Tras una buena dosis de persuasión, el aterrado joven obedeció.

—Conductor, te toca. ¡Las manos en alto!

Baker obedeció, ignorando los frágiles cuerpos y alas que crujían suavemente bajo sus pies. El hedor de la carne quemada flotaba pesadamente en el aire. Los restos de los zombis de la camioneta estaban esparcidos por todas partes.

Dos soldados —Baker se dio cuenta de que eran de la Guardia Nacional— descendieron del vehículo y caminaron hacia él sin bajar las armas.

—Muchas gracias —aclamó Baker—. ¡Muchísimas gracias, de corazón! Pensé que...

Blumenthal golpeó a Baker en la tripa con la culata de su M-16, callándolo de golpe. Baker cayó al suelo y se hizo un ovillo, sujetándose el estómago y dando bocanadas.

—¡Eiker!

Gusano chilló aterrado e intentó correr. Lawson le tiró al suelo y le puso el talón de acero de su bota sobre la cabeza.

Baker gimió, incapaz de hablar. Se aferró a la carretera con los dedos, luchando por respirar.

—Mételos en el camión —ordenó Michaels—. Lawson, tú conduces.

Blumenthal se arrodilló y esposó a Baker. Después le arrancó la identificación del CRIP de la bata y miró fijamente la imagen de la tarjeta. Agarró a Baker por la barbilla y le miró la cara.

—¿Es el mismo? —Preguntó Lawson—. ¿Qué dice la tarjeta?

—Havenbrook. ¿Ahí no estaban los laboratorios secretos del gobierno, esos que salieron en las noticias justo antes de que todo se fuese a la mierda?

—Sí —afirmó Lawson mientras le ponía las esposas a Gusano—. ¿Y qué? También salieron en las noticias el presidente de Palestina y esa supermodelo travestí y no les veo por aquí.

—Eh, sargento —dijo Blumenthal—. ¡Creo que hemos encontrado algo que igual hace que este viaje haya merecido la pena!

Lawson puso a Gusano en pie mientras escudriñaba el cielo por si aparecían más pájaros.

Blumenthal le extendió la identificación a Michaels.

—¿Éste no era el sitio en el que estaban haciendo los experimentos?

—Puede. Pensaba que era un laboratorio de armas o algo así.

—Bueno —Blumenthal se aclaró la garganta—, estaba pensando que puede que el coronel Schow quiera interrogar a este tío, porque está claro que trabajaba allí. Seguro que está hasta arriba de armas, pero además...

Se detuvo, dudando sobre si debía continuar.

—Adelante, soldado.

—Bueno, si mal no recuerdo, casi todo el laboratorio es subterráneo. Creo que sería el lugar ideal para establecernos.

Michaels miró a Blumenthal, después a Baker y luego otra vez al soldado.

—Blumenthal, si estás en lo cierto, acabas de ganarte un ascenso.

El soldado sonrió. Obligó a Baker a ponerse en pie, subió a los cautivos al camión, cerró la puerta y echó el cierre.

El interior del camión era oscuro como la boca del lobo. Gusano no paraba de sollozar cuando el motor se puso en marcha. Baker se acercó a él guiándose por su voz y el asustado muchacho se acurrucó sobre él. Le habría gustado susurrarle palabras de ánimo, pero Gusano no podía ver sus labios en la negrura.

El intenso dolor de su estómago y pecho le distrajo de casi toda la conversación de los soldados, pero había escuchado que querían información sobre Havenbrook. Lo que significaba que le mantendrían vivo.

En la oscuridad, Baker se preguntó si Gusano y él seguirían así después de darles lo que querían.

Capítulo 12

Jason cogió un fusil del armario en el que reposaban las armas y salió corriendo por la puerta antes de que Jim pudiera detenerle.

—¡Jason, espera! ¡No sabemos qué hay ahí fuera!

El chico no se detuvo: cruzó el porche de un salto y atravesó el patio sin parar de correr. Jim fue tras él, desarmado.

Martin apareció cojeando, con Delmas a cuestas. El anciano predicador estaba pálido y demacrado, y tenía la boca abierta de par en par. Su mirada perdida no alcanzaba a enfocar a sus amigos. Tenía los pantalones rotos y le corría sangre por la pierna. Arrastraba los pies de forma automática. De la hebilla de su cinturón colgaba un hilo de pita que había enrollado alrededor de la guarda del gatillo de los fusiles, que se arrastraban tras él trazando surcos en la tierra con sus cañones y culatas.

Delmas estaba aún peor. Le faltaban trozos de carne de los brazos, las piernas y la cara. Su cuerpo estaba lleno de marcas de mordiscos. Estaba cubierto de sangre y tenía los ojos cerrados.

—¡Papá!

Jim los sujetó a los dos en el momento en que Martin se venía abajo y los depositó cuidadosamente en el suelo. Martin parpadeó, contemplándolo, y se lamió los labios.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

—Una emboscada —carraspeó el anciano—. Estaban esperándonos en el claro. ¡Nos tendieron una trampa!

—¿Cuántos? —preguntó Jim.

—Más de... más de los que pude llegar a contar. Al principio sólo eran ciervos, pero luego aparecieron ardillas, pájaros y un par de humanos. Trabajaban juntos. Pudimos acabar con algunos, pero no sé cuántos quedan.

—¿Estás bien?

—Una marmota muerta me mordió en la pierna, pero estoy bien. De camino aquí pensé que iba a sufrir un infarto. Dame un minuto para descansar.

Jim le echó un vistazo. Su piel estaba caliente y colorada. Tenía una herida muy fea en la pierna, pero por suerte había empezado a coagular. Por lo demás, estaba bien.

Jason sujetó la cabeza de Delmas entre sus brazos. Su padre no se movía.

—Deja que mire —le dijo Jim con mucho tacto. Jason le miró con lágrimas derramándose por su rostro.

—No deje que se muera.

Al oír la voz de su hijo, Delmas abrió los ojos.

—Jason...

—Estoy aquí, papá. Vas a ponerte bien. Voy a cuidar de ti.

—Delmas —le preguntó Jim—, ¿puedes andar?

—Tengo la pierna hecha polvo.

—Entonces voy a tener que llevarte. Jason, ¿puedes ayudar al reverendo Martin? ¿Podrías llevar las armas?

El chico se puso en pie mientras se limpiaba la nariz con la manga.

Delmas abrazó a Jim por el cuello y se mordió el labio para prepararse.

—¿Listo?

Dijo que sí con un quejido y Jim lo levantó del suelo. Su pierna herida chocó contra el muslo de Jim y gritó de dolor. El esfuerzo hizo que la herida de bala de Jim volviese a dolerle con fuerza.

Pese al esfuerzo que le suponía, Jim consiguió meter a Delmas en casa y recostarle sobre la cama que él mismo había ocupado horas atrás. Martin renqueaba tras ellos, seguido de Jason. El chico, que tenía los ojos abiertos de par en par, dejó los fusiles en el suelo y cerró la puerta de golpe.

—¡Vienen más!

Jim corrió hacia la ventana. Tres sombrías figuras surgieron de la penumbra: dos humanos y una hembra de gamo. Los zombis se dirigieron hacia la casa.

Martin se había restablecido un poco, de modo que cogió unos cartuchos del armario y empezó a

recargar los fusiles.

—Cuida de tu padre —le dijo Jim a Jason—. Ya nos ocupamos nosotros.

—¿Cuántos son? —preguntó Martin.

—Puedo ver a tres, aunque tal vez haya más escondidos, no lo sé. ¿Estás listo?

—No, pero vamos de todas formas.

Jim traspasó la puerta y abrió fuego en cuanto puso un pie sobre el porche. Disparó casi a ciegas, pero consiguió mantener a los zombis a distancia el tiempo suficiente para tomar posición, sacar los cartuchos usados, apuntar y disparar de nuevo. Apuntó al animal y apretó el gatillo rápidamente. El arma saltó en sus manos y la bala le dio de lleno a su presa en el cuello. El siguiente disparo terminó el trabajo.

Martin apuntó al humano más cercano, un paleta obeso al que la muerte había hinchado hasta alcanzar proporciones grotescas. El primer disparo le voló la rótula a la criatura. En cuanto recuperó el equilibrio, un segundo se hundió en su prodigioso estómago. El hedor que surgía de los intestinos del monstruo inundó el porche. Apuntó más alto y los siguientes dos disparos separaron la cabeza del zombi de su cuerpo. Permaneció colgada de unas tiras de pellejo y carne durante unos segundos antes de caerse de los hombros y empezar a rodar por el campo. El cuerpo se desplomó a su lado.

Martin se fijó en la cabeza: los ojos seguían observándolo y los labios se movían, formando palabras que, sin pulmones ni cuerdas vocales, no podía llegar a expresar.

Se arrodilló cerca de ella y sus mandíbulas se cerraron con un chasquido. Volvió a ponerse en pie y le introdujo el cañón en la boca. La cabeza reaccionó abriendo los ojos de par en par. Disparó.

El tercer zombi empezó a correr. Le siguió con el cañón, apuntó y disparó, haciendo que el cerebro de la criatura saliese disparado por la nuca.

Jadeando, los dos hombres se miraron el uno al otro y sonrieron. El eco del último disparo resonó por las colinas. Por fin, Martin habló.

—Clendenan está muy mal.

No era una pregunta.

—Sí, eso me temo.

—Jim —dijo antes de hacer una pausa—. No podemos dejarlo así.

—Lo sé.

Miró al sol de poniente. Nueva Jersey y Danny le parecían más lejanos que nunca.

* * *

Aplicaron dos botellas de peróxido y varias cajas de algodón sobre los mordiscos. Martin le dio una generosa dosis de aspirina y una botella de Jim Beam para mitigar el dolor mientras le vendaba las heridas. Delmas había perdido mucha sangre y tenía la piel blanca como el talco. La pierna se le había hinchado hasta casi duplicar su tamaño, por lo que Jim tuvo que cortar la pernera. La pusieron en alto con unas almohadas y cuando Jim la tocó, sintió la carne caliente y rígida.

Por suerte, Delmas acabó por desmayarse, gimiendo de dolor.

—Tenemos que hacer algo con esa pierna —dijo Jim—. Pero no sé qué.

—Podríamos entablillársela —dijo Martin—. ¿Te enseñó tu papá a hacer algo así?

—No. Mamá me enseñó a preparar cataplasmas, pero no tenemos con qué hacerlas.

—¿Y no tenéis vecinos que puedan ayudaros?

—No. Tom, Luke y el viejo John Joe eran los últimos.

Jim daba vueltas por la habitación mientras Martin se curaba las heridas y se aseaba en el lavabo.

—Intenta dormir —le dijo a Jason.

—No puedo, señor. No tengo sueño.

—Bueno, entonces quédate con tu padre mientras el señor Thurmond y yo pensamos qué hacer ahora.

Después de cerrar la puerta tras ellos, Martin suspiró y aflojó el cuello de la prenda.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Jim, dejando de moverse.

—No lo sé, pero he estado pensándolo. En el mejor de los casos, podemos curarle la infección,

pero aun así, será un tullido de por vida. ¿Cuánto tiempo crees que durarán si no puede andar?

Jim no contestó.

—Podríamos llevarlos con nosotros —sugirió Martin—. Podríamos encontrar una furgoneta o algo así. Tarde o temprano daremos con un médico o alguien que sepa cómo tratar la herida.

—No está en condiciones de viajar, Martin. Y hace unas horas ni siquiera yo lo estaba.

—Bueno, parece que te encuentras mejor, eso desde luego.

—Y me encuentro mejor, pero no podemos llevárnoslo en coche. No podemos moverlo con la pierna en ese estado.

—Pues esperaremos.

—Pero Danny... —ahogó sus palabras, incapaz de terminar.

—Lo siento, Jim.

Martin se dejó caer en el sofá y puso los pies en alto. Jim volvió a merodear.

—Quizá sea así como tienen que salir las cosas, Jim. Yo puedo quedarme con ellos y tú puedes seguir tu camino.

Jim pensó en ello.

—No, Martin, no puedo dejarte aquí. Elegiste venir conmigo, me ofreciste tu amistad y tu apoyo. No estaría bien.

—Puede que no esté bien, pero eso no significa que no sea parte del plan de Dios. Quizá el Señor me necesite aquí.

—Deja que me lo piense. De todos modos, no vamos a poder hacer nada hasta que amanezca.

Un chotacabras cantaba su solitaria serenata en la oscuridad, acompañada por un coro de grillos. Martin se dirigió a la ventana.

—Mi madre decía que cuando un chotacabras canta al anochecer, alguien cercano va a morir.

—Mis padres decían lo mismo —respondió Jim—. Si eso es cierto, tiene que estar matándose a cantar últimamente.

* * *

Jason se despertó en mitad de la noche, sentado en la silla que reposaba al lado de la cama de su padre. Estiró las piernas, bostezó y se acercó a su padre. Delmas estaba completamente inmóvil, tanto, que Jason sintió que le invadía el pánico. Puso la oreja cerca de la boca de su padre dormido y suspiró aliviado cuando oyó su suave respiración.

La vejiga de Jason le comunicó que tenía que orinar con urgencia. Abrió la puerta suavemente y oteó el interior del salón. El reverendo Martin descansaba en el sofá, murmurando y protestando en sueños. Jim estaba sentado de cara a la ventana, y la luz de la luna perfilaba su silueta. Contemplaba algo en sus manos.

—Señor Thurmond —susurró Jason, pero Jim no reaccionó o simplemente no llegó a escucharlo. Jason se acercó a él por atrás. En las manos de Jim había una foto de un niño pequeño.

—Jim —volvió a susurrar Jason. Esta vez consiguió hacerse oír y Jim entornó sus ojos llorosos hacia él.

—Hola, Jason —murmuró en voz baja—. ¿No puedes dormir?

—Tengo que ir al baño. ¿Y tú?

—No puedo dormir.

—¿Por Danny?

—Sí, por él —suspiró Jim, mirando la fotografía por última vez antes de devolverla a la cartera—. ¿Qué tal está tu papá?

—Está dormido. Supongo que eso es bueno.

—Mal no le va a hacer —dijo Jim. Jason estaba dando saltitos, apoyándose alternativamente en un pie y otro—. Ve al baño, anda. Cuidaré de tu padre mientras tanto.

—Gracias.

Jim se puso en pie y se dirigió en silencio hacia el dormitorio.

Encontró a Delmas en tan mal estado que se sorprendió. No contaba con verlo despierto y pletórico, pero estaba deteriorándose mucho más rápido de lo que había imaginado.

Su piel había adquirido una palidez fantasmal, y unos círculos oscuros rodeaban sus ojos. Pese a

sus esfuerzos por curarlo, Jim podía oler la infección consumiéndolo a Delmas desde dentro. El hedor le recordó a unos perritos calientes cocinados en el microondas y le entraron arcadas. La pierna estaba completamente hinchada y brillaba bajo la luz de la vela. El muslo y el gemelo estaban cubiertos de oscuras manchas moradas y las venas sobresalían de la piel.

Jim oyó el sonido de la cisterna del baño y se dio la vuelta, no sin antes echar un último y lastimero vistazo a Delmas.

—Mátame.

Se dio la vuelta. Clendenan estaba despierto y lo miraba.

—Mátame —volvió a murmurar—. No dejes que...

Jim se puso a su lado e intentó tranquilizarlo.

—No vuelvas a decir eso, vas a asustar a tu hijo.

—¡Mátame! —insistió Delmas. Hizo acopio de fuerzas y agarró a Jim por la camisa, sujetándola con fuerza.

—Eh —protestó Jim—, ¿qué haces?

—¡Escúchame, Thurmond! ¡No quiero acabar como una de esas cosas de ahí fuera! No quiero que Jason me vea así. Tienes que acabar conmigo.

—No seas idiota —contestó Jim—. Te pondrás bien, Delmas. Encontraremos un médico y...

—¡Chorradas! ¡Por aquí no hay médicos! Ambos sabemos que no voy a salir de ésta, Jim. Puedo oler cómo me pudro. Estoy ardiendo de fiebre.

Empezó a toser con fuerza. Jim intentó incorporarlo un poco pero Delmas hizo gestos para que se apartase y consiguió recuperar la compostura. Jim contempló aterrado cómo un líquido rojizo se deslizaba por la comisura de su boca.

—Mátame.

—No puedo, Delmas. Lo siento, pero no puedo.

—Entonces lo haré yo.

Ambos se giraron. Jason estaba en el umbral y Jim dedujo por su expresión que había oído toda la conversación. Detrás de él, Martin se puso en pie, parpadeando y apoyando una mano en su propio hombro. Tenía los ojos cubiertos de legañas.

—Tienes que estar de broma —dijo Jim—. Eres un niño.

—Sí, señor. Y él es mi papá. Así que debería ocuparme yo.

Delmas se quedó mirando a su hijo con expresión grave.

—¿Sabes lo que estás diciendo, muchacho? ¿Lo dices en serio?

Jason asintió, luchando para contener el torrente de emociones que amenazaba con desbordarse en cualquier momento. Temía que, si empezaba a llorar, ya no pudiese parar.

—Por amor de Dios, Delmas, date un par de días —le rogó Jim—. ¡A lo mejor podemos detener la infección!

El hombre le pidió silencio con un gesto de su mano.

—Me estoy muriendo —se limitó a decir—. Y si espero un par de días, ¿qué pasará si muero mientras duermo? Os pondría en peligro a todos. No, es mejor así. Será más seguro.

Jim se alejó de la cama con el ceño fruncido y dio un cabezazo contra la pared por pura frustración.

—Jason —dijo Delmas mientras estiraba la mano. El chico se puso a su lado. Una lágrima se deslizó por su mejilla y cayó sobre la mano de su padre—. Ya sabes lo que tienes que hacer, Jason —musitó—. Ahora entiendes por qué tuve que hacer lo que hice con tu madre. No me dolerá, te lo prometo. Será muy rápido... —Ahogó un sollozo en la garganta.

—Puedo hacerlo, papá. No tengo miedo.

—Cuando hayas terminado, no quiero que me mires —le ordenó Delmas—. Después de apretar el gatillo, cierra los ojos y márchate. No quiero que me recuerdes así. Sal de la habitación. Estoy seguro de que el reverendo Martin y el señor Thurmond se ocuparán de enterrarme.

Martin asintió lentamente sin dejar de mirar al suelo. Jim le dio un puñetazo a la pared.

—Ve a por la calibre doce.

Cuando Jason abandonó la habitación, pidió a los hombres que se acercasen a él.

—¿Todavía quieres ir a buscar a tu hijo?

—Sí.

—¿Puedes llevar a Jason contigo?

—Claro —prometió Jim mientras miraba a Delmas a los ojos—. Será un honor. Te prometo, de padre a padre, que cuidaré de tu hijo y no dejaré que le pase nada malo.

—Gracias.

Volvió a toser, salpicando de sangre las sábanas y gimiendo de dolor cuando la pierna resbaló del montón de almohadas.

—Ya la tengo —dijo Jason en voz baja, dirigiéndose hacia la cama.

—Delmas —dijo Martin—, debo preguntártelo... ¿Crees en Jesús como nuestro salvador? ¿Le has aceptado en tu corazón?

—Sí, desde hace veinte años, durante un renacimiento religioso al que me invitó el reverendo. No he hecho siempre lo correcto, pero he intentado vivir como él esperaba de mí.

Martin asintió.

Se colocaron en círculo: Delmas tumbado en la cama, Jason a un lado y Martin y Jim al otro.

—Oremos —solicitó Martin mientras colocaba sus manos sobre la cabeza de Delmas y Jason.

Empezó a rezar: su voz era queda pero firme a la vez. No había un atisbo de vejez o desaliento en sus palabras.

—Padre nuestro, te rogamos que cuides de Delmas y Jason; que estés con ellos cuando más te necesiten y que les des fuerzas, consuelo y voluntad para hacer lo correcto. Te rogamos que guíes la mano de Jason para que actúe sin vacilación y que aceptes a este tu humilde siervo, sabedor de tu poder y tu gloria, a tu lado, para que pueda contemplar las maravillas del cielo. Te rogamos, Señor, que consueles a ambos, padre e hijo, con la seguridad de que volverán a verse después de la muerte, pues tu regalo es la vida eterna.

»Señor, sabemos que estos cuerpos que has bendecido y esta carne a la que has concedido la vida no son más que eso, cuerpos. Sabemos que nuestra alma es eterna, y ahora te pedimos que acojas el alma de Delmas Clendenan. Te rogamos, Señor, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, mientras rezamos: padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

—Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad... —Todos los presentes se unieron en la oración del padrenuestro.

—... y líbranos del mal...

«Y haz que mi hijo siga vivo», pensó Jim.

—Amén —concluyó Martin.

—Amén —repitió Jim en voz baja. Levantó la cabeza y vio que todos estaban llorando.

—Adiós, señor Clendenan. —Martin le estrechó la mano—. Que la paz de nuestro Señor y de Jesucristo nuestro salvador sea contigo.

—Gracias, reverendo.

Jim era el siguiente.

—Te prometo —susurró con firmeza— que cuidaré de tu hijo como si fuese mío.

Delmas asintió mientras se mordía el labio por el dolor, la pena y la expectación. Apretó con fuerza la mano de Jim y sollozó:

—Gracias.

Salieron de la habitación y Jim cerró la puerta tras ellos, dejando al padre y a su hijo solos para afrontar la inevitable tarea que les aguardaba.

* * *

—¿Debemos permitir que pase por esto? —Preguntó Jim—. ¿Es lo correcto?

—No sé si es lo correcto —admitió Martin—, pero es algo que ambos han decidido y tenemos que respetarlo. El chico ya tiene edad para saber qué está haciendo y las consecuencias de sus actos. Además, de algún modo, se trata de una cuestión de dignidad familiar.

—No pensaba que estuvieses a favor de la eutanasia, Martin.

—Y no lo estoy, pero vivimos en un mundo nuevo y las reglas han cambiado. Jason es joven; deja que aprenda esas nuevas reglas ahora que lo es para que pueda hacer lo necesario cuando

nosotros ya no seamos capaces.

—Lo necesario —musitó Jim—. Qué duro suena eso.

—¿Verdad? Pero así son las cosas. ¿O acaso no es duro que un hombre sufra mientras muere lentamente? ¿No es duro que los cadáveres de nuestros amigos y vecinos estén siendo corrompidos por unas fuerzas oscuras en cuanto sus almas abandonan sus cuerpos? ¿No es duro que tu hijo esté en peligro y que tú estés arriesgándote para ir a rescatarlo? ¡Despierta, Jim! ¡Es un mundo duro! Éste es el camino que el Señor ha dispuesto ante nosotros. Habría preferido no tener que recorrerlo, pero Dios no me ha dado opción y debo continuar. Deja que Jason y Delmas también lo hagan.

Ambos permanecieron en silencio. Martin se arrodilló al lado del sofá y volvió a rezar.

Jim empezó a dar vueltas de nuevo.

Esperaron.

* * *

—Quiero que sepas que estoy orgulloso de ti, hijo —suspiró Delmas—, y que te quiero.

La cara de Jason estaba cubierta de lágrimas. Sorbió con la nariz y se secó los ojos.

—Yo también te quiero, papá.

—Pon el cañón aquí —le indicó Delmas, tocándose el entrecejo con el dedo—. Y después hazlo, sin pensar.

Con las manos temblorosas, Jason empezó a levantar la escopeta. Pero el hombro le falló de golpe y apuntó hacia el suelo.

—Papá —sollozó—, ¿no puedo hacerlo!

—Sí, sí que puedes —le dijo Delmas en voz baja—. Eres un buen hijo, Jason. El mejor que podía pedir un hombre. Sé que puedes hacerlo. Sólo tienes que hacerlo, como lo hice yo con mamá. No es fácil, pero tienes que hacerlo. ¡Prométeme que no permitirás que vuelva! ¡No dejes que me convierta en una de esas cosas!

Incapaz de hablar, Jason asintió.

Delmas le estrechó la mano con sus últimas fuerzas. Tenía la cara bañada en lágrimas.

—No me olvides —sollozó—, y si algún día tienes un hijo, espero que le enseñes todo lo que yo te he enseñado.

Echó un último vistazo a la habitación y observó el granero a través de la ventana.

—Pronto saldrá el sol y estoy cansado. Me duele muchísimo la pierna. Me alegra saber que volveré a ver a tu madre.

Se incorporó hacia un lado de la cama y colocó el cañón de la escopeta sobre su cabeza, apoyándolo firmemente entre sus ojos. El frío contacto del hierro templó su piel, que ardía por la fiebre. La sensación le pareció reconfortante.

—Te quiero, Jason.

Jason apartó el arma y se inclinó hacia delante, besando la marca que había dejado el cañón.

—Yo también te quiero, papá.

Volvió a colocar la escopeta en el mismo sitio y envolvió el gatillo con el dedo. Había dejado de llorar.

Delmas cerró los ojos.

El rugido de la escopeta resonó por toda la casa, silenciando el canto del chotacabras y los grillos. Martin dio un respingo y siguió rezando aún más fervorosamente. Jim dejó de dar vueltas y se dirigió hacia la puerta.

—No —le detuvo Martin—. Dales un minuto.

Jim asintió y un segundo disparo destrozó la quietud de la noche.

Salieron corriendo hacia la habitación, pero Jim sabía perfectamente con lo que se iban a encontrar antes de abrir la puerta.

Martin ahogó un grito.

—¡Ay, Dios mío! ¡Jim, no entres ahí!

La habitación apestaba a cordita y el humo todavía flotaba en el aire. El cuerpo de Delmas yacía inerte en la cama, y la parte superior de su cabeza estaba esparcida por el papel pintado de la

pared que tenía detrás. Jason estaba tirado en el suelo sobre un charco de sangre, con los dedos aún rígidos en torno a la escopeta.

Jim cruzó la habitación, se arrodilló al lado del cuerpo y retiró la escopeta de las manos muertas de Jason.

—¡No, no, no, no, no! —repitió una y otra vez, como un mantra. Después permaneció en silencio durante un largo rato.

Martin pensó en las historias de ficción, en las que los escritores expresaban aquel sonido con un «no» largo y constante. Nunca lo había oído de boca de un ser humano.

—Jim, deberíamos...

Jim echó la cabeza hacia arriba y gritó.

—¡Dannyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyy!

Fuera, el chotacabras volvió a cantar.

Capítulo 13

—¡Frena! —gritó Frankie. Su brazo colgaba por la ventanilla del coche—. ¡Como nos la demos contra el quitamiedos lo vamos a tener jodido para encontrar una ambulancia!

—Si esto fuese Texas —respondió Eddie—, tendríamos espacio de sobra para conducir.

Pisó el acelerador del coche hasta ponerlo a más de ciento veinte mientras esquivaba serpenteando la chatarra esparcida por la autopista.

—Si esto fuese Texas —replicó Frankie—, ya estaría en el infierno.

—¿No te gusta Texas?

—Nunca he estado, y ni ganas, la verdad. ¿No es todo vaqueros y ganado?

—Joder, ni de coña, cielo. Tenemos ciudades que hacen que Baltimore parezca pequeña en comparación. ¡Y tenemos una vida nocturna que ni te la crees! La mejor música country fuera de Nashville. Bueno, o al menos así era hasta que pasó todo esto.

—¿Música country? Puag.

—¿Qué le pasa a la música country?

—Que es ruido para paletos. —Volvió a mirar a la carretera y gritó—: ¡Cuidado!

Un camión cisterna estaba de lado en mitad de la autopista, bloqueando los tres carriles. Maldiciendo, Eddie se metió en el carril de emergencia y el Nissan dio un bote al entrar en contacto con el terraplén cubierto de hierba. Las ruedas giraron, amenazando con tirarlos a ambos a la cuneta. Por suerte, mantuvieron la tracción y Eddie consiguió esquivar el camión y reincorporarse a la autopista.

—Qué poco ha faltado —murmuró. Se echó su sombrero de vaquero hacia atrás y se secó el sudor de la frente con su gruesa mano—. Lo siento.

—No pasa nada —dijo Frankie con dulzura—. ¡Y VE MÁS DESPACIO, COJONES!

—¡Ve, ve, un escarabajo rojo! —gritó John Colorines desde el asiento trasero cuando adelantaron a un Volkswagen accidentado. Después le dio una amistosa palmada a Frankie en el hombro.

—No sé por qué has tenido que traerte a ese chalado con nosotros —dijo Eddie—. Cualquiera con dos dedos de frente vería que no está bien de la cabeza.

—Se viene con nosotros porque está vivo —volvió a explicarle Frankie, con la paciencia al límite por culpa del rollizo tejano—. Y si está vivo, merece una oportunidad de seguir así. Y sólo lo conseguiremos si permanecemos juntos.

—Bueno, pero no olvides tu promesa —le advirtió Eddie—. Yo os ayudo a los dos a salir de la ciudad y a cambio paso una noche contigo. Una promesa es una promesa. —Se echó a un lado.

Una mano sudorosa soltó el volante y empezó a toquetearle el pecho. El pezón de Frankie se endureció, aunque no de excitación, sino de repulsa. Pero entonces entró en juego su experiencia: hacía falta mano izquierda, y de eso tenía de sobra. Mientras Eddie sonreía, creyendo erróneamente que sus brucas atenciones la excitaban, Frankie estaba trabajando, haciendo lo que había hecho otras tantas veces con sus clientes: abandonar su cuerpo y dejar volar la mente hacia otro lugar. Antes del alzamiento, ese lugar era el mundo de ensueño e inconsciencia al que llevaría su próximo chute.

Ahora pensaba en su bebé.

Se preguntaba qué tipo de madre habría sido si nunca se hubiese enganchado al caballo, hubiese terminado la carrera y se hubiese casado. ¿Habría sido buena?

Le gustaba pensar que sí.

—Mira por dónde —señaló Eddie a través del parabrisas—. Hamburguesa de zarigüeya.

Una gran zarigüeya, cuyo tren inferior había sido aplastado por otro vehículo, reptaba con una lentitud atroz por la autopista. Frankie se preguntó si habría muerto antes o después de haber sido atropellada.

Eddie se dirigió hacia ella y se oyó un repugnante crujido cuando los neumáticos aplastaron su tren superior. El coche dio un pequeño bote y continuó su camino.

—¡Diez puntos! —gritó Eddie, contento, antes de volver a palparle el muslo.

—¡Gris! —Dijo John Colorines—. ¡La zarigüeya era gris!

Eddie rió.

—¡Pues ahora es roja!

John Colorines se revolvió en su asiento, mirando por la luna trasera para corroborar la afirmación de Eddie.

—Gris y negra.

Frankie cerró los ojos. Empezaba a sentir un fuerte dolor en las sienes, y el aire del coche, incluso con las ventanas bajadas, era caliente e insoportablemente húmedo. John Colorines apestaba a pies y a axila, mientras que Eddie olía a *after-shave* barato (había sacado una botellita de la guantera y se había aplicado su contenido inmediatamente después de recogerlos). Se preguntó si la desesperación y la futilidad tendrían un olor y, de ser así, si aquel coche olería igual.

* * *

Tras el sacrificio de Troll y su huida de las alcantarillas, James fue el primer ser humano con el que se encontró Frankie. En su vida anterior había sido fotógrafo para el *Baltimore Sun* y todavía llevaba su cámara colgada del cuello.

Frankie estaba siendo perseguida por varios zombis y James los abatió uno a uno, apostado en el tejado de un piso en ruinas.

Esperaba que le pidiese sexo como pago por salvarle la vida, pero se llevó una grata sorpresa al comprobar que no quería nada parecido. En vez de eso, le propuso escapar juntos de la ciudad, dado que cuantos más fuesen, más seguros estarían. Accedió encantada y avanzaron juntos por el puerto.

Al llegar al acuario dieron con John Colorines, lo que hizo muy feliz a Frankie: conocía a aquel vagabundo antes de que los muertos empezasen a alzarse. Durante años había sido un chiste para los desharrapados de Baltimore. ¿Creías que la vida no podía ser peor que tener que chupar diez pollas cada noche para ganar el dinero suficiente para chutarte, dormir en un almacén abandonado y hacer exactamente lo mismo el día siguiente? Pues sí, podía ser peor. Podías ser John Colorines.

Se rumoreaba que en el pasado había sido actor de películas veraniegas y que solía ponerse hasta las cejas de cocaína. Cuando la adicción se cobró su inevitable precio, estaba protagonizando una representación de *Joseph and the Amazing Technicolor Dreamcoat*.

Acabó en la calle, arruinado, ciego de coca y con aquella chaqueta como último vestigio de su vida anterior.

John Colorines pasaba los días mendigando limosnas ante el World Trade Center de Baltimore y gritando a los viandantes lo que parecía ser toda la gama de colores que Crayola incluía en su caja de pinturas de cera.

Frankie se llenó de esperanza al encontrar vivo a aquel nexo con el pasado.

Frankie y James se esforzaron por convencerlo de que les acompañase, pero si el inestable vagabundo llegaba a entender lo que decían, no daba ninguna señal de ello. Al final, cuando ya estaban alejándose, corrió tras ellos como un perro fiel.

Llegaron a una tienda de empeños que se había librado —milagrosamente— de ser saqueada y pasaron una hora entera armándose. Unos cuantos pasos más allá dieron con una tienda de alimentación, entraron en ella y terminaron de pertrecharse. La carne, los lácteos y los alimentos congelados apestaban a pobredumbre y putrefacción, pero la comida enlatada y los productos secos estaban en buen estado. Llenaron sus mochilas tras desechar cualquier lata sin etiquetar o que estuviese rota o en mal estado.

Después salieron lentamente de la ciudad, atravesando con precaución los complejos industriales de las afueras, hasta llegar a la interestatal 83.

Y allí fue donde perdieron a James.

Insistiendo en encontrar un coche, James convenció a Frankie de que deberían buscar uno en un aparcamiento cercano. Se adentraron en el oscuro edificio de seis plantas y un zombi escondido tras una torre de alta tensión en la segunda planta le atacó con un hacha, arrancándole su todavía palpitante corazón antes de que tuviese tiempo de quitarle el seguro a la pistola.

Frankie disparó al zombi y después de cerrarle los ojos a James con las yemas de los dedos le disparó a él también en la cabeza. Se quedó con sus armas y con toda la comida que le cabía en la mochila y después pasó diez minutos buscando a John Colorines hasta dar con él en la parte trasera de una camioneta azul oscuro.

—Azul —repetía sin parar antes de atreverse a continuar—. Esta camioneta es azul.

Por lo que parecía, el zombi del garaje tenía amigos. Atraídos por los disparos, hordas de zombis humanos, perros, ratas y otras criaturas surgieron de las fábricas y los almacenes abandonados. Otros muchos emergieron de los árboles que custodiaban el paso elevado. Frankie disparó contra todos los que pudo mientras John Colorines gritaba sin parar los colores de los distintos pedazos que caían a su alrededor. Entonces, con un chirrido, apareció un Nissan negro que se detuvo justo a su lado.

—¿Os llevo? —dijo un hombre desde la ventanilla a medio bajar.

Frankie realizó otro disparo, que acabó con un zombi anciano cuya brillante dentadura postiza contrastaba con su retorcida boca, y echó un vistazo al coche.

El conductor era un hombre grande: tenía el pecho macizo y en el bíceps izquierdo de sus musculados brazos se leía «feo amante». Llevaba un sombrero negro de vaquero y gafas de sol bajo las cuales se extendía un espeso bigote como una peluda oruga.

—Sí, nos vendría bien un poco de ayuda —respondió con calma mientras apuntaba a otra criatura.

—Te costará una mamada —le dijo el conductor como si fuese la cosa más normal—, y tienes que dejar que te folle.

Por su acento, era sureño.

—No hay trato —respondió, mientras vaciaba el cargador sobre una fila de zombis que se dirigía hacia ella. John Colorines no paraba de arañar la puerta del Nissan, aterrado.

—Como quieras, morena.

El vaquero subió la ventanilla y el coche empezó a moverse lentamente.

—¡Espera! —gritó Frankie, odiándose por ello.

El coche se detuvo y la ventanilla volvió a descender.

—¿Sí?

—¿Una mamada y en paz?

—No hay trato.

El cargador de Frankie estaba vacío y los zombis comenzaban a formar un semicírculo en torno a ella.

—Está bien, más tarde echamos un polvo —dijo mientras se dirigía hacia el coche.

—¿Prometido? —preguntó.

Tiró de la manilla de la puerta, pero estaba bloqueada.

—¡Sí! —gritó. Podía olerlos tras ella, oía sus voces rasposas maldiciendo y amenazándola con todo lo que le iban a hacer—. ¡Te lo prometo! ¡Y ahora abre la puta puerta!

Oyó el ruido del cierre desbloqueándose y John Colorines y ella saltaron al interior del coche. Frankie cerró la puerta de golpe y volvió a echar el cierre.

El vaquero pisó a fondo y el coche se alejó con un chillido mientras los zombis golpeaban los cristales.

Y así conoció a Eddie.

* * *

A medida que dejaban la ciudad atrás y se adentraban en las afueras de Maryland, el número de coches accidentados disminuía. Eddie conducía sujetando el volante con una mano y disparando a los zombis que iban apareciendo con la otra.

Pasaron delante de un centro comercial y un motero muerto, subido a una enorme moto de tierra, apareció rugiendo por la vía de acceso al carril. Eddie dejó que se colocase a su lado y luego lo embistió. Hubo un horrible crujido de metal contra metal y el zombi y su moto acabaron tirados en mitad de la carretera.

La risa de Eddie le ponía de los nervios.

—Gilipollas —murmuró Frankie entre dientes.
—¿Qué dices, zorra? —Le pellizcó con fuerza el pezón y Frankie hundió sus melladas uñas en el asiento para no darle la satisfacción de oírla gritar.
—Tendrías que dejar de hacer chorradas —le dijo—. Podríamos haber tenido un accidente.
—Hablas un huevo, morena. Empiezo a pensar que eres una desagradecida.
Frankie se retractó en un instante. Lo último que quería era que el tejano la dejase en tierra, con tantos muertos vivientes rondando por la zona.
—Lo siento —le dijo dulcemente mientras le masajeaba el paquete sobre sus vaqueros sucios. Toqueteó juguetona el creciente bulto, se lamió el dedo índice y lo deslizó por el tatuaje de su brazo—. ¿De dónde viene lo de «feo amante»?
—Es un mote. Me lo puso mi ex mujer.
Frankie sintió que le estaba entrando un ataque de risa y que era demasiado tarde para contenerlo. Se reclinó en su asiento ahogando la risa en el estómago.
La cara de Eddie se puso roja, luego granate y, por último, morada. Se podía leer la rabia en sus ojos. Pisó el freno a fondo y el coche se detuvo con un chirrido. Frankie tuvo que estirar el brazo para no golpearse contra el salpicadero y John Colorines chocó contra la parte de atrás del asiento de Eddie.
En un solo movimiento, Eddie la agarró por la garganta y le puso una pistola bajo la nariz.
—Ya me he cansado de esa boca, zorra, así que vas a ponerla a trabajar. Empieza a chupar.
—Que te follen, gilipollas pichacorta.
Eddie se puso pálido de ira. Su boca formó una fina y cruel línea.
—¿Qué has dicho?
—Ya me has oído, pichacorta. Vete a follarte a un zombi, porque, si no, lo llevas crudo para echar un polvo. Tú a mí no me tocas.
—¡Has firmado tu sentencia de muerte, puta!
En el asiento trasero, John Colorines empezó a lloriquear.
—Rojo. En este coche hay demasiado rojo. Rojo.
Eddie apretó el gatillo.
—No te quedan balas, gilipollas —le dijo Frankie mientras él abría los ojos de pasmo—. Las he contado.
Sacó la pistola de debajo del asiento y le voló los sesos a través de su sombrero de vaquero.
John Colorines rió nerviosamente.
—¿Qué, te ha gustado?
—Rojo —le dijo—. Rojo, rosa y gris.
—¿Sabes? Podrías haberme echado una mano.
Asomó la cabeza por la ventanilla para asegurarse de que no había zombis cerca. No vio a ninguno, pero sabía que llegarían en cuestión de minutos, alertados por el disparo. Rápidamente, agarró el cadáver todavía tembloroso de Eddie, abrió la puerta del coche y lo tiró a la carretera, gruñendo del esfuerzo. Limpió la sangre y los pedazos de cráneo de la tapicería con unos pañuelos que encontró en la guantera y se sentó tras el volante. Puso el coche en marcha y se alejaron a toda prisa mientras los primeros no muertos en llegar a la autopista se dirigían hacia ellos.
Ajustó el retrovisor justo a tiempo para ver cómo se abalanzaban sobre los restos de Eddie.
—Es una pena que no lo hayan pillado vivo, ¿eh, John?
—Una pena —respondió John Colorines. Después apuntó emocionado a un Volkswagen verde volcado sobre uno de sus lados y le dio un golpe amistoso en el hombro.
—¡Veo, veo, un escarabajo verde!
Frankie rió y se percató de que estaba temblando.
«Acabo de matar a un hombre —pensó—. Bien. Es un buen comienzo.»
Pasaron al lado de un cartel que decía «PENSILVANIA, cincuenta km».
—Es un buen comienzo —se repitió en voz alta.

* * *

—Menuda mierda de pueblo —gruñó Miccelli—. Aquí no hay nada más que ese depósito de agua, casas y una gasolinera. ¡Y todo construido en la puta colina!

—Por eso nos ha ordenado el coronel que lo exploremos, genio —le espetó Kramer—. Fácil de limpiar y aún más fácil de vigilar y controlar. Bienvenido a tu nueva casa.

—No nos adelantemos —les advirtió Miller—. Decidle a Partridge que pare.

Skip transmitió la orden por radio a Partridge, que conducía una furgoneta blanca tras ellos. Se detuvieron al llegar a la cima de la colina. El pueblo se extendía ante ellos por todo el valle y Skip se percató de que Miccelli tenía razón: un conductor que viajase por la autopista cercana ni siquiera llegaría a verlo. Había dos carreteras, que se cruzaban en la plaza: la que estaban recorriendo y otra que atravesaba el pueblo de norte a sur. Se veían unas cuantas casas, una gasolinera y un mercado, una iglesia con un cementerio en la parte de atrás y un depósito de agua. Las afueras estaban compuestas casi exclusivamente por maizales. Al norte, más allá de los cultivos, la interestatal atravesaba el campo.

—No me gusta —gruñó Miller—. Aquí no hay nada: ni zombis ni supervivientes. Nada.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Kramer.

—Vamos a entrar —respondió Miller—. Skip, tú controla la calibre cincuenta.

Skip pegó un brinco en el asiento.

—¿Y que un zombi con un fusil de francotirador me vuele la cabeza? ¡No, gracias! ¿Y esos putos pájaros zombi?

Miller deslizó la mano hacia la pistolera.

—¿Está desobedeciendo una orden, soldado?

Todos los ocupantes del Humvee se pararon en seco, atentos a la situación. A Miccelli la expectación le hizo brillar los ojos. Kramer se encendió un cigarro como si nada y negó con la cabeza.

—No, sargento —dijo Skip en voz baja—. Sólo informaba de los riesgos.

—El único riesgo que debe preocuparle es que estoy a diez segundos de meterle una bala por el culo. ¿Entendido?

Skip no respondió.

—¿ENTENDIDO?

—Sí, sargento.

De camino a la torreta oyó murmurar a Miccelli.

—Debería haberle pegado un tiro al muy gilipollas.

Skip se apostó tras el arma y miró, nervioso, hacia el cielo. Sabía que se le estaba acabando el tiempo. Si no le mataban los no muertos, lo harían los hombres de su propia unidad. Había leído sobre aquel tipo de psicosis colectiva, historias de escuadrones que, durante la guerra de Vietnam, quemaban pueblos enteros y coleccionaban orejas. O los siete soldados de Fort Bragg que acabaron con sus mujeres una semana después de volver de Afganistán. Vivir una constante batalla hacía que los hombres se volviesen locos... malvados.

El Humvee avanzó y Partridge le siguió de cerca. Skip miraba en todas las direcciones, controlando cualquier movimiento.

Pasaron por delante de la iglesia y su pintoresco cementerio y Skip empezó a pensar en quienes yacían en su interior. Los muertos recientes podían volver a la vida, ¿pero aquellos que habían sido enterrados? ¿Y si estaban descompuestos hasta el punto de no poder salir de su prisión? ¿Seguirían conscientes, reposando inmóviles bajo la tierra, incapaces de cavar para salir al exterior?

La idea le hizo temblar de miedo mientras vigilaba atentamente las casas ante cualquier signo de amenaza. Algunas tenían las puertas y ventanas cubiertas con tablas, pero la mayoría seguía igual, como si todos los habitantes hubiesen salido a dar una vuelta. Había varios coches impecablemente aparcados en la carretera y las aceras. Los céspedes, pese a estar muy descuidados, seguían verdes.

«¿Dónde está todo el mundo?», se preguntó. Incluso si estuviesen muertos, sus cadáveres reanimados deberían estar rondando por la zona. ¿Se habrían trasladado los zombis a una zona

donde la caza fuese más abundante?

Estaba inmerso en aquel pensamiento cuando oyó un motor encenderse. Un coche surgió del camino de entrada de una de las casas que acababan de pasar y se estrelló con gran estrépito contra el lado del copiloto de la furgoneta. Skip giró a tiempo para ver a Partridge peleando con el volante hasta que los dos vehículos se estrellaron contra un coche aparcado.

Las puertas de las casas cercanas se abrieron y los muertos vivientes se abalanzaron sobre ellos.

—¡Emboscada! —gritó Skip.

La calle empezó a llenarse de zombis. Otros aparecieron de los tejados, armados con fusiles, pistolas y hasta una ballesta.

—¡Mierda!

Empezó a disparar en círculos, apuntando primero a las criaturas de los tejados. Ni siquiera los atronadores disparos de la ametralladora bastaron para ahogar los terribles gritos de Partridge, al que sacaron de la furgoneta y tiraron a la carretera.

—¡Vamos! —gritó Miller, y el Humvee salió disparado hacia delante.

Skip disparó otra ráfaga y saltó del vehículo para aterrizar en la calle.

Se agachó, mirando nervioso alrededor. Había acabado con la mayoría de los zombis de los tejados, y los de la calle estaban ocupados comiéndose a Partridge y esquivando el Humvee, pues el coloso iba directo hacia ellos, atropellándolos bajo su peso.

Skip vio que se le presentaba una oportunidad y la aprovechó. Pensó un instante en el M-16 que se había dejado en el Humvee, se agachó y huyó entre las casas, alejándose de los zombis y de sus compañeros.

Los últimos gritos de Partridge y una nueva ráfaga de disparos resonaron en sus oídos.

* * *

En cuanto cruzaron la frontera de Pensilvania, John Colorines pareció experimentar un momento de lucidez, como si acabase de despertar de un sueño. Pasó de catalogar los colores de las señales que se iban encontrando a mirar fijamente a Frankie en un instante.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó dejando entrever cierta timidez.

—Frankie —sonrió—, y tú eres John, ¿no?

—Así era. Supongo que todavía lo soy. Es un placer conocerte, Frankie.

—Igualmente.

—Es bueno tener nombres, pero no creo que ahora importen mucho.

—Claro que importan. ¿Por qué lo dices?

—Porque todos vamos a morir, pronto.

—Yo no —respondió Frankie—. Yo voy a vivir.

—Es una tontería pensar algo así —dijo John educadamente—. Mira a nuestro alrededor. Ahora los únicos vivos son los muertos. Pronto seremos como ellos.

—Tiene que haber más como nosotros, sólo tenemos que encontrarlos. He pasado por un infierno para llegar hasta aquí y no pienso rendirme ahora.

Él permaneció sentado, pensando en ello, y cuando Frankie giró la cabeza para mirarlo, le había vuelto aquel brillo familiar a los ojos.

—Negro —le dijo—. El color de la muerte es el negro.

* * *

Skip encontró un bate de aluminio en la sede de un club deportivo infantil. Lo blandió como una espada, sujetándolo con las dos manos.

Un perro, cuyo cadáver estaba seco y acartonado, se abalanzó sobre él desde el sombrío interior de una caseta. Saltó hacia el cuello de su presa, pero la cadena a la que estaba atado tiró de él hacia atrás violentamente. Skip contempló con una mezcla de repulsa y fascinación cómo el collar se había hundido varios centímetros en la carne.

Incluso con la batalla llegando a su punto álgido, pudo oír que estaba siendo perseguido. Fuera, el cadencioso estruendo de los M-16 se mezclaba con breves y precisos disparos de fusiles de caza. Los zombis estaban devolviendo el fuego.

Un grito ronco tras de sí le advirtió que le habían visto. Saltó una valla y cruzó corriendo el patio

trasero que cercaba. La brisa mecía suavemente un columpio infantil. A un lado había una pequeña piscina hinchable llena de agua ennegrecida y algas.

Pasó a su lado y de sus negras aguas emergió un niño zombi que había permanecido oculto tumbado en el fondo. Se abalanzó sobre él con los brazos adelantados y babeando y llegó a rasgar la camisa con sus melladas uñas hasta alcanzarle la piel de la espalda. Skip dio un giro súbito y trazó un arco con el bate, que impactó con un ruido sordo y húmedo. La cabeza de la criatura quedó totalmente destrozada, recordándole a las calabazas que solía pisotear hasta hacer añicos después de Halloween. El hedor que emanaba de la cabeza machacada era insoportable, y Skip empezó a retroceder mientras limpiaba el bate en la hierba.

Otro zombi, armado con un fusil, surgió de la casa. La cubierta de la puerta se cerró de golpe mientras la criatura se dirigía hacia él, apuntándole torpemente con el arma. Skip sonrió, extendió el dedo corazón, dio media vuelta y escapó corriendo. El zombi le persiguió, completamente obcecado.

Llegó a un amplio campo de soja y se detuvo. Jadeando, con las manos apoyadas en las rodillas, sopesó sus opciones con rapidez. El depósito de agua estaba cerca, y en uno de sus lados había una escalera. Desde lo alto de él podría defenderse fácilmente de sus perseguidores, que tendrían que subir la escalera de uno en uno para capturarlo, pero también sería vulnerable a los pájaros y otras criaturas capaces de llegar hasta arriba con facilidad. Además, si los muertos vivientes se quedaban alrededor de la estructura a esperar, no tendría escapatoria.

La interestatal brillaba en la distancia, una cinta negra y plateada que atravesaba las colinas y los cultivos de Maryland y Pensilvania. Si fuese capaz de llegar a la autopista, quizá podría encontrar un coche y, en el peor de los casos, se alejaría del pueblo y de los muertos vivientes. Pero la autopista tampoco proporcionaba ninguna protección contra las amenazas que provenían del cielo.

Miró nerviosamente hacia arriba y sus miedos se confirmaron al ver una nube negra a lo lejos, en el horizonte. Pasó del miedo al terror cuando vio que la nube cambiaba de dirección en pleno vuelo y se dirigía rápidamente hacia el pueblo.

En tierra, un ejército de muertos vivientes se dirigía lentamente hacia él.

Sin opciones ni tiempo, Skip empezó a correr por el cultivo en dirección a la autopista.

Los muertos le siguieron.

* * *

—Lo veo —gritó Miccelli para hacerse oír sobre el estruendo de la ametralladora—. ¡El muy cabrón está huyendo por los cultivos!

Miller y Kramer se giraron en la dirección indicada y vieron una figura verde corriendo por el campo, cerca del depósito de agua. Un ejército de cuerpos la seguía lentamente.

—Se dirige a la autopista —observó Miller—, pero podemos alcanzarlo antes que los zombis.

—Nah, mejor dejamos que sean esos bichejos los que lo hagan pedazos, como permitió que le hiciesen a Partridge.

—No, Kramer. Schow querrá que sirva de ejemplo. Ese chico se vuelve con nosotros aunque tengamos que dispararle en las dos piernas y mantenerlo vivo hasta traerlo aquí.

—Eh, sargento —dijo Miccelli desde el techo—, ¡se acerca una bandada de pájaros!

—¡Entonces métete dentro, coño! —Después se dirigió a Kramer—: Pisa a fondo y alcanza a ese hijoputa de Skip antes que los zombis. Ataja por el campo.

—Entendido —respondió Kramer mientras ponía el motor en marcha—. No me puedo creer que haya desertado así.

—Yo sí —comentó Miller—. Sabía que la estaba cagando, cuestionando órdenes y toda esa mierda. Hemos estado a punto de pagar el precio de su cobardía. No hay sitio para gente como él.

Miccelli se dirigió al asiento y comprobó su arma. Se limpió la mugre de su frente y cara y bebió un buen trago de agua de la cantimplora.

—¡Los muy cabrones nos han tendido una emboscada! No me lo puedo creer, joder.

Miller no respondió. Estaba centrado en el hombre que huía hacia el horizonte y en las figuras

que lo perseguían.

—Date por jodido, Skip —murmuró. Agarró la consola con tanta fuerza que sus nudillos palidieron, mientras fantaseaba con las torturas que el coronel Schow tendría reservadas para el soldado a su regreso. Y si Skip resultaba herido de camino a Gettysburg, ¿a quién le iba a importar?

* * *

Frankie estaba abriendo una bolsa de patatas con los dientes cuando un hombre desaliñado vestido con un uniforme militar apareció en la carretera, haciendo bruscos aspavientos con los brazos. Estaba despeinado y tenía la cara cubierta de tierra y sangre, pero era obvio que no era ningún muerto viviente: estaba vivo. Llevaba un bate en la mano y lo balanceaba sobre su cabeza.

Frankie frenó, se aseguró de que las puertas estuviesen cerradas y bajó la ventanilla hasta la mitad. Apuntó con la pistola y esperó.

—¡Por Dios, señora, no dispare! —rogó Skip.

—Tira el bate y pon las manos donde pueda verlas.

El hombre obedeció sin dejar de jaderar. El bate rebotó al caer al pavimento mientras Skip daba nerviosos saltitos alternando los pies.

—Verde —observó John Colorines—. Ese hombre es verde. Y rojo, también.

—Mire —le dijo lentamente, esforzándose por no ponerse a gritar—, me están persiguiendo un huevo de zombis. ¡Tenemos que largarnos de aquí ahora mismo!

Frankie echó un vistazo al campo. Una horda de zombis, animales y humanos, en diversos estados de descomposición, se dirigía hacia ellos. Cerca, entre los zombis y la autopista, avanzaba un vehículo militar. En cuanto lo vio, el hombre se puso aún más nervioso.

—¡Señora, si no nos vamos ahora mismo nos van a matar, joder! ¡Están locos!

Frankie no sabía si se refería a los zombis o a los ocupantes del vehículo que se aproximaba, pero tomó una decisión en cuanto miró al cielo: estaba lleno de pájaros no muertos, que se dirigían en masa hacia ellos.

—Sube —gritó, apuntando con la cabeza al asiento del copiloto—. Y no intentes nada o te mato. Visiblemente aliviado, el soldado corrió hasta el lado del coche y subió de un salto.

—¡Gracias!

—¿Qué eres, del ejército?

—De la Guardia Nacional —jadeó—. ¿Podemos irnos ya?

El Humvee atravesó el quitamiedos y se detuvo ante ellos. Un hombre apareció del techo como un muñeco de una caja y apuntó a Frankie con la ametralladora más grande que había visto jamás.

—¡Fuera del coche, ahora!

—¡Mierda! —Skip se dirigió a Frankie—. ¿Tienes otra pistola?

Antes de que pudiese contestar, dos soldados estaban ya de camino al coche con las armas en alto. Frankie permaneció en silencio, emocionada: no sabía quién era quién, pero cualquiera de aquellos hombres le parecía mejor que los zombis.

—¡Suéltala, zorra!

Miccelli abrió la puerta del conductor de golpe con una mano y le apuntó con el M-16 a la cabeza.

—¡Al Humvee, ahora! ¡Rápido!

—Hola, Skip —se burló Kramer mientras lo sacaba del coche—. ¿Adónde creías que ibas, eh, cobarde de los cojones?

Le dio un culatazo en la espalda que le tiró al suelo. Siguió pegándole con el arma, atizándole salvajemente una y otra vez en los hombros y la espalda.

—Que te den, Kramer.

Skip escupió sangre y rodó hasta quedar boca arriba. Vio la culata del M-16 precipitándose hacia su cara y perdió el conocimiento.

Miccelli esposó a Frankie, que gritó cuando uno de los pájaros pasó volando tan cerca que le

rozó el pelo.

John Colorines salió del coche y empezó a saltar mientras aullaba de miedo.

—¿Y él? —preguntó Miccelli apuntando al vagabundo con el pulgar mientras metía a Frankie en el Humvee.

Kramer le apuntó con su arma.

—No tenemos sitio para él.

Abrió fuego. John Colorines bailó sobre la carretera, temblando con cada bala que penetraba en su cuerpo. No emitió ningún sonido, salvo un suspiro que exhaló al caer al suelo. La sangre se derramaba hasta el asfalto sobre el que yacía.

Kramer apartó un pájaro y apuntó a un zombi humano que estaba pasando por encima del quitamiedos. Después, Miccelli y él metieron a Skip —que seguía inconsciente— en el Humvee y cerraron la puerta.

—Menudo chocho morenito —dijo Miller mirando lascivamente a Frankie mientras se alejaban a toda velocidad—. Me la pido primero.

Frankie cerró los ojos y tembló. Se había metido en un lío, eso seguro, pero al menos estaba viva.

«Todos vamos a morir, pronto», había dicho John Colorines.

«Yo no. Yo voy a vivir.»

* * *

John Colorines yacía temblando sobre el pavimento. Los pájaros empezaron a picotearlo —aunque no llegó a sentir nada— para luego alzar el vuelo con trozos de carne colgando de sus picos. Después el resto de zombis lo rodearon, manoseándolo con hambrienta expectación.

—Estaba equivocado —les dijo. Extendió sus manos manchadas de sangre hacia las criaturas, que empezaron a devorarle los dedos—. El color de la muerte no es el negro. Es el rojo.

Vio cómo un zombi le arrancaba el dedo meñique de un mordisco, atravesando carne y hueso, y se sumió en la oscuridad.

—Es rojo. Todo es rojo. El mundo entero está muerto.

Después, mientras su alma partía y otra entidad tomaba posesión de su cuerpo, descubrió que estaba en lo cierto.

Capítulo 14

«Querido Danny,

»No sé por qué estoy escribiendo esto, porque cuando te encuentre, lo más seguro es que no te permita leerlo. Quizá te deje cuando seas mayor y puedas comprenderlo mejor. Supongo que sólo lo estoy escribiendo para sentirme mejor. No dejo de pensar en ti y de recordar cosas.

»Te echo de menos, hijo. Te echo muchísimo de menos. Es como si alguien me hubiese sacado algo del pecho, dejando un gran agujero. Puedo sentir ese agujero. Duele, pero estoy acostumbrado a esa sensación. La tenía cada vez que te dejaba de vuelta en casa (bueno, donde vivías con mamá y Rick nunca la consideré tu casa) y cuando no estabas. Cuando terminaba el verano, solía ir a tu habitación y me sentaba en la cama mirando los juguetes, los libros y los vídeos, sabiendo que nadie los tocaría hasta que volviesses. Algunas noches intentaba dormir, pero empezaba a pensar en ti y, de pronto, no podía respirar. Carrie los llamaba "ataques de pánico", pero eran algo más. Te echaba de menos todo el rato. Me sentía vacío.

»Ahora es aún peor. A veces me siento como uno de los zombis de ahí fuera. Han pasado muchas cosas malas, Danny. Carrie ha muerto y tu hermanita también. ¿Te acuerdas de nuestros amigos, Mike y Melissa? También han muerto. He abandonado nuestra casa y no creo que podamos volver a ella. Ojalá se me hubiese ocurrido coger algunos de tus juguetes favoritos antes de escapar, pero no lo hice. Cuando te encuentre, lo primero que haré será saquear una juguetería. Y esta vez podrás quedarte con todo lo que quieras, no tendremos que preocuparnos de si podemos pagarlos o no. Después encontraremos una tienda de cómics y dejaré que te lleves los que quieras (excepto *Predicador* y *Hellblazer*, todavía eres muy joven para leerlos). Iremos a un lugar seguro, un lugar sin monstruos.

»Estoy de camino, Danny, y necesito que resistas. Necesito que seas fuerte y valiente un poco más. Papá está de camino y sé que lo sabes. Sé que estás en el ático, esperándome.

»Danny, siento no haber podido estar siempre a tu lado. Me habría gustado, pero no podía. Nunca he hablado mal de tu madre delante de ti y no quiero empezar a hacerlo ahora, pero espero que entiendas por qué no estaba contigo y también espero que me sigas queriendo. Ahora te resultará difícil, pero sé que un día, cuando seas mayor, lo entenderás. Sé que mamá y Rick te habrán dicho muchas cosas, pero eres un chico listo y sacarás tus propias conclusiones. Entenderás por qué no pude estar a tu lado.

»Pero Danny, te juro que jamás volveré a marcharme. Se acabaron los juicios y los abogados. Soy tu padre y te quiero, y cuando te encuentre, me quedaré a tu lado para siempre.

»Llegaré en seguida, te lo prometo. Antes sólo tardaba un día en conducir desde Virginia Occidental hasta Nueva Jersey, pero esta vez estoy tardando un poco más. Nos hemos encontrado con algunos problemas y han pasado cosas malas. Ya te he hablado de lo de Carrie y el bebé... aquello estuvo a punto de acabar conmigo. Estuve a punto de rendirme. Pero no lo hice porque te tengo a TI y no volveré a fallarte. He hecho un nuevo amigo, un predicador llamado reverendo Martin. Creo que te caerá bien, es un buen hombre y dice que se muere de ganas por conocerte. Pero están pasando cosas malas y por eso hemos tardado más. Hemos hecho otros amigos, un hombre llamado Delmas y su hijo, Jason. Pero no vendrán con nosotros.

»Nos estamos preparando para ponernos en marcha dentro de poco. Martin está durmiendo, y cuando termine de escribir, yo también me echaré un rato. O lo intentaré, por lo menos. No quiero dormir, ni siquiera una hora, porque es una hora que no pasaré a tu lado. Pero estoy cansado, Danny, y no puedo remediarlo. Estoy muy cansado.

»Pero en cuanto me levante, se acabó. Nada más nos detendrá. Estoy de camino, Danny. Papá está de camino y tienes que aguantar. Tienes que ser fuerte. Llegaré pronto, te lo prometo. Y cuando llegue, te rodearé con los brazos, te abrazaré y no volveré a soltarte jamás.

»Te quiero, hijo. Te quiero más que infinito.

»Papá.»

Capítulo 15

Antes de ponerse en marcha, enterraron a Delmas y a Jason al lado de Bernice. Martin rezó ante sus tumbas y Jim improvisó un par de lápidas con madera del granero y un bote de pintura.

Dejando la hacienda de los Clendenan y sus tumbas detrás, avanzaron a través del bosque en dirección a la interestatal. Por el camino se encontraron con varios zombis, pero no les supusieron ningún problema.

El predicador y el obrero estaban empezando a convertirse en expertos tiradores.

—La práctica lleva a la perfección —bromeó Martin.

Jim no dijo nada. Martin había notado un cambio en el comportamiento de su compañero tras el suicidio de Jason. Se había vuelto callado, taciturno. Ensimismado.

Tuvieron que caminar hasta el cruce de la interestatal 64 con la 81 para encontrar un medio de transporte, lo que les llevó un día entero. Eso hizo que Jim se recluyese aún más en sí mismo.

Cuando por fin encontraron un vehículo con las llaves puestas —un Buick viejo y gris—, condujeron de noche. Jim optó por no encender los faros, argumentando que serían un reclamo para cualquier criatura que rondase en la oscuridad. Martin accedió a regañadientes. Por suerte, los carriles de la interestatal eran amplios, estaban bastante despejados y no tenían tráfico.

Jim se negó a parar y descansar el resto de la noche. Martin se quedó dormido en el asiento del copiloto después de que Jim le asegurase reiteradamente que le despertaría en cuanto empezase a sentirse cansado.

El aire en el interior del coche estaba cargado, así que Jim bajó la ventanilla y dejó que la brisa fresca le acariciase el pelo. La noche estaba en calma. No había camiones ni coches circulando por el carril contrario. No había señales de tráfico ni carteles de restaurantes iluminando la autopista. No se oían insectos, bocinas, radios o aviones.

Era un silencio mortecino.

Martin se revolvió a su lado.

—Vuelve a dormir —le dijo Jim en voz baja—. Tienes que descansar.

—No, estoy bien. —Se estiró y bostezó—. ¿Por qué no me dejas conducir un rato y así descansan un poco?

—Estoy bien, Martin. Para serte sincero, ahora preferiría conducir, así mantengo la mente ocupada.

—Jim, sé que las cosas no pintan bien, pero tienes que confiar en el Señor.

Jim gruñó.

—Martin, eres mi amigo y te respeto, pero después de todo lo que hemos visto, no sé si sigo creyendo en Dios.

Martin ni se inmutó.

—De acuerdo. No tienes que creer en Dios, Jim. Pero recuerda que él sí cree en ti.

Jim negó con la cabeza y el anciano insistió mientras reía en voz baja.

—Hemos llegado hasta aquí, ¿no? No sé tú, pero yo creo que las cosas nos están yendo bien. A estas alturas deberíamos estar muertos, Jim, pero no lo estamos. Me parece que nos ha estado ayudando hasta ahora.

—Pues a mí me parece que nos está poniendo una zancadilla tras otra.

—No, eso no es cosa suya. Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos, ¿recuerdas? Nos está ayudando a seguir adelante.

—¿Como ayudó a Delmas y a Jason? ¿Como ayudó a mi mujer y a mi hija? Si así es como nos ayuda Dios, no te ofendas, Martin, ¡pero se puede ir a tomar por culo!

Martin permaneció un momento en silencio.

—¿Sabes? —Le dijo—, he oído a mucha gente joven hacer bromas sobre el infierno sin tener ni idea de lo que estaban diciendo. «No me importa ir al infierno: toda la gente guay estará ahí, va a ser un fiestorro.» Y cuando les oía decir aquello, una parte de mí quería reír y otra parte quería llorar. Jesús describió el infierno como un fuego eterno en el que sólo se oía el rechinar de dientes. Es un lugar muy real, y es cualquier cosa menos una fiesta.

—¿Y?

—Lo que quiero decir es que no puedes decir lo primero que se te pase por la cabeza acerca de Dios, Jim. Es un dios de amor, pero también es el dios vengativo del Antiguo Testamento.

—Me parece que tiene un problema de doble personalidad.

Martin se rindió, consciente de que no serviría de nada seguir discutiendo. El corazón de su compañero estaba lleno de resentimiento. Era muy difícil hablar de fe a aquellos que ya no tenían nada.

Martin cerró los ojos y fingió que volvía a dormir mientras rezaba en silencio una plegaria por la fe de Jim... y por la suya propia.

* * *

El cansancio obligó a Jim a dejar que Martin condujera. Justo antes del amanecer, el indicador del depósito se acercó a cero y Martin despertó a su compañero.

—Tenemos que encontrar otro coche cuanto antes.

—Puedo conseguir más con un sifón, si fuese necesario —dijo Jim—. Solía hacerlo en el instituto.

Pararon cerca de Verona para registrar unos establos cercanos a la autopista. Tomaron la salida y condujeron por un camino sucio de un solo carril.

Antes de llegar al final del trayecto, oyeron unos gritos horribles, una cacofonía de berridos. Procedía de los establos.

—¿Vacas? —preguntó Martin, confundido.

—Eso creo —afirmó Jim—, pero no suenan como si estuviesen vivas.

Un tractor John Deere, un enorme vagón, una minifurgoneta con señales de minusválidos y un viejo y roñoso camión descansaban en las cercanías.

—Podríamos sacar gasolina de éstos.

Salieron del Buick y echaron un vistazo a los alrededores en busca de alguna señal de los muertos vivientes. Satisfechos al ver que estaba todo despejado, escucharon los lamentos, que los reclamaban como cantos de sirena. Caminaron hacia los establos.

El hedor les golpeó antes de abrir la puerta, provocándole arcadas a Martin. Con el arma lista, Jim empujó la puerta para que se abriese sola. Las bisagras profirieron un sonoro crujido.

Las vacas estaban alineadas en sus compartimentos dispuestos en filas. Las distintas causas de muerte eran evidentes: a algunas, al no haber sido ordeñadas por el granjero, les explotaron sus abotagadas ubres, y otras murieron de hambre. Todas ellas estaban prisioneras, pudriéndose en el interior de sus celdas, con los insectos rondando sus pellejos y hurgando en su carne, rodeadas de moscas cuyo zumbido casi silenciaba sus incesantes gritos.

Martin tosió y se tapó la nariz con el dorso de la mano. Asqueado, salió de los establos y vomitó sobre unas hierbas altas.

Jim caminó lentamente por el recinto, disparando a cada una de las vacas metódicamente, deteniéndose sólo para recargar. Cuando terminó, salió al exterior. Le pitaban los oídos y el humo del arma le había irritado los ojos, que estaban completamente rojos.

—Vamos a echar un vistazo a la casa, a ver si tienen las llaves del camión o la furgoneta.

—Creo que lo mejor sería sacar la gasolina y marcharnos —dijo Martin mientras se limpiaba la bilis de los labios; pero Jim ya se había marchado.

Se acercaron a la puerta de entrada, con sus botas resonando en los peldaños de madera. A un lado del porche había una rampa para sillas de ruedas. Martin se acordó de las pegatinas de minusválidos que había visto en la minifurgoneta.

Jim agarró el pomo y comprobó que la puerta estaba abierta. Ésta se abrió con un crujido y se adentraron en la casa. Jim movió el interruptor de la luz, pero no sirvió para nada.

—Aquí tampoco hay corriente.

Se encontraron con un salón ordenado y recogido. Una capa de polvo cubría los muebles y los tapetes, pero, aparte de eso, la casa estaba impoluta. A la derecha había un pasillo que llevaba a la cocina, y a la izquierda, un umbral cubierto por unas cortinas blancas de lazo. Unas escaleras conducían al segundo piso y a su lado había instalada una plataforma de ascenso detenida a mitad de camino. Martin supuso que se habría quedado atascada ahí cuando se cortó la corriente.

—¡Yúju! —Gritó Jim—. ¿Hay alguien en casa?

—¡Calla! —Le susurró Martin—. ¿Qué mosca te ha picado?

Jim ignoró su protesta.

—¡Venga, salid! ¡Tenemos algo para vosotros!

El silencio fue su única respuesta, así que Jim empezó a buscar un juego de llaves por las estanterías y las mesas.

—Mira a ver si encuentras las llaves de la minifurgoneta en la cocina o en esa habitación de al lado, yo echaré un vistazo arriba. Ten cuidado.

Martin tragó saliva, asintió y cruzó el recibidor con el fusil a punto y el dedo en torno al gatillo.

La cocina también estaba cubierta de polvo. Los armarios blancos estaban ocupados por platos de porcelana y cubiertos de plata. Un olor dulzón a comida podrida se filtraba desde el frigorífico y Martin observó unas finas hebras de moho blanco y peludo en las juntas de la puerta. No tenía ninguna gana de curiosear en su interior. Cerca de la puerta había unos ganchos para ropa de los que colgaban un impermeable y una chaqueta de franela. Comprobó los bolsillos de ambas prendas, pero estaban vacíos.

Los pasos de Jim, que estaba inspeccionando el piso superior, resonaron sobre su cabeza y le asustaron. Martin volvió al recibidor sobre sus pasos, cruzó el salón y apartó las cortinas con el cañón de su arma.

El dormitorio estaba a oscuras. Las sombras se recortaban contra las ventanas y Martin se detuvo para que sus ojos se acostumbraran a la falta de luz. Instantes después, empezó a distinguir los objetos de la habitación: una cama, un armario y una mesita de noche. Al fondo había una puerta entreabierta, tras la cual se distinguía un retrete y parte de una silla de ruedas.

—¡Aquí no hay nada! —gritó Jim desde el piso de arriba.

Martin se puso el fusil bajo el brazo y empezó a buscar por la mesita de noche, tirando unos botellines y calderilla al suelo. Finalmente, sus dedos se cerraron en torno a un llavero.

—¡Creo que las he encontrado!

Entonces husmeó el aire. El hedor de la cocina era aún más intenso que el que había percibido la primera vez, porque podía olerlo desde la habitación.

Oyó los pasos de Jim dirigiéndose hacia la escalera. Martin se dio la vuelta para marcharse cuando desde el baño empezó a sonar un zumbido mecánico. La puerta se abrió.

Martin dio media vuelta apuntando con el rifle y vio una silla de ruedas motorizada saliendo del baño y dirigiéndose hacia él. Su ocupante esbozó una sonrisa desdentada, dejando ver sus encías negras y brillantes, mientras blandía una cuchilla de afeitar.

—Con lo correoso que pareces y yo sin dientes —farfulló—. Eres todo piel y huesos.

Martin apretó el gatillo y el disparo abrió un agujero en el pecho del zombi. La silla de ruedas seguía avanzando hacia él; volvió a disparar y acertó en el cuello de la criatura. Estaba extrayendo los cartuchos usados cuando el zombi lo embistió, tirándole al suelo. Se golpeó la cabeza contra el suelo y cerró la boca de golpe con un chasquido. Saboreó sangre.

La fuerza del impacto hizo que el zombi se cayese de la silla hasta quedar encima de su presa, carcajeándose. Martin notó su fétido aliento en la cara y gritó.

Oyó gritar a Jim e intentó quitarse a aquel ser de encima, pero éste se le agarró como una serpiente y le pasó su escabrosa lengua por la mejilla.

Cerró los puños y golpeó a la criatura en la cara. Su fétida y desdentada boca se partió bajo la fuerza de los nudillos, que crujieron con el impacto, pero eso no la detuvo: pasó la cuchilla por la cara de Martin, deslizándola por la mejilla mientras apretaba con fuerza. Martin sintió la hoja hundiéndose en su piel y volvió a gritar.

La criatura cerró la mano en torno a su garganta, levantó la cuchilla y lamió la hoja.

—Hummm. Qué rico está. Pero es muy poquito... esto va a llevar tiempo.

Le cortó una vez más cuando, de pronto, dejó de sentir su peso contra el pecho y sus dedos le soltaron la garganta.

Jim agarró a la criatura del pelo y la estampó contra el muro. Antes de que pudiera moverse, agarró la pistola por el cañón, con la culata por delante, y le golpeó en la cara con ella. El golpe

le partió la nariz, hundiendo el hueso en el cerebro, pero Jim volvió a golpearla. El tercero le abrió la cabeza con un chasquido húmedo.

—¡Jim, está muerto! —le advirtió Martin mientras se cubría la mejilla herida con la esquina de una sábana.

Jim contempló al monstruo, jadeando.

—Gracias —le dijo Martin a la vez que se ponía en pie con un quejido.

—¿Estás bien?

—Sí, eso creo —se tocó un chichón en la nuca, pero no sangraba—. Tengo suerte de no haberme roto la cadera.

—¿Has encontrado las llaves de la furgoneta?

—Sí, pero se me cayeron cuando ese bicho se me tiró encima. —Dicho eso, palpó el suelo—. Ah, aquí están.

—Pues vamos.

* * *

Poco después del amanecer se encontraron con una caravana de supervivientes que se dirigía hacia el sur. El desaliñado grupo viajaba en una caravana, varios coches y lo que parecía un camión de la basura modificado. Ambos grupos se detuvieron, mirándose los unos a los otros con precaución desde cada lado de la amplia carretera.

Al rato, un hombre se bajó del primer coche con un AR-15 —la versión civil de un M-16— colgado del hombro. Mantuvo las manos en alto como precavida señal de saludo, así que Jim y Martin salieron del coche e hicieron lo mismo.

—Me suena de algo —le susurró Martin mientras se acercaban—. ¿Es alguien famoso?

Jim se estaba preguntando lo mismo. El desconocido tenía una complexión atlética, reconocible incluso debajo de capas de ropa andrajosa. Su cara era, como Carrie solía decir de la de Jim, «de tío duro y guapo».

—Hola —les saludó—. ¿Queréis comerciar?

—Puede —respondió Jim—. ¿Qué tenéis?

—Verduras frescas —contestó el hombre, orgulloso—. Nos topamos con un invernadero ayer. Babearon con sólo pensarlo. No habían comido nada desde que abandonaron la casa de Clendenan.

—Podemos daros armas y munición —ofreció Jim—, y podríamos intercambiar información. El hombre rió.

—Muy bien, caballeros. Entonces permitidme que os invite a tomar algo.

Caminaron hasta la parte de atrás del camión de la basura y Jim se sobresaltó al reparar en un par de figuras que rondaban por la parte de arriba: un chico y una mujer, apuntándoles con sendos fusiles. Se relajaron y bajaron las armas, así que Jim también se tranquilizó.

El camión de la basura había sufrido algunos cambios: la parte trasera estaba cubierta por una plancha de metal, lo que le confería el aspecto de una especie de caravana. El hombre les invitó al interior, donde se encontraba un grupo de gente de todas las edades y razas.

—Me llamo Glen Klinger —se presentó.

—Jim Thurmond. —Se estrecharon la mano—. Y él es el reverendo George Martin.

—Es un placer conoceros.

Después, Klinger les presentó a las otras nueve personas que se encontraban en el camión.

—Perdón —musitó Martin—, ¿no eres ese surfista que salía en la Extreme Sports?

Klinger esbozó una tímida sonrisa.

—Ese soy yo. Me has pillado.

Jim se dirigió a Martin con incredulidad.

—¿Veías Extreme Sports?

—Me encantaba —rió el predicador—. ¡Y este hombre era famoso!

Intercambiaron armas y munición por unos tomates de rama, pepinos y sandías.

—¿Adónde vais? —preguntó Jim.

—A cualquier parte, supongo —respondió, encogiéndose de hombros—. No tenemos ningún

plan. Iremos a cualquier sitio en el que estemos algo mejor, algún lugar con gente viva. Cuanto todo esto ocurrió, yo estaba en Buffalo, en un programa de beneficencia. Habría cogido un vuelo de vuelta a California de haber podido, pero cuando ya lo había decidido la NTSB canceló todos los vuelos por lo de aquel piloto que sufrió un ataque al corazón en pleno vuelo.

—No había oído nada de eso —dijo Jim—. En Virginia Occidental las noticias no llegaban con regularidad. ¿Qué pasó?

—Bueno, murió en pleno vuelo en algún punto sobre Arizona. Supongo que tienen un procedimiento para esos casos, pero no pudieron hacer nada por reanimarlo. Así que el copiloto se puso a los mandos, pero el capitán volvió a la vida y le atacó. El avión se estrelló y se llevó por delante un buen trozo del centro de Phoenix. Reconstruyeron los acontecimientos gracias a las llamadas a la torre de control y las cajas negras. Pero claro, para cuando lo supieron todo, el mundo ya estaba yéndose al carajo. Bueno, ¿y vosotros? ¿Adónde vais?

—A Nueva Jersey.

—¿Jersey? —dijo Klinger, asombrado—. Es un suicidio, amigo. Si es lo que quieres, mejor déjales que te cojan ahora mismo, porque todas las ciudades cercanas a Nueva York están hasta arriba de zombis.

—¿Has estado allí?

—No, pero es lo que he oído. Venimos de Buffalo y hemos ido recogiendo supervivientes por el camino. Y no dicen nada bueno. Nueva York, Filadelfia, Washington, parte de Pittsburgh y Baltimore están hechas una mierda. En esas ciudades vivía mucha gente, y se han quedado después de morir. Y hay mucho más que zombis.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Martin.

—Pues que se ha montado una buena: hay bandas, cabezas rapadas, milicias, paramilitares... joder, hasta he oído que el ejército está intentando hacerse con el sur de Pensilvania. Ya no hay gobierno, tío, no hay líderes, es el sálvese quien pueda. Así que será mejor que volváis por donde habéis venido. ¡O podéis venir con nosotros, como queráis! Nos vendría bien un poco de ayuda. Por lo menos en un grupo así, tendréis más oportunidades.

—Gracias por la oferta —dijo Jim—, pero hay alguien en Nueva Jersey que sólo tiene una oportunidad: nosotros. Así que tenemos que ponernos en marcha. Gracias por la comida.

—Como quieras. Es tu funeral.

—¿Seguro? —preguntó Jim.

* * *

Condujeron en silencio, compartiendo con avidez la sandía que habían colocado en el asiento del medio y escupiendo las pepitas por la ventana. Un pájaro se lanzó en picado hacia ellos y Jim pensó que iría a por la semilla... hasta que se dio cuenta de que no tenía patas y de que se dirigía hacia la ventanilla abierta. Aceleró y lo dejó atrás.

—Bueno, todo esto tiene un lado positivo —dijo Martin.

—¿Cuál?

—Hay menos bichos muertos en la carretera. Ahora los cadáveres se levantan y se apartan.

Jim rió, y aquel sonido alivió a Martin. Quizá era una señal de que su amigo estaba empezando a recuperarse del suicidio de Jason.

Pero reparó en que, pese a que aquella risa era real, sus ojos no transmitían ninguna alegría.

* * *

Una hora después, al cruzar la frontera de Maryland, Jim vio un grupo de motos ante ellos.

—¿Son amigos? —preguntó Martin.

—Estamos a punto de descubrirlo —respondió Jim mientras pisaba a fondo el acelerador.

La furgoneta aceleró hacia las seis figuras. A medida que se acercaban a ellas, pudieron ver más claramente al motorista que llevaba la delantera: no llevaba casco y estaba desnudo de cintura para arriba. Había perdido casi toda la carne de su pecho y espalda, por lo que las costillas y el músculo estaban al descubierto. Sus ojos estaban ocultos tras unas gafas de sol que se mantenían —a duras penas— enganchadas a su cara.

—Me da que están muertos.

—Entonces no son amigos.

Las motos se separaron hasta ocupar los dos carriles que llevaban al norte y Jim aceleró directamente hacia ellas invadiendo la línea divisoria.

Martin cogió la escopeta y se asomó por la ventana. Disparó y acertó a un zombi en su pecho descubierto.

—¡A la cabeza, Martin! ¡Dispara a la cabeza!

—¡Apunto a la cabeza, pero es muy difícil acertar desde un coche en marcha!

Un segundo zombi se llevó la mano a su chaleco de cuero y sacó una pequeña pistola, una Ruger. La bala impactó contra el lado derecho de la furgoneta con un ruidito metálico.

—¡Nos están disparando! —gritó Martin a la vez que volvía a sentarse. Extrajo el cartucho usado, sacó el cuerpo de nuevo y disparó. Esta vez la bala acertó de lleno en la cabeza del zombi, destrozándole las gafas de sol. La criatura perdió el control de la moto y ésta se estrelló contra la de un compañero, enviándolos a ambos contra el carril de emergencia.

El zombi de la pistola disparó de nuevo y un pequeño agujero apareció en el parabrisas.

—¡Dios! —Gritó Jim—. ¡Agárrate!

Giró hacia el carril derecho, que llevaba directo al tirador. Los otros tres motoristas empezaron a frenar conforme la furgoneta se iba acercando cada vez más. El zombi extendió el brazo y apuntó hacia arriba, al parabrisas.

—¡Prepárate! —gritó Jim mientras, con un volantazo, metía la furgoneta en el carril de emergencia. El zombi dio un giro, confundido, y apuntó a Jim.

—¡Ahora!

Jim se inclinó todo lo que pudo y Martin se colocó encima de él, asomando la escopeta por la ventanilla del conductor. El disparo tiró a la criatura de la moto; Jim esquivó los restos y se reincorporó a la autopista.

La ventana trasera explotó, salpicando el interior de la furgoneta de cristales.

—¡Agáchate! —ordenó Jim. Martin se encogió en el asiento y Jim se encorvó todo lo que pudo mientras pisaba el acelerador hasta el fondo—. ¡Puto motor de cuatro cilindros! ¡No podíamos haber cogido un V-8 de toda la vida, no, qué va!

Otra andanada de disparos salpicó la parte trasera de la furgoneta. Martin se encogió, esperando a que terminase, y cuando lo hizo asomó por la ventanilla y disparó. Los zombis iban tras ellos, aunque la furgoneta les sacaba ventaja.

—No me quedan balas —le informó Martin—. ¿Me das un minuto?

—Conduce tú.

—No creo que pueda.

—¡Pues entonces vuelve a cargar el arma, y rápido!

Jim aceleró al máximo mientras los zombis les perseguían. Entonces, en el último minuto, atravesó la mediana cubierta de hierba y se incorporó a los carriles de dirección sur, hacia una salida. Los erráticos disparos de los motoristas resonaron tras ellos. La furgoneta tomó la salida más cercana y se alejó con un chirrido.

—¿Los hemos perdido?

—Eso creo —jadeó Martin mientras miraba hacia atrás—. Desde luego, no los veo.

—Vamos a alejarnos de la ochenta y uno un rato, por si acaso.

—¿Dónde estamos?

Jim hizo memoria de la ruta que solía tomar cuando iba a ver a Danny.

—Si no recuerdo mal, esto lleva a Gettysburg por la treinta, pasando por la frontera de Pensilvania. Desde ahí podemos reincorporarnos a la ochenta y uno volviendo hacia Chambersburg o cruzando York y cogiendo la ochenta y tres hacia Harrisburg. En cualquier caso, una vez en Harrisburg, tendríamos que tomar la ochenta y siete, que conduce a Nueva Jersey.

—¿Cuánto tardaremos?

—Seis o siete horas —contestó Jim—. Un poco más si paramos para mear o nos interrumpen los bichos esos. Si no, habremos llegado para el anochecer.

Capítulo 16

Baker gritó horrorizado cuando vio los cuerpos.

Estaban suspendidos de unas cruces en forma de equis alineadas a ambos lados de la carretera. La mayoría estaban muertos, aunque algunos de ellos aún se movían, peleando inútilmente con sus ataduras y los clavos de metal que los atravesaban para contenerlos.

El hedor era insoportable, hasta el punto de que Baker tuvo que apartarse del agujerito del camión por el que oteaba el exterior. Había reconocido el paisaje y los monumentos a medida que se adentraban en Gettysburg y adivinó a qué distrito estaban siendo enviados.

Comprobó rápidamente cómo se encontraba Gusano: seguía hecho un ovillo en la esquina, y dormía profundamente. La escasa luz que llegaba a filtrarse a través de los agujeros le daba una apariencia pálida y mortecina. Baker extendió sus manos atadas hacia él y le pasó las yemas de los dedos por las cejas con delicadeza. Gusano se revolvió y las marcas de preocupación de su frente desaparecieron.

Baker contuvo la respiración y volvió a inspeccionar los alrededores a través del agujero. El camión estaba cruzando una especie de barrera hecha a base de sacos y alambre de espino. Había guardias armados apostados cada pocos metros, oteando en dirección al camión que los traía.

El vehículo se detuvo y Baker oyó voces y carcajadas. Entonces volvieron a moverse, adentrándose en la fortaleza.

Aquello le recordó a Baker a las imágenes del gueto de Varsovia durante la Segunda Guerra Mundial. A medida que el camión se desplazaba, vio a muchos civiles cabizbajos y sucios realizando diversas tareas: llenando y apilando sacos de arena, extendiendo finas pero resistentes redes entre los tejados para mantener a los pájaros y otros zombis voladores a raya, sacando pesados muebles de las casas abandonadas, reparando los edificios que aún se utilizaban, empujando coches calcinados con arneses en sus espaldas, limpiando los canales que recorrían la calle... todo ello con un gesto de desesperación en sus lánguidos rostros. Se fijó en que no había ninguna mujer entre los trabajadores, a excepción de algunas ancianas.

Había cuerpos —no de muertos vivientes, sino de muertos comunes— colgados de las señales de tráfico: aquellos postes habían sido convertidos en horcas caseras. Baker se preguntó si estaban ahí para servir de advertencia al resto de trabajadores, pero entonces se dio cuenta de que muchos de los colgados vestían uniformes militares.

El camión se paró de nuevo y Baker escuchó los últimos gruñidos del motor antes de detenerse por completo. Se alejó del agujero y se arrodilló cerca de Gusano. El sordomudo se despertó de golpe y empezó a revolverse en la oscuridad. Baker le indicó que se estuviese quieto.

Oyeron pisadas de botas a ambos lados del camión y luego las puertas se abrieron, inundando el compartimento de luz. Parpadearon, cegados momentáneamente, y los soldados los sacaron al exterior, obligándolos a permanecer de pie. Baker dobló las rodillas para desentumecerlas.

Un hombre desaliñado vestido con un sucio uniforme se dirigió hacia ellos. El pelo le crecía hasta más allá del cuello y llevaba barba de varios días. Baker comprobó que lucía dos barras verticales plateadas en el hombro.

—Teniente segundo Torres —saludó el sargento Michaels—, hemos completado nuestra misión de reconocimiento y tenemos un informe completo. Lamento decir que hemos perdido a Warner, pero también hemos capturado a dos prisioneros de considerable relevancia.

Torres devolvió el saludo bruscamente y se quedó mirando a Baker y a Gusano.

—A mí no me parecen muy relevantes, sargento.

Michaels le extendió los credenciales de Baker y el oficial los estudió con interés.

—Hellertown, ¿eh? Havenbrook... ¿era un laboratorio de armas, no? —Le dio una palmada a Michaels en el hombro—. Les felicito a todos. El coronel Schow estará muy interesado en hablar con estos caballeros. —Se dirigió a Baker—: Bienvenido a Gettysburg, profesor Baker. Me temo que sus instalaciones serán algo más rústicas que aquellas a las que está acostumbrado, pero, si coopera, podemos proporcionarle algo mejor.

—¿Cómo puedo cooperar? —preguntó Baker.

—Bueno, eso lo decidirá el coronel Schow. —Dio media vuelta y se dirigió al resto—. Buen trabajo, caballeros. Una pena lo de Warner, pero creo que os habéis ganado un permiso de veinticuatro horas. Michaels, el escuadrón del sargento Miller está a punto de llegar, y cuando lo haga pasaremos a oír el informe de ambos. Se espera que lleguen en una hora, así que tiene tiempo de ducharse, si quiere.

—¡Gracias, señor! —Saludó de nuevo a Torres y se marchó.

—¡Qué bien, joder! —Celebró Blumenthal—. ¡Me voy a la bolera y luego al picadero!

—De eso nada —le dijo Ford—. Primero Lawson y tú vais a llevar a los prisioneros al centro de confinamiento, y aseguraos de decirle a Lapine que los separe del resto de la escoria. No quiero que les pase nada hasta que el coronel los interroge.

Lawson miró lascivamente a Gusano, frotando la pelvis contra su espalda.

—¡Y luego te haré chillar como un cerdo, chaval!

Gusano aulló indignado y Baker se interpuso entre ambos.

—¡Deja en paz al chico, maldita sea!

—¡Jua! ¡Cuando el coronel haya terminado con vosotros, desearás que nos lo hubiésemos quedado!

Baker, rabioso, cerró tan fuerte los puños que se clavó las uñas en las palmas. Blumenthal le dio un empujón. Mientras el soldado se los llevaba, Baker se quedó mirando a Lawson a los ojos hasta que éste apartó la mirada y empezó a quitarle las ataduras a Gusano.

El centro de confinamiento era un cine viejo de una sola pantalla, de aquellos que quedaron obsoletos con la llegada de las multisalas. Varios guardas armados hasta los dientes patrullaban las aceras que lo rodeaban, e incluso había vigilancia en el tejado. En el recibidor había varios más, observando con indiferencia a quienes se acercaban.

Blumenthal se dirigió hacia la cabina de entradas y habló con el soldado que la ocupaba.

—Aquí tienes a dos novatos, Lapine. El sargento Ford quiere que los separes del resto.

—¿Y cómo coño quieres que lo haga? —Se quejó el hombre—. Apenas tenemos espacio para los ciudadanos que ya hay dentro, ¿y ahora quieres que encuentre una habitación separada para estos dos mierdas?

—Yo sólo te transmito lo que me han dicho; cómo hacerlo es cosa tuya.

—Bueno, podemos instalarlos en el balcón. —Después miró a Baker—. ¿A qué te dedicabas antes del alzamiento, gilipollas?

—Soy científico —respondió Baker, mordiéndose la lengua para no decir «y soy uno de los que ha provocado todo esto».

—Un científico, ¿eh? —dijo Lapine en tono burlón—. Bueno, supongo que puedes recoger basura o mover sacos de arena como todos los demás.

—Estos dos no —le informó Lawson—. Todavía no, al menos. El coronel quiere verlos.

—Ohhh —volvió a burlarse Lapine—, ¿vamos a acoger a un par de dignatarios? Pues nada, habrá que buscarles un sitio bien seguro.

Salió de detrás del cristal e indicó a dos soldados que relevasen a Blumenthal y Lawson. Después los guió a través de unas puertas dobles y un tramo de escaleras hasta una puerta cerrada con cadenas y candados.

Uno de los guardias les apuntó con el M-16; Lapine se sacó un manojito de llaves del bolsillo y abrió los cerrojos. Después, fueron escoltados al interior.

—Casi todos los ciudadanos duermen abajo —comentó, como si fuese un guía turístico—, pero vosotros dormiréis aquí, en el balcón.

Tenía cuatro asientos reclinables tapizados en rojo cubiertos de moho y poco más. Debajo se extendía la sala de cine: la mayoría de las sillas habían sido arrancadas de cuajo y arrojadas a las esquinas, reemplazadas por colchones mohosos y montones de paja. Todavía se conservaba la pantalla, pero estaba cubierta de grafitis y tenía varios agujeros.

Baker se fijó en que de la ventana de la cabina de proyección asomaba una ametralladora de calibre cincuenta. También se dio cuenta de que se habían soldado dos planchas de metal a las salidas de emergencia que había al fondo de la sala, una a cada lado de la pantalla.

El pasillo central estaba lleno de pequeños pedazos de cristal, visibles incluso en la oscuridad. Baker miró hacia arriba y vio una cadena de bronce colgando del techo.

—Ahí había una lámpara de araña —dijo Lapine como si tal cosa—. Era preciosa, toda de cristal. Los ciudadanos la tiraron y usaron el cristal para rajar a algunos compañeros. No llegaron muy lejos, pero perdimos a algunos buenos hombres. Cogimos a los instigadores y los crucificamos a ambos lados de la carretera. Seguramente los habrás visto de camino aquí.

Baker asintió de mala gana.

—Y ésa es sólo una forma de ocuparse de ellos —sus carcajadas resonaron entre el techo abovedado y los sucios muros de alabastro—. Pero claro, lo mejor viene cuando mueren después de ser crucificados. Metemos los clavos a fondo y hasta les atamos los músculos... ¡Y cuando vuelven a la vida, se encuentran con que están presos! ¿Alguna vez has visto a un zombi morir de hambre? Pues yo tampoco. Así que permanecen ahí colgados, día tras día. A un par de ellos se les pudrieron los pies y las manos tanto que pudieron soltarse, de modo que ahora los utilizamos para hacer prácticas de tiro.

—Es un procedimiento muy barato —murmuró Baker, sarcástico—. Estoy seguro de que los contables del Tío Sam estarían orgullosos.

—Oh, y ése es sólo uno de los métodos que tiene el coronel Schow para ocuparse de los revoltosos —le aseguró Lapine—. Colgarlos es bastante efectivo. O fusilarlos. A mí me encantan los paseos en helicóptero.

—¿Y cómo son, exactamente?

—Cabrea al coronel y puede que lo descubras por ti mismo.

Los soldados se marcharon y cerraron la puerta de golpe. Baker oyó cómo volvían a colocar las cadenas y a cerrar los candados.

—E'ícula —dijo Gusano, apuntando a la pantalla—. E'ícula, Eiker.

—Sí, desde luego —suspiró, dejándose caer en la silla—. Igual es una sesión doble: *La noche de los muertos vivientes* y *Apocalypse Now*. Sólo nos faltan las palomitas.

* * *

Como el interior del Humvee estaba lleno de gente, botín y armamento, obligaron a Frankie a sentarse en las rodillas de Skip. Tuvieron que cambiar de sitio cuando Miccelli descubrió que estaba frotando sus ataduras contra la hebilla del cinturón del soldado, intentando cortarlas. Aquello les valió una paliza a ambos. Frankie fue arrojada al suelo y usada como reposapiés por Miccelli y Kramer.

Desafiante, hundió sus dientes en el gemelo de Miccelli, haciéndolo gritar mientras la sangre le corría por la boca.

Entonces fue cuando la violaron.

Frankie no hizo ni un ruido, ni se movió... ni cuando rieron, ni cuando empezó a dolerle, ni cuando la penetraron violentamente, ni cuando la machacaron de dentro afuera ni cuando derramaron semen sobre su tripa y su cara. Permaneció completamente inmóvil, paralizada, viajando a su lugar especial y recordándose a sí misma que aquello tampoco era tan malo: era como los antiguos intercambios que solía hacer. Y si consentía, viviría.

«No te avergüences —se repetía a sí misma—. No es culpa tuya. Ahora no puedes pelear, y si lo haces, te matarán. Sólo es tu cuerpo. No pueden tocar tu mente.»

Estaba en su lugar secreto cuando Kramer relevó a Miller al volante para que el sargento tuviese su turno.

Cuando estaba en su lugar secreto no pensaba ni en la heroína ni en el bebé.

En esa ocasión, sus fantasías eran de venganza.

«Soy una superviviente. Si he conseguido salir de cosas peores, saldré de ésta.»

Miller gruñó cuando llegó al orgasmo, extrajo su miembro y lo limpió en la camiseta de Frankie.

—¿Qué te parece, zorra?

—¿Eso es lo mejor que podéis hacer? —respondió—. Seguro que vuestras mujeres os dejaron, ¿a que sí?

—Ésta necesita que la enderecen —murmuró Miccelli—. Sargento, ¿me hace el favor de

sujetarla?

Miller se puso a horcajadas sobre sus pechos, aplastándole la espalda contra el suelo. Miccelli se bajó la cremallera y empezó a orinar, derramando aquel líquido amarillo contra su cara y cuello. Frankie apretó los párpados con fuerza, tosiendo y atragantándose cuando la orina le cayó sobre los ojos, la nariz y la boca.

—¡Ojo no me vayas a dar a mí! —le advirtió Miller, y rieron a carcajadas.

—¡Cabrones! —Gritó Skip desde su asiento—. ¡Dejadla en paz!

Miller le pegó con el dorso de la mano y el inflamado labio de Skip se abrió de nuevo.

—No te preocupes por tu novia, soldado. Mejor preocúpate por ti mismo.

—¿Te ha gustado la ducha? —le preguntó Miccelli.

—Joder —sonrió Frankie—. Mi chulo me hacía eso cuando tenía diecisiete años, gilipollas, y lo hacía bastante mejor. Al menos tenía una polla decente con la que mear.

Miller y Kramer se rieron y Miccelli la miró desde arriba.

—Ya veremos si te pones tan tonta cuando el resto de los chicos haya terminado contigo.

Levantó el pie, listo para patearle la cara, pero Miller le detuvo.

—Ya vale, no le jodas la cara. Deja que descanse. Ya le tocará lo suyo, no te preocupes.

Entonces pasaron a ocuparse de Skip.

* * *

A Frankie le horrorizó observar el mismo panorama que había contemplado Baker al entrar en la ciudad, pero miró de todas formas para no tener que verle la cara a Skip. Kramer, Miller y Miccelli se turnaron, como hicieron con ella, y, aunque no lo habían violado, había acabado mucho peor.

La nariz, rota, se había hinchado hasta convertirse en un inflado bulto de carne con las fosas nasales llenas de sangre seca. De sus labios destrozados manaba aún más sangre, y cada vez que respiraba por la boca, Frankie podía ver los huecos donde antes había dientes. Tenía un corte enorme sobre la ceja izquierda y otro en la frente. La piel de la mejilla derecha se le había desprendido de la carne y colgaba sobre la cara. Uno de los ojos se le había cerrado del todo y el otro estaba oscuro e inflamado.

Pese a todo, había permanecido consciente todo el rato. Frankie pensó que aquello había sido lo peor de todo, ya que Skip no parecía tener un lugar secreto al que retirarse mentalmente: al principio se mantuvo entero, pero a medida que recibía los numerosos y salvajes golpes, empezó a gritar. Pasó mucho tiempo hasta que pudo dejar de hacerlo.

Aquellos gritos todavía resonaban en sus oídos, aunque el hombre herido ya sólo alcanzaba a resollar.

El escuadrón se reunió con el teniente Torres tal como había hecho el de Michaels y recibieron las órdenes. Torres hizo un gesto de pesar cuando se enteró de la deserción de Skip y ordenó que se le internase en el centro de confinamiento.

—A ella ponedla con el resto de las putas y que se limpie —le dijo Miller a Kramer cuando Torres se marchó—. Y Miccelli, lleva a este traidor de mierda al cine como ha dicho el teniente. Yo me ocupo del informe.

Kramer agarró a Frankie por el brazo y la arrastró con él mientras Miccelli forzaba a Skip a caminar delante de él a punta de pistola. De pronto, Frankie se dio la vuelta.

—¡Skip!

Él se dio la vuelta despacio, con gran esfuerzo, mientras Miccelli le hundía el arma en la espalda.

—Gracias —le dijo. Y pese a lo mucho que le dolió hacerlo, Skip sonrió.

Era una imagen difícil de contemplar, y Frankie tuvo que esforzarse para no apartar la mirada. Entonces Miccelli le pegó un empujón y lo alejó de ella.

—Mándale un besito de despedida a tu novio —se burló Kramer—. Porque no vas a volver a verlo.

—¿Tú eres el soldado Kramer, verdad? —preguntó Frankie.

—Soldado de primera Kramer —corrigió, sacando pecho—. No lo olvides.

—Querrás decir gilipollas de primera —dijo Frankie con calma—. Antes de que acabe todo esto,

soldado de primera Kramer, voy a matarte. No lo olvides.

La miró a los ojos mientras su cara se iba poniendo roja de furia. Levantó el M-16, le apuntó con él en la cara y gruñó algo ininteligible.

—¿Qué has dicho?

—¡Que te muevas! —gritó.

Mientras era dirigida a su destino, Frankie no pudo evitar sonreír.

* * *

Miller entró en la habitación de los informes, donde se encontraban Michaels, Torres, los capitanes González y McFarland y el coronel Schow, sentados y a la espera. En uno de los muros colgaba un mapa de carreteras del estado de Pensilvania, y en otro, uno topográfico. Saludó rápidamente, se sirvió una taza de café instantáneo y se sentó al lado de Michaels.

—Siento haberles hecho esperar.

—No pasa nada —dijo el coronel Schow, sonriendo—. Tómese el café y relájese, sargento Miller.

Su voz era tan tenue que, en ocasiones, tenían que esforzarse para escucharla. Y fría.

Muy, muy fría.

Schow no era físicamente grande, pero su presencia llenaba la habitación. Su metro setenta de altura y sus ochenta kilos de peso no resultaban imponentes, pero su planta sí. Se movía como un gato: ligero, grácil y mortal. Nunca levantaba la voz más allá de su quedo tono, pero cuando hablaba, todo el mundo prestaba atención. Tenía la asombrosa habilidad de terminar las frases y pensamientos de sus subordinados, como si pudiese leer sus mentes. Pero lo que a Miller le resultaba más desconcertante de él era que nunca parpadeaba.

Nunca. Cuando Michaels y él eran un par de reclutas novatos recién salidos del campamento de instrucción, apostó un pack de cervezas y ganó.

Schow era como una serpiente, silencioso y observador.

Y venenoso.

El capitán González se aclaró la garganta.

—Sargento Michaels, ¿por qué no empieza usted? —No era una pregunta.

—Sí, señor. Hicimos un reconocimiento en Harrisburg. La ciudad es inhabitable; hay una alta concentración de no muertos y los supervivientes son carroñeros, pandilleros, bandas de motoristas y gente así, aunque no disponen de armamento pesado capaz de enfrentarse a un regimiento acorazado. Podríamos tomarla como base de expansión, pero si lo hacemos, tendremos que recurrir al combate urbano, así que los tanques no nos servirían: destruiríamos aquello de lo que queremos apoderarnos. Además, hay la suficiente resistencia como para provocarnos un número excesivo de bajas, y la ciudad tampoco serviría como punto de reabastecimiento, ya que los saqueadores se han llevado casi toda la comida no precedera y otros productos.

—¿Y qué hay de los prisioneros que ha capturado, sargento? —Preguntó Schow—. Háblenos de ellos.

—Bueno, señor, nos topamos con ellos, literalmente, en el viaje de vuelta. Los zombis lanzaron un ataque aéreo y terrestre, usando fundamentalmente pájaros no muertos. Perdimos al soldado Warner durante el ataque.

—Aparte de eso, ¿no sufrieron más bajas? —interrumpió Schow.

—No, señor.

—Entonces es aceptable. Continúe, por favor.

—Durante la confrontación nos encontramos con los dos hombres en cuestión, y, después de conseguir sus identificaciones, comprobamos que uno de ellos trabajaba para los Laboratorios Nacionales de Havenbrook, en Hellertown: el profesor William Baker. Era el director del proyecto CRIP. ¿Lo recuerda de las noticias?

—¿No era aquella cosa que iba a provocar un agujero negro? —preguntó Miller.

—El Colisionador Relativista de Iones Pesados —dijo Schow mientras juntaba los dedos—. Se escribieron unos cuantos artículos fascinantes sobre él en las publicaciones especializadas.

—Bien, pues Baker trabajaba en ello. —Miller extrajo la tarjeta de identificación de Baker de su bolsillo y la deslizó por la mesa—. Imagino que tendría un pase de seguridad de alto nivel.

—Del más alto —musitó Schow. Después les pasó la acreditación a González y McFarland—. Como director, tendría acceso a toda la instalación.

—¿Permiso para hablar, coronel? —interrumpió Miller.

—Adelante.

—Le ruego disculpas, pero ¿en qué nos beneficia eso?

—Havenbrook era una de las instalaciones de investigación punteras del gobierno de Estados Unidos, sargento. Eso fue lo que se le dijo al público. Olvídense de todas esas teorías idiotas sobre el Área 51 y Gloom Lake; esas instalaciones también existen, lo sabe todo el mundo, pero se dedican fundamentalmente a desarrollar aeronaves experimentales.

—Havenbrook —continuó González, retomando la explicación donde la había dejado el coronel —era, entre otras cosas, un laboratorio de armas. Biológicas, químicas, balísticas... Pedías cualquier cosa y la hacían. Tenían más virus que un hospital.

—¿Así que vamos a hacernos con su arsenal? —preguntó Miller.

—Sólo ve una parte del cuadro, sargento —le dijo Schow—.

Havenbrook es muy grande... colosal. Tenía que serlo, a juzgar por todos los proyectos que debían de desarrollarse allí. Desde fuera parece un laboratorio normal y corriente, con mucha seguridad en el perímetro pero sólo oficinas y un hangar o dos en el interior. Eso se debe a que la mayor parte del complejo está bajo tierra. Y por lo que he leído, tiene kilómetros de túneles. Es impenetrable.

Miller silbó.

—Nos vendría muy bien como base de operaciones.

—Desde luego —sonrió Schow—. Piense en las posibilidades que nos ofrece. Cada día que pasa el número de criaturas aumenta. La milicia de los Hijos de la Constitución controla una gran parte de Virginia Occidental, y es cuestión de tiempo que se dirijan hacia aquí. De las ruinas no paran de surgir milicias de renegados mientras las criaturas se multiplican. Necesitamos establecer una fortaleza permanente, una que no sea Gettysburg. De lo contrario, no sobreviviremos al invierno. De hecho, tendremos suerte si duramos un mes más: aunque contemos con armas y hombres, nos enfrentamos a un enemigo que tiene una ventaja evidente sobre nosotros. Sólo necesita un cuerpo muerto. Hoy día, el número de cuerpos muertos supera ampliamente al de vivos. No luchamos para conquistar tierras o por ideales. Luchamos por la supervivencia, ¡por nuestro derecho a vivir! Y únicamente los fuertes lo conseguirán. Todo esto es la forma que tiene la naturaleza de purgar a los débiles. Pero nosotros no somos débiles, ¿verdad que no? ¡No! ¡Somos fuertes! Eso es lo que los civiles de ahí fuera no entienden. Creen que somos crueles y que nuestros métodos son implacables, pero el hecho de que no estén de acuerdo con ellos revela su condición. Son débiles y, por lo tanto, no aptos para sobrevivir. Debemos ganar esta guerra, y entonces Havenbrook sería un lugar ideal para empezar. —Hizo una pausa, bebió un sorbo de café y terminó—. Y ahora, Miller, como dicen los jóvenes de hoy en día, ya sabe lo que toca.

—¿Baker se ha mostrado cooperativo? —le preguntó McFarland a Michaels.

—Hasta ahora no —respondió el sargento—, pero seguro que podemos persuadirlo.

—¿Y el otro hombre que lo acompañaba?

—Bah, es un sordomudo, una especie de retrasado. No tengo ni idea de cómo se encontraron, pero el científico se siente unido a él.

—Entonces cooperará —dijo Schow—. Tráigamelos. Quiero aprender todo lo que ese hombre sabe de Havenbrook antes de ir allí. Trazado y diseño, si hay corriente, qué sistemas de seguridad funcionan todavía, cuánta gente hay y, lo más importante, cuántas de esas cosas hay escondidas ahí abajo, si es que hay alguna. Creo que nos será un guía turístico de lo más útil.

—Juntó los labios y sopló el café antes de sorberlo. Después, se dirigió a Miller—. Sargento, me gustaría que ahora compartiese sus hallazgos con nosotros.

Miller informó de todo lo que había tenido lugar durante la misión. Cuando terminó, se sentó y

permaneció en silencio un rato.

—Es una lástima lo del soldado Skip —dijo finalmente Torres—. El chaval me caía bien.

—Quizá podamos usar su castigo por insubordinación como una herramienta de aprendizaje para nuestro científico. Teniente Torres, tenga el helicóptero listo. Y tráigame a nuestros tres prisioneros: el desertor Skip, el profesor y su desafortunado compañero. Vamos a llevarles a dar una vuelta.

* * *

—Si le ponemos con el resto de los locales, se lo comerán vivo en cuanto vuelvan del trabajo como si fuesen zombis.

Baker reconoció la voz que sonaba más allá de la puerta: era Lapine, así que bajó los pies de la barandilla, donde los había colocado para descansar. Oyó el chasquido de la llave al entrar en el cerrojo y el crujir de las cadenas al ser retiradas de la puerta. Gusano notó la inquietud de Baker y se quedó mirándolo, observando su semblante pensativo.

La puerta del balcón se abrió y apareció un soldado hecho polvo flanqueado por otros cuatro, entre ellos Lapine. Empujaron al herido al interior y cerraron la puerta de un golpe.

El hombre apoyó la espalda contra el respaldo de la silla y se derrumbó sobre ella, hecho un tembloroso ovillo.

—¿Está bien? —le preguntó Baker, dando un paso hacia él.

—Oy ien —murmuró el hombre a través de su destrozada boca—. E amo Shkip.

«¡Suena igual que Gusano!», pensó Baker.

—Yo soy William Baker, y mi compañero se llama Gusano.

—E i en la e ene ene, gon o de a ina de o ahujero' negó'.

—Sí, salí en la CNN —admitió Baker, sorprendido—. ¿Se acuerda de mí?

—Aho, eo, ¿e iculpa u eundo? —El hombre sonrió y un hilo de baba rosa se deslizó por su mejilla machacada. Se encorvó hacia delante, tosió y escupió tres dientes rotos y un chorro de sangre. Baker contempló la escena horrorizado—. Perdón.

Su voz, aunque seguía siendo ronca, se volvió mucho más clara, aunque para Baker era evidente que le dolía hablar.

—No pasa nada —le tranquilizó—. Vamos a echarle un vistazo, señor Skip. Me temo que aquí la iluminación no es muy buena, pero veremos qué puedo hacer.

—¿También es médico? —preguntó Skip, estremeciéndose cuando Baker le tocó la cabeza con cuidado pero firmeza.

—No, pero estudié un par de asignaturas durante la carrera. —Giró la cabeza de Skip hacia la izquierda y hacia la derecha—. ¿Duele?

—Sí —se quejó Skip—, pero no pasa nada.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Esto es lo que les pasa a los que no acatan las órdenes. ¿Y vosotros? ¿Asaltaron las instalaciones de Hellertown?

—No —respondió Baker—, pero ¿cómo sabe tanto de nosotros?

—Ya se lo he dicho, lo vi en la CNN. Vosotros erais los que estabais trabajando con la máquina de los agujeros negros. También teníais a gente investigando en ordenadores sentientes, clonación y todo eso.

—Sí, trabajé con el Colisionador Relativista de Iones Pesados, lo que usted llama la máquina de los agujeros negros. Era uno de tantos proyectos, pero no nos daban mucha información sobre el resto, así que no puedo confirmar esos otros que ha mencionado.

—Bueno, profesor, pues será mejor que Schow tampoco sepa nada. Por eso estáis aquí, ¿verdad?

—Eso parece, desde luego. Nos dijeron que querría interrogarnos. Parece que piensan que Hellertown era, fundamentalmente, un laboratorio de armas.

—Bueno, entonces, ¿cómo le capturaron y quién es él? —preguntó Skip apuntando con el pulgar a Gusano, que estaba mirando a la sala de abajo.

—Podría decirse que es mi hijo. Soy su protector. Le encontré durante mi viaje y he acabado por sentirme muy apegado a él. Es un hombrecito impresionante. Y en cuanto a la primera pregunta,

nos capturaron unos compañeros suyos cerca de Harrisburg. ¿Deduzco que es usted de su misma sección, o escuadra?

—Algo así —dijo Skip, falto de ganas de dar una lección de terminología militar—. Pero yo no soy como el resto. Son animales, y Schow es el peor. Él, McFarland y González. ¡Están de la puta olla!

Volvió a escupir sangre, esta vez por encima del balcón. Se oyó una pequeña salpicadura en el piso inferior. Gusano, al verlo, rió nervioso y le imitó. Skip rió y se pasó la mano por el pelo.

—¿Y qué querrá el coronel Schow que hagamos? —preguntó Baker.

—Es difícil saberlo —respondió Skip, pasándose la camiseta por la cara—. Pero si fuese usted, le diría todo lo que quiere saber.

—¡Ahí está el problema! —Exclamó Baker—. ¡No sé qué quiere que le digamos! No sé nada. Y aunque lo supiese, lo más seguro es que nos mate en cuanto consiga lo que quiere, ¿no es así?

—Sí, eso es exactamente lo que haría —dijo Skip—, pero créame, si estás en manos de Schow, es mejor acabar como una de las cosas de ahí afuera que como su prisionero. Y hablando de ello, tengo algo que hacer.

Se dirigió a duras penas hasta el balcón, desde donde Gusano seguía lanzando escupitajos, y miró abajo.

—Hum, sólo diez metros. Es muy poca caída.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Baker.

—Como he comentado, es mejor estar muerto que en sus manos. Ya me han cogido, así que tenía pensado tirarme por el balcón. Pero no hay mucha altura; lo único que conseguiría sería romperme las piernas y empeorar las cosas.

Horrorizado, Baker se preguntó cómo debía ser el tal coronel Schow para que un hombre prefiriese suicidarse a vérselas con él. No podía ser tan malo. ¿Verdad?

Poco después, cuando volvió a oír las voces al otro lado de la puerta, Baker supo que estaba a punto de descubrirlo.

—De pie, mamones —gritó Lapine—. El coronel Schow quiere veros. Os venís a dar un paseo.

Capítulo 17

Martin se inclinó hacia delante, sujetándose al salpicadero con los dedos.

—¿Eso es lo que yo creo que es, Jim?

Acababan de cruzar el cartel de bienvenida a Gettysburg y Jim frenó hasta detenerse. Enfrente de ellos, dos Humvees y un tanque bloqueaban la carretera. Varios hombres armados patrullaban aquel tramo sin quitarle el ojo de encima al coche. La torreta del tanque se orientó hacia ellos.

—¡No me lo puedo creer! ¡Son soldados, Jim! —Exclamó Martin—. ¡Es el ejército!

—A mí me parece que es la Guardia Nacional —le corrigió Jim—. ¿Pero qué coño hacen aquí?

—¡Puede que sea una zona segura! ¿Y si hemos salido de los territorios infectados?

—No, eso no tiene sentido. Si ése fuese el caso, ¿por qué estaría afectada Nueva Jersey? Esto es algo mundial. ¿Recuerdas lo que nos dijo Kingler?

—Dijo que el ejército estaba tomando el sur de Pensilvania.

—Eso es. Esto no me gusta, Martin.

—¿Y qué podemos hacer? ¡Esos tipos tienen ametralladoras, Jim! ¡No podemos volar un tanque! Dos hombres se acercaron al coche con las armas en alto y dieron un par de golpecitos en la ventanilla. No sonreían.

—Caballeros, vamos a tener que pedirles que bajen del vehículo.

—Claro —contestó Jim, intentando mantener la calma—. ¿Pueden decirnos qué está pasando?

—Hay zombis en el perímetro, señor, es por su seguridad. Como si quisiese corroborarlo, uno de los soldados que estaba sentado tras la ametralladora del Humvee se sobresaltó.

—¡A las dos! —gritó, apuntando con el arma a un punto del terreno. Un grupo de zombis se abrió paso a través de una hilera de monumentos de la guerra civil y se dirigía hacia la carretera. Jim y Martin podían olerlos hasta de lejos.

El hombre apostado sobre el Humvee disparó, alcanzándolos a todos. Sus miembros y torsos saltaron por los aires, pero las criaturas siguieron avanzando hasta que las balas destruyeron sus cabezas. Entonces dejaron de moverse.

—Si nos hacen el favor... —dijo el soldado mientras señalaba la puerta. Obedecieron a regañadientes.

—Menos mal que nos hemos encontrado con ustedes —dijo Martin. Los soldados no respondieron.

—Señores, vamos a tener que requisarles las armas. Estoy seguro de que lo entenderán.

—¿Pero no nos puede decir qué...?

—¡Pon las manos en el puto coche ahora mismo!

Dos soldados más corrieron hacia ellos y empujaron a Martin contra el coche. El golpe le hizo sangrar de la nariz y se puso a gritar de dolor y miedo.

—¡Eh! —Gritó Jim—, hijo de puta, ¿no ves que es viejo? ¿Qué coño pasa aquí?

Cerró los puños, hecho una furia, y avanzó hacia los soldados. El que tenía detrás le pateó las piernas, derribándolo. Dos más se abalanzaron sobre él y forcejearon hasta esposarlo. Dos más se echaron encima de Martin.

—¿Qué significa todo esto? —rogó Martin.

—Han pasado a ser voluntarios civiles, caballeros —les informó un soldado—. Por favor, vengan con nosotros.

—¿Tenemos elección? —bromeó Martin.

—¡No lo entendéis! —dijo Jim mientras se revolvía—. ¡Tengo que reunirme con mi hijo!

—No, ya no —le dijo el hombre—. Acabáis de ser reclutados.

—¡Cabrones! —Gritó Jim—. ¡Putos cabrones de mierda! ¡Soltadnos! ¡Mi hijo me necesita!

Los arrastraron hacia los vehículos mientras Jim veía cómo el coche y Nueva Jersey quedaban cada vez más y más lejos.

* * *

Frankie tembló, rodeándose el pecho con los brazos mientras caminaba por el pasillo. El hospital era tan frío que podía ver su propio aliento bajo las luces fluorescentes.

No se oía ningún ruido que no fuese el de sus pasos. Hizo una mueca de asco cuando respiró el olor estéril y a productos químicos que flotaba de forma permanente en todos los hospitales. Pero Frankie detectó otro olor, más débil pero inconfundible. El de la carroña y la carne podrida.

El perfume de los no muertos.

Se detuvo ante una doble puerta y deslizó los dedos por la placa del muro.

SALA DE MATERNIDAD

Empujó las puertas y éstas se abrieron sin un ruido. Entró. El hedor era aún más fuerte en esa sala del hospital.

Se quedó de pie ante el cristal de la ventana de observación, contemplando las docenas de cunas alineadas frente a ella en filas perfectas. Todas estaban ocupadas y de ellas surgían puñitos y pies que golpeaban al aire y, de vez en cuando, una mata de pelo asomando por los bordes.

—Me pregunto cuál será el mío.

Su pregunta tuvo respuesta un instante después, cuando un par de brazos grises y moteados agarraron el lado de una cuna de la que emergió su bebé. El bebé se puso en pie sobre sus diminutas piernas y descendió hasta el suelo. Después se dirigió a su vecino más próximo, se coló en la cuna y cayó sobre su ocupante.

Los demás bebés empezaron a llorar al unísono.

Frankie podía oír los mordiscos a través del grueso cristal por encima incluso de los gritos.

Los de los bebés y los suyos.

—¡Basta! ¡Basta!

Alguien le dio un par de golpecitos y abrió los ojos, sobresaltada.

—¡Basta! —gritó por última vez antes de mirar alrededor.

Una niña de no más de catorce años se encontraba a cierta distancia de ella. Era guapa. Tanto, que Frankie pensó que de mayor sería una rompecorazones. Posiblemente fuese de ascendencia mixta, hispana e irlandesa. Pero bajo sus tristes ojos oscuros había unos círculos negros que hablaban de duras lecciones aprendidas antes de tiempo. Frankie tenía la misma mirada a su edad.

—Perdón —se disculpó la niña—. Estabas teniendo una pesadilla.

—¿Dónde estoy?

—En el gimnasio de Gettysburg —dijo la niña—. Nos tienen aquí entre los turnos del picadero.

—¿El qué?

—El picadero —repitió la niña—. Es a donde nos llevan a hacer cosas de sexo. Me llamo Aimee.

—Hola, Aimee. Yo me llamo Frankie. Y ahora, ¿te importaría decirme cómo salir de aquí?

—No se puede. Te matarán si lo intentas. Pero no está tan mal, en serio, algunos son hasta majos cuando te meten su cosa.

—¡Aimee, ven aquí ahora mismo!

La mujer que había hablado era, obviamente, la madre de Aimee. Frankie se fijó en que compartían la misma piel pálida, los pómulos altos y el pelo ondulado y moreno. Al igual que su hija, los ojos de aquella mujer hablaban de sufrimiento y dolor, de humillación y desesperación.

Frankie conocía esa mirada. Fue la suya hacía lo que parecía una eternidad.

—Me llamo Gina —dijo la mujer—. ¿Tienes sed? ¿Quieres un poco de agua?

—¿No tendrás algunos analgésicos, verdad?

Frankie hizo una mueca de dolor al tocarse la cara. Le dolían muchísimo el hombro y las costillas y tenía el labio partido. Le entraron ganas de caballo, pero desechó la idea en un instante.

—Lo siento —dijo Gina—, pero no nos dejan tener eso. Supongo que tienen miedo de que alguna chica se trague un puñado entero de aspirinas, porque yo misma creo que sería una alternativa mejor.

Le dio una botella de agua y un cigarro. Frankie bebió con ganas y pegó una buena calada, dejando que el humo amargo y acre le llenase los pulmones. Exhaló aliviada.

—Antes no fumaba —dijo Gina—, pero bueno, el cáncer de pulmón es lo que menos me

preocupa ahora mismo. Al menos es una muerte tranquila.

—Sí —musitó Frankie—, seguro que es mejor que convertirse en el aperitivo de esas cosas. Gracias.

Pegó otra calada y echó un vistazo a la habitación. Tal como le había dicho la niña, estaban en el interior de un gimnasio. Se habían llevado los bancos y las máquinas de ejercicios y los habían sustituido por colchones y mantas. A su alrededor había unas dos docenas de mujeres, la mayoría de ellas mirando a Frankie con lacónico interés, mientras el resto dormía. La mayor debía de tener casi sesenta años. Aimee era la más joven.

—Bueno, ¿cómo va esto? —preguntó Frankie.

—Vamos por turnos —dijo Gina—. Tienen un camión enorme que han convertido en un prostíbulo móvil. Para mantener la moral de las tropas y todo eso. Lo llaman «el picadero». Hay un montón de camas separadas por cubículos de oficina, de modo que está dividido en habitaciones pequeñas. Así... así es más fácil. Mientras no te resistas, la mayoría te tratará bien, o por lo menos con indiferencia. Algunos son violentos, pero hasta ahora he conseguido que no se pongan con Aimee. —Hizo una pausa y dio otra calada. Exhaló y continuó—. Pero todas las noches muero un poco.

—Tienes que estar en otra parte mientras ocurre —le aconsejó Frankie—. Separarte de tu cuerpo.

Gina se la quedó mirando con la boca abierta pero incapaz de hablar.

Frankie se encogió de hombros.

—Antes me ganaba la vida así.

Se abrió la puerta del gimnasio y entraron doce mujeres más, con aspecto cansado y apestando a sexo y sudor. Varias de ellas lloraban quedamente. Los cuatro hombres armados que las seguían se posicionaron en torno a la puerta.

—Siguiendo turno —ladró uno de ellos—. ¡Vosotras doce! ¡Venga!

Doce mujeres más los siguieron con gesto resignado, y las que acababan de llegar se dirigieron a sus sitios y se desplomaron sobre los colchones.

—Aimee y yo tendremos que irnos en unas horas —dijo Gina—, pero supongo que a ti al menos te dejarán recuperarte una noche.

—Eh —llamó una voz nasal y chillona desde el otro lado de la habitación—, ¿quién es esa flacucha negra que está durmiendo en mi cama?

—Mierda —murmuró Gina, apartándose rápidamente sin mirar a Frankie a los ojos—. Lo siento.

—¿Qué haces en mi cama, puta?

La mujer se abrió paso a empujones a través del resto y Frankie esperó a que se acercase, mirándola con desdén. Era grande, hasta el punto de estar obesa, pero fuerte. Tenía el pelo lacio, tan aclarado con lejía que estaba rubio, y cortado a lo tazón. Sus lorzcas de carne se apretaban contra sus vaqueros y su camiseta negra.

—Es Paula —susurró Aimee antes de que Gina le pusiese la mano en la boca.

—No he visto tu nombre escrito —dijo Frankie, dando otra calada a propósito—. Pero claro, no nos han presentado, así que no tenía ningún nombre que buscar.

—¡Anda, pero si nos ha salido listilla! —Exclamó Paula—. ¿Cómo te llamas, corazón?

—Frankie.

—¿Frankie? Ése es nombre de tío. —Se rió a carcajadas con las manos sobre sus amplias caderas. Las otras mujeres permanecieron quietas, hipnotizadas por la escena que se desarrollaba ante ellas—. Bueno, Frankie —dijo, enfatizando su nombre—, yo soy Paula.

—¿Paul?

—¡Paula! ¿Estás sorda, o qué coño? P-A-U-L-A... ¡Paula!

Frankie miró al colchón.

—Pues no, no pone nada de Paula. Pone «propiedad de la vaca-burra». ¿No serás tú, por casualidad?

Las mujeres que ocupaban el gimnasio dieron un grito entrecortado y empezaron a alejarse del enfrentamiento. Paula miró a Frankie con asombro: era evidente que no estaba acostumbrada a

ese tipo de respuestas.

—¿Qué has dicho?

Frankie se irguió lentamente y se puso enfrente de la gran mujer. Se acercó a ella hasta que sus pechos estuvieron a punto de tocarse y le echó el humo en los ojos.

—He dicho que te vayas a tomar por culo, zorra, antes de que te joda a base de bien.

Paula se movía deprisa, pero su rival era más rápida. La mujer le lanzó un puñetazo a la sien y Frankie lo esquivó, así que Paula estiró la otra mano y la agarró del pelo, retorciéndolo con fuerza. Frankie gruñó de dolor, puso el extremo ardiente del cigarrillo en dirección a su oponente y se lo metió en el ojo.

Gritando de dolor, Paula soltó a Frankie y retrocedió mientras se llevaba las manos a la cara. Frankie le lanzó una patada al abdomen y su pie se hundió en la blanda carne. Paula cayó de rodillas, retorciéndose de dolor.

—¡Voy a matarte, zorra! —gritó.

Las demás mujeres se habían puesto a gritar, animando de forma unánime a la recién llegada. La puerta se abrió de golpe y entraron dos guardias, atraídos por el alboroto. Al ver que se estaba produciendo una pelea, se mantuvieron al margen y observaron, entretenidos, mientras hacían apuestas.

Paula se lanzó hacia delante para agarrar a Frankie por las piernas, pero ésta se movió rápidamente hacia atrás y rodeó a su oponente hasta quedar detrás de ella. Paula se giró para seguir persiguiéndola y Frankie le dio una bofetada y un golpe con el dorso de la mano. Frankie sintió un intenso picor en la mano, tras lo cual se le quedó dormida: pegar a su rival era como pegarle a una ternera. Además, las heridas que había sufrido durante la violación se le estaban volviendo a abrir, así que era vital acabar cuanto antes.

De pronto, Paula se puso de pie y cargó contra ella, gruñendo de rabia. Frankie intentó esquivarla de nuevo, pero esta vez su corpulenta rival atacó con rapidez. Su imponente peso hizo que ambas cayesen al suelo: Paula aterrizó encima y el impacto sobre el pecho de Frankie hizo que a ésta se le saliese todo el aire de los pulmones.

Paula le dio un cabezazo y empezó a pegarle en el pecho y la cara hasta dejarla prácticamente grogui. Frankie intentó gritar, intentó chillar, pero no podía hacer nada.

El público empezó a colocarse en círculo en torno a ambas. Algunas voces clamaban a favor de Paula, pero la mayoría animaba abiertamente a Frankie.

Paula echó la cabeza hacia atrás y la precipitó hacia abajo una vez más. Pero antes de impactar, Frankie abrió la boca y mordió a su atacante en la nariz. Sintió cómo la sangre y los mocos se derramaban sobre su lengua y apretó aún más, con fuerza. Sobre ella, Paula se revolvía entre gritos mientras movía la cabeza sin parar, así que Frankie hundió los dientes hasta el punto de juntarlos y apretó las mandíbulas.

Paula se puso en pie con dificultad y Frankie sintió que podía volver a respirar... en cuanto hubo escupido la punta de la nariz de aquella mujer.

Paula se olvidó completamente de ella. Delirando por el susto y el dolor, se tapó el destrozado rostro con las manos. La sangre empezó a correr entre sus dedos, manando desde su nariz y su ojo derecho.

Entonces Frankie entró a matar.

Uno de los guardias disparó al aire, haciendo que cayese polvo de escayola sobre ellas. Las mujeres que hacía un minuto no paraban de animar empezaron a gritar.

—Ya basta —advirtió uno de ellos—. Aléjate.

Se dirigieron hacia ellas mientras apuntaban con sus armas a Frankie y le retiraron las manos a Paula de su rostro.

—Llévatela ahí atrás y pégale un tiro —dijo uno de ellos con indiferencia—. Ésta va a ser un buen reemplazo. Además, era una puta gorda.

Con gran esfuerzo, arrastraron a la mujer —que no paraba de sollozar— fuera de la habitación, dejando un rastro de sangre tras ellos.

La habitación permaneció en absoluto silencio por un instante, al cabo del cual todas las mujeres

empezaron a hablar a la vez. Levantaron las dormidas manos de Frankie una y otra vez y le dieron palmadas de alegría y emoción en su dolorida espalda.

—Era horrible —dijo Gina—. Solía pegarles a muchas de las chicas que viven aquí, incluso las violaba entre los turnos.

—Es un placer —murmuró Frankie, derrumbándose sobre la cama—. ¿Te importaría darme otro cigarro?

* * *

El habitáculo del helicóptero era pequeño y estaba al máximo de su capacidad. Baker sintió un ataque de claustrofobia aún peor que el que experimentó mientras trepaba por el hueco del ascensor durante su huida de Havenbrook.

Skip, Gusano y él estaban sentados espalda contra espalda en el suelo, con las manos y pies atados atrás. Schow, McFarland y González, también sentados, los rodeaban. Torres estaba delante, al lado del piloto.

—¡Hemos visto unos cuantos justo delante, coronel! —gritó Torres para que se le oyese por encima del rugido de los rotores. Schow asintió. El coronel no levantaba nada el tono de voz al hablar, pero Baker podía entenderle perfectamente pese al estruendo.

—¿Le gusta la vista, profesor Baker?

—Me temo que desde mi posición no hay mucho que ver.

—Eso cambiará en breve, profesor. Le prometo que le proporcionaré una vista privilegiada. Y ahora, dígame, ¿queda alguien vivo en Havenbrook?

—Se lo he dicho ya mil veces: no que yo sepa. ¡Pero Havenbrook es enorme! No puede hacerse a la idea de lo grande que es. Además, hay zonas seguras de las que no puedo contarle nada porque nunca llegué a entrar en ellas.

—Así es —dijo Schow mientras se recortaba una uña tranquilamente—, eso es lo que viene repitiendo desde que le he preguntado. Sólo estaban usted y... Se refirió a él como Ob, ¿me equivoco?

—Correcto —dijo Baker—. Se refería a sí mismo como Ob. Pero tiene que entenderlo, coronel, estas criaturas no son la gente que conocíamos cuando estaban vivos. Cuando muere el cuerpo, estas criaturas pasan a habitarlo. Toman el control desde dentro, como si fuesen vehículos.

—Fascinante. ¿Y por qué supone que esta posesión tiene lugar cuando la víctima ha muerto?

—Porque estos demonios, a falta de una palabra mejor, ocupan el lugar en el que residía el alma. Para poder ocupar un cuerpo, antes necesitan que el alma lo abandone.

—El alma, ¿eh? Dígame, profesor, si eso es cierto, ¿cómo es que los animales también se convierten en zombis? ¿También tienen alma?

—No lo sé —exclamó Baker—. Y tampoco quiero tener un debate filosófico con usted, coronel. Soy científico. Sólo le comunico lo que he aprendido.

—Era usted un científico muy bien valorado, ¿no es así?

Baker no respondió.

—Sí que lo era. Mis hombres me han dicho que le vieron en la CNN. Lo cierto es que yo no veía esa cadena, demasiado partidista. Pero leo mucho y conozco su trabajo. Usted era el número uno. El gran hombre. El figura. Estoy seguro de que sabe mucho más de lo que quiere contarme, y lo respeto. Puede que no quiera traicionar su acreditación de seguridad, pero permítame que le diga una cosa: ya no hay un gobierno al que traicionar, profesor. Yo soy el gobierno... soy todo lo que queda en este lado del país. Considérelo un momento, si quiere.

—Ya se lo he dicho, coronel: no pienso volver a Havenbrook. ¡Es una locura intentarlo! No sé qué espera encontrar, pero le aseguro que ya no hay nada. ¡Lo único que queda en Havenbrook es una criatura que encarna el mal!

Schow le ignoró y se dirigió a Skip.

—¿Qué opina usted, soldado?

—Creo que estás loco —respondió Skip—. Vas a matarme de todas formas, así que puedes irte a tomar por el culo, coronel Schow. Que te folle un pez polla, tarado de los cojones.

—¿Matarle? —Se burló Schow, llevándose la mano al pecho con un ademán—. ¿Matarle? No

soldado, no me entienda mal. Ha sido hallado culpable de traición y, lo que es peor, cobardía. Simplemente vamos a darle la oportunidad de demostrar su valor una vez más.

Empezó a reír y McFarland y Torres le imitaron al instante.

—Estamos encima del objetivo, señor —dijo el piloto desde la parte delantera.

—¡Bien! —Schow se mostró repentinamente animado—. Caballeros, con su permiso, empecemos.

McFarland y González se levantaron de sus asientos y sacaron algo largo y negro de una caja. Baker no supo identificar qué era, pero parecía estar hecho de goma. Aunque no podía ver a Skip, sintió cómo temblaba contra él.

Engancharon uno de los extremos del objeto a un cabrestante y Baker se dio cuenta de que era una cuerda de *puenting*.

—Bájanos un poco —ordenó Torres al piloto— y luego equilibra el helicóptero.

—Oh, no —rogó Skip—. Por favor, coronel. ¡Esto no! ¡Cualquier cosa menos esto!

—Me temo que ya es demasiado tarde para ruegos, soldado. Mentí. Vamos a matarle, después de todo. Pero claro, como ya había indicado, lo supo desde el momento en que subimos al helicóptero. Consuélese al menos con el hecho de que podrá demostrar su valor antes de morir.

Los dos oficiales le colocaron un arnés en el cuerpo. Atado de pies y manos, Skip no pudo resistirse y empezó a hacer ruidos con la garganta como si se estuviese atragantando. Baker reparó en que estaba ahogándose en su propio llanto.

—Por favor —suplicó—, ¡esto no! ¡Por amor de Dios, esto no! Pegadme un tiro, ¡pegadme un tiro y acabad de una vez!

—No se le concederá ese honor —le dijo Schow con calma—. Y, para serle sincero, soldado, no quiero desperdiciar munición.

Skip gimió. Lo arrastraron hasta la puerta y la abrieron. Una ráfaga de aire frío envolvió a todos los ocupantes y Baker se encogió. Skip movía la boca en silencio. Parecía que se le iban a salir los ojos de sus órbitas.

—¡Por favor, disparadme! ¡Cortadme la puta garganta! ¡Pero esto no!

—¿Últimas palabras? —preguntó McFarland.

—Sí —dijo Skip, pasando del pánico a un frío odio—. ¡Que os den por el culo, sádicos de mierda! ¡Así os vayáis todos al infierno! ¡Baker, no les digas nada! ¡No les lleves a Havenbrook porque te matarán en cuanto hayan llegado!

Se inclinó hacia delante y escupió a Schow en la cara.

La expresión de Schow se mantuvo impertérrita. Se despidió de Skip moviendo la mano con poco interés y se limpió la saliva con un pañuelo.

¡Bon voyage! —gritó González, tirándolo al vacío de un empujón.

El grito de Skip fue volviéndose más tenue a medida que caía y Baker cerró los ojos, a la espera de que se desvaneciese.

—Enseñádselo —ordenó Schow, así que Baker y Gusano fueron arrastrados hasta la puerta.

Skip se dirigía de cabeza hacia el suelo con la cuerda de *puenting* colgando tras él. El helicóptero volaba sobre una extensión de campo en la que se arremolinaba, expectante, un grupo de zombis.

Skip caía directamente hacia ellos. Cerró los ojos mientras sentía el viento silbándole en las orejas y el estómago en la garganta. Su vejiga y sus tripas se relajaron a la vez, llenando sus pantalones de un líquido templado que se deslizó por su espalda, pecho y cabello antes de derramarse hacia el suelo.

Baker contempló horrorizado cómo los zombis estiraban su cabeza y brazos hacia la ofrenda que les caía del cielo. Skip aterrizó en medio del grupo, pero la cuerda lo devolvió hacia arriba con un chasquido, haciendo que el helicóptero se tambalease un poco.

Cuando cayó por segunda vez, los zombis consiguieron asestarle varios mordiscos antes de que volviese a subir hacia el cielo.

Gusano lloró y apoyó la barbilla contra el pecho mientras cerraba los ojos con fuerza. Baker comprobó que no podía dejar de mirar, aunque lo desease fervientemente.

La gravedad llevó a Skip de vuelta hacia abajo gritando y cubierto de sangre. Esta vez, los zombis pudieron agarrarlo bien. Se arremolinaron en torno a él, empujándose y apartándose unos a otros para conseguir llegar hasta su presa. Una marea de carne humana se abatió sobre él y lo condujo hasta el suelo, donde empezó a despedazarlo. Rasgaron su piel y sus músculos mientras devoraban sus miembros hasta el hueso.

El helicóptero volvió a tambalearse por el peso adicional.

—Cuidado —avisó Torres—, no pierdas el control.

McFarland y González se reían.

—¡Me encanta esto! —Dijo González mientras daba palmadas en el hombro de su compañero—.

¡Mira cómo van a por él! Son como un banco de pirañas. Tienen tanta hambre que no están dejando ni para que vuelva a caminar.

—Algo dejarán —replicó McFarland—. Siempre lo hacen. Al menos conservarán la cabeza.

Schow no dijo nada. Contemplaba la escena impasible, aburrido casi.

—Je —espetó González—. ¿Has visto que ése lleva sus intestinos en la cabeza? Esto es la hostia.

¡Champú de tripas!

—Ya es suficiente —ordenó Schow—. Subidlo.

El cabrestante empezó a gemir, recogiendo la cuerda de *puenting*. Había algo rojo, húmedo e inidentificable atado al otro extremo. Le quitaron el arnés al cadáver con una mueca de asco y tiraron el cuerpo fuera del helicóptero. Aterrizó con un ruido húmedo en medio de los agitados zombis.

Schow apuntó a Gusano.

—Ahora el retrasado, si no es molestia.

Baker se quedó helado:

—¡Ni se te ocurra! ¡Déjale en paz!

—Es demasiado tarde para protestar, profesor. Hoy ha aprendido una lección, y creo que es hora de convertirlo en algo personal.

—Por amor de Dios, Schow, ¡el chico no te ha hecho nada! ¡Está indefenso! ¡Ni siquiera entiende qué está pasando!

—Pronto lo entenderá —gruñó McFarland mientras levantaba a Gusano del suelo—. ¡Deja de revolverte, puto mongol!

Gusano mordió con fuerza al capitán en la mano. Gritó y soltó a Gusano, que se alejó.

—¡Eiker! ¡O ejes e me ha'an daño!

—¡Maldita sea, Schow, es inocente! ¡Sólo es un chico!

González se sentó encima de Gusano, inmovilizándolo, y McFarland le puso el arnés ensangrentado, de cuyas tiras todavía colgaban pedazos de Skip. Gusano empezó a gritar el nombre de Baker una y otra y otra vez, como una sirena aguda y constante.

—¡Eikeeeeeeeeeeeeeer!

—Despídase de su amigo, profesor.

Empujaron a Gusano hacia la puerta.

—¡Está bien! —Gritó Baker—. ¡De acuerdo, lo haré! ¡Os llevaré hasta Havenbrook! Pero, por favor, no le hagáis daño. —Se derrumbó sobre el cojín del asiento entre sollozos.

—¿Lo ven, caballeros? —Dijo Schow—. ¿Ven lo bien que funciona la persuasión? Muy bien, profesor. Pienso que es usted un hombre de palabra, pero creo que me quedaré con su joven compañero por si acaso. Considérelo un aval.

—No se te ocurra hacerle daño.

—Le doy mi palabra, estará bien. De hecho, vivirá en mejores condiciones que usted, me temo. Pero recuerde su promesa.

Baker le miró a los ojos.

—Le llevaré hasta Havenbrook, coronel. Pero puede que no le guste lo que va a encontrar.

Capítulo 18

—Yo me largo ahora mismo.

Martin parpadeó al despertarse.

—No puedes, Jim. Te cogerían y te matarían antes de que pudieses salir de la ciudad.

—¡No tengo otra opción, Martin! La vida de Danny depende de ello. ¡Está vivo, no sé por qué lo sé, pero está vivo! Puedo sentirlo.

—Jim, sé que quieres reunirte con tu hijo, pero piénsalo. ¡No puedes salir de aquí como si tal cosa!

—¿Por qué no se callan? ¡Aquí la gente intenta dormir!

El murmullo provenía de su izquierda. La sala de cine estaba totalmente a oscuras y no pudieron ver quién había hablado hasta que se acercó hasta ellos. Llevaba unas gafas de pasta con uno de los cristales rotos. Su fino bigote y su perilla estaban muy descuidados, al igual que su pelo. En el pasado debió de tener un aspecto muy universitario, pero semanas de trabajos forzados y las infernales condiciones de la sala de cine dieron al traste con él.

—Lo siento —se disculpó—. No quería ser desagradable, pero algunos de los tipos que están aquí les sacarían el corazón con una cuchara para quedarse con su ración de pan. No es conveniente molestarlos.

—Gracias por el consejo —dijo Jim—, pero no vamos a quedarnos lo bastante como para que quieran intentarlo.

—Sí, no he podido evitar oír eso. También deberían tener cuidado con decir esas cosas, aquí hay topos que venderían su alma a Schow sin pensárselo dos veces.

—¿Cómo han podido llegar las cosas a este punto? —susurró Martin.

—No conozco toda la historia porque no soy de aquí —dijo el hombre—. Soy de Brooklyn. Me capturaron hace unas semanas, cuando iba de camino a Chambersburg. Tenía planeado llegar hasta los Apalaches y esconderme allí en algún lugar seguro. Un amigo mío decía que debería ir a los Hamptons, pero ya odiaba ese sitio antes de que empezase toda esta mierda. La opción de los Apalaches me parecía mejor.

—El campo y las montañas son tan peligrosos como las ciudades —le dijo Jim—. No crea que ahí estaría más seguro.

—Lo siento, ¿señor...?

—Thurmond. Jim Thurmond. Y él es el reverendo Thomas Martin.

—Yo soy Madison Haringa. Era profesor. Ahora no sé qué soy. Un hombre perdido, supongo. Pero vivo. En cualquier caso, parece usted bastante pesimista sobre nuestras posibilidades de sobrevivir, pero, si he oído correctamente, ¿va a arriesgar su vida intentando escapar de aquí para salvar a un amigo?

—A Danny. Es mi hijo. Sigue vivo y tengo que llegar a Nueva Jersey para encontrarlo.

—¿Jersey? —Haringa tosió—. Señor Thurmond, si está cerca de la Gran Manzana, entonces está en la zona más peligrosa de todas. Ha dicho que el campo no es seguro, pero le diré una cosa: Nueva York y Nueva Jersey están hasta arriba de esas cosas. Los únicos espacios seguros de Jersey son sitios como Pine Barrens y las granjas.

—Imagino que Nueva York estará bastante mal —dijo Martin—, pero seguro que alguien consiguió salir, ¿no?

—No, que yo sepa —respondió Haringa—. No me he encontrado con ningún superviviente de Nueva York desde que me fui. Parece como si los no muertos estuvieran reuniéndose en la ciudad. Y he oído que se están concentrando en otros puntos, como si estuviesen creando ejércitos.

—Entonces me enfrentaré a un ejército, si es necesario —dijo Jim—. Pero en cualquier caso, tengo que irme.

Haringa suspiró.

—Señor Thurmond, ¿es que no me ha escuchado? Si tiene mucha, pero mucha suerte, le dispararán mientras escapa. Si insiste en intentar fugarse, es lo mejor que puede esperar, porque las alternativas de Schow son mucho peores.

—¿Quién es Schow? —Preguntó Martin—. ¿Y por qué no se rebela la gente?

—Por lo que he oído, esta unidad estaba asignada a la protección de Gettysburg. Pero cuando todo se vino abajo, los militares perdieron la cabeza, especialmente Schow. Al principio empezó como algo muy simple: impuso la ley marcial y un toque de queda y comenzó a seleccionar «voluntarios» para trabajar. Los ciudadanos aceptaron, ¿qué otra opción tenían? Era eso o los zombis. Cuando las cosas empezaron a desmoronarse del todo, la mayoría ya estaba completamente amansada.

—Son como ovejas —espetó Jim—. Tienen tanto miedo de defenderse que aceptan lo que les echen.

—¿Y cómo iban a defenderse, señor Thurmond? No tienen armas. No pueden enfrentarse con palos y piedras a un enemigo que dispone de blindados y ametralladoras. Puede que sean más numerosos que los soldados, pero la balanza se igualaría en un santiamén. ¿Y si se rebelasen y acabasen derrocando a Schow y sus hombres? ¿Estarían a salvo? No. Sería aún peor. Pese a todas las atrocidades que esta gente ha cometido, los ciudadanos siguen vivos. Saben a quién se lo deben. Le sorprendería ver de lo que es capaz la gente con tal de sobrevivir.

—No, en absoluto. Porque movería cielo y tierra para salvar a mi hijo y eso es lo que pretendo hacer, señor Haringa.

Haringa negó con la cabeza, apesadumbrado.

Jim se lo quedó mirando.

—¿Tiene hijos, señor Haringa?

—No, no tengo, pero...

—Entonces cierre la boca.

Todos permanecieron en silencio hasta que el profesor se dirigió a ellos e hizo un ademán para que se acercasen ellos también.

—¿De verdad cree que su hijo está vivo?

—Lo sé.

—Entonces le ayudaré, pero tendrá que esperar hasta mañana por la mañana. No lo conseguirá de noche.

—¿Cómo puede ayudarme?

—Apuesto a que les asignarán a los dos a la sección de saneamiento. Con esa herida en el hombro y teniendo en cuenta su edad, de momento no les asignarán trabajo pesado. Pese a la dureza de su trato, tratan de mantener vivos a los prisioneros, y no creo que vayan a forzar a dos recién llegados.

—Continúe.

—Yo también estoy en esa sección, recogiendo basura. Cuando estemos cerca de los límites de la ciudad, conseguiré distraerlos para que puedan escapar.

—¿Funcionará?

—Lo más seguro es que no, pero llegarán más lejos que ahora. Es una opción bastante mejor que llevarse un tiro en la oscuridad.

Un ruido súbito los puso en alerta y Haringa desapareció entre las sombras. Jim y Martin fingieron estar dormidos, pero Jim mantuvo un ojo abierto.

—No funcionará.

La voz venía de arriba.

—Sé que no están dormidos, lo he oído todo. Su plan no funcionará porque tienen previsto trasladarnos a todos mañana.

—¿Quién es? —preguntó Jim.

—Soy el profesor William Baker. No hace falta que se presenten, he estado escuchando su conversación todo el rato.

Martin volvió a sentarse y poco después se les unió Haringa.

—Usted también es nuevo —observó Haringa—. No le había visto antes.

—Mi compañero y yo fuimos capturados esta mañana.

Jim hizo crujir sus nudillos.

—¿Dónde está su amigo ahora?

—Schow lo mantiene prisionero. Lo utiliza para chantajearme.

—¿De qué demonios está hablando?

—Como les he dicho, planean realizar toda la operación mañana. Antes trabajaba en los Laboratorios Havenbrook, un complejo de investigación en Hellertown. Tan grande que podría contener un ejército entero sin problemas. Schow quiere convertirlo en su base permanente de operaciones y está usando a mi amigo como aval para asegurarse de que les lleve sanos y salvos hasta el interior del complejo.

—¿Y eso? —Bromeó Haringa—. ¿Los láseres de seguridad todavía funcionan?

—No se creería con qué dispositivos de seguridad está equipado el centro —respondió Baker—, pero ya le he explicado al coronel que la mayoría de ellos están inactivos.

—¿Entonces para qué le necesita? —preguntó Martin.

—Schow cree que nos dedicábamos a diseñar y experimentar con armamento militar y quiere que le dé acceso a ese equipo.

Haringa se incorporó rápidamente.

—¿Tiene acceso a esa clase de equipo?

—No.

—Pero finge que sí para que no maten a su amigo —dedujo Martin—. ¿Qué pasará cuando lleguen y descubran que no es así, profesor Baker?

—No pienso dejar que lo descubran, y, para serle sincero, reverendo, no creo que lleguemos. No si Havenbrook está ocupado por quien creo.

Martin frunció el ceño.

—¿Por quién?

—El mal, caballeros. El mal encarnado. Se hace llamar Ob y parece un zombi normal y corriente, pero habla con autoridad y arrogancia, como si fuese más listo que el resto. Entre susurros, me habló de cosas que... —hizo una pausa, movió la cabeza y continuó—. Creo que es una especie de líder.

Hasta entonces, Jim había permanecido en silencio mientras Baker hablaba. Pero cuando terminó, se dirigió a él.

—Así que es de Hellertown. Eso está cerca de donde se encuentra mi hijo. ¡Está a menos de una hora! ¿Cómo está tan seguro de que planean marcharse mañana por la mañana?

—Estoy prácticamente convencido de que es lo que pretenden. Schow dio órdenes a ese respecto antes de devolverme aquí. Empezarán a prepararlo todo antes del alba.

Jim se dirigió a Haringa.

—Hellertown está a unas dos horas en coche. ¿Cuánta gente hay en este campamento?

—¿Contando los soldados y los civiles? —Hizo una pausa y se limpió las gafas con su camisa—. Diría que unos ochocientos.

Jim silbó.

—Esto es un montón de gente. ¿Cómo van a transportarlos a todos?

—No lo sé —admitió el profesor—. En otras ocasiones nos han hecho caminar delante de los convoyes, como si fuésemos cebo. Así, si hay zombis acechando, nos atacan a nosotros primero.

—No creo que hagan eso hasta llegar a Hellertown —dijo Jim—. Tardarían días.

Baker se quitó las botas y empezó a masajearse los pies.

—Schow parece impaciente, no creo que se conforme con avanzar a ese ritmo. Querrá llegar cuanto antes.

—Tienen camiones —dijo Haringa—. Al menos dos docenas de remolques, reforzados y preparados desde que empezó el alzamiento, además de un montón de esos camiones de la Guardia Nacional que se suelen ver por la carretera, ¿me explico? No sé cómo se llaman.

—¿Los que tienen el techo de lona y transportan soldados en la parte trasera? —preguntó Martin.

—Sí, de ésos. Y Humvees, que también han mejorado.

—Humvees, Bradleys y unos cuantos tanques. Los Humvees son tan rápidos como un coche, pero supongo que los tanques serán algo más lentos. También tienen un helicóptero y unos

cuantos coches y camiones civiles. Incluso un par de motos, pero no creo que se las lleven. Son peligrosas, dejan expuesto al piloto.

Jim reflexionó.

—Ochocientos. Es un montón de gente, vamos a ser un blanco enorme.

—Pero cuantos más seamos, mejor —replicó Haringa—. Y creo que el convoy estará mejor armado que los muertos vivientes.

—No esté tan seguro —replicó Jim—. Esas cosas pueden pensar, usar armas y conducir.

—Los hemos visto tender emboscadas —añadió Martin—. Son calculadores... y mucho más astutos de lo que parece.

Baker se acordó de Allentown.

—Estoy de acuerdo. Vi cómo atacaron a una pareja como si estuviesen cazando. Y si Ob está haciendo lo que sospecho, den por sentado que habrá preparado a sus fuerzas y que se mantendrá a la espera.

—¿Qué cree que está haciendo?

—Reuniéndolos. Creando un ejército. Durante el poco tiempo que tuve para estudiarlo, me pidió que lo liberase. Dijo que tenía que «reunir a sus hermanos». Entonces no entendí cuáles eran sus verdaderas intenciones. Pensé que sólo quería asustarme o buscar la forma de escapar, pero ahora temo que todo lo que dijo era cierto.

Callaron. A su alrededor, y exceptuando algunos ronquidos y murmullos, todo estaba en silencio.

Baker se inclinó hacia delante y habló en voz baja:

—Estoy seguro de que a estas alturas ya se han dado cuenta de que esas cosas no son nuestros seres queridos. Esas criaturas vienen de otro lugar, un lugar que está fuera de nuestro plano existencial. Ob lo llamaba «el Vacío». Quizá su verdadero nombre sea «infierno». No lo sé. Le ruego disculpas, reverendo Martin, pero nunca he sido creyente. Confío en la ciencia, no en la religión. Pero ahora todo ha cambiado. Creo que los demonios existen y que están entre nosotros. Ob me lo confirmó: me dijo que permanecen a la espera en esa dimensión y, en cuanto la vida abandona nuestros cuerpos, toman posesión de ellos. Son como parásitos: toman el control del cuerpo y lo reclaman para sí mismos. Nuestras carcasas vacías son como vehículos para ellos.

—Coincido con usted en que son demonios, profesor —dijo Martin—, pues los demonios existen. Pero si estos espíritus incorpóreos habitan los cuerpos muertos, ¿por qué comen carne humana? ¿Por qué la única forma de acabar con ellos es destruir el cerebro?

—No sé por qué comen —admitió Baker—. Quizá para convertir la carne en energía, como nosotros. O quizá sólo lo hacen para violarnos aún más. Nos odian con todo su ser, de eso estoy seguro. En cuanto al método para acabar con ellos, le he dado muchas vueltas y creo que habitan el cerebro. Piénsenlo, todas nuestras funciones corporales y motoras provienen del cerebro: el movimiento, el habla, los pensamientos, los instintos... todo, desde lo voluntario hasta lo involuntario, proviene de aquí —dijo mientras se daba golpecitos en la cabeza.

Martin se frotó la barbilla.

—¿Así que destruyendo el cerebro vuelven a ser espíritus y tienen que buscar otro cuerpo?

—No sé si los libera o si los destruye por completo, pero espero que sea lo segundo. Si sólo les supone un problema temporal, toda la vida en este planeta está condenada y no debemos albergar ninguna esperanza.

—¿Por qué? —Preguntó Haringa—. ¿Tantos son?

—Ob se jactó de que eran más que las estrellas y más que infinitos.

Jim dio un respingo, como si le hubiesen electrocutado.

Martin le puso la mano en el hombro.

—¿Qué pasa?

—Llevo oyendo eso toda la semana, una y otra vez. «Más que infinito.» No es nada, es un juego al que solíamos jugar Danny y yo. Yo le decía que le quería más que a la pizza de pepperoni y él que me quería más que a Spiderman, y así hasta que terminábamos diciendo que nos queríamos más que infinito.

El resto permaneció en silencio y a Jim se le atragantaron las palabras.

—Era nuestra forma de despedirnos.

* * *

Cuando volvió el segundo turno de chicas, el tercero no abandonó el gimnasio. En vez de eso, recibieron agua, un cuenco de sopa marrón y pan duro. Frankie separó los finos trozos de carne (de dudoso origen) de su caldo y los engulló en varios tragos.

Cuando terminó la comida, no se reclamó otra remesa de mujeres para el picadero. El gimnasio estaba casi lleno y Frankie se preguntó si aquello era algo habitual.

Gina, Aimee y otra mujer con pinta de rubia juerguista se dirigieron hacia ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó Frankie.

—Se han cancelado todos los turnos de esta noche —anunció Gina—. Al parecer, quieren que los hombres descansen toda la noche. Han mandado a los barracones a todos los que no estuviesen de guardia.

—¿Y eso por qué?

—Ésta es Julie —dijo Gina, dirigiéndose a la mujer—, y ésta es Frankie, la que derrotó a Paula.

—Guau —exclamó Julie—. ¡Qué pasada poder conocerte! Hiciste muy bien, todas la odiábamos.

—Cuéntale a Frankie lo que me has dicho —animó Gina.

—Verás, hay un soldado que siempre se lo monta conmigo. Dice que soy su favorita y creo que está enamorado o algo así, pero no me importa: es majao y sólo le tengo que aguantar unos minutos. Pero vamos, dice que se rumorea que mañana van a trasladar a la ciudad entera.

—¿Trasladarla?

—Sí, del todo. Nos van a llevar más al norte, a una base subterránea del ejército o algo así.

Frankie dejó el cuenco de sopa en el suelo.

—¿Y cómo piensan transportar a todo el mundo?

—La mayoría viajaremos en la parte trasera de los camiones. Va a ser un asco, porque estaremos como sardinas en lata, sin ventilación ni nada. Pero mi soldado dice que va a apañárselas para que pueda viajar con él y un amigo suyo en el Humvee.

—Me gusta la idea —dijo Frankie sonriendo—. ¿Crees que habrá sitio para una más?

—Lo intentaré mañana por la mañana, a ver qué dice —respondió Julie—. No creo que a su amigo le importe, pero ya te imaginas lo que querrán de ti, ¿no?

Frankie se la quedó mirando sin cambiar de expresión.

—Julie, soy una profesional.

La chica rió e hizo un ademán con la cabeza.

—Perfecto, Frankie. Oye, me alegro de que nos librases de Paula. Te veré mañana, ¡lo pasaremos bien!

—¿Por qué vas a hacer eso? —le preguntó Gina, consternada—. Dios mío, ¿es que no sabes a qué te expones?

—A nada peor de lo que pasa cada noche en el picadero.

—¿Entonces por qué te has ofrecido voluntaria?

—Para investigar.

—¿Investigar? ¿De qué crees que te vas a enterar ahí dentro?

—Pues de entrada —contestó Frankie, tumbándose en el colchón—, de cómo se conduce un Humvee.

* * *

Más tarde, esa misma noche, con el gimnasio abarrotado, Gina y Aimee compartieron su cama. Aimee durmió entre las dos mujeres y se acurrucó contra Frankie.

Frankie permaneció inmóvil, mirando al techo. Tardó mucho tiempo en conciliar el sueño.

Capítulo 19

A las cuatro de la mañana siguiente, los megáfonos a pilas volvieron a la vida y anunciaron el toque de diana por las calles vacías. Cinco minutos después del primer aviso, los soldados salieron de sus barracones vestidos, armados y preparados. La ciudad bulló de actividad. Los soldados iban de acá para allá comunicando órdenes. El garaje vibró con el sonido de los motores cuando los Humvees, los camiones y los vehículos de transporte empezaron a salir del edificio. Algunos llevaban alimentos y otros bienes básicos: mantas, agua, gasolina, aceite, piezas, generadores (Baker confirmó durante un interrogatorio que en Havenbrook no quedaba energía), armas, munición, textiles y cualquier otra cosa que pudiesen llegar a necesitar. Otros camiones fueron asignados a transporte humano.

Se abrieron las puertas del gimnasio, el cine y otras áreas de confinamiento. Los asustados y somnolientos civiles fueron conducidos al exterior a punta de pistola, como si fuesen ganado, mientras se abrazaban unos a otros para combatir el frío que precede al alba. Una columna de camiones se detuvo ante ellos y los soldados les ordenaron que subiesen a los remolques.

Un antiguo banquero y un dependiente intentaron escapar en medio de la confusión. En cuanto fueron descubiertos, sonaron dos disparos en la oscuridad y cayeron abatidos. Después de aquello, no hubo más intentos de fuga.

Jim, Martin, Baker y Haringa permanecieron juntos mientras la fila avanzaba hacia uno de los camiones. Dos guardias se dirigieron hacia ellos y cogieron a Baker de los brazos.

—Señor, soy el soldado Miccelli y éste es el soldado Lawson. Tiene que venir con nosotros.

—¿Por qué? ¿Por qué se lo llevan? —preguntó Jim, interponiéndose.

—¿Quieres que te pegue un tiro y te deje aquí tirado? —contestó Miccelli mirándole a los ojos mientras sonreía—. ¿No? Pues entonces métete en tus putos asuntos, amigo.

Jim plantó los pies en el suelo y cerró los puños, lleno de ira. Martin le puso la mano rápidamente en el hombro y le susurró al oído:

—Ahora no. Así no. Así no vas a ayudar a Danny.

Le condujo suavemente de vuelta a la cola.

—¡Buena suerte, caballeros! —Les dijo Baker—. Estoy seguro de que volveremos a vernos antes de que todo esto haya terminado.

Martin se despidió con la mano.

—Igualmente, profesor. Dios está con todos nosotros.

Mientras se llevaban al científico, éste se dio la vuelta de pronto y gritó:

—¡Señor Thurmond! Su hijo está vivo. ¡Yo también puedo sentirlo!

—¡Venga! —gritó Miccelli mientras le pegaba un puñetazo a Baker en la nuca y le apuntaba con el M-16.

Jim, Martin y Haringa se dirigieron con el resto de los hombres hacia el camión. Como ya estaba lleno cuando llegaron, la cola se detuvo; los soldados cerraron las puertas a cal y canto con una fina barra de metal e hicieron un gesto para que el vehículo se pusiese en marcha. En cuanto se fue, otro ocupó su lugar.

Fueron obligados a subir de uno en uno al camión. Jim se detuvo una vez arriba y extendió la mano hacia Martin para ayudarlo a subir.

—¡Venga, moveos! —Ladró uno de los soldados—. ¡Hasta el fondo!

Fueron conducidos hasta el interior del remolque, que no tardó en llenarse de cuerpos sucios y apretados que les empujaban contra el fondo. Se agacharon y Jim y Haringa escudaron a Martin del resto de prisioneros para que éstos no le aplastasen contra las paredes.

—Espero que no tengáis claustrofobia —comentó Haringa—. Porque sería una putada.

Una vez el remolque estuvo lleno, las puertas se cerraron, sumiendo a sus ocupantes en la más absoluta oscuridad. El motor se encendió de nuevo y empezaron a moverse.

* * *

Julie saludó a los soldados en medio de la multitud y Frankie pensó que la mujer parecía contenta y expectante, como si aquello no fuese más que un viaje de fin de semana con unos

chicos que había conocido en una fiesta.

Se coló entre Frankie y Gina, riendo nerviosamente.

—¿Lista para pasarlo bien?

—¡Pues claro! Ya sabes que sí —respondió Frankie—. Espero que por lo menos sean monos.

—Oh, sí que lo son —le aseguró Julie—. Y, como te dije, son más majos que la mayoría. Deberías pensar en quedarte con uno de ellos.

Gina agarró a Frankie del brazo y la acercó hacia sí.

—¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo?

—Segurísima —asintió Frankie—. Tú cuida de ti y de Aimee; yo voy a hacer amigos y ver qué puedo aprender.

Los dos soldados se acercaron y uno de ellos levantó en volandas a Julie, que chilló de alegría.

—Bájame —insistió, juguetona. Después se dirigió a Frankie—. Éste es Blumenthal —dijo mientras le pasaba la mano por el pecho—. Y éste es Lawson. Lawson, ésta es mi amiga. Es la nueva que le ganó a la gorda ayer por la noche.

—¿Una cosita como tú? —Se sorprendió Lawson mientras se regodeaba observándole el pecho y las caderas—. No tienes pinta de haberle dado una paliza.

—Estoy llena de sorpresas —contestó Frankie al tiempo que se lamía los labios de forma sugerente.

—Seguro que sí. —Se dirigió a Blumenthal—. ¿Puede venir con nosotros?

El otro soldado rió y acercó a Julie hacia él.

—Claro, tío, ningún problema. Pero que no se entere el sargento Ford.

—Contaba con que os ofrecieseis a llevarnos —dijo Frankie—. ¿A qué esperamos? Venga.

Lawson dejó escapar un silbido y le dio una palmada en el culo.

—Por aquí, señoritas.

Gina vio cómo desaparecían entre la multitud y fue a buscar a Aimee.

Encontró a la niña buscando protección en medio de otro grupo de mujeres. El soldado de primera clase Kramer la miraba con lascivia.

Gina comprobó asqueada que estaba teniendo una erección.

Fueron conducidas al remolque y empujadas al interior.

Kramer no dejó de mirar a Aimee, anotando en qué parte del convoy se encontraba. Gina creyó que Aimee no se había dado cuenta.

Cuando las puertas se cerraron, se puso a temblar.

Lo último que vio fue la sonrisa de Kramer.

* * *

—Bienvenido a bordo, profesor Baker. Me alegro de que haya podido venir con nosotros.

Gusano se sobresaltó y gruñó al ver a Baker subiendo al vehículo de mando. Sus ojos expresaban una mezcla de terror y alivio. McFarland se encontraba a su izquierda, apoyando una pistola contra las costillas del joven con indiferencia. González estaba justo enfrente, con el asiento que estaba a su lado vacío. Schow indicó con un gesto que ahí es donde debía sentarse Baker.

Obedeció mientras tranquilizaba a Gusano.

—No pasa nada. Sólo vamos a dar un paseo. No van a hacernos daño.

El muchacho se tranquilizó, relajó los músculos y se reclinó en el asiento sin dejar de mirar a Baker.

—Confía en usted —observó Schow desde el asiento del copiloto—. Como si fuese su hijo adoptivo. Eso es bueno. Pero no vaya a traicionar esa confianza, profesor Baker. Tenga muy presentes las consecuencias.

—Soy un hombre de palabra, coronel. Espero que usted también.

—Su insinuación me resulta de lo más hiriente, profesor. —Se dirigió al conductor y preguntó—: ¿Silva, cuál es nuestra situación?

—El primer grupo está listo desde hace diez minutos, señor —informó—. Y el teniente Torres acaba de confirmarme que el helicóptero está en el aire, llevando a cabo un reconocimiento aéreo. Estamos listos.

Schow asintió.

—Proceda.

El convoy se puso en marcha.

* * *

—¿A qué velocidad cree que vamos? —susurró Martin.

—Es difícil saberlo desde aquí —gruñó Haringa—. A unos sesenta por hora, más o menos.

El interior del camión era frío, y el aire rancio apestaba a orina y sudor. La herida en el hombro de Jim estaba curándose, pero aún le dolía.

En la oscuridad, alguien se tiró un pedo, tras el cual se oyó un coro de risas nerviosas y exagerados gritos de repugna.

—¿Alguno ha traído una linterna? —preguntó alguien, seguido de más risas.

—Yo tengo una baraja de cartas —respondió una voz—. Aunque tampoco es que nos vaya a servir de mucho.

—¿Alguien sabe qué está pasando? ¿Adónde coño vamos?

—Van a gasearnos —sentenció una voz enfrente de ellos—, como los nazis a los judíos. Van a gasearnos y darnos de comer a los zombis.

—¡Chorradas!

—Nos van a reubicar en un centro de investigación científica en Hellertown. —Cuando resonó la voz de Jim, todas las demás callaron—. Schow quiere establecer una base ahí. La mayor parte del complejo es subterráneo y está mejor protegido que Gettysburg.

—¿Y tú qué eres, un colaboracionista? —le desafió alguien.

—No, y si pudiese levantarme y estrangularte con mis propias manos por decir esa gilipollez, lo haría.

—Conozco esa voz. Eres el tío que se cree que su hijo está vivo. Te oí ayer por la noche.

—Sí, ¿y qué?

—Pues que eres tonto de cojones, nada más. Es imposible que el chaval siga vivo, así que será mejor que te vayas haciendo a la idea.

Jim se tensó y Martin le contuvo, extendiendo su brazo hacia la oscuridad.

Jim había pasado la noche madurando la posibilidad —cada vez más real— de que Danny estuviese muerto. Pero incluso si ése fuese el caso (aún no estaba dispuesto a aceptar semejante desenlace), necesitaba verlo, saberlo, o se volvería loco.

Pensó en Danny, pletórico y alegre. Después, intentó imaginárselo como uno de esos seres. Su mente lo reprimió.

—Mi hijo está vivo —insistió con calma—, pero si repites eso, no podrá decirse lo mismo de ti.

—Que te jodan —respondió la voz. La tensión en el interior del camión había aumentado tanto que resultaba casi palpable. De pronto, Haringa habló:

—¿Pero qué forma de comportarse es ésa, chicos? Os monto una fiesta para todos y no paráis de quejaros de la iluminación y de la falta de espacio. Y no quería decir nada, ¿pero a quién se le ha olvidado echarse desodorante esta mañana?

Las carcajadas llenaron el interior del camión y la tensión se disipó rápidamente.

—¿Alguien quiere cantar *Un elefante se balanceaba...*?

Las carcajadas se convirtieron en refunfuños.

Jim permaneció en silencio, cada vez más enfadado. Se negaba a calmarse.

* * *

Frankie gimió con falsa pasión mientras Lawson la penetraba. Cruzó las piernas en torno a su espalda y le apretó contra ella. Su aliento, que apestaba a tabaco, le recorrió el cuello.

—Oh, Dios —murmuraba—. Oh, Dios, joder, nena, voy a correrme.

Hundió aún más las caderas y lo incitó mientras miraba por encima de su hombro —como llevaba haciendo todo el viaje— y estudiaba cómo se manejaba el vehículo. Era prácticamente igual que conducir un coche. Confiaba en que, cuando llegase el momento, le resultase fácil hacerlo.

Sintió cómo eyaculaba dentro de ella, empujando a toda velocidad hasta quedar rendido. Ella

fingió su propio orgasmo y se relajó. Blumenthal y Julie, detrás de ellos, estaban también a punto de terminar.

—¡Ha sido cojonudo! —exclamó Lawson, quitándose de encima. Se dirigió al conductor—: ¡Qué putada que tengas de conducir, Williams!

—Joder, tío, pues déjamela un poco.

—Ni de coña. —Lawson negó con la cabeza mientras dedicaba a Frankie una sonrisa—. Ésta es toda para mí. ¿Verdad, nena?

Frankie le hizo un guiño al tiempo que se acercaba a él y envolvía con los dedos su blando pene.

—¿Te queda alguna bala?

—Sí, si me ayudas.

—Será un placer —ronroneó—. Si luego tú me enseñas cómo disparar ese pedazo de arma de ahí arriba.

—¿La calibre cincuenta? ¡Nena, tú sigue así y te enseñaré lo que te dé la gana!

* * *

El sol empezó a salir en el exterior, ascendiendo impasible hacia lo más alto del cielo y bañando de luz los horrores que yacían debajo. Desgraciadamente, el convoy atrajo la atención de los muertos vivientes, por lo que el viaje se convirtió en una continua batalla en movimiento. Los disparos de las pistolas y el cadencioso ruido de las ametralladoras tronaban cada vez que pasaba por delante de una carretera de salida, un pueblo, un campo o un bosque.

En Chambersburg, Baker vivió un momento asombroso cuando observó a un cervato solitario —cuyo pelaje marrón cubierto de manchas blancas asomaba a través de la ventana rota de un mercadillo rural— comiendo un montón de frutas y verduras medio podridas. Hasta Schow y los oficiales permanecieron en silencio, reflexivos, al pasar ante él. El cervato no se asustó en absoluto por su presencia y no hizo ningún gesto de huida.

—Be'é —dijo Gusano. Por un instante se mostró feliz, y Baker se alegró. Había conseguido convencer a los militares de que le quitasen la mordaza, lo que había tranquilizado al chico.

Aquel cervato fue la única criatura viva que vieron durante el viaje. Todo lo demás estaba muerto.

Cerca de Shippensburg, cuatro zombis montados en una camioneta esperaron hasta que el vehículo que iba en cabeza hubiese pasado ante ellos e intentaron empotrarse contra el primer camión de la línea. Torres, que observaba con detenimiento desde el helicóptero, avisó al resto. Un obús disparado desde un tanque convirtió al vehículo y a sus ocupantes no muertos en restos antes de que pudiesen llegar al convoy.

Otras criaturas intentaron las mismas tácticas y sufrieron idéntico destino. Algunos cayeron abatidos por las balas de los francotiradores, mientras que otros fueron atropellados para conservar munición. Los civiles que se encontraban dentro de los camiones pasaron toda la mañana oyendo los intermitentes pero terribles sonidos de la batalla.

Los soldados no quedaron exentos de sufrir bajas. Cerca de York, el disparo de un francotirador zombi subido a una valla publicitaria acabó con el artillero de uno de los Humvees. El tirador usaba balas del calibre .223, que acabaron con la vida del soldado al instante.

Media hora después de pasar por Harrisburg, una bandada de murciélagos no muertos se precipitó sobre otro Humvee y el joven recluta que se encontraba en la torreta sufrió un ataque de pánico y terror y cayó a la carretera en un intento desesperado por evitarlos.

Desapareció bajo las ruedas de su propio Humvee antes de que el conductor pudiera detenerse. Se quedó tirado en la carretera con las piernas destrozadas y los murciélagos devorando su carne expuesta, hasta que un soldado de un vehículo cercano decidió poner fin a su sufrimiento atropellando su mitad superior.

Habían dejado la interestatal y estaban a sólo quince kilómetros de Hellertown cuando perdieron a uno de los equipos que iba en cabeza.

El orfanato Clegg era considerado el ejemplo perfecto de cuidado infantil. Con vistas a una zona pintoresca y arbolada de la carretera que llevaba a Havenbrook, proporcionaba servicios sociales y atención física y mental a niños entregados en adopción, con un historial de abuso, vagabundos

o con problemas emocionales. El orfanato tenía un historial sin tacha y tramitaba más adopciones que cualquier otro centro del país.

Cuando los muertos empezaron a volver a la vida, daba cobijo a doscientos niños.

Esos doscientos niños salieron en masa del edificio en cuanto el Humvee y el jeep que iban en cabeza pasaron ante él.

Los soldados contemplaron aterrados aquella ola de niños no muertos emergiendo de los umbrales y dirigiéndose hacia ellos.

Los disparos empezaron poco después.

Y luego, los gritos...

* * *

—Teniente, por favor, repita todo lo que ha dicho después de «problemas».

Schow se quedó mirando la radio esperando impacientemente una respuesta. Pero no se oyó nada.

—¡Silva, restablece la conexión!

El conductor se puso a examinar la radio con una mano mientras sujetaba el volante con la otra. El vehículo de mando viró bruscamente por la carretera.

—¡Maldita sea, Silva, mire por dónde va!

—¡Perdón, señor!

La radió volvió a emitir la horrorizada voz de Torres. De fondo podía oírse el girar de las aspas del helicóptero.

—¡Repito, la sección que va en cabeza está siendo atacada! ¡Repito, está siendo atacada! Están muy cerca de su posición.

—¿Alcanza a ver Havenbrook?

—Afirmativo, señor. Pero... Dios mío...

Schow estaba cada vez más rabioso y Baker y Gusano se encogieron en sus asientos.

—¿Cuál es su situación? —gritó a la radio.

Si Torres llegó a oírle, desde luego no respondió. En vez de eso, parecía estar dirigiéndose al piloto:

—¿Qué coño es eso?

Primero se escuchó mucha electricidad estática, luego algo ininteligible y finalmente:

—¡No, no es una puta nube! ¡Aléjalos del resto del convoy! ¡Es una orden!

—¿Qué coño está pasando ahí arriba? —preguntó McFarland a voz en grito.

Nadie respondió.

* * *

En el helicóptero, el teniente segundo Torres se encogió mientras la muerte se les acercaba.

Pájaros. Una bandada de pájaros no muertos tan grande como una negra nube de tormenta cubría el cielo. Se dirigieron hacia el helicóptero como un solo ser, eclipsando el sol.

—¡Están por todas partes! —Gritó el piloto—. ¡No puedo despistarlos!

—¡No se rinda! El resto pueden llegar a Havenbrook desde aquí, ¡pero nosotros tenemos que alejar a esas cosas del convoy!

—¡Que les den a usted y a la orden, señor!

Torres no respondió. Cerró los ojos, metió el brazo por debajo de su camiseta y sacó sus chapas de identificación. Era un gesto que había visto hacer a los católicos con sus medallas, pero nunca había sido creyente.

Se preguntó si sería demasiado tarde para cambiarlo.

Se colocó las chapas de metal entre los dientes y las mordió con fuerza, intentando no gritar cuando la primera oleada de pájaros se estrelló contra el cristal de la cabina. Después llegó otra oleada, y otra, así hasta cinco más. Luego, una docena. Sus cabezas y picos chocaban contra el cristal, sonando como disparos.

El piloto no paraba de gritar y Torres deseó por un instante que se callase. El helicóptero empezó a girar fuera de control, dando tumbos. Torres mordió las chapas con más fuerza todavía y cerró los ojos, sabiendo que si los abría se encontraría cabeza abajo.

A su alrededor resonaba una cacofonía compuesta por los chillidos de los pájaros, el rugido del helicóptero y los gritos del piloto. Y por encima de todos, el estruendo de la caída a medida que se precipitaban hacia el suelo.

«Suena como un tren de carga a través de un túnel», pensó para sí.

Por primera vez en su vida, Torres se preguntó si habría luz al final del túnel.

El cristal de la ventana se hizo añicos y docenas de cuerpos putrefactos y emplumados se abalanzaron sobre ellos.

Dio gracias cuando el helicóptero colisionó contra el suelo y agradeció la explosión que acabó con su dolor y su vida. Se parecía mucho a una luz.

* * *

—Hemos perdido contacto con ellos, señor.

—¿Eso cree, soldado? ¡Mire a la izquierda!

Schow apuntó a una bola de fuego que brotaba en el horizonte, tras unos árboles.

—Joder —exhaló González mientras contemplaba el humo y las llamas—. Cancelemos la operación, coronel. ¡Volvamos a Gettysburg!

Schow se revolvió en su asiento. En su enrojecida frente palpitaba una vena.

—Capitán, permanezca sentado y vigile a nuestros prisioneros o por Dios que yo mismo le dispararé. ¿Entendido?

—Sí, señor.

González hundió el cañón de su pistola en el costado de Baker.

Schow cambió de frecuencia y se dirigió al convoy.

—¡Atención todos! Vamos a ser atacados de forma inminente, repito, de forma inminente. Quiero a todos los artilleros de las ametralladoras de calibre cincuenta en posición y francotiradores encima de los camiones ahora mismo. Vigilen a los civiles y que no escape ni uno. En cuanto al resto, quiero que todo el mundo esté preparado. ¡Vamos, caballeros!

La línea de vehículos se detuvo bruscamente y los soldados llevaron a cabo las órdenes. Los artilleros otearon el perímetro desde sus posiciones, atentos a cualquier señal de actividad. Recientes veteranos cuya única tarea antes del alzamiento era hacer ejercicios y simulacros olfatearon el aire, captando el inconfundible hedor del enemigo que se aproximaba.

No tuvieron que esperar mucho tiempo.

Los niños aparecieron al unísono desde la cima de una colina. Profirieron un horrible grito y se lanzaron a la carga, corriendo hacia la carretera que se encontraba ante ellos. Los soldados abrieron fuego y descargaron una cortina de fuego contra la horda, haciendo trizas su carne podrida. Sus miembros fueron arrancados de sus cuerpos y la carretera acabó cubierta de entrañas, pero siguieron avanzando. Los soldados apuntaron mejor y sus balas destrozaron varias cabezas; pero por cada zombi que caía, otro tomaba su lugar.

La risa de los niños muertos resonó sobre los disparos.

Blumenthal giró la torreta y gritó mientras la ametralladora tronaba:

—¡Lleva a las chicas al picadero!

Lawson sacó la pistola y condujo a Frankie y a Julie.

—¡Ya le habéis oído! ¡Vamos!

Julie se mantuvo firme.

—¡Queremos quedarnos con vosotros!

—Estaréis más seguras dentro del camión —insistió Lawson—, y además, si el coronel os ve aquí, hará que nos fusilen a todos.

Las condujo a través del caos. A su alrededor resonaban los disparos y los chillidos de los no muertos, y Frankie arrugó la nariz al oler la cordita y a los zombis.

Entonces vio a uno de ellos. Una niña, no mayor de seis años. Llevaba un osito de peluche destrozado. Su vestido estampado con flores estaba sucio y rasgado, y sus brazos y piernas, hinchados y ulcerados. Sonrió, mostrando sus encías ennegrecidas, y se abalanzó sobre ellos.

—¿Me dais un abrazo?

Lawson se interpuso entre el zombi y las mujeres y disparó. Una flor carmesí brotó de la frente

de la niña y se desplomó contra el suelo sin soltar al animal de peluche.

Temblando, Frankie se tapó los oídos, intentando aislarse del ruido. Pudo oír el llanto de su bebé en el fragor de la batalla. Deseó un poco de heroína, pero se obligó a descartar aquella idea.

—¡Vamos!

Lawson las empujó hacia delante, alejándose corriendo de los zombis que se adentraban en el perímetro. Atacaban desde tres puntos a la vez: la carretera, la colina y los bosques que rodeaban la autopista.

Abatió a cuatro criaturas más antes de llegar al camión. Movié la barra con rapidez e inmediatamente después abrió la puerta.

—¡Arriba!

—Déjame una pistola —le rogó Frankie.

—Créeme, nena, estarás más segura ahí dentro que fuera. Volveré a por vosotras en cuanto todo esto haya acabado.

Julie y Frankie subieron al camión y el soldado cerró la puerta de golpe. Frankie oyó el chasquido del cierre tras ella.

El interior del remolque no era como ella había esperado. Había una alfombra roja en el suelo y varias lámparas de queroseno emitían un brillo suave y tenue. Unos cubículos de oficina conformaban las habitaciones y cada una ellas contaba con una cama. Unas cuantas mujeres dormían a ratos, incluso con el estruendo de la batalla que se desarrollaba fuera. Salvo por sus ronquidos, el picadero estaba en silencio.

Entonces Frankie escuchó los gritos procedentes del fondo y el inconfundible ruido de carne chocando con carne.

—Eso es, así. Toma, zorrita.

Frankie reconoció aquella voz al instante. Julie le puso la mano en el hombro para contenerla, pero Frankie la apartó y se lanzó hacia delante.

Oyó otro golpe y esta vez los gritos de la chica fueron aún más altos. Después vinieron los sollozos de dolor y vergüenza.

Aimee.

Frankie entró de golpe en el cubículo mientras le rechinaban los dientes. Kramer estaba encima de la chica, aplastándola contra la cama con cada empujón de su pálido culo. Una mano estaba cerrada en torno a su garganta, y la otra, cerrada en puño. Frankie dio un paso y el soldado asestó otro golpe. El execrable sonido del puñetazo le revolvió las tripas a Frankie.

Aimee jadeaba, intentando respirar, mientras sus pupilas dilatadas miraban a ninguna parte. Finalmente, sus ojos se entornaron hacia arriba hasta quedar totalmente en blanco y arqueó la espalda hasta tal punto que Frankie pensó que iba a partírsele la columna.

—¡Eh, gordo!

Kramer se dio la vuelta sin quitarse de encima de la niña y sonrió.

—Oh, esperaba que estuvieses aquí, zorra. Tengo algo para ti.

Se apartó de Aimee, que había dejado de moverse. Frankie comprobó que tenía sangre en los muslos y aquello la llenó de ira.

—¿Qué tienes para mí, esa mierdecilla? —preguntó mientras señalaba al pene ensangrentado del sargento.

Kramer extendió un brazo hacia el montón de ropa que se encontraba a los pies de la cama y sacó una pistola.

—Entonces igual te follo con esto.

—Por lo menos es más grande.

Julie apareció detrás de ella.

—Frankie, no te enfrentes a él.

—Mantente al margen, Julie. Ve al frente y vigila la puerta; asegúrate de que ningún zombi intente entrar. —No dejó de mirar a Kramer—. No me gustaría que nos interrumpiesen.

—Así es —babeó él—. Mientras el resto hace prácticas de tiro, nosotros podemos divertirnos un poco.

Julie retrocedió, observando la escena con una mezcla de terror e incredulidad. Los ecos de la batalla provenían ya de todas partes y estaban salpicados por gritos de agonía y terror.

—Tus amigos están muriendo ahí fuera y tú sólo puedes pensar en mojarla —observó Frankie, burlona—. Menudo machote estás hecho.

—Ya te enseñaré ahora lo machote que soy, zorra. —La apuntó con la pistola—. Ponte de rodillas o te vuelo la cabeza.

* * *

—Me preguntó qué estará pasando —susurró Martin cuando el camión se detuvo.

Las balas silbaban en el exterior. Oyeron unos gritos ininteligibles y después más disparos, seguidos de varias pisadas a la carrera. Una explosión sacudió al camión entero.

—Deben de estar atacándonos —concluyó Jim mientras cambiaba de posición para devolver la sangre a las piernas, que se le habían dormido por la falta de actividad.

Algo golpeó uno de los lados del remolque y apareció un agujero del tamaño de una pequeña moneda por el que entró un rayo de luz. Se oyó un grito procedente de la oscuridad.

—¡Nos han disparado!

—¡Todo el mundo al suelo! —gritó Jim mientras arrastraba a Martin con él. Otra bala alcanzó al remolque, esta vez cerca del techo.

Haringa se ajustó las gafas.

—¿Qué coño está pasando?

Trepó por encima del resto hacia el rayo de luz, y cuando iba a inclinarse para otear el exterior, algo blanco e hinchado asomó por el agujero.

Un dedo. Un dedo muerto.

Oyó una risita y el dedo desapareció, dejando trozos de carne podrida enganchados en el metal.

Un puño se estrelló contra el remolque. Luego otro.

Jim se dio cuenta de que los disparos parecían estar alejándose de ellos.

Algo empezó a dar golpecitos en la puerta del remolque, tocando *Shave and a haircut*.

Antes de que pudiesen detenerlo, un hombre respondió con el final de la melodía.

Tan-tan. Dos toques.

La puerta empezó a temblar.

* * *

—Es como si nos hubiesen estado esperando —musitó McFarland, contemplando la matanza que estaba teniendo lugar a su alrededor—. Como si alguien les hubiese dicho que veníamos hacia aquí.

—Puede que así haya sido, capitán —le dijo Baker—. Los pájaros. Los murciélagos. He intentado hacerles entender que están poseídos por las mismas entidades que poseen a los humanos muertos.

—Chorradas —escupió González—. Si eso fuese cierto, ¿por qué no están infectados también los bichos, eh? ¿Cómo es que no hay mosquitos zombi volando por ahí, o moscas?

—No tengo todas las respuestas. Quizá los insectos no tengan suficiente fuerza vital, o quizá sus cuerpos sean demasiado frágiles, no lo sé. Sólo sé que cuando la energía, fuerza vital o alma, sea nuestra o de un animal, abandona el cuerpo para dirigirse allá donde vaya, esas cosas toman su lugar.

Schow se quitó los auriculares y, con un rápido movimiento, sacó la pistola y se la puso a Gusano en la sien. Gusano gimió e intentó alejarse del cañón, pero Schow le sujetó del pelo y tiró de él. Una gota de sangre se deslizó por el rostro del aterrado muchacho como una lágrima.

—Voy a proponerle una cosa, profesor. Vamos a probar su pequeña teoría ahora mismo. Sabía que esto iba a pasar, ¿verdad? ¡Nos ha tendido una trampa!

—No, Schow —respondió Baker, extendiendo las manos hacia él—, ¡no tenía ni idea! Vine por un camino distinto desde Havenbrook. ¿Y por qué iba a conducirlos a una trampa, poniéndonos a Gusano y a mí en peligro?

—¡Están por todas partes! —Gritó una voz por la radio—. ¡Repito, han atravesado el perímetro! Cuidado con el flanco, cuidado con el...

Se oyó un grito ahogado y después sonido de electricidad estática.

Schow se inclinó, abrió la puerta y arrojó a Gusano al exterior.

—¡Eiker!

Gusano rodó por la carretera. Cuando consiguió ponerse en pie, empezó a dar manotazos a la puerta. Schow la cerró de golpe y echó el cierre. Después apuntó a Baker con la pistola.

Cuatro niños rodearon a Gusano con una expresión de malicioso placer en sus rostros muertos.

—¡Eiker!

Schow se dirigió al conductor.

—Silva, dé la orden de retirada. Quiero que todos los hombres vuelvan a sus vehículos. Vamos a seguir avanzando y nos reagruparemos en Havenbrook.

Gusano empezó a arañar el Humvee y a aporrear frenéticamente la puerta. Entonces los niños se echaron encima de él.

Baker cerró los ojos pero no pudo evitar oír los gritos.

—Fíjate —apuntó González—, le han arrancado la garganta de un mordisco.

—Y la oreja —añadió McFarland—. Pero tampoco es que le sirviesen de mucho.

—Cabrones —sollozó Baker—. Cabrones de mierda, os veré arder. ¡Os veré arder a todos! ¿Cómo habéis podido hacer algo así?

—Vamos —ordenó Schow. El Humvee se puso en marcha con una sacudida.

Con los ojos cerrados y los puños apretados contra las orejas, Baker lloró.

—Pues mira —anunció González—, el retrasado debía de ser un bicho, porque no se vuelve a levantar.

Pero cuando atravesaron la colina y lo perdieron de vista, Gusano se alzó.

Capítulo 20

—¡Atrás, universitario de los cojones!

Miller empujó al asustado teniente, ignorando por completo el protocolo.

En la carretera, un soldado herido gritó cuando un grupo de zombis le abrió el estómago con sus propias manos, hundiéndolas en las calientes vísceras. Miller apuntó el M-16 hacia ellos y vació el cargador.

Agarró a un oficial que se encontraba en plena huida y lo atrajo hacia sí de un tirón. Éste tenía tanto miedo que gimió en cuanto notó que algo lo sujetaba.

—¿Dónde está el soldado de primera Kramer?

—No lo sé —tartamudeó el hombre—, la última vez que lo vi se dirigía al picadero y entonces todo se fue a la mierda y esas cosas mataron a Navarro y a Arensburg; y eran igualitas a mi hija, una de ellas era clavada a mi hija...

Miller tiró al hombre al suelo y éste se quedó tumbado, delirando.

«A la mierda Kramer, a la mierda Schow y a la mierda todo el mundo —pensó—. Esta operación es una cagada como un templo.»

Extrajo el cargador vacío, metió uno nuevo y disparó al teniente en la cara. Después hizo un gesto a un camión cisterna que pasaba por ahí y se subió a la cabina.

El conductor tenía el miedo reflejado en el rostro.

—Creo que deberíamos habernos quedado en Gettysburg, sargento.

—Tampoco habría supuesto mucha diferencia —contestó Miller con desdén. Bajó la ventanilla, vio un zombi y apretó el gatillo.

* * *

—¡Están intentando entrar!

Los hombres que se encontraban dentro del camión se dirigieron hacia la parte trasera, aplastando a todos aquellos que se encontraban en su camino a los lados del remolque. Martin resolló, agarrándose el pecho, e intentó hacer sitio para ponerse en pie.

—¿Estás bien? —le preguntó Jim.

El anciano negó con la cabeza, luchando por respirar.

Las puertas volvieron a temblar cuando los zombis forcejearon con la barra de metal que las mantenía cerradas. Se abrieron de golpe con un gran ruido y el remolque se llenó de luz y de los sonidos de la batalla... los sonidos de hombres muriendo.

«Son niños —pensó Jim—. ¡Tienen la edad de Danny!»

Los hombres que estaban más cerca de la puerta arañaron a quienes tenían detrás, pero no había espacio para moverse. Se apretaron unos contra otros mientras aquellas manos podridas se aferraban a ellos, arrastrándolos hacia la horda. Los zombis empezaron a subir al remolque mientras sus fauces hambrientas se abrían y cerraban con expectación.

Haringa se abrió paso hacia delante y pateó a uno de ellos en la cabeza, enviándolo de vuelta con el resto. Apuntó con la bota a otro, pero éste le sujetó la pierna y tiró de él hacia abajo. Los dientes de la criatura se hundieron en su extremidad y la sangre empezó a manar sobre sus pantalones vaqueros.

Más criaturas subieron a bordo.

* * *

—Ya me has oído, zorra. ¡De rodillas, joder, ahora!

Frankie obedeció, arrodillándose sobre el suelo alfombrado.

No dejó de mirar a Kramer.

El corpulento hombre dio un paso adelante, lascivo, con su pene todavía erecto apuntándole a la cara. Frankie tomó aliento y dejó que aquel miembro maloliente se deslizase por sus labios.

«Es igual que el resto.»

Kramer gruñó mientras deslizaba su pistola por la mejilla de la mujer.

—Recuerda —advirtió—, no hagas ninguna tontería o te mato.

Frankie no hizo ningún gesto para indicar que le había oído, pero empezó a moverse más

deprisa. Movi6 la cabeza atr6s y adelante cada vez m6s r6pido, como una profesional. Sintió c6mo se relajaba, dej6ndose llevar por ella, y continu6.

Bloque6 su olor, sus sonidos, cualquier pensamiento sobre Aimee y el ruido procedente del exterior. Estaba en su lugar privado y el mundo había dejado de existir. No había nadie m6s. S6lo ella...

... y su beb6.

Dese6 un chute, y la necesidad se mezcl6 con su asco y su odio a s6 misma.

Not6 que Kramer se tensaba: sus piernas estaban r6gidas y juntaba las rodillas. Gruñ6 y termin6 en su boca: en ese instante la pistola colg6, in6til, a su lado.

Frankie se desliz6 hasta la base del pene, sintiendo el vello p6bico cosquille6ndole la nariz.

Y mordi6. Con fuerza.

Kramer chill6.

Mordi6 hasta juntar los dientes, atravesando carne y m6sculo. Movi6 la cabeza adelante y atr6s y, con un tir6n brutal, la apart6 de 6l.

El miembro amputado colgaba de sus labios. Lo escupi6 hacia el suelo y Kramer grit6, contempl6ndolo con incredulidad. Con los ojos llenos de rabia, apunt6 a Frankie con la pistola mientras con la otra mano se cubría la destrozada pelvis. La sangre se escurri6 entre sus dedos, salpicando la alfombra.

Frankie sonri6 con los dientes cubiertos de rojo.

—Pues tampoco sería tan mala zombi.

—Zorra...

La pistola empez6 a temblarle hasta que, finalmente, Kramer se desplom6 al suelo sin quitar la mano de entre sus piernas, de donde no paraba de bombear sangre.

Frankie pis6 el cuerpo inerte justo cuando el camión volvi6 a moverse. Le quit6 la pistola de la mano, la apret6 contra su nuca y accion6 el gatillo.

Despu6s, se dirigi6 hacia Aimee. No se movía.

—¿Aimee?

Le cachete6 las mejillas con delicadeza. Despu6s le sujet6 el brazo e intent6 encontrarle el pulso. No pudo. Su piel cada vez estaba m6s fría. Frankie ahog6 un grito, dej6 caer los brazos de la niña y dio media vuelta.

Aimee abri6 los ojos y se incorpor6, balanceando las piernas.

—¡Frankie, cuidado! —grit6 Julie.

Frankie mir6 atr6s en el momento en que Aimee se abalanzaba sobre ella. Se apart6 y el zombi cay6 de bruces contra el cad6ver de Kramer. Frankie dispar6 y la bala atraves6 de lado a lado la garganta de la niña; la siguiente acert6 encima de uno de sus ojos y Aimee dej6 de moverse.

Julie estaba sollozando. El resto de mujeres se enteraron de la situaci6n y lloraron, confundidas y aterradas. Frankie cogi6 la esquina de una s6bana y se limpi6 la sangre de su cara y brazos.

Despu6s se dirigi6 hacia ellas.

—¿Y ahora qu6? —pregunt6 Julie.

—Estas puertas no pueden abrirse desde dentro —dijo Frankie—, as6 que esperaremos. Ayudadme a buscar m6s armas.

* * *

Jim intent6 desesperadamente abrirse paso a trav6s de la multitud, pero no fue capaz. Apart6 la mirada cuando el zombi mordi6 de nuevo a Haringa en la pierna y vio a los hombres gritando y aplast6ndose los unos a los otros en su desesperaci6n.

S6bitamente, el motor del camión gruñ6 y volvi6 a funcionar. El veh6culo empez6 a moverse con una sacudida brusca que hizo que tanto los zombis como los hombres que se encontraban m6s cerca de la puerta cayesen a la carretera. Jim s6lo alcanz6 a ver la mano estirada de Haringa antes de perderlo de vista para siempre. Únicamente quedaron sus gafas.

El camión aceler6, dejando atr6s a aquellos que habían caído al suelo. Dos criaturas todavía seguían a bordo, forcejeando con los prisioneros, con los chillidos de las ruedas de fondo.

Una de las zombis —una adolescente— hundi6 sus dientes en la nuca de uno de los hombres y

se quedó colgada de él mientras éste corría en círculos intentando quitársela de encima a puñetazos. Jim consiguió abrirse paso a través de la multitud y empujó al hombre y a la criatura a través de la puerta abierta. El otro zombi se encaró con él, pero perdió el equilibrio y cayó por el mismo hueco. Jim gritó de alegría al ver cómo se abría la cabeza contra la carretera.

Martin se acercó a él sin dejar de sujetarse el pecho.

—¿Y ahora? —alcanzó a musitar.

—Nos largamos de este camión.

El camión cogió velocidad y los zombis y sus víctimas fueron alejándose a medida que la línea amarilla trazada sobre la carretera iba convirtiéndose en un borrón.

—¿Vas a saltar?

—Eso mismo estaba pensando —dijo Jim, asintiendo—. Esperaré a que el camión frene en una curva o algo así y saltaré.

—Jim, esto no es una película. No podrás ayudar a Danny si te rompes una pierna en el intento.

—Tiene razón, señor. —Un hombre apareció ante él. Las uñas de uno de los niños zombi le habría dejado dos profundos surcos en las mejillas y se afanaba en limpiarlas de sangre—. Se haría papilla contra la carretera si saltase a la velocidad a la que vamos.

—Voy a intentarlo. ¡No puedo quedarme aquí quieto sin hacer nada!

—¿Y ellos? —Martin señaló hacia la puerta abierta.

Un jeep circulaba a toda velocidad tras ellos. El conductor le gritaba a la radio informando, quizá, de que las puertas del camión estaban abiertas.

—Aunque aterrizases bien, sospecho que te atropellarían o te dispararían. ¿Y cómo podrías ayudar a Danny entonces?

Jim le pegó un puñetazo a la pared del remolque.

El soldado del jeep disparó a un zombi que merodeaba por la carretera.

—Tampoco durarías mucho yendo a pie —continuó Martin—. ¿Cuántas de esas cosas hay ahí fuera? Tú mismo lo dijiste, Jim. Cuanto más nos acerquemos a las zonas pobladas, más habrá.

Jim no respondió. Se quedó mirando al jeep y después se dirigió a Martin:

—Quiero agradecerte todo lo que has hecho, amigo. —Estrechó la mano del predicador con fuerza—. No tengo palabras para expresar lo mucho que ha significado para mí.

Entonces, antes de que Martin pudiese pestañear, le soltó, dobló las rodillas y se dejó caer por la puerta del camión.

* * *

—¿Pero qué coño?

Ford se inclinó mientras el jeep que conducía giraba al carril izquierdo.

—¿Qué pasa, sargento?

—¡Alguien acaba de saltar desde el camión que tengo delante! —Cogió el micrófono de la radio—. Charlie-dos-nueve, aquí seis.

—Adelante, seis. Cambio.

—Sharpes, ¿qué coño está pasando ahí?

—Intentamos comunicarles que llevaban la puerta abierta, pero tienen la radio jodida. ¿Ha visto saltar a ese tío?

—Joder, si lo he visto. Ocupate de él.

Hubo una pausa y después se oyó:

—Sargento, ¿está seguro? ¿No cree que ya se ocuparán los zombis por nosotros?

—Ocupate de él antes de que los demás hombres del camión tengan la misma idea. Seis, corto.

* * *

Jim cayó hecho una bola, con los talones contra las nalgas y envolviendo las rodillas con los brazos. Su padre le había hecho una demostración de esa maniobra cuando era joven, mientras le contaba historias de paracaidistas aterrizando en las junglas de Vietnam.

Aterrizó en la hierba que crecía al lado de la carretera, golpeándose el lado izquierdo del cuerpo contra el suelo. Mil pequeñas agujas de puro dolor se le clavaron por todo el cuerpo mientras daba vueltas por la cuneta, sacándole el aire de los pulmones. Siguió rodando. Cuando intentó

volver a respirar, sintió como si algo se le clavase en el pecho.

Al fin se detuvo y acabó tumbado en un sumidero, vivo. Dolorido, pero vivo.

Cogió aire y, aunque seguía doliéndole hacerlo, esta vez era soportable. Consiguió incorporarse hasta ponerse a cuatro patas. No tenía nada roto, pero sangraba por la espalda y un costado y había vuelto a abrirse la herida de bala del hombro.

El camión se marchaba a toda velocidad, pero alcanzó a ver a los hombres vitoreándole, con los brazos en alto en señal de ánimo.

Entonces, una ráfaga de fuego de ametralladora salpicó el suelo, cerca de donde se encontraba, lanzando gravilla, tierra y esquirlas de roca en todas las direcciones.

Jim corrió hacia el bosque y el artillero ajustó la mira. Las balas impactaron contra el suelo que había pisado segundos antes, contra los árboles y los arbustos, mientras silbaban al hundirse en los espesos matojos y lanzaban espinas contra su cara y manos.

—Mierda —maldijo Sharpes—. He fallado.

El conductor negó con la cabeza, decepcionado.

—El sargento Ford no ha podido verlo, ese camión cisterna está en medio. ¿Quieres ir tras él de todas formas?

—Que le den, diremos que le hemos alcanzado. Además, con la de zombis que hay, ese cabrón estará muerto en cuestión de minutos.

La voz de Schow resonó por la radio.

—Tengan cuidado, hemos llegado al destino. Permanezcan a la espera.

* * *

Los vehículos que iban en cabeza frenaron a medida que el convoy entraba en el carril privado que conducía a Havenbrook. El cartel de la entrada rezaba, en el pasado:

LABORATORIOS NACIONALES HAVENBROOK EL MAÑANA, HOY HELLERTOWN,
PENSILVANIA SÓLO VEHÍCULOS AUTORIZADOS

Baker recordó que había pasado por delante de él mientras huía de Ob en dirección al sur. Desde entonces, alguien había ejercido el vandalismo con el cartel: algunas palabras habían sido cubiertas de pintura negra y se habían escrito otras nuevas con un spray de pintura. Decía:

RÍOS DE SANGRE EL MAÑANA ESTÁ MUERTO EL INFIERNO, PENSILVANIA SÓLO
VEHÍCULOS AUTORIZADOS POR AQUÍ, CARNE

Se detuvieron en la entrada. La verja de seguridad se extendía de izquierda a derecha y no había nadie en la garita. Schow sonrió sin apenas separar los labios.

—Bienvenidos a nuestro nuevo hogar, caballeros.

—Parece que está desierto —observó González.

—Según nuestro amigo no.

Schow dio una palmadita a Baker en la espalda y el científico respondió apartándose de él.

El resto del convoy fue deteniéndose tras ellos. El ataque les había costado dos Humvees y tres camiones de civiles. Schow aún no sabía exactamente cuántos hombres habían sobrevivido, pero consideraba que las cifras barajadas eran pérdidas aceptables. Lo único que le enfurecía era la pérdida irremplazable del helicóptero.

A una orden suya, los tanques avanzaron, apuntando sus torretas hacia la entrada.

Ni un movimiento.

* * *

—Nos hemos parado —dijo Frankie—. Preparaos. En cuanto abran las puertas, nos largamos.

—Tendrán armas... —replicó Julie.

—Y nosotras tenemos una —la interrumpió Frankie—, y además, prefiero tragarme una bala que la polla de otro de esos cerdos.

Vio que otras dos mujeres la estaban mirando.

—Yo también —le dijo una mujer portorriqueña llamada María—. Estoy contigo.

—Y yo —anunció la otra—. Estoy lista.

—¿Cómo te llamas?

—Meghan.

—Muy bien. —Frankie volvió a dirigirse a Julie—, María y Meghan están conmigo. ¿Y tú? Porque, si no, Julie, no eres más que la zorra que quieren que seas.

—No soy una zorra.

—Pues entonces sé una guerrera, joder. Pelea. ¡Vive!

Frankie apuntó a la puerta con la pistola y esperó.

* * *

—Bueno —preguntó McFarland—, ¿entramos con los vehículos por la entrada principal?

Schow dejó escapar una breve risa.

—¿Qué opina, profesor? —Agarró del pelo a Baker y tiró de él hacia arriba—. ¡Mírame cuando te hable! Y bien, ¿qué sugiere? ¿Hay algo que debemos saber antes de entrar?

—¡No os diré nada!

Baker inhaló profundamente y le escupió.

Schow arqueó las cejas y retiró con calma el escupitajo del águila plateada de su hombro.

—Entonces ya no nos sirve para nada.

Hizo un ademán de sacar la pistola de la funda.

—Coronel Schow, aquí Charlie-dos-siete.

Silva cogió el auricular y miró, confundido, a los oficiales.

McFarland respondió por él.

—Adelante, sargento Michaels.

—Señor, tenemos a los zombis del orfanato acercándose por nuestra retaguardia. Redujimos su número en la última escaramuza, pero sospecho que se les han unido varios de nuestros hombres.

—¿A cuánto están?

—A un par de kilómetros. Se acercan a pie. Señor, hay tantos que quizá sería mejor no tener que combatirlos en campo abierto.

Sin soltar ni su pistola ni a Baker, Schow asintió mirando a McFarland.

—Primero que entre uno de los tanques, pero dígales que no tiren la verja, parece que la necesitaremos. Cuando el tanque haya entrado, envíe una unidad tras él. Si la entrada y las inmediaciones son seguras, iremos entrando los demás.

—Sí, señor —contestó McFarland antes de transmitir las órdenes por la radio.

Schow tiró a Baker del pelo con brusquedad. Aunque el científico intentó no gritar, no pudo evitarlo.

—El gobierno de Estados Unidos agradece su colaboración, profesor.

Baker esbozó una mueca de desprecio.

—Vete al infierno, basura infecta.

Schow levantó la pistola hasta la altura de su cabeza y se detuvo, pensando.

—Capitán, retrase la orden. Mantenga el tanque a la espera.

—¿Señor?

—Vamos a dejar que el profesor Baker entre antes que el tanque.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. Comuníquelo.

McFarland transmitió las órdenes entre carcajadas.

Schow abrió la puerta e hizo un gesto a Baker, a quien todavía sujetaba del pelo, para que entrase.

—Es fácil, profesor. Sólo tiene que llamar.

* * *

Los soldados volvieron a cerrar la puerta en cuanto el convoy se detuvo. Martin y el resto se acurrucaron en la oscuridad, oteando a través de los agujeros de bala y escuchando lo que ocurría en el exterior.

Martin ignoró los murmullos de miedo de sus compañeros y pensó en Jim. Sabía que Dios había protegido a su amigo de todo mal, al menos hasta que saltó desde el camión. Cuando le perdió de vista, estaba de pie y caminando.

¿Pero adónde iría su amigo? ¿Cuántos zombis habían participado en el ataque y cuántos de ellos

rondarían aún por la zona? ¿Cuántos soldados habían muerto a sus manos y cuántos de ellos habían pasado a engrosar sus filas?

Jim tenía que desplazarse a pie, no llevaba armas y estaba solo, rodeado por los muertos vivientes. Lo único que tenía a su favor era su resolución y el amor que sentía por su hijo.

Martin agachó la cabeza y empezó a rezar con más ahínco que nunca antes en su vida.

* * *

Baker consideró sus opciones. Si se negaba a obedecer a Schow, le dispararía ahí mismo. Por otra parte, si volvía a entrar en Havenbrook, podría cruzar la entrada corriendo y esconderse en uno de los edificios. Sin embargo, si su teoría con respecto a Ob era correcta, el complejo le depararía un destino aún peor... un fin a manos de los muertos vivientes.

Se dirigió hacia la entrada mientras Schow y González le apuntaban con sus armas. Se sentía ligero, como si estuviese encima de una cinta transportadora en vez de caminando. Sus sentidos estaban a flor de piel: notaba el sol en la nuca y el pelo le dolía allí donde Schow había tirado de él. Reinaba el silencio, como si el entorno estuviese conteniendo la respiración. No se oían pájaros o insectos, vivos o muertos. De pronto, oyó una radio encenderse tras él. Alguien dio una señal y escuchó un cargador introduciéndose en un arma.

Se encontró enfrente de la garita. Durante años pasó por delante de aquella entrada dos veces al día, pero cuando huyó de Havenbrook, días atrás, jamás esperó volver a verla. Conocía a los guardias por su nombre, les preguntaba por sus mujeres e hijos y les daba primas por Navidad. ¿Dónde estarían ahora? ¿Dentro, quizá, escondidos entre las sombras? ¿Esperándole?

No, aquella idea era simplemente ridícula. Si hubiesen vuelto a su puesto tras ser reanimados, los habría visto al escapar. Pero claro, entonces, ¿quién había escrito sobre el cartel? La pintura era reciente... muy reciente.

Escuchó el sonido de la electricidad estática y otro crujido de una radio cercana, así como el motor del camión, que le seguía de cerca.

—¡Vamos, profesor! —Gritó Schow—. No tenemos todo el día. ¡Se acercan por la retaguardia, así que en cinco segundos empezaré a disparar! Venga, ¡imagínese que está vendiendo galletas de las Girl Scouts!

Sus palabras fueron recibidas con carcajadas por parte de los soldados.

Baker tomó aliento, lo contuvo y pensó en Gusano.

—Lo siento —repitió una y otra vez, como un mantra. Y así, caminó a través de la entrada.

Capítulo 21

Como tenía el viento en contra, Jim los escuchó antes de olerlos. Sus gruñidos y maldiciones resonaban por todo el bosque. Las hojas crujían bajo sus pesados pies a medida que avanzaban hacia su ubicación tras haber perseguido al convoy. Un pájaro vivo levantó el vuelo desde su refugio en las ramas altas, asustado. Segundos después, chilló cuando otra ave no muerta lo cazó en el aire.

Jim echó un vistazo alrededor con el corazón latiendo a toda prisa y los sentidos totalmente alerta. Avanzaría más deprisa por la carretera, pero no tendría donde ocultarse y se convertiría en un objetivo a plena vista. El bosque ofrecía protección, pero la espesa vegetación que le ayudaba a ocultarse también lo retrasaba.

Oyó algo dirigiéndose hacia él y se paró en seco, conteniendo la respiración. Pudo oler el hedor rancio del zombi cuando pasó a su lado, tan cerca que podía oír las moscas zumbando bajo su piel.

La criatura pasó de largo, dirigiéndose hacia la carretera. Jim exhaló rápidamente y esperó a dejar de oírla. Cuando creyó que era el momento, salió de su escondrijo y echó a correr.

Inmediatamente después, oyó un grito ronco tras él. Le había visto.

—¡Ven, cerdito, cerdito, cerdito!

Jim se abrió paso a través del follaje, corriendo en paralelo a la carretera. Las ramas le asestaban latigazos en la cara y las raíces nudosas amenazaban con hacerle tropezar a cada paso. Las hojas muertas crujían bajo sus pies, llamando aún más la atención.

Un cadáver surgió de entre los arbustos delante de él y tuvo que girar hacia la derecha, alejándose de la carretera, para esquivarlo. El zombi le persiguió torpemente, arrastrando una pierna inútil; colocó una flecha en un arco compuesto de fibra de vidrio y la lanzó en su dirección. El proyectil silbó sobre su cabeza hasta terminar clavado en un viejo roble.

Otro zombi empezó a perseguirle, y, aunque Jim no lo sabía, aquel cadáver era el de Gusano.

—¡Oy a o' ti!

Se abalanzó hacia él con la lengua revolviéndose en su boca como un pez muerto.

Jim atravesó un amasijo de arbustos de moras y siguió corriendo. La camisa se le quedó enganchada en las espinas y tuvo que quitársela para poder liberarse, por lo que quedó colgada como una bandera.

Trepó por una colina cubierta de maleza, se agachó y agarró una rama caída. Era tan larga como un brazo y sólida al tacto.

Una marmota, cuyas vísceras asomaban por un agujero en su costado, chilló rabiosa y lanzó varios mordiscos al aire cerca de sus talones. Jim blandió la improvisada porra contra la cabeza de la criatura, pero ésta esquivó el golpe dando un paso atrás. El segundo ataque fue aún más potente y la cabeza del animal reventó de tal forma por la fuerza del impacto que uno de sus ojos salió disparado de su órbita.

Gusano estaba pisándole los talones. Jim subió hasta la cima de la colina y se preparó para enfrentarse a él.

El bosque siguió vomitando zombis, que se dirigían hacia su posición. Primero seis, luego una docena. Después, dos docenas. Pudo oír a más seres atravesando la espesura y dirigiéndose en tropel hacia la carretera de la izquierda.

Gusano intentó darle un zarpazo, pero Jim le pegó un empujón que lo hizo caer colina abajo hasta chocar contra otras tres criaturas que se desplomaron sobre el verde suelo.

Volvió a blandir la porra, que impactó contra la mandíbula de otro zombi. Se oyó un chasquido y Jim gritó de alegría... hasta que se dio cuenta de que lo que se había roto no era la mandíbula, sino su arma.

El palo había pasado a ser una lanza, así que Jim lo utilizó como tal, estocando al ojo icterico de la criatura. Empujó con todo el peso de su cuerpo y oyó cómo el palo penetraba la membrana con un chasquido y se hundía en el tejido blando del cerebro. Jim tiró del palo con fuerza, pero fue incapaz de sacarlo, ya que estaba completamente encajado en el cráneo del zombi. Así que lo soltó, dio media vuelta y siguió corriendo.

Volvió a dirigirse hacia la carretera, buscando desesperadamente un vehículo abandonado o, al menos, un arma que se hubiese quedado sin dueño durante la batalla. Recorrió casi medio kilómetro hasta tropezar con un soldado herido.

El hombre estaba recostado, con la espalda apoyada en un roble. Uno de sus brazos colgaba inútil en uno de sus lados y tenía las piernas rotas y cubiertas de mordiscos. Sorprendentemente, y pese al daño, estaba vivo.

Tras un instante, Jim le reconoció.

—Eh, tío —le rogó el soldado—, échame una mano. Tengo que volver a la unidad y encontrar un médico.

—Eres el soldado Miccelli, ¿verdad?

El hombre entrecerró los ojos con una mezcla de sospecha y sorpresa.

—Sí —jadeó—, ¿y tú quién eres?

—Jim Thurmond. Te recuerdo de esta mañana, deja que te ayude.

Se arrodilló e inspeccionó las piernas de Miccelli. Un pedazo de hueso astillado asomaba a través de su gemelo y Jim lo tocó con la punta del dedo.

Miccelli gritó, hundiendo sus dedos en la tierra y las hojas.

—¡Shhhh! —le advirtió Jim—. Van a enterarse de dónde estás. ¡Están por todas partes!

—Me cago en la hostia, tío, ¡ayúdame! ¿Qué coño te pasa?

Jim apartó el fusil de Miccelli con el pie, fuera del alcance del soldado.

—Llegarán aquí en cosa de un minuto, así que tendré que protegernos a los dos. ¿Cómo se maneja este cacharro?

Gruñendo de dolor, Miccelli explicó cómo funcionaba el arma y cómo cambiar el cargador. Satisfecho, Jim se puso de pie y le apuntó con ella.

—¿Pero qué haces, tío?

—Esta mañana, cuando te llevaste al profesor Baker antes de que subiésemos al camión, me preguntaste una cosa. ¿Recuerdas qué? ¿Eh? —Miccelli negó con la cabeza rápidamente—. Me preguntaste si quería que me pegases un tiro y me dejases tirado, ¿te acuerdas?

—Eh, tío, ¡no jodas! —había abierto los ojos de par en par al comprender quién era. Le enseñó las manos en un gesto de rendición—. ¿Por favor? ¡No me jodas, tío! ¡Si vas a dispararme, dispárame en la puta cabeza! ¡No me dispaes en la tripa! ¿Qué ganarías con eso?

—Quería encontrarme con mi hijo y tú te interpusiste en mi camino.

Apretó el gatillo rápida y suavemente y los gritos de Miccelli se perdieron bajo el estruendo.

La sangre empezó a manar de su abdomen y se llevó las manos a los intestinos, tratando de contenerlos. Los tendones de su cuello y cara se tensaron al máximo por el dolor. Empezó a temblar y a castañetear los dientes.

—Hijo de puta —gimió—. Hijo de la gran puta.

—Cuéntame, Miccelli, ¿qué se siente cuando te pegan un tiro y te dejan tirado?

Jim huyó a la carrera mientras los zombis, atraídos por el disparo y los gritos de Miccelli, se dirigían hacia ellos.

Atravesó el follaje hasta llegar a la carretera y miró atrás. Les llevaba bastante ventaja a los zombis, pero aún podía verlos dirigiéndose sin demora hacia Havenbrook.

«Espero no tener que enfrentarme a todos esos.»

Desde el bosque, los gritos de Miccelli empezaron a aumentar de volumen, salpicados por las horribles carcajadas de los zombis. Pero también se oyeron los pasos de otras criaturas que se dirigían hacia su posición, pues sólo unas pocas se habían detenido a devorar al moribundo. El resto seguía avanzando. ¿Por qué? ¿Adónde iban? Después de pensarlo, concluyó que debían de estar siguiendo al convoy. Sólo un puñado de criaturas iban armadas, pero todo parecía indicar que querían seguir luchando.

Como si siguiesen órdenes de alguien...

La idea le aterró. Se colgó el fusil y echó a correr. En el pasado solía reírse de las escenas de las películas de terror en las que la víctima corría por la carretera en vez de esconderse en el bosque, pero se encontró haciendo exactamente lo mismo.

Los gritos de Miccelli le acompañaron. Más tarde se convirtieron en gemidos y, finalmente, se desvanecieron.

* * *

Encontró el tronco vacío de un roble que había sido alcanzado por un rayo hacía mucho tiempo y se escondió en su corteza seca y podrida. Esperó, al filo de la carretera, escondido en el interior del árbol, hasta que el tambaleante y podrido ejército pasó de largo.

Los zombis incluían entre sus filas a todo tipo de gente. La mayoría eran niños y adolescentes del orfanato, pero un grupo de residentes de Hellertown e incluso media docena de los soldados de Schow avanzaban también hacia su destino. Negros, blancos, hispanos y asiáticos... la muerte no hacía distinciones. Unos llevaban armas, mientras que otros sólo contaban con su hambre voraz, que casi parecía flotar sobre ellos como una amenazadora nube. Algunos se movían rápidamente en tanto que otros avanzaban despacio, con sus miembros inutilizados o directamente amputados. Uno de ellos estaba en un estado particularmente lamentable, tanto, que un jirón de carne se desprendió de su pierna y quedó tirado en la carretera como una piel de plátano.

Estaban por todas partes, a su alrededor, así que Jim se acurrucó todo lo que pudo en el interior del árbol. Si le encontraban, todo habría sido en vano: su escondrijo no ofrecía ninguna salida.

Finalmente, tanto su hedor como sus gritos se desvanecieron. Se habían ido, acercándose cada vez más al que sin duda era su destino: Havenbrook.

Abandonó el árbol poco después y atravesó un pantano en el lado opuesto de la carretera. Si iba a tener lugar un enfrentamiento entre los zombis y las tropas de Schow de un momento a otro, podría pasar de largo sin llamar la atención y dirigirse hacia el norte. Si consiguiese encontrar un coche, estaría con Danny en una hora, quizá un poco más.

Avanzó a través de las aguas estancadas, que le cubrían hasta los tobillos, mientras apartaba los juncos con las manos. Se alegró de que Martin no estuviese con él: al anciano le habría resultado muy complicado avanzar en aquel pantano.

Le vino a la memoria un recuerdo: su conversación en el dormitorio de Clendenan, mientras Delmas descansaba.

«Quizá sea así como tienen que salir las cosas, Jim. Yo puedo quedarme con ellos y tú puedes seguir tu camino.»

»"No, Martin, no puedo dejarte aquí. Elegiste venir conmigo, me ofreciste tu amistad y tu apoyo. No estaría bien."»

Pensó en Baker y en lo que le dijo mientras Miccelli se lo llevaba por la fuerza.

«Su hijo está vivo. ¡Yo también puedo sentirlo!»

Dio otro paso y de repente un brazo blanco y pálido emergió del pantano y le agarró de la pierna. El zombi se incorporó, vertiendo agua negra de su boca, nariz y orejas. Jim no quería llamar la atención con un disparo, así que cogió el M-16 y, con un rápido movimiento, estrelló su culata contra la cabeza de la criatura. Repitió el gesto una y otra vez, golpeando sin parar, martilleando a la criatura de vuelta al fondo cenagoso del humedal.

«No necesitan aire, ni respirar. Así que se quedan en el fondo, esperando a que alguien pase cerca de ellos. Aún hay tanto que no sabemos de ellos...»

¿Lo habría descubierto ya Baker?

Volvió a ponerse en pie, jadeando.

Danny estaba ante él. Sus amigos, detrás.

Dio media vuelta y se dirigió corriendo hacia Havenbrook, maldiciendo a las hierbas mientras las apartaba. Avanzó a través de las hojas y los nenúfares y empezó a rezar.

—Dios, no estoy seguro de seguir creyendo en ti, pero sé que Martin sí, así que espero que recompenses su fe cuidando de él. Por favor, haz que él y Baker y los demás estén a salvo. Y por favor, por favor, Dios, cuida de mi hijo. Estoy muy cerca. A punto de llegar. Protégelo un poco más.

Capítulo 22

Baker pasó por delante de la solitaria y silenciosa garita. El único sonido era el de sus pisadas sobre la grava y los motores al ralentí de los vehículos y los tanques. Cruzó el umbral de la entrada y dejó escapar un suspiro que no sabía que estuviese conteniendo.

«Quizá me equivoqué. Puede que el cuerpo de Powell se haya podrido del todo y Ob se haya visto obligado a volver al Vacío y ocupar otro.»

Siguió caminando. La quietud del lugar era ominosa, hasta el punto de que Baker empezó a sentir el miedo en su interior. Algo iba mal. No tenía forma de describirlo, pero estaba seguro. Podía sentirlo en el aire.

A su izquierda había edificios vacíos y hangares. A su derecha, el aparcamiento para empleados, en el que sólo había unos cuantos coches abandonados. Ante él, las ventanas rotas de los bloques de oficinas lo contemplaban como si fuesen ojos. Echó la vista atrás, hacia el ejército, y mantuvo el paso en dirección a los edificios.

Entonces vio algo moverse fugazmente tras las ventanas.

Baker se detuvo. Olfateó el aire y olió la podredumbre.

La criatura que antaño había sido su compañero y ahora se hacía llamar Ob asomó de entre los edificios. Baker detectó movimiento por el rabillo del ojo: había zombis en el interior de los coches, tras los árboles, incluso en el fondo de la fuente, cuyas aguas empezaron a moverse y ondear.

Sabía que Schow no podía verlos. Los zombis seguían escondidos, de modo que nadie pudiese verlos desde más allá de la verja. Ni siquiera sus escáneres y demás aparatos llegarían a detectarlos, ya que no reconocerían a los cadáveres.

Ob sonrió y aquella terrible mueca abrió el rostro de Powell por la mitad.

Schow no podía verlos. Schow no podía ver el lanzacohetes que Ob sujetaba en sus manos.

—¡Todo despejado, coronel! —Gritó Baker—. ¡Creo que se han marchado!

Tras él, los tanques empezaron a dirigirse hacia la entrada.

Ob asintió, esperando.

Baker se agachó y rezó por una muerte rápida.

* * *

—Todas las unidades, ¡en marcha!

Los Humvees, los vehículos de transporte y los tanques avanzaron al unísono, escoltados por soldados a pie con las armas preparadas. El movimiento de su vehículo, que dejaba tras de sí nubes de polvo, tranquilizó a Schow.

Atravesaron la entrada como hormigas y Schow se sorprendió al descubrir que tenía una erección...

... hasta que el primer tanque reventó en una explosión de fuego naranja y metralla.

—¿Pero qué coño?

—¡Nos están atacando! ¡Repito, nos están atacando!

—¡Coronel, tienen armamento antitanque!

—¡No me diga, McFarland! ¿En serio? ¡Dé la orden de retirada!

—Señor, el sargento Ford nos informa de que los zombis se aproximan a nuestra retaguardia. Se acercan por la carretera.

El sonido de la batalla resonó a su alrededor: los tanques, los fusiles y las ametralladoras rugían al unísono, creando tal escándalo que parecía insoportable para el oído humano. Los zombis avanzaron hacia la tormenta de acero y fuego, pero, a medida que caían, otros ocupaban su lugar. Al contrario que en el ataque anterior, esta vez las fuerzas de Ob estaban armadas. Dispararon en todas direcciones, dispuestas a plantar cara a los soldados.

Los hombres corrían por todas partes: se retiraban, avanzaban y volvían a retirarse una y otra vez. La mayoría había cruzado la verja y estaba ya dentro de Havenbrook, mientras que otros huyeron hasta encontrarse con las criaturas que se dirigían hacia su retaguardia formando un muro impenetrable.

—Estamos rodeados —dijo Schow, indignado. Sus oficiales se quedaron mirándolo, sin saber qué hacer.

Una salva de balas se estrelló contra el vehículo de mando y González y McFarland dieron un salto.

Schow rió.

—¡Ya era hora! ¡Por fin tenemos un combate de verdad entre manos!

Abrió las puertas del vehículo y salió corriendo hacia el fragor de la batalla.

* * *

Una explosión empujó el remolque y las puertas se abrieron de golpe.

Frankie colocó la pistola ante el rostro asustado del soldado Lawson.

—¡Eh! —gritó—. ¿Qué pasa?

—¿Dónde está el Humvee? —preguntó.

—Lo lleva Blumenthal, está de camino. Hemos venido a por Julie y a por ti. ¡Ahí fuera todo se está yendo a la mierda! Oye, ¿te importa quitarme esa cosa de la cara?

Frankie le disparó justo entre los ojos, dejándole una expresión de sorpresa en el rostro antes de que se desplomase contra el pavimento.

—¡Vamos!

Bajó del remolque de un salto y le quitó el fusil a Lawson. Julie y el resto de mujeres la siguieron.

Un grupo de zombis se dirigió hacia ellas con sus fusiles y pistolas preparados. Antes de que cualquiera de los dos bandos llegase a disparar, el Humvee de Blumenthal apareció derrapando y atropelló a los zombis. Los cuerpos crujieron bajo las ruedas y quedaron debajo del vehículo cuando el soldado frenó hasta detenerlo por completo.

Se quedó mirando al grupo de mujeres armadas, pero, antes de que pudiese reaccionar, Frankie abrió la puerta y le disparó. Empezó a gritar y trató de echar mano a la pistola antes de recibir hasta tres balazos más en la cabeza. Una vez muerto el conductor, Frankie subió al asiento del copiloto y sacó el cadáver por la puerta abierta. Julie y María la siguieron.

Meghan estaba a punto de subir cuando, de pronto, gritó. Uno de los zombis que se encontraba debajo del Humvee le había agarrado una pierna y estaba mordiéndole el tobillo. A medida que mordía con más intensidad, moviendo la cabeza como un perro rabioso, la sangre empezó a manar sobre sus mejillas.

Meghan cayó de espaldas y golpeó a la criatura con sus manos. Frankie se inclinó sobre Julie, puso la pistola sobre la cabeza del zombi y apretó el gatillo.

—Súbela —ordenó—. Y ahora, a ver si me acuerdo de cómo iba esto.

El vehículo arrancó de golpe, lanzando a sus ocupantes hacia delante, pero Frankie acabó acostumbrándose y fue capaz de manejarlo con soltura.

—¡Conduce hacia el campo! —Gritó Julie—. Esta cosa tiene tracción a las cuatro ruedas, ¿verdad?

—Antes tenemos que sacar a los demás de los camiones —repuso Frankie, dirigiéndose hacia un remolque—. No podemos dejar atrapada a toda esa gente.

Paró enfrente del vehículo, de modo que la puerta del copiloto del Humvee estaba a la misma altura que la del camión.

—¡Sal y abre la puerta!

—¡No puedo! —Gritó Julie—. ¡Está cerrada con una especie de barra de metal!

Una bala pasó silbando sobre sus cabezas y otra impactó en la puerta del camión. Frankie pudo oír en su interior los gritos de socorro de la gente, que golpeaba frenéticamente las paredes.

Empezó a rebuscar por el suelo del vehículo hasta dar con unas tenazas.

—Usa esto, deberían poder cortarla.

Julie abrió la puerta y se dirigió hacia el remolque mientras Frankie y María disparaban fuego de cobertura, apuntando a zombis y soldados por igual.

—¡Me duele el tobillo! ¿Y si lo tengo infectado?

—Aguanta, Meghan —gritó Frankie por encima del hombro—, ¡porque ahora estamos un poco

liadas!

Julie cortó la barra y abrió las puertas. Se dirigió de vuelta al Humvee mientras la gente salía en tropel del remolque.

—¡Vamos!

Frankie condujo hasta el siguiente camión y repitieron el proceso. Este contenía a muchas de las mujeres, y Frankie respiró aliviada al ver salir a Gina. Julie acompañó a la asustada mujer hasta el Humvee y Frankie arrancó una vez más.

Echó un vistazo al espejo retrovisor y vio algo aterrador: los cautivos liberados cayeron presa de los muertos, que a su vez estaban siendo tiroteados por los hombres de Schow. Un zombi y una mujer que se encontraban en pleno forcejeo fueron acribillados por un soldado, que a su vez fue arrojado al suelo por una multitud de civiles.

Después, los zombis cayeron sobre ellos. Los tres bandos se fundieron en un truculento combate cuerpo a cuerpo.

Muchos de los cautivos se dedicaron a liberar a otros, utilizando palos, piedras y hasta sus dedos para partir las barras de hierro que mantenían cerradas las puertas de los remolques. Varios camiones explotaron antes de que la gente que se encontraba en su interior pudiese salir, matando a los cautivos y a quienes iban a socorrerlos. El olor de la carne quemada se mezcló con el del humo acre de la batalla y el hedor de los no muertos.

Un soldado corrió hacia ellas con las ropas en llamas y el lado derecho de la cara carbonizado. Agitó los brazos, rogando que se detuviesen.

Frankie lo atropelló, cerrando los ojos cuando su cuerpo crujió bajo las ruedas.

Julie tembló.

—¡Vamos a largarnos de aquí!

—Esperad, ¿y Aimee? ¡Frankie, por favor, tenemos que encontrarla!

Frankie tragó saliva y frenó. Sujetó el volante con fuerza y fue girando la cabeza hacia atrás hasta tener cara a cara a la destrozada madre.

—Gina —empezó, intentando encontrar las palabras—. Está...

—No. No, no, no, no, ¡no lo digas! ¿Cómo puedes decir eso? ¿La has visto?

—Kramer estaba con ella en el picadero. Le... le hizo cosas.

Antes de que Frankie pudiese terminar, Gina abrió la puerta y corrió a través del campo de batalla hacia el picadero.

—¡Gina, vuelve aquí! ¡Julie, deténla!

Julie corrió tras ella, maldiciendo. Frankie puso el Humvee en marcha y se dirigió tras ella.

—¡Meghan, cierra la puerta de Gina!

La mujer herida se incorporó, agarró la manilla con las yemas de los dedos y volvió a desplomarse.

Frankie contempló horrorizada cómo una segunda bala remataba a la mujer.

Pisó a fondo el acelerador y el cuerpo muerto de Meghan se escurrió hasta el suelo. Frankie echó un vistazo alrededor, buscando a Gina y a Julie, pero no había ni rastro de ellas entre la matanza. Se adentró en la batalla sin darse cuenta de que estaba llorando.

* * *

Al artillero le faltaba la mandíbula inferior y parte de la garganta, y el sargento Ford sabía que era cuestión de tiempo que el cadáver volviese a moverse. Trepó hasta el asiento del techo, apartó el cuerpo y lo tiró al suelo sin ningún miramiento. Después, colocó su corpachón tras la ametralladora de calibre cincuenta, la apuntó hacia atrás y abrió fuego.

Las criaturas llegaban de todas partes. Se arrastraban por todas las direcciones y Ford abrió los ojos de par en par al comprobar que algunos zombis eran sus propios hombres, muertos y olvidados durante el ataque en el orfanato.

—¡Venid aquí, cabrones! ¡Venid a por mí!

Hizo una pasada con la ametralladora, acribillando las filas de los zombis con pesadas balas, destrozando a varios y cortando a otros en pedazos. Los heridos —aquellos que habían perdido miembros o que tenían la espalda rota— se revolvían por el suelo, arrastrándose hacia el

combate.

Las criaturas devolvieron los disparos y las balas rebotaron contra el grueso blindaje del arma. Ford se mantuvo agachado y siguió disparando sin parar mientras las criaturas avanzaban. El arma cada vez estaba más caliente y el humo empezaba a quemarle los ojos.

Algo profirió un chillido sobre su cabeza. Puso las manos en alto para protegerse y un pájaro negro se dirigió en picado hacia él, apuntando sus garras hacia los ojos de su presa. A Ford le entró el pánico y se puso en pie, braceando hacia la criatura mientras los zombis que estaban en tierra abrían fuego.

Ford se agitó mientras las balas atravesaban su cuerpo. Intentó gritar, pero sólo consiguió emitir un pequeño gorjeo. Se tambaleó hacia la ametralladora y los zombis respondieron con una segunda ráfaga.

Se llevó las manos a las heridas, perdió el equilibrio y cayó al suelo, aterrizando sobre el artillero muerto.

Mientras la vida se le escapaba por los agujeros de bala, el artillero empezó a retorcerse debajo de él.

Por suerte, Ford murió antes de que empezase a devorarlo.

* * *

—¡Vamos! ¡Si vais a morir, morid como hombres!

Salieron en masa del remolque y, segundos después, Martin escuchó los gritos. Se apoyó contra la pared negra, aterrado ante la idea de lo que estaba ocurriendo en el exterior.

Uno de los salmos comenzó a sonar en su cabeza, así que se puso a recitarlo con voz trémula mientras los demás hombres se arrojaban a la contienda.

—Mi corazón duele en mi interior y terrores de muerte sobre mí han caído.

Un chirrido horrible le interrumpió cuando algo colisionó violentamente contra el remolque.

—El miedo y el temor se ciernen sobre mí y el terror me abrume. ¡Quién tuviese alas, como las de una paloma! Pues así podría yo volar y descansar.

Algo explotó en el exterior y el remolque tembló. Se sujetó apoyando una mano contra la pared y abrió los ojos. El camión había quedado vacío y los hombres morían a su alrededor.

—Apresurárame a escapar del viento y de la tormenta.

Escuchó disparos seguidos de gritos y algo húmedo cayó al suelo.

—Yo a Dios clamaré, y el Señor me salvará.

—No. No lo hará.

La criatura dejó escapar una carcajada mientras subía al camión. Se arrastró hacia Martin, que contempló horrorizado el alzacuello de sacerdote que se hundía en la carne hinchada de su garganta.

—No te salvará, como tampoco me salvó a mí.

—Por supuesto que Dios no te salvó —dijo Martin, apoyándose contra la pared—. Pero salvó el alma del hombre cuyo cuerpo has usurpado. Tu profanación no significa nada. ¡Puede que hayas ocupado el cuerpo de un hombre de Dios, pero no pudiste tocar su alma!

El zombi siseó y se llevó la mano a sus desgastadas ropas, tras lo cual sacó un gran cuchillo de cocina cuyo filo brilló en la oscuridad. Avanzó hacia Martin haciendo cortes al aire. En el exterior, la batalla continuaba.

—Sí. Tu especie va al cielo, pero la nuestra no puede disfrutar de ese lujo. Nosotros vamos al Vacío. Y no tienes ni idea de cuánto tiempo hemos sufrido allí, esperando nuestra liberación. Rechinamos nuestros dientes, gritamos y esperamos hasta el día del alzamiento.

Martin repitió el verso:

—Yo a Dios clamaré, y el Señor me salvará.

El sacerdote zombi gruñó a medida que se acercaba.

—Será mejor que no ofrezcas resistencia. Eres uno de los suyos, como lo fue este cuerpo que ahora habito. Tardaré poco para que uno de mis hermanos pueda unírseos a través de ti y predicar un nuevo evangelio.

Martin inhaló profundamente.

—En paz redimiré mi alma de la guerra que hay contra mí, pues son muchos los que están contra mí.

La criatura cargó, blandiendo el cuchillo ante su estómago. Martin se apartó de la trayectoria del arma y agarró a la criatura por las muñecas; forcejearon hasta caer al suelo y el zombi acabó encima de él. Martin gimió, luchando con todas sus fuerzas mientras el zombi empujaba el cuchillo hacia su garganta.

—Devoraré tu hígado —dijo, echando su hediondo aliento sobre Martin—. Llevaré tus intestinos como un collar y se los daré a quien pronto habitará en ti.

Debilitados por la edad y el miedo, los brazos de Martin empezaron a ceder. El cuchillo estaba cada vez más cerca, a escasos centímetros de su garganta. La criatura volvió a reír y abrió la boca, inclinándose hacia su cara. Martin soltó una de las muñecas y colocó la palma de la mano en la barbilla de la criatura, intentando desesperadamente empujar su cabeza hacia arriba. El zombi le agarró de la garganta con la mano que tenía libre.

Martin giró la cabeza hacia el brazo que sujetaba el cuchillo y le dio un mordisco. Hundió los dientes en el antebrazo del zombi y estiró, arrancando un trozo de carne rancia. Algo se revolvió en su boca y Martin escupió aquel pedazo entre arcadas.

—¿Ves? Ya le vas cogiendo el truco...

Un disparo ensordecedor resonó entre las paredes del remolque. La cabeza del zombi explotó a unos centímetros de la de Martin, rociándolo de sangre y tejidos.

—Le diré una cosa, reverendo: desde que todo esto empezó, he visto cosas retorcidas de cojones, pero nunca había visto a alguien mordiendo a un zombi. ¿A qué sabe?

Martin se quitó la sangre de los ojos sin parar de jadear y extrajo las tiras de carne de entre los dientes, a punto de vomitar. Después, se puso en cuclillas.

—Gracias, sargento...

—Miller. Sargento Miller, aunque tampoco es que los galones signifiquen un puto carajo tal y como están las cosas. Y no me des las gracias, curilla. Voy a matarte dentro de poco.

—¿Por qué? Acabas de salvarme.

—Sí, te he salvado para utilizarte como carne de cañón. Puedo mantener a raya a cualquier zombi que intente subir, así que estaremos a salvo durante un rato, pero tampoco podemos quedarnos aquí todo el día. Esos cabrones tienen lanzacohetes, granadas y toda clase de mierda. Tarde o temprano volarán este remolque, lo que significa que tendré que volver a salir ahí fuera, con la que se ha montado. Pero primero vas a salir tú, para llamar la atención.

—Eso... ¡eso es cruel! ¡No eres mejor que los zombis!

—Ya ves. Pero no te preocupes, te quedan unos minutos. Necesito un pitillo.

Miller sacó un mechero y un paquete de tabaco, puso el M-16 fuera del alcance de Martin y se encendió un cigarrillo. La llama proyectó sombras sobre su rostro adusto, que, por un instante, pareció una calavera brillante y desnuda a ojos de Martin.

—Ahhhh —inhaló Miller con una expresión de placer dibujada en el rostro—. Siempre pensé que sería el tabaco lo que me mataría. No sé qué cojones voy a hacer cuando se acaben los cigarrillos.

—Podrías dejarme escapar, no hay motivos para matarme. Puedo ayudarte a combatirlos.

Miller ahogó una carcajada y dio otra calada.

—¿Ayudarme? Sí, íbamos a hacer un equipo de cojones; el viejo chocho y el tío duro, codo con codo. No, creo que te utilizaré para que hagan prácticas de tiro y me despejes la salida.

Otra explosión sacudió el remolque y Miller se movió a tiempo para impedir que su M-16 cayese al suelo.

Con un rápido movimiento, Martin cogió el cuchillo y lanzó una puñalada, atravesando la piel del soldado justo debajo de su barbilla. Cuando abrió la boca para gritar y el cigarrillo se le cayó de los labios, Martin alcanzó a ver el cuchillo atravesando el paladar en su camino al cráneo, hasta que sólo quedó fuera la empuñadura. Miller se desplomó, se hizo un ovillo y murió.

Martin intentó sacar el cuchillo, pero estaba firmemente hundido. Se puso en pie y se limpió la sangre de las manos en la ropa.

—Más tú, oh Dios, los harás descender al pozo de la destrucción. Los hombres que viven por la sangre y los engaños no demediarán sus días; empero confiaré en ti.

Pateó el cuerpo de Miller, cogió su arma y la examinó.

—Salmo cincuenta y cinco, versículos cuarto a vigésimo tercero.

Experimentó con el fusil, recordando su época en el ejército, y se preparó. Echó un vistazo a ambos cuerpos para asegurarse de que no se movían y un escalofrío le recorrió la espalda. El rescate de Miller le recordó al zombi de la silla de ruedas. Entonces fue Jim quien lo salvó.

—Por favor, Señor, cuida de él. Ayúdale a encontrar a su hijo.

Sintió que le inundaba una extraña sensación de paz. Con renovadas fuerzas y confianza, Martin ignoró la artritis que le atenazaba las articulaciones y la falta de aire en sus pulmones y se dirigió hacia la salida.

—Aunque camine por el valle de las sombras de la muerte, no temeré ningún mal, pues tú estás conmigo.

Se adentró en el valle y, pese a que las sombras de la muerte lo cubrían todo, no conoció el miedo.

* * *

El sargento Michaels pateó la puerta y el cristal roto se derramó sobre la acera y la alfombra. Atravesó corriendo el recibidor del edificio de oficinas, escuchando tras de sí cómo morían sus hombres.

Un zombi apareció de detrás del puesto de recepción en el que se escondía y le disparó. Algo le quemó en el hombro, como una picadura de abeja pero mucho más dolorosa, y sintió un impacto en la pierna. Michaels aulló de dolor y abatió a la criatura. Empezó a jadear.

Se detuvo ante las puertas del ascensor, respirando pesadamente mientras pensaba qué hacer a continuación. El calor que sentía en el hombro y el muslo le hicieron darse cuenta de que las balas le habían alcanzado, así que rasgó la tela de su camisa y echó un vistazo a la herida. Tenía mal aspecto, y el agujero del muslo pintaba aún peor. La cabeza le dio vueltas y se le revolvió el estómago, así que apretó la palma de la mano contra el hombro y consideró sus opciones.

El complejo se había quedado sin energía, así que los ascensores no funcionaban. Valoró la posibilidad de abrir las puertas por la fuerza y esconderse en el hueco, pero acabó descartando la idea. A su izquierda había unas escaleras que llevaban hacia arriba, y a su derecha, el servicio de caballeros.

Renqueó en dirección a las escaleras y abrió la puerta, que emitió un crujido. Oyó voces y pasos a la carrera dirigiéndose hacia él desde el piso superior.

«¡Los disparos venían de abajo!»

No eran voces humanas.

Michaels dejó que la puerta se volviese a cerrar y se dirigió hacia los servicios. Varios zombis estaban atravesando la entrada principal y otros más se acercaban por las escaleras. Abrió la puerta del baño con un golpe de hombro y echó un vistazo alrededor, aterrado. Habría tres lavabos, cuatro letrinas y una fila de urinarios. No había ventanas y la única salida era la puerta que acababa de cruzar.

Los zombis se gritaron unos a otros al encontrarse en el recibidor. Gimiendo, Michaels se escondió en la letrina que estaba más lejos de la entrada. En cuanto abrió la puerta, pudo comprobar que nadie había tirado de la cadena desde la última vez que se utilizó el váter: el agua que contenía era de color marrón oscuro, y las heces y la orina se habían mezclado en una sopa tóxica y espesa. A Michaels le entraron arcadas e intentó contener la respiración.

«Aquí no me encontrarán», pensó.

La puerta del baño crujió al abrirse y oyó pasos dirigiéndose hacia él.

Michaels miró al suelo y se quedó paralizado de miedo. Sus heridas habían dejado un reguero de brillantes gotas de sangre que llevaban a su ubicación como un rastro de migas de pan.

—¡Sal, carne, no tardaremos mucho!

Los servicios pronto se llenaron de criaturas.

Michaels apuntó el fusil hacia la puerta de la letrina sin parar de sollozar, con el brazo tan

dolorido que el cañón temblaba en sus manos. El miedo, la adrenalina, la pérdida de sangre y el hedor que desprendían la letrina y sus perseguidores le dieron ganas de vomitar. El estómago se le revolvió, el fusil se le cayó al suelo y empezó a sentir calambres por todo el cuerpo. No podía moverse. No podía pensar.

Los zombis echaron la puerta abajo cuando su presa empezó a expulsar bilis. Michaels fue incapaz de gritar mientras lo arrastraban al exterior y lo sujetaban contra las duras y frías baldosas. Se ahogó en su propio vómito antes de que empezaran a comérselo.

* * *

—Bienvenido de vuelta, sabio. —Unos dedos gangrenosos agarraron a Baker por el pelo, obligándolo a ponerse en pie—. Veo que has traído a unos amigos. Todo un detalle.

Baker no podía hablar. El hedor de la cordita, del combustible ardiendo y de la carne podrida de Ob le inundaron los pulmones y empezó a toser. El campo de batalla estaba saturado por los gritos de los heridos, los muertos y los moribundos. Las balas silbaban por todas partes y las explosiones se sucedían como fuegos artificiales. Ambos bandos estaban sufriendo innumerables bajas, pero la mayoría de soldados muertos volvían a levantarse poco tiempo después para reabastecer las filas de los zombis.

—¿Qué significa todo esto, Billín?

—Querían... querían usar Havenbrook como base de operaciones.

—¿En serio? —Ob negó con la cabeza, acariciando el lanzacohetes de forma casi afectuosa—. Tu especie tiene que asumir que vuestro tiempo ha terminado. Sois comida. Carne. Transporte. Nada más. Vuestro tiempo en este mundo ha terminado.

—He estado pensando en ello —dijo Baker, tapándose la boca y la nariz con la mano—. Supongo que eres consciente de que si acabáis con toda la raza humana, tu propia especie también estará destinada a desaparecer.

Ob se quedó mirándolo a través de los ojos muertos de Powell.

—Hay más mundos que éste.

Algo pasó silbando sobre la cabeza de Baker y abrió un agujero en el hombro de Ob. El zombi dio un paso atrás, apuntando con el lanzacohetes.

Baker se echó al suelo y una segunda bala alcanzó a Ob en la cara, destrozando su nariz y labio superior. El lanzacohetes se le escurrió de la mano y rugió de indignación. Sus palabras eran ininteligibles, pero su intención era clara.

—¡La ha cagado, profesor! —gritó Schow mientras se dirigía hacia ambos, ignorando las balas que volaban a su alrededor. Levantó la pistola y volvió a disparar, destrozando un lado de la cabeza de Ob. Bajo los fragmentos astillados de cráneo podía verse el brillante cerebro, que a Baker le recordó a una coliflor ensangrentada.

Ob se desplomó y se quedó tirado en la hierba entre espasmos.

Baker se hizo un ovillo y Schow le propinó una brutal patada en las costillas. El científico gritó cuando la pesada bota le alcanzó, rompiendo algo en su interior.

—¡Hijo de puta! ¡Esos que están muriendo ahí fuera son mis hombres! ¡Mis hombres! ¡Nos has traído a una trampa!

Volvió a patear a Baker, esta vez en la cabeza. El dolor le recorrió de punta a punta y su visión se tornó borrosa.

Schow se puso de rodillas y le apretó la pistola contra los genitales. Baker gruñó e intentó alejarse rodando, pero Schow consiguió ponerlo boca arriba, con la espalda pegada al suelo.

—Voy a acabar con usted aquí y ahora, profesor. Pero no va a ser rápido y va a dolerle, se lo aseguro. Para empezar, voy a volarle la polla, ¿qué le parece? —Concluyó la amenaza hundiendo el cañón en los testículos de Baker, que gritó de dolor—. No es una sensación agradable, ¿a que no, profesor? Pues va a ponerse mucho peor. Va a desangrarse, pero no antes de que esos desgraciados se le echen encima. Seguramente siga vivo cuando empiecen con usted, ¿y sabe qué haré después?

Baker cerró los ojos.

—Esperaré a que se convierta en zombi y empezaré de nuevo. Le dispararé en las rótulas y en la

columna vertebral y en los brazos. Igual se los corto directamente. Pero dejaré su cerebro intacto porque quiero que lo quede de usted permanezca aquí, en el suelo, para siempre.

—Adelante, Schow —gimió Baker—. Serás el primero al que coma cuando vuelva.

Ob se incorporó tras ellos, con un lado de la cara cubierto de carne y sangre. Su cerebro, aún intacto, palpitaba en el interior de su destrozada cabeza.

Agarró a Schow desde atrás, cerrando los dedos en torno a su garganta, y tiró de él. Los dientes que le quedaban en la mandíbula inferior se hundieron en la espalda y cuello de su víctima y apretó con fuerza.

Baker cogió la pistola, pero Schow la sujetaba con fuerza. Retorciéndose en el abrazo de la criatura, apuntó hacia atrás y apretó el gatillo, vaciando el cargador en el pecho y abdomen del zombi. Ob apretó aún más y Schow empezó a patear y sacudirse.

Una ráfaga de ametralladora hizo un barrido por el suelo y Baker se dio la vuelta: el vehículo de mando de Schow se dirigía hacia ellos. González conducía y McFarland estaba sentado en el asiento del artillero, disparando la ametralladora en su dirección.

Algo pesado le alcanzó en el estómago y Baker intentó respirar, pero no pudo. Sintió calor por todo el abdomen, pero tenía demasiado miedo de mirar.

Se desplomó sobre un costado y la siguiente ráfaga alcanzó a Schow y a Ob. McFarland se carcajeaba como un demente mientras las balas atravesaban carne y hueso.

Baker sintió algo húmedo recorriéndole las piernas, pero no quería mirar. Se sentía débil y seguía sin poder respirar. Cogió el lanzacohetes, lo sostuvo a duras penas y lo apuntó hacia el vehículo.

Schow había quedado reducido a pulpa, y la cabeza de Ob había desaparecido casi por completo: sólo quedaba la barbilla y un ojo que parecía seguir observando.

Baker sintió que las fuerzas le abandonaban y supo que era cuestión de segundos. Pudo oler la sangre y vio cómo ésta se extendía a su alrededor como un charco carmesí. Reunió el valor para echar un vistazo a la herida y vio que su estómago había sido reemplazado por algo parecido a una hamburguesa cruda.

—Oh, Dios...

Eructó un hilo de sangre.

González y McFarland se dirigieron hacia él sin parar de reír.

—Siento lo que he hecho y estoy listo para afrontar las consecuencias.

Dispararon al mismo tiempo y lo último que vio Baker antes de que la preciosa flor naranja floreciese fue la expresión de incredulidad en los rostros de González y McFarland.

El estómago dejó de dolerle y Baker cerró los ojos. Sintió con placer el calor de la explosión sobre su piel.

Algo le gritaba desde muy lejos. Un segundo después, supo qué era.

* * *

Una bandada negra y densa de cornejas sobrevolaba la zona. Jim contempló la escena con incredulidad, protegido por las copas de los árboles. Quiso apartar la mirada pero no pudo, así que observó la escena con mórbida fascinación y todo lujo de detalles gracias a unos prismáticos que habían pertenecido a un zombi al que había matado.

Las fuerzas de Schow habían sido diezmadas. Las carcasas carbonizadas de los tanques y los vehículos todavía humeaban, con sus pasajeros fundiéndose en su interior. Había zombis esparcidos por todo el paisaje, inmóviles y con toda clase de heridas en la cabeza. Docenas más se revolían en el barro con los apéndices amputados o el cuerpo partido por la mitad, pero aún móviles. Una horda de ellos deambulaba por la hierba, alimentándose de los caídos.

Jim tembló al comprobar que muchas de las criaturas que participaban en la masacre habían sido hombres de Schow y, lo que era aún peor, civiles: liberados de su reclusión pero, una vez muertos, prisioneros de algo mucho peor.

No todos los humanos estaban siendo asesinados. Varias docenas habían sido agrupados, desarmados y conducidos al interior del complejo. Jim sólo podía imaginar qué les depararían las criaturas. ¿Los usarían como comida? ¿Ganado? ¿O quizá algo incluso más siniestro?

Sintió un gran peso en los hombros. Martin no aparecía por ninguna parte, y Jim sólo esperaba

que el anciano no hubiese sufrido. Ya no podía hacer nada.

Baker se dirigió hacia los cautivos y se puso a hablar al grupo de zombis que los vigilaban. Su carne estaba ennegrecida en varios puntos y su abdomen exhibía una cavidad vacía.

Jim se quitó los prismáticos, cogió todas las armas y municiones que pudo y dio media vuelta.

Martin estaba muerto. Baker era un zombi.

Ya nada se interponía entre Danny y él.

* * *

Ob echó un vistazo a su reino a través de los ojos de Baker y vio que todo iba bien. Impartió unas órdenes referentes a los cautivos y atravesó el campo de batalla, dando la bienvenida a los recién llegados y uniéndose al festín. No tenía estómago, pero no le importaba. Le gustaba su nuevo cuerpo.

Baker gritó desde un lugar lejano.

La risa de Ob ahogó aquel sonido en el interior de su cabeza hasta que los gritos se disiparon por completo.

Capítulo 23

Jim caminaba por uno de los lados de la carretera, pegado al borde para poder esconderse en la arboleda en caso de necesidad. Por lo que había podido comprobar, la mayor parte de los no muertos —humanos o no— estaban concentrados en torno a Havenbrook, así que su intención era recorrer toda la distancia posible mientras se mantenían ocupados en aquel lugar.

Acomodó el M-16, ajustando el peso en las manos. Tenía otro idéntico en la espalda, sujeto con unas correas que le tiraban de la piel al caminar, y una pistola en la funda del costado. Intentó ignorar el dolor acumulado en sus músculos, pero sus pies llenos de ampollas le ardían y la herida abierta del hombro manaba sangre y pus. Sentía el calor de la infección en la parte superior del brazo y la carne que rodeaba el balazo estaba roja e inflamada.

Nunca se había sentido tan cansado, pero siguió avanzando hacia el norte, levantando pequeñas nubes de polvo con cada paso. A su alrededor reinaba el silencio, como si la naturaleza estuviese conteniendo la respiración. Los maizales no murmuraban con el zumbido de los insectos o el coro de los pájaros. Las casas habían pasado a ser montones de piedra silenciosos y lúgubres. Los ecos del desenlace de la terrible batalla se volvían más tenues con cada paso que daba hasta desaparecer por completo.

Jim se quitó el sudor de los ojos y escuchó el silencio, perdiéndose en la extraña belleza del momento. Le habría gustado tener más vocabulario para poder definir lo que sentía. Inmediatamente después se preguntó si Martin hubiese apreciado aquella quietud y concluyó que sí.

El recuerdo del anciano le hizo esbozar una sonrisa y empezó a hacer un repaso mental de su viaje: Carrie y el bebé, Martin, Delmas y Jason Clendenan y los supervivientes que había encontrado por el camino, Schow y sus hombres, Haringa, Baker... todos ellos desfilaron ante él hasta conducirlo al presente. A la carretera. La última carretera. Si encontraba un coche, alcanzaría su destino en una hora. Si no, y al ritmo al que iba, estaría ahí antes del anochecer.

Se llevó la mano a uno de sus bolsillos y sintió la carta que le había escrito a Danny después de que Jason matase a su padre y se suicidase. Saber que la carta estaba a salvo le proporcionó una extraña sensación de seguridad. Las cosas aún podían salir bien.

Mientras cavilaba, su cuerpo empezó a rebelarse. El dolor de los pies empezó a extenderse por las piernas, provocándole espasmos que amenazaban con hacerle caer de bruces. Jim se negó a detenerse y sólo hizo una pausa para beber los últimos tragos de agua tibia que quedaban en su botella. Después de beber tiró la botella con el resto de la basura esparcida a lo largo de la carretera y siguió caminando.

No oyó el motor hasta que lo tuvo prácticamente encima. Jim oyó el ronroneo del Humvee a sus espaldas y se dio la vuelta tan bruscamente que se torció el tobillo. Cayó al suelo y se quedó tumbado mientras el vehículo se acercaba hacia él.

—¡No! ¡Ahora no me vais a parar! —Levantó el M-16 y apuntó al Humvee.

—¡Jim! ¿Eres tú? ¡Gracias a Dios!

Martin asomaba por la ventanilla del copiloto, levantando las manos hacia el cielo en señal de triunfo y agradecimiento.

—¿Martin? —exclamó Jim. Pese al cansancio y el dolor en el tobillo, se puso en pie y corrió hacia el anciano—. ¡Martin! ¡Pensaba que estabas muerto!

Juntaron sus manos con un palmetazo. Ambos estaban llorando.

—Parece que el Señor todavía quiere que te ayude, Jim.

Rieron, Martin se bajó del vehículo y se abrazaron.

—Venga, vamos a buscar al chaval.

—Amén, amigo mío. Amén.

Jim se metió en el Humvee y una mujer, negra, hermosa pero cansada esbozó una rápida sonrisa tras el volante. Jim asintió, confundido.

—Ésta es Frankie —la presentó Martin—. Ha tenido el detalle de recogerme.

—Y una mierda, recogerte. Te salvé el culo y lo sabes.

—Sí, efectivamente —rió Martin—, y te lo agradezco. ¡Tendrías que haberlo visto, Jim! Un

grupo de zombis me tenía rodeado y Frankie fue a por ellos y los atropelló a todos.

—Gracias por cuidar de él.

—No pasa nada.

Se pusieron en marcha y Frankie centró su atención en la carretera. Jim la estudió, preguntándose quién sería y cuál sería su historia antes de que todo empezase. Era evidente que había llevado una vida dura, se notaba en las líneas de su rostro e incluso en el aire que la envolvía. Jim nunca había creído en las auras, pero Frankie tenía una. Era muy hermosa pese a sus rasgos duros y Jim tenía la sensación de que se volvería aún más guapa con el tiempo.

—Bueno, ¿adónde vamos? ¿Tenéis algo en mente?

—Bloomington, Nueva Jersey —contestó Jim—. Está a una hora de aquí.

—¿Bloomington? —Preguntó Frankie por encima del hombro—. Es una ciudad dormitorio, ¿no? Estará hasta arriba de no muertos. Olvídalo.

—Entonces tendrás que dejarnos aquí —repuso Jim—, porque es a donde nos dirigimos.

Frankie miró a Martin con incredulidad, pero el predicador asintió.

—Tenemos motivos para creer que el hijo de Jim está vivo en Bloomington, que es donde tenemos que ir.

Frankie silbó.

—Jesús. ¿Y cómo sabéis que está vivo?

—En el sur —empezó Jim— todavía hay energía en algunas zonas. Mi teléfono móvil funcionó hasta hace días y mi hijo, Danny, me llamó. Su padrastro se había convertido en uno de ellos y Danny y mi ex mujer estaban escondidos en el ático de su casa.

Frankie negó con la cabeza.

—También había energía en algunos barrios de Baltimore, pero aun así... quiero decir, piénsalo. ¿Cómo sabes que sigue vivo?

—Fe —respondió Martin por él—. Tenemos fe. Hemos llegado tan lejos gracias a Dios.

Jim permaneció en silencio unos minutos y luego volvió a hablar.

—A estas alturas no puedo estar seguro de que siga vivo, Frankie. Quiero que lo esté, rezo por ello y lo siento en lo más profundo de mi ser. Pero tengo que asegurarme. Si no, me volveré loco.

—Me parece bien, pero, ¿puedo preguntarte algo? ¿Has pensado qué harás si llegamos ahí y resulta que Danny es uno de ellos?

Jim miró por la ventana.

—No lo sé.

Frankie no respondió. Cambió de marcha y condujo en silencio.

En cada salida que cruzaban había varios monumentos a la civilización: casas y edificios de apartamentos, iglesias, sinagogas y mezquitas, centros comerciales y tiendas. Los arcos dorados de un restaurante de comida rápida colgaban torcidos. Una bolera había sido reducida a cenizas. Una tienda de mascotas se había convertido en un comedero para los zombis, mientras que un supermercado había sido saqueado hasta quedar vacío. Vieron el cartel de un motel que aseguraba tener habitaciones libres y televisión por cable, y una sala de cine que ofrecía treinta carteles en blanco.

Frankie se revolvió.

—¿Qué pasará con todo esto?

Martin negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Todo ha terminado, ¿verdad? Aunque ahora no sean suficientes, pronto lo serán. Empezarán a cazarnos, a encontrar a los supervivientes. O quizá esperen a que estemos todos muertos.

—Yo no estoy listo para morir —dijo Jim desde el asiento trasero—. Y algo me dice que tú tampoco lo estás.

Siguieron avanzando.

Martin empezó a tararear *Rock of ages* mientras Jim daba rítmicos golpecitos en sus armas.

Frankie permaneció en silencio, perdida en sus pensamientos sobre Aimee y su propio bebé.

«Mi bebé...»

¿Qué clase de vida habría tenido si no fuese una yonqui y una puta? Obviamente, no habría durado mucho en este nuevo mundo, pero quizá habrían podido pasar algo de tiempo juntos, aunque fuese un día. En vez de eso, le fue arrancado de su lado y murió antes de poder experimentar qué era la vida, ni siquiera por un segundo.

Era culpa suya. Había fracasado como madre, como había fracasado en todo lo demás a lo largo de su miserable vida hasta que dejó el caballo y renació.

Se convenció a sí misma de que jamás volvería a fracasar.

Unos veinte minutos después, pasaron ante el cartel de la carretera de Garden State.

—Puedes dejarnos en la entrada —suspiró Jim—. Agradecemos tu ayuda.

—¡Y una mierda! —Exclamó Frankie—. Os voy a llevar hasta el final.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Jim—. Tú misma lo has dicho, va a ser peligroso.

—Quiero ayudarte —insistió Frankie—. Necesito ayudarte. Por mí y por mi hijo.

Giró la cabeza hacia él y sus miradas se encontraron.

Le temblaba la voz.

—Perdí a mi hijo, así que quiero ayudarte a encontrar al tuyo.

Jim tragó saliva y asintió.

—Entonces métete por esta entrada.

Cogió su pistola y se la dio a Martin.

—Habremos llegado en un santiamén.

Tomaron la entrada y Frankie aceleró, dirigiéndose a toda velocidad hacia el peaje.

—¿Alguien tiene suelto? —bromeó Martin.

Frankie revolucionó el motor y señaló hacia adelante.

—¡Mirad!

Ante ellos, los zombis habían formado una barricada colocando barreras de cemento ante la mayoría de entradas del peaje. En las demás, las criaturas estaban unidas codo con codo hasta formar un muro de carne.

—Nos habrán visto venir desde el puente.

Jim subió a la torreta mientras Frankie aceleraba hacia la amalgama de zombis.

—¡Jim! —Le advirtió—, ¡la ametralladora no tiene munición!

Su respuesta se perdió en la ráfaga del M-16, que reventó varias cabezas e hizo que muchos zombis se desplomasen. Martin asomó por la ventanilla y apuntó con cuidado. Apretó el gatillo de la pistola dos veces, gritó y volvió al interior.

—¡Nos están disparando!

—¡Sujetaos! —gritó Frankie mientras pisaba el acelerador a fondo.

Se estrellaron contra el muro de zombis, lanzando a varias criaturas por los aires y aplastando a otras bajo las ruedas. Jim volvió al interior del vehículo en el momento en el que el parachoques delantero se estrellaba contra un zombi. El impacto hizo que la criatura rodase sobre el capó y atravesase el parabrisas hasta asomar la cabeza y parte de los hombros por el cristal, entre Frankie y Martin.

—¡Mierda!

Frankie se sacudió los cristales de encima e intentó ver a través de las grietas que se extendían por el parabrisas.

El zombi se retorció, lanzando dentelladas hacia Martin.

—Agradezco mucho el viaje, chicos, ¿pero no sabéis que es peligroso recoger autoestopistas?

—Me he fijado en una cosa con respecto a tu especie —le dijo Martin con calma—. Todos tenéis el mismo humor negro. Creo que es porque tenéis miedo. Tenéis miedo de volver al lugar del que provenís e intentáis disimularlo.

La criatura empujó un poco más, ganando unos centímetros y partiendo aún más el cristal.

—¡Haz algo! —gritó Frankie.

—No te tengo miedo, predicador —gruñó—. Vuestro tiempo ha terminado. Ahora nosotros somos los amos. ¡Los muertos heredarán la tierra!

Martin le metió la pistola en la boca mientras hablaba.

—Pues todavía quedan mansos en ella, así que tendréis que esperar vuestro turno.

Apretó el gatillo y el parabrisas se tiñó de rojo.

Con los disparos todavía resonando a lo lejos, Jim se dio la vuelta para comprobar si los estaban persiguiendo. Una bala rebotó en el techo y se incorporaron a toda velocidad a la carretera, dejando el peaje atrás.

—¿Dónde estamos? —preguntó Frankie mientras sacaba la cabeza por la ventanilla para evitar un accidente.

—Cerca de West Orange —respondió Jim—. Creo que los hemos perdido por el momento. Frena y nos quitaremos a esa cosa de encima en un minuto.

Frankie giró hacia la mediana y frenó. Los tres bajaron del vehículo y Frankie y Martin montaron guardia mientras Jim agarraba al zombi por los pies y tiraba. Gruñó y puso todas sus fuerzas en el intento, pero el cuerpo estaba firmemente encajado en el parabrisas.

—Martin, échame una mano.

El anciano no respondió.

—¿Martin?

Jim echó un vistazo y vio a Martin y Frankie mirando a lo lejos. A ambos lados de la carretera se extendía un cementerio hasta donde alcanzaba la vista, y la autopista pasaba justo por el medio. Miles de lápidas se erguían hacia el cielo, rodeadas de edificios y enormes solares desiertos. Algunas tumbas y criptas salpicaban el paisaje, pero había tantas lápidas que resultaban prácticamente invisibles.

—Sí —dijo Jim—, recuerdo este sitio. Cada vez que pasaba por aquí para recoger a Danny o dejarlo en casa se me ponían los pelos de punta. Da miedo, ¿verdad?

—Es increíble —susurró Frankie, asombrada—. Nunca había visto tantas lápidas en un mismo sitio. ¡Es enorme!

Martin susurró tan bajo que no se le oyó.

—¿Qué has dicho, Martin?

Se quedó mirando aquel mar de mármol y granito.

—Ahora éste es nuestro mundo. Rodeados por la muerte.

—Hasta donde alcanza la vista —asintió Frankie.

—¿Cuánto tardarán en desmoronarse estos edificios? ¿Cuánto aguantarán las lápidas? ¿Cuánto tiempo durarán los muertos después de que hayamos desaparecido?

Negó con la cabeza, entristecido, y se dirigió a ayudar a Jim. Con mucho esfuerzo, consiguieron sacar el cuerpo del parabrisas y continuaron su camino.

* * *

A medida que el sol se ponía, sus últimos y débiles rayos iluminaron un cartel que se encontraba ante ellos.

BLOOMINGTON - PRÓXIMA SALIDA

Jim empezó a hiperventilar.

—Coge esa salida.

Martin se dio la vuelta, preocupado.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

Jim agarró el asiento con fuerza, jadeando. Sintió náuseas. El pulso se le aceleró y se le enfrió la piel.

—Tengo mucho miedo —susurró—. Martin, tengo muchísimo miedo. No sé qué va a pasar.

Frankie tomó la salida y encendió las luces. Esta vez, el peaje estaba desierto.

—¿Por dónde?

Jim no respondió y Martin no estaba seguro de que la hubiese oído. Tenía los ojos cerrados y había empezado a temblar.

—¡Eh! —Gritó Frankie desde el asiento delantero—. ¿Quieres volver a ver a tu hijo? ¡Pues espabila, coño! ¿Por dónde?

Jim abrió los ojos.

—Perdón, tienes razón. Ve hasta el final y gira a la izquierda en el semáforo. Después recorre

tres manzanas y luego a la derecha, hacia Chestnut; verás una gran iglesia y un videoclub en la esquina.

Exhaló profundamente durante un buen rato y volvió a moverse. Puso los fusiles a un lado y comprobó la pistola; cuando estuvo satisfecho con su estado, la devolvió a la funda. Se hundió en el asiento y esperó mientras el barrio de su hijo empezaba a dibujarse en el exterior.

—Hay uno —murmuró Martin, bajando la ventanilla y listo para disparar.

—No —le detuvo Frankie—. No dispares a menos que suponga una amenaza directa o que parezca que nos está siguiendo.

—Pero ése avisará al resto —protestó—. ¡Y lo último que necesitamos es que aparezcan más!

—¡Y precisamente por eso no tienes que pegarle un tiro! Para cuando haya avisado a sus amigos podridos de que ya ha llegado el pedido de Telecarne, habremos cogido al chico y nos habremos largado. ¡Si te pones a disparar, hasta el último zombi de esta ciudad sabrá que hemos llegado y dónde encontrarnos!

—Tienes razón —asintió Martin mientras subía la ventanilla—. Buena idea.

Una zombi obesa se tambaleó por la carretera, vestida con un kimono y tirando de una silla de paseo para bebés. En ella iba sentado otro zombi: le faltaba la mitad inferior y las pocas tripas que le quedaban se desparramaban a su alrededor. Las dos criaturas se agitaron cuando vieron el vehículo y la zombi corrió tras él con los puños en alto.

Frankie pisó el freno, puso la marcha atrás y dirigió el Humvee contra los zombis, aplastándolos a ambos y a la silla bajo sus ruedas.

—¿Ves? —Sonrió a Martin—, ¿a que ha sido mucho más silencioso que un disparo?

Martin tembló, pero Jim apenas se dio cuenta. Su pulso seguía acelerado, pero al menos ya no sentía náuseas.

¿Cuántas veces había conducido por aquellas calles de la periferia para recoger a Danny o para volverlo a dejar en casa? Docenas. Y en ninguna de aquellas ocasiones sospechó que volvería a recorrerlas en semejantes circunstancias. Recordó la primera vez, después del primer verano que pasó con su hijo: Danny empezó a llorar en cuanto giró hacia Chestnut porque no quería que su padre se fuese. Su pequeño rostro siguió cubierto de lagrimones cuando llegaron al tramo que llevaba a la casa de Tammy y Rick y cuando Jim se marchó a regañadientes. Observó a Danny en el espejo retrovisor y esperó hasta haberlo perdido de vista para frenar y echarse a llorar.

Pensó en el nacimiento de Danny y cuando el médico lo puso en sus brazos por primera vez. Era pequeño, diminuto, su piel rosada seguía húmeda y la cabeza estaba ligeramente deformada por el parto. Su hijo también estaba llorando en aquella ocasión, pero cuando Jim le habló, abrió los ojos y sonrió. Los médicos y Tammy insistieron en que no era una sonrisa, argumentando que los bebés no pueden sonreír... pero, en su fuero interno, Jim sabía que sí lo fue.

Recordó aquella vez en la que Danny, Carrie y él estaban jugando a Uno y ambos le pillaron haciendo trampas, guardándose una carta de «roba cuatro» debajo de la mesa, en su regazo. Lucharon en el suelo, haciéndole cosquillas hasta que reconoció el engaño, y después se sentaron juntos en el sofá a comer palomitas viendo a Godzilla arrasando Japón y enfrentándose a Mecha-Godzilla.

Se acordó de la ocasión en la que le dijo por teléfono que iba a ser un hermano mayor, después de que Carrie le confirmase que estaba embarazada.

Tembló al recordar la huida del refugio y de su casa y en lo que se había convertido aquel embarazo que tanta alegría le había proporcionado. Pensó en Carrie y el bebé. Las había disparado a ambas.

La llamada de Danny resonó en su mente mientras Frankie giraba hacia Chestnut.

«Papá, tengo miedo. Estoy en el ático. Me... —Electricidad estática, y después—: ... acordaba de tu número, pero el móvil de Rick no funcionaba. Mami pasó mucho tiempo dormida pero luego se levantó y lo arregló, y ahora se ha vuelto a dormir. Lleva durmiendo desde... desde que cogieron a Rick.»

—He llegado a Chestnut —le informó Frankie desde delante—. ¿Y ahora?

«Tengo miedo, papá. Sé que no tendríamos que marcharnos del ático, pero mami está enferma y

no sé cómo hacer que se cure. Oigo cosas fuera de casa. Algunas veces sólo pasan por delante y otras creo que intentan entrar. Creo que Rick está con ellos.»

—¿Jim? ¡JIM!

La voz de Jim sonaba distante y queda.

—Pasa por O'Rourke y Fischer y después gira a la izquierda hacia Platt Street. Es la última casa a la izquierda.

En su cabeza, Danny lloraba.

«¡Papá, me prometiste que me llamarías! Tengo miedo y no sé qué hacer...»

—Platt Street —anunció Frankie después de girar. Pasó por delante de las casas, alineadas en filas perfectas, cada una idéntica a la anterior salvo por el color de los postigos o por las cortinas que colgaban de las ventanas—. Hemos llegado.

Detuvo el Humvee en el parque pero no apagó el motor. «... y te quiero más que a Spiderman y más que a Pikachu y más que a Michael Jordan y más que "finito", papá. Te quiero más que infinito.»

Jim abrió los ojos.

—Más que infinito, Danny. Papá te quiere más que infinito. Abrió la puerta y Martin le siguió. Jim le puso la mano en el hombro.

—No —dijo con firmeza—. Tú quédate aquí con Frankie, amigo. Necesito que nos cubráis las espaldas. Aseguraos de que tengamos la ruta de salida despejada.

Hizo una pausa sin soltar el hombro de Martin, levantó la cabeza e inhaló la brisa.

—Esta ciudad está llena de muertos, Martin. ¿Puedes sentirlo?

—Sí —admitió Martin—, pero necesitarás ayuda. ¿Y si...? —Aprecio todo lo que has hecho por Danny y por mí, pero esto es algo que tengo que hacer solo.

—Me da miedo lo que puedas encontrar.

—Y a mí. Por eso necesito hacerlo solo, ¿de acuerdo?

Martin asintió con desgana.

—De acuerdo, Jim. Os estaremos esperando.

Frankie se estiró sobre el asiento y cogió uno de los M-16. Se lo colocó entre las piernas y echó un vistazo al espejo retrovisor.

—Todo despejado —dijo—. Será mejor que vayas.

Jim asintió.

Martin exhaló profundamente.

—Buena suerte, Jim. Estaremos aquí.

—Gracias. Muchas gracias a los dos.

Tomó aire, se dio la vuelta y cruzó la calle. Le pesaban las piernas, como en su sueño.

«Más que infinito, Danny...»

Echó a correr hacia la casa y sus botas golpearon la acera con cada zancada. Entró en el patio, corrió hasta el porche y sacó la pistola de la funda. Alcanzó el pomo —sus manos no paraban de temblar— y comprobó que estaba abierto.

* * *

Esperaron en la oscuridad.

Martin no se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que Jim cruzó la puerta y desapareció.

Frankie echó un vistazo a la calle por si detectaba movimiento.

—¿Y ahora qué?

—Esperamos —le dijo—. Vigilamos y esperamos a que salgan.

El aire se había vuelto muy frío al caer la noche y silbó al pasar a través del agujero del parabrisas. Frankie tembló.

—Dime, reverendo, ¿crees de verdad que su hijo está vivo?

Martin echó un vistazo a la casa.

—Eso espero, Frankie. Eso espero.

—Y yo. Creo que...

Se paró en seco cuando echó un segundo vistazo a la ciudad y los patios de los alrededores. Cogió el fusil con cuidado.

—¿Qué pasa?

—¿Lo hueles? Se acercan.

Martin bajo la ventanilla e inhaló. Su nariz se arrugó un segundo después.

—Saben que estamos aquí, en alguna parte. Nos están cazando.

—¿Qué hacemos?

—Esperar. No podemos hacer mucho más.

Volvieron a guardar silencio mientras contemplaban las casas de su alrededor. Martin volvió a mirar a la casa de Danny. Sus temblorosas piernas subían y bajaban a toda velocidad y el crujir de sus nudillos sonó en la oscuridad.

—Para.

—Perdón.

Empezó a pensar en pasajes aleatorios de la Biblia y se centró en ellos para no tener que pensar en lo que estaría teniendo lugar dentro de la casa.

«Benditos sean los que hacen la paz... Jesús es el salvador... pues Dios ama tanto al mundo que le entregó a su único hijo, de modo que aquel que crea en él no morirá, sino que tendrá vida eterna... y al tercer día, resucitó de entre los muertos.»

Martin volvió a echar un vistazo a la casa, combatiendo la necesidad de salir disparado hacia ella.

«Entregó a su único hijo, de modo que aquel que crea en él no morirá, sino que tendrá vida eterna... y al tercer día, resucitó de entre los muertos.

»Su único hijo... resucitó de entre los muertos...»

De pronto, sonó un disparo que acabó con la quietud. Después, un grito. Volvió a hacerse el silencio, seguido de otro disparo.

Ambos procedían del interior de la casa.

—¡Ay, Dios! ¡Frankie, era Jim el que gritaba!

—A mí no me ha parecido que quien gritaba fuese humano.

—¡Era él! Estoy seguro.

—¿Y ahora qué hacemos?

—No lo sé. ¡No lo sé!

—¡A la mierda! ¡Vamos, reverendo!

Bajaron del Humvee de un salto con las armas listas mientras el viento transportaba los gritos de los no muertos hacia ellos. Los zombis aparecieron al final de la calle y las puertas de las casas empezaron a abrirse.

—Mira cuántos son —dijo Martin, con la voz quebrada.

Frankie apuntó y disparó. Los zombis cargaron hacia ellos.

—¡Vamos!

Corrieron hacia la casa para ver qué había sido de su amigo. Por encima de ellos, la luna brillaba sobre el mundo, contemplando su frío y muerto reflejo.